

Con Cervantes

Azorín

Prólogo hipotético

He reunido en este breve volumen artículos en que me he puesto en contacto *con Cervantes*. No todo lo que he escrito a propósito de tal asunto está incluido aquí; he apartado lo crítico, y me he atenido a lo novelesco. A juzgar por lo que yo siento, sólo llega profundamente a los lectores lo que se les da en forma de vida: vida más o menos palpitante. Sólo en acto de vivir es como lo que pensamos puede ser absorbido, sin sentir, por quien lee; al menos nosotros preferimos, al estudio erudito, la fantasía creadora. Vemos a Cervantes en diversos sitios por donde Miguel caminará: en la Mancha, en Andalucía, en Castilla la Nueva, en Levante, en Italia, en Francia, en África. Y siempre lo contemplamos pensativo, con la mejilla en la mano, sentado en el poyo de una venta, a la vista de la ruta por donde ha de encaminar sus pasos. Ese camino puede ser la esperanza o la decepción. Y atisbamos también a Cervantes, en la noche, en la misma venta, subiendo por unas escaleritas a un camaracho, llevando en la mano un candil con su garabato, que ha de colgar de una estaca. En el desván hay una cama de bancos, como la que Cervantes describe en los primeros capítulos de su novela y como era la cama en que el autor de estas líneas, adolescente, se reposaba, en el campo, al fondo de una alcoba blanca con sus vidrieras encortinadas de rojo. En la cama de la venta -cuatro tablas sobre dos banquillos- se va a acostar Cervantes. ¿De dónde viene y adónde va? ¿Cuáles son sus pensamientos en esta hora de la sonochada, en que quedan abajo, ante el hogar, si es invierno, los demás viandantes? En estos momentos en que se va desnudando poco a poco, ¿recapitula su vida? ¿Piensa en que todos sus esfuerzos por adquirir a la grey humana un tantito más de sensibilidad serán inútiles? ¿Y considera frustráneo su intento de señalar, en la ruta de los humanos, un arquetipo de idealidad superior al que se conocía hasta entonces? De todos modos, existe un contraste violento entre el pensar de Cervantes en esta hora -en tanto que acaso el candil exhausto despide sus centellas últimas- y las cavilaciones de Miguel. Todo en el mundo es tráfigo aturdidor, y en este camaranchón, donde se encuentra ahora Cervantes, mientras salta del candil una chispa crujiente, el pensamiento de Miguel va a entrar en una paz momentánea: en el sueño lo olvidará todo Cervantes. Y éste será su consuelo: el consuelo de todas las noches, se halle donde se halle. El consuelo de un marasmo profundo en que el ser caiga como una inerte piedra.

Madrid, junio 1944.

La novia de Cervantes

- I -

... Suena precipitadamente un timbre lejos, con un tintineo vibrante, persistente; luego otro, más cerca, responde con un repiqueteo sonoro, clamoroso. Los grandes y redondos focos eléctricos parpadean de tarde en tarde; un momento parece que van a apagarse; después recobran de pronto su luminosidad blancuzca. Retumban, bajo la ancha cubierta de cristales, los resoplidos formidables de las máquinas; se oyen sonos apagados de bocinas lejanas; las carretillas pasan con estruendo de chirridos y golpes; la voz de un vendedor de periódicos canta una dolorida melopea; vuelven a sonar los silbidos largos o breves de las locomotoras; en la lejanía, sobre el cielo negro, resaltan inmóviles los puntos rojos de los faros. Y de cuando en cuando los grandes focos blancos, redondos, tornan a parpadear en silencio, con su luz fría...

Va a partir el tren; en mi coche sube una señora enlutada; suben también con ella dos chicos, tres chicos, cuatro chicos, seis chicos. Todos son menuditos, rubios o morenos, con sus melenas cortas y sedosas, con sus mejillas encendidas. Va a partir el tren. A mi derecha, sentado, muy grave, muy modoso, está un pequeño señor de cuatro años; a mi izquierda, una pequeña dama de tres; sobre mis rodillas tengo a otro diminuto caballero de dos. Va a partir el tren; el vagón rebosa de gente. Todos charlamos; todos reímos. De pronto rasga los aires un estridente silbato; la locomotora resopla; el convoy se pone en movimiento... Atrás quedan millares de salpicaduras áureas que iluminan la gran ciudad; una bocanada de aire tibio entra por las ventanillas abiertas. El campo está negro, silencioso; brillan en el infinito las estrellas con titileos misteriosos.

Yo soy un pequeño burgués, grueso, jovial, paternal; el chico que llevo sobre mis rodillas me da palmadas en la cara con sus menudas manos carnositas. Los que van a mi derecha y a mi izquierda me preguntan cosas a gritos. Yo les cuento a todos historias extraordinarias y río; me siento satisfecho y alegre. El aire es puro y templado; las estrellas fulguran.

Yo soy un pequeño burgués que vive en un pueblo de la costa, que tiene una gran casa con salas desniveladas y una solana ancha, que cultiva un huerto umbrío con parrales y pilares blancos, que posee unos pocos libros llenos de polvo, que viaja rodeado de dos, de cuatro, de seis chicos, menuditos, rubios o morenos, reidores, curiosos, con melenitas sedosas, con manos diminutas, que todo lo piden y todo lo destrozan. La vida es fácil y dulce. Yo chillo también como estos chicos; todos gritamos. Y de pronto, entre la baraúnda, surge una voz que entona una vieja canción infantil, y todos, en coro disonante y estrepitoso, cantamos

La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar

con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará...

El estrépito del convoy acompaña nuestra tonada.

El coche, sobre la línea desnivelada, cabecea marcadamente a un lado y a otro; viajamos en un barco. Nuestras voces se enardecen por momentos; las estaciones cruzan rápidas. Yo paso y repaso la mano por la melena suave del minúsculo señor posado en mis rodillas. Una vaga ternura satura mi espíritu ante este hombre diminuto que puede ser un héroe de la patria; por el bolsillo de mi gabán asoma formidable una botella. La vida es fácil; las estrellas fulguran en la inmensidad negra...

Y cuando más estruendoso es el bullicio, el tren para, una voz grita furiosa: «¡Yeles, un minuto!», y un profundo y doloroso estupor se apodera de mí. He de bajar. Ya no sé ni adónde voy, ni lo que quiero. ¿Por qué he bajado? ¿Por qué no he seguido? ¿Cuáles son mis propósitos? ¿Qué voy a hacer yo en esta estación solitaria? El tren se ha puesto otra vez en marcha, y se aleja con un sordo fragor por la campiña tenebrosa; un momento me quedo inmóvil, absorto, y contemplo en la lejanía cómo va perdiéndose, perdiéndose, el ojo rojo, encendido, del furgón de cola. Y entonces, algo como una vocecilla irónica, insidiosa, dice dentro de mí: «Pequeño burgués, ¿tú has dicho que la vida es fácil? Pues ahora vas a verlo.» El andén está solitario; un mozo acaba de apagar los faroles, con un gesto hosco y despiadado.

Y en este momento yo resuelvo interiormente proseguir mi peregrinación a Esquivias. Pero yo lo he resuelto muy pronto: un hombre sencillo me comunica que Esquivias dista de aquí una hora. «Pero ¿habrá carruaje para ir?», pregunto. «No, no hay carruajes a estas horas.» «Pero, entonces -torno a preguntar-, ¿podré quedarme en Yeles?» No, no puedo quedarme en Yeles. ¿Cómo se me ha ocurrido a mí este absurdo enorme de pernoctar en Yeles? Son las nueve: todos los vecinos están durmiendo: no sería posible tampoco, aunque estuvieran despiertos, encontrar posada entre ellos... Las estrellas refulgen; a lo lejos, en los confines del horizonte, aparece una claridad pálida y difusa. La luna va a surgir. Yo hago que me señalen el camino de Esquivias. Y lentamente me dirijo por él. Ya no soy el pequeño burgués que tiene un huerto con parrales y viaja con dos, con cuatro, con seis chicos rubios o morenos: ahora soy el pequeño filósofo que acepta resignado los designios ocultos e inexorables de las cosas. El camino es estrecho y de hondos relejes: serpentea a través de campos llanos, rasgados por largos surcos paralelos. A trechos aparecen los manchones hoscos de los olivos. Todo está en silencio. La luna llena asoma, tras un terrero, su faz ancha y amarillenta. Yo ando y ando. Un cuclillo canta lejano: *cú-cú*; otro cuclillo canta más cerca: *cú-cú*. Estas aves irónicas y terribles, ¿se mofan acaso de mi pequeña filosofía? Yo ando y ando. A los sembrados suceden las viñas; a las viñas suceden los olivares. Los cuclillos tocan sus flautas melancólicas; la luna va descendiendo en el cielo sereno. Yo ando y ando a través de viñedos, sembrados y olivares.

Y de pronto, en el silencio de la noche, oigo aullar perros. Ante mí tengo una gradería de piedra en la que se asienta una columna: es un antiguo rollo. Más lejos aparece la masa enorme de un edificio anchuroso. Estoy en Esquivias. Las calles están desiertas; las tapias de los corrales se alejan formando callejuelas angostas; los anchos colgadizos ensombrecen las puertas. Llega la canción lejana de una ronda de mozos. ¿Dónde está la posada? ¿Cómo encontrarla? Unos sencillos labriegos trasnochadores -son las diez- hacen la buena obra de guiar a un filósofo. Yo llamo a la puerta: *tan, tan*. Y heme aquí, tras breves explicaciones, en un blanco zaguán, sentado en un estrecho banco de pino, charlando sencillamente -con la sencillez con que lo haría Cervantes en su tiempo- con este mesonero. Sobre un mostrador lucen cacharros y botellas; en un alto vasar aparecen alineadas parrillas en cuyas panzas vidriadas pone: «Encarnación», «Consuelo», «Petra», «Carmen», «Emilia», «Rosalía»..., La posada es a la vez taberna; y ¿de qué se ha de hablar en Esquivias, y con un tabernero, sino de vinos? Yo ya no soy un pequeño burgués con dos, con cuatro, con seis chicos rubios o morenos; ni soy un pequeño filósofo que sabe mostrar resignación ante el hado fatal: ahora soy un pequeño comisionista en vinos. ¿De qué queréis que se hable en Esquivias, y con un tabernero, sino de vinos? «Don Hilario los tiene buenos; pero acaso no quiera venderlos», me dice el posadero. Don Andrés el Mayorazgo los tiene mejores; pero tal vez los quiera caros. Lo indudable es que no debo ir yo en persona a hacer los tratos: don Andrés el Mayorazgo, «que es un poco logrero», vería, desde luego -claro está- mi afán de compra y subiría los precios; lo mejor es que él, el posadero, entre en arreglos como quien no hace la cosa. Once campanadas suenan cercanas con graves vibraciones. Yo cojo un velón y el mesonero me guía a mi cuarto: está en el piso principal; se llega a él después de pasar por una ancha galería llena de montones de rubia. Dejo el velón sobre la mesa: la estancia es de paredes blancas, enjalbegadas; la puerta es ancha de cuarterones cuadrados y cuadrilongos; una mesita de pino está junto a la cama. Abro la ventana, la luna ilumina suavemente los tejados próximos y la campiña lejana; aúllan los perros, cerca, lejos, plañideros, furiosos; una lechuza, a intervalos, resopla...

- II -

... Unas campanas me despiertan; son tres campanas: dos hacen un *tan, tan*, sonoro y ruidoso, y la tercera, como sobrecogida, temerosa, canta, por bajo de este acompañamiento, una melodía larga, suave, melancólica. Cervantes oiría entre sueños, todas las madrugadas, como yo ahora, estas campanas melodiosas. Aún es de noche; todavía la luz del alba no clarea en las rendijas de la puerta y de la ventana. Y me torno a dormir. Y luego las mismas campanas, el mismo acompañamiento clamoroso y la misma melopea suave me tornan a despertar. Ya la luz del nuevo día pinta rayas y puntos vivos en las maderas de las puertas. Unas palomas ronronean en el piso de arriba y andan con golpes menuditos sobre el techo; los gorriones pían furiosos; silba un mirlo a lo lejos... El campo está verde; en la lejanía, cuando he abierto la ventana, veo una casa blanca, nítida, perdida en la llanura; cerca, a la izquierda, un vetusto caserón, uno de estos típicos caserones manchegos, cerrados siempre, muestra sus tres balcones viejos, con las maderas despintadas, misteriosas, inquietadoras.

He salido de la estancia a la galería, he bajado luego la angosta escalerilla, y me he detenido en el patio un momento; la posada es una antigua casa de ladrillo, ruinosa; se

levanta en la calle del Rosario, esquina a la del Ave-María, dos calles netamente españolas. Tal vez en esta mansión habitaba un hidalgo terrible; los balcones están también cerrados y las ventanas alabeadas y ennegrecidas. Un elevado palomar sobresale en la parte del edificio que forma esquina, y de ahí el nombre que esta posada lleva: *La Torrecilla*. Tal vez en esta mansión habitaba un hidalgo terrible. Esquivias es un pueblo de tradición señorial y guerrera. Consultad las *Relaciones topográficas*, todavía inéditas, ordenadas por Felipe II. «Esquivias -dice el cabildo, contestando al monarca en 1576, ocho años antes del casamiento de Cervantes-, Esquivias cuenta con 250 vecinos, y entre éstos, 37 son hijosdalgo de rancia cepa.» Y estos hijosdalgo se llaman Bivares, Salazares, como el padre de la novia de Cervantes; Ávalos, Mejías, Ordóñez, Barrosos, Palacios, como la madre de la novia de Cervantes; Carrizos, como uno de los héroes de *La ilustre fregona*; Argandoñas, Guevaras, Vozmedianos, Quijadas, como el buen don Alonso. «En letras -añaden los del Consejo- no tienen noticia de que haya habido en Esquivias personas señaladas; pero en armas ha habido muchos capitanes y alféreces y gente de valor.» De aquí eran, vosotros conoceréis sus nombres, el capitán Pedro Arnalte, «que murió en Alcalá de Benaraz, y le mataron los moros»; el capitán Barrientos, el capitán Hernán Mejía, el capitán Juan de Salazar, el alférez Diego de Sobarzo, el alférez Alonso Mejía, el alférez Pedro de Mendoza, que, como sabéis, «fue el primero que puso la bandera cuando se ganó la Goleta, y el emperador Carlos V le dio doscientos y cincuenta ducados por ello.» «Y asimismo -concluyen en su relación los vecinos- ha habido mucha gente de armas en años pasados en servicio de los reyes y al presente los hay en Flandes y con el señor don Juan».

Esquivias es un viejo plantel de aventureros y soldados; su suelo es pobre y seco; de sus 2.505 hectáreas de tierra laborable no cuenta ni una sola de regadío; la gente vegeta mísera en estos caserones destartalados, o huye, en busca de la vida libre, plétórica y errante, lejos de estas calles que yo recorro ahora, lejos de estas campiñas monótonas y sedientas por las que yo tiendo la vista... El día está espléndido; el cielo es de un azul intenso; una vaga somnolencia, una pesadez sedante y abrumadora se exhala de las cosas. Entro en una ancha plaza; el Ayuntamiento, con su pórtico bajo de columnas dóricas, se destaca a una banda, cerrado, silencioso. Todo calla; todo reposa. Pasa de tarde en tarde, cruzando el ancho ámbito, con esa indolencia privativa de los perros de pueblo, un alto mastín, que se detiene un momento, sin saber por qué, y luego se pierde a lo lejos por una empinada calleja; una bandada de gorriones se abate rápida sobre el suelo, picotea, salta, brinca, se levanta veloz y se aleja piando, moviendo voluptuosamente las alas sobre el azul límpido. A lo lejos, como una nota metálica, incisiva, que rasga de pronto la diafanidad del ambiente, vibra el cacareo sostenido de un gallo.

Recorro las callejas y las plazas; voy de un lado para otro, aletargado por el hálito caluroso de la primavera naciente. Las puertas están abiertas y dejan ver los pastizuelos empedrados de guijos, con una parra retorcida, con un evónimo pomposo. De la calle de la Fe paso a la de San Sebastián, de la de San Sebastián a la de la Palma, de la de la Palma a la de Caballeros; hay algo en los nombres de estas calles de los pueblos castizos que os atrae y os interesa sin que sepáis por qué. Un momento me detengo en la callejuela de la Daga. ¿Hay nada más ensoñador y sugestivo en una vieja casa que estos anchos corredores desmantelados, sin muebles, silenciosos, con una puerta pequeña? ¿Hay nada más sugestivo en una vieja ciudad que una de estas callejas cortas -como la de la Daga, en que no habita nadie, formada de tapias de corrales, acaso con el ancho

portalón -siempre cerrado- de un patio, y que tiene por fondo el campo, tal vez una loma cubierta de sembrado?

Mi contemplación dura un instante: otra vez camino por las callejuelas angostas. «La suerte de las casas que hay en este lugar -dicen los vecinos en 1576- son con sus patios y con alto algunas, y son de tierra tapiada y de yeso.» Las grandes rejas sobresalen adustas; los colgadizos enormes de las viejas portadas de los patios avanzan rendidos y desnivelados por los años. Yo voy leyendo los diminutos tejuelos en que con letras chiquitas y azules se indica el nombre de las calles. Y uno de ellos, de pronto me sobresalta. Fijaos bien; acabo de leer: «Calle de Doña Catalina»... Y luego doy la vuelta a la esquina y leo en otro azulejo: «Plazuela de Cervantes». Esto es verdaderamente estupendo y terrible; indudablemente, estoy ante la casa del novelista. Y entonces me paro ante el portal y trato de examinar esta casa extraordinaria, portentosa. Pero una anciana -una de estas ancianas de pueblo, vestidas de negro, silenciosas- surge de lo hondo y se dirige hacia mí. Acaso -pienso- yo, un forastero, un desconocido, estoy cometiendo una indiscreción enorme al meterme en una casa extraña; yo me quito el sombrero y digo, inclinándome: «Perdón; yo estaba examinando esta casa.» Y entonces la señora vestida de negro me invita a entrar. Y en este punto -por uno de esos fenómenos psicológicos que vosotros conocéis muy bien-, si antes me parecía absurdo entrarme en una casa ajena, ahora me parece lógico, naturalísimo, el que esta dama me haya invitado a traspasar los umbrales. Todo, desde la nebulosa, estaba dispuesto para que una dama silenciosa invitara a entrar en su casa a un filósofo no menos silencioso. Y entro tranquilamente. Y luego, cuando aparecen dos mozos que me parecen cultos y discretos, los saludo y de parto con ellos en la misma simplicidad y la misma lógica. La casa está avanguardada de un patio con elevadas tapias; hay en él una parra y un pozo; el piso está empedrado de menudos cantos. En el fondo se levanta la casa; tiene dos anchas puertas que dan paso a un vestíbulo, que corre de parte a parte de la fachada. El sol entra en fúlgidas oleadas; un canario canta. Y yo examino dos grandes y negruzcos lienzos, con escenas bíblicas, que penden de las paredes. Y luego, por una ancha escalera que a mano derecha se halla, con barandilla de madera labrada, subimos al piso principal. Y hétenos en un salón de la misma traza y anchura del vestíbulo de abajo; los dos espaciosos balcones están de par en par; en el suelo, en los recuadros de viva luz que forma el sol, están colocadas simétricamente unas macetas. Adivino unas manos femeninas suaves y diligentes. Todo está limpio; todo está colocado con esa simetría ingenua, candorosa -pero tiránica, es preciso decirlo- de las casas de los pueblos. Pasamos por puertas pequeñas y grandes puertas de cuarterones; es un laberinto de salas, cuartos, pasillos, alcobas, que se suceden, irregulares y pintorescas. Éste es un salón cuadrilongo que tiene una sillería roja, y en que un señor de 1830 os mira, encuadrado en su marco, encima del sofá. Ésta es una salita angosta con un corto pasillo que va a dar a una reja, a la cual Cervantes se asomaba y veía desde ella la campiña desmesurada y solitaria, silenciosa, monótona, sombría. Ésta es una alcoba con una puertecilla baja y una mampara de cristales; aquí dormían Cervantes y su esposa. Yo contemplo estas paredes rebozadas de cal, blancas, que vieron transcurrir las horas felices del ironista...

Y luego otra vez me veo abajo, en el zaguán, sentado al sol, entre el follaje de las macetas. El canario canta; el cielo está azul. Ya lo he dicho: todo desde la nebulosa estaba dispuesto para que un filósofo pudiera gozar de este minuto de satisfacción íntima en el vestíbulo de la casa en que vivió la novia de un gran hombre. Pero he aquí que un acontecimiento terrible -tal vez también dispuesto desde hace millones y

millones de años- va a sobrevenir en mi vida. La cortesía de los moradores de esta casa es exquisita; unas palabras han sido pronunciadas en una estancia próxima, y yo, de pronto, veo aparecer, en dirección hacia mi, una linda y gentil muchacha; yo me levanto, un poco emocionado: es la hija de la casa. Y yo creo ver por un momento en esta joven esbelta y discreta -¿quién puede refrenar su fantasía?- a la propia hija de don Hernando Salazar, a la mismísima novia de Miguel de Cervantes. ¿Comprendéis mi emoción? Pero hay algo apremiante y tremendo que no da lugar a que mi imaginación trafague. La joven gentilísima que ha aparecido ante mí trae en una mano una bandejita con pastas, y en la otra, otra bandejita con una copa llena de dorado vino esquiveño. Y aquí entra el pequeño y tremendo conflicto; lances de éstos ocurren todos los días en las casas de pueblos; mi experiencia de la vida provinciana -ya lo sabéis- me ha hecho salvar fácilmente el escollo. Si yo cojo -decía- una de estas pastas grandes que se hacen en provincias, mientras yo me la como, para sorber después el vino, ha de esperar esta joven lindísima, es decir, la novia de Cervantes, ante mí, es decir, un desconocido insignificante. ¿No era todo esto un poco violento? ¿No he columbrado yo acaso su rubor cuando ha aparecido por la puerta? He cogido lo menos que podía coger de una de estas anchas pastas domésticas y he trasegado precipitadamente el vino. La niña permanecía inmóvil, encendida en vivos carmines y con los ojos bajos. Y yo pensaba luego, durante los breves minutos de charla con esta familia discreta y cortesana, en Catalina Salazar Palacios -la moradora de la casa en 1584, año del casamiento de Cervantes- y en Rosita Santos Aguado- la moradora en 1904, una de las figuras más simpáticas del próximo centenario. Mi imaginación identificaba a una y otra. Y cuando ha llegado el momento de despedirme, he contemplado, por última vez, en la puerta, bajo el cielo azul, entre las flores, a la linda muchacha -la novia de Cervantes.

Y he querido ir por la tarde a la fuente de Ombídales, cerca del pueblo, donde tenía sus viñas la amada del novelista. Predicho estaba que yo había de pasear en compañía del señor cura -digno sucesor del presbítero Pérez, que casó a Cervantes- y de don Andrés el Mayorazgo. Ya no existen los viñedos que la familia Salazar poseía en estos parajes; los majuelos del Herrador, de Albillo y del Espino han sido descepados; la fuente nace en una hondonada; una delgada hebra de agua surte de un largo caño de hierro, clavado en una losa, y va a rebalsarse en dos hondos charcazos. Anchas laderas, arañadas por el arado, se alejan en suaves ondulaciones a un lado y a otro. La lejanía está cerrada por una pincelada azul de las montañas. Llegaba el crepúsculo. «Éste es -ha dicho el señor cura- el paseo de los enamorados en Esquivias.» «Por aquí -ha añadido el Mayorazgo con énfasis irónico- he visto yo, cuando los trigos están altos, muchas y grandes cosas.»

La noche va llegando: por Poniente, el cielo se ilumina con suavidades nacaradas. La llanura inmensa, monótona, gris, sombría, está silenciosa: aparecen tras una loma las techumbres negruzcas del poblado. Las estrellas fulguran como anoche y como en toda la eternidad de las noches. Y yo pienso en las palabras que durante estos crepúsculos, en estas llanuras melancólicas, diría el ironista a su amada -palabras simples, palabras vulgares, palabras más grandes que todas las palabras de sus libros.

El caballero del Verde Gabán



Cuando don Quijote llegó a casa del caballero del Verde Gabán, estaba muy contento; acababa de realizar una de las mayores aventuras de su vida: la de los leones. En la puerta esperaban a don Diego -tal vez un poco ansiosos por la tardanza- doña Cristina y Lorenzo. Doña Cristina es la esposa de don Diego; Lorenzo es su hijo. Doña Cristina se encuentra en esa edad en que las mujeres hacen soñar a los muchachos que están en los colegios; tal vez tiene una barbilla que se repliega suavemente sobre el angosto cuello del corpiño; acaso en sus ojos hay esa vaga melancolía, esa dulzura, esa añoranza que tenéis vosotras, buenas amigas, cuando estáis a punto de despediros de la edad loca. Lorenzo, su hijo, es un mozuelo absurdo y fantástico; Cervantes dice que su padre no ha podido hacer, por nada del mundo, que estudie leyes; esto le granjea nuestras más calurosas simpatías. Cervantes añade también que tampoco su padre ha podido lograr que trabaje en la teología; esto lleva hacia él con más fervor nuestros afectos.

Doña Cristina y Lorenzo están a la puerta de la casa; un criado, hace un momento, ha avisado que por el cabo de la calleja venía don Diego acompañado de otro señor extraño; al oír la nueva doña Cristina y Lorenzo han bajado corriendo. Y ya está don Quijote entre ellos; los dos se hallan llenos de una profunda estupefacción; acaso una turba de muchachos, que les ha ido siguiendo por las calles del pueblo, rodea el grupo; y es posible que estas buenas viejas, que no hacen jamás nada, se hayan asomado a las pequeñas ventanas que para este efecto hay debajo de los anchos aleros, y que algunos señores vecinos hayan aparecido en los umbrales de sus casas con sus redondos sombreros y la mano siniestra colocada en los pomos de las espadas. «¿Quién es - pensarán ellos- este hombre extraño que trae don Diego y que trae una media armadura, una rodela y un lanzón largo?» Entretanto, don Diego se apea, sonriendo, de su caballo, y dice, dirigiéndose a doña Cristina y señalando a don Alonso:

-¡Recibid, señora, con vuestro sólito agrado, al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo!

Don Alonso, al acabar de pronunciar estas palabras don Diego, se inclina con una profunda cortesía; doña Cristina dobla la cabeza y sonríe con una de esas ligeras sonrisas que vosotras, buenas amigas, tenéis y que nos confunden un poco, puesto que no sabemos si son de ingenuidad o de ironía. Y sea, en fin de cuenta, lo que fuere, ello es que, después de hecha también la presentación a Lorenzo, todos penetran en la casa. Cervantes ha tenido buen cuidado de decirnos que esta casa es anchurosa, cómoda; hay en ella un desahogado patio, una bodega, con su jaraíz, y una cueva; arrimadas a las paredes, en bella y simétrica ordenanza, aparecen unas rotundas tinajas, producto de los famosos alfares del Toboso. Don Quijote, durante un momento, ante estas vasijas, por natural asociación de ideas, recuerda a Dulcinea; Sancho, más práctico, menos idealista -no le tengáis rencor por esto-, es posible que sólo piense en el grato licor manchego. Luego todos franquean la puerta de la sala; la sala es la pieza principal de la casa. Se ven en ella un armario con libros amenos e instructivos, unos cuadros -en que los vivos colores aún no han sido velados por la pátina que hoy los oscurece-, unas cornucopias, un contador de ébano o de caoba, unos anchos sillones con asiento y respaldar entapizados. Don Quijote ha puesto sobre uno de estos sillones su celada, con majestuosa prosopopeya. Todos le miran en silencio, atónitos, estupefactos; en la

puerta, una de esas criadas que Cervantes conocía tan bien (como la de Argüello o la Gallega de *La ilustre fregona*) abre los ojos asombrada; Lorenzo y don Diego hablan con voz quedita en un rincón, en tanto observan, de rato en rato, a hurtadillas, a don Quijote.

-Pero ¿quién es este hombre tan extraño? -pregunta Lorenzo a su padre.

-No sé -contesta don Diego-. No sé; a veces parece un loco y otras creo que es la persona más inteligente y discreta que he tratado jamás. En definitiva: no puedo decir si es un loco o un sabio.

Y aquí, en esta perplejidad de don Diego, está todo el encanto, toda la atracción, todo el profundo misterio de esta maravillosa aventura. Don Diego es un hombre sencillo, honesto, discreto; en la casa se respira un ambiente de sosiego, de paz; los muebles están colocados simétricamente; todas las cosas diarias se hacen a las mismas horas; las comidas están siempre a punto cuando llega el mediodía y cuando llega la noche; a idénticos instantes se abren por la mañana las puertas y ventanas y se toca a retirada por la noche; se guardan y conmemoran todas las fiestas y sucesos de la familia; los manteles no están nunca manchados ni se verá jamás un desgarrón en los atavíos de las camas; la ropa blanca está guardada toda con cuidado en unos grandes arcaces de pino en que se ponen unos membrillos y unas olorosas raíces de enebro; en la alacena se apilan mantenencias y gollerías de toda especie; las zafras están llenas de aceite; la vidriada tinaja del pan aparece atiborrada de redondas y doradas hogazas. Y un silencio profundo, un silencio ideal, un silencio que os sosiega los nervios y os invita al trabajo, un silencio que Cervantes califica de «maravilloso» y que dice que es lo que más ha sorprendido a don Quijote, reina en toda la casa. Y este es un contraste que presta el hondo, el trascendental interés a esta página. En esta casa, este mismo espíritu de orden, este mismo apego al método en todas las cosas diarias, este mismo bienestar sólido, silenciosamente gustado, hacen nacer en sus moradores un íntimo, un suave egoísmo. No quiero que interpretéis malamente ahora esta palabra. Doña Cristina, don Diego, Lorenzo, son excelentes ciudadanos; cumplen bien sus deberes; se portan lealmente con los amigos; son afables, son discretos. Pero tal vez algo que salga del ambiente pacífico y cordial de esta casa les sorprende; acaso ellos no puedan tolerar una audacia, un contrasentido, una impetuosidad, una acción loca y generosa, que de pronto eche abajo todo nuestro método cotidiano, todas nuestras pequeñas voluptuosidades, todas nuestras previsiones, toda nuestra lógica prosaica. Y bien: ¿comprendéis cómo en esta casa del caballero del Verde Gabán ha de causar una emoción tremenda la llegada de este extraño personaje de la Triste Figura? Don Quijote no tiene plan ni método; es un paradojista; no le importan nada las conveniencias sociales; no teme al ridículo; no tiene lógica en sus ideas ni en sus obras; camina al azar, desprecia el dinero; no es previsor; no para mientes en las cosas insignificantes del mundo. ¿Qué hombre estupendo es éste? ¿Qué concepto es el suyo de la vida y qué es lo que se propone andando en esta forma por los caminos?

Don Diego no lo sabe; él no acierta a decidir lo que es a punto fijo este caballero que ha traído consigo. ¿Es un loco? ¿Es un sabio? El conflicto acaba de plantearse en esta casa; ya las dos modalidades del espíritu -la que representa don Quijote y la que simboliza don Diego- se hallan en pugna. ¿Cuáles serán las consecuencias? La batalla va a decidirse en el alma del mozo Lorenzo. Lorenzo está indeciso: ama la poesía, el ideal, las lejanías vagas y románticas, lo desconocido, lo quimérico; don Diego, su

padre, no ha podido hacer que se aplique a más provechosas y sólidas especulaciones; pero hasta ahora sus ímpetus, sus gustos, sus tendencias, se hallan reprimidas, retenidas por el ambiente sosegado y regular de esta vivienda; acaso con el tiempo, desengañado de sus quimeras y sus ensueños, hubiera llegado a ser un excelente agricultor o un laborioso mercader. Y de pronto aparece en la casa este absurdo don Alonso Quijano. Lorenzo y don Quijote tienen una animada charla; Lorenzo lee sus poesías al caballero errante.

-¡Viven los cielos -grita entusiasmado don Quijote-, viven los cielos, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe!

Ya la batalla está perdida, o, si os place, ganada. Lorenzo no será ni agricultor ni comerciante. Y yo os pregunto, amigos mías, buenos amigos: ¿qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, activos, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores?

Sintamos una cordial simpatía por los primeros; pero, al mismo tiempo -y ésta es la humana y perdurable antinomia que ha pintado Cervantes-, deseemos tener una pequeña renta, una tiendecilla o unos majuelos.

La fragancia del vaso



En el mesón que en Toledo tenían el *Sevillano* y su mujer, había una linda moza llamada Costanza. No era hija de los mesoneros; teníanla, sin embargo, los mesoneros, por hija. Un día se descubrió que los padres de la muchacha eran unos nobles señores. Saliose Costanza del mesón; casose con un rico mancebo; fuese a vivir a Burgos.

Ningún aposentamiento para viandantes había en Toledo más apacible que el mesón del *Sevillano*. Lo que siglos más tarde habían de ser unos mesones fastuosos llamados grandes hoteles, eso era entonces -relativamente- la posada del *Sevillano* y su mujer. La plata labrada que se guardaba en la casa «era mucha». Si en otros paradores los arrieros y almocrebes veíanse precisados a ir al río para dar de beber a las bestias, aquí podían abreviarlas en anchos barreños puestos en el patio. Numerosa y diligente era la servidumbre; mozos de cebada, mozos de agua, criadas, fregonas, iban y venían por el patio y los altos corredores. El tráfico del mesón era continuo y bullicioso. Venían aquí a aposentarse caballeros, clérigos, soldados, estudiantes. Veíase una sotana de seda junto a la ropilla pintoresca de un capitán; las plumas bermejas, verdes y gualdas de un airón rozaban las negras tocas de una dueña. Un grave oidor que había descendido de una litera entraba apoyándose en un bastón de muletilla; poco después surgía un militar que hacía sonar en el empedrado el hierro de sus espuelas. Rezaba silencioso su breviario un clérigo, y de un cuarto, allá arriba, se escapaban las carcajadas de unos soldados que departían sobre lances de amor, o sonaban en el tablero los dados con que unos estudiantes jugaban. Ni hora del día ni de la noche había quieta; ni un momento

estaba cerrada la puerta de la casa. Sonaban sobre los cantos del patio, lo mismo a la madrugada que al ocaso, las pisadas recias y acompasadas de los caballos; igual al mediodía que a prima noche, se escuchaban en toda la casa los gritos e improperios de un hidalgo que denostaba a un criado -estos criados socarrones de Tirso y de Lope- por su haronía y su beodez. La vida, varia y ancha, pasaba incesantemente por el mesón del *Sevillano*. Allí estaba lo que más ávidamente amamos: lo pintoresco y lo imprevisto.

Admirada por todos era la hacendosa Costancica. Desde muy lejos acudían a verla. No daba la moza aires a nadie; corrían a la par su honestidad y su hermosura. La admiración y el respeto que los huéspedes sentían por ella era motivo de la envidia de las demás criadas. Al frente de la servidumbre femenil se ponía en esta común ojeriza, la Argüello, una moza recia y cuarentona. Era la Argüello «superintendente de las camas», y en retozos con los huéspedes, trapisondas y rebullicios se metía ella y metía a las demás criadas del mesón.

Han pasado veinticinco años. La historia la cuenta Cervantes en *La ilustre fregona*. Quince años tenía Costanza cuando salió del mesón; cuarenta tiene ahora. Dos hijos le han nacido del matrimonio; uno tiene veinticuatro años; otro, veinte; uno de ellos está en Nápoles sirviendo en la casa del virrey; el otro se halla en Madrid gestionando un cargo para América.

Costanza ha embarnecido algo con la edad. Es alta, de cara aguileña y morena. Los años han puesto en su rostro una ligera y suave sotabarba. Ninguna ama de casa la supera en diligencia y escrupulosidad. Con el alba se levanta, antes de que sus criadas estén en pie. No deja rincón que no escudriñe ni pieza de ropa que no repase. Cuando no está labrando unas camisas, devana unas madejas de lana en el argadillo; si no se halla bruñendo algún trebejo en la cocina, se ocupa seguramente en confeccionar alguna delicada golosina. En el arte coquinario es maestra; hace guisados y pringotes de sabrosos mojes; salpresa exquisitamente los tocinos y lomos; no tienen rival los pestiños, hormigos y morcones que ella amasa. Una actividad incesante y febril la lleva de un lado para otro; ni un momento está quieta. A las labranderas que vienen a coser la ropa blanca no las quita ojo; se entiende con los ropavejeros que se llevan las estrazas y trastos viejos de la casa; llama al lañador que lanza su grito en la calle y le recomienda la soldadura de un barreño o un tinajón; hace observaciones al arcador que en el patio de la casa sacude con su corvada vara la lana de unos colchones.

La vida de la pequeña ciudad tiene su ritmo acompasado y monótono. Todos los días, a las mismas horas, ocurre lo mismo. Si habéis pasado vuestra niñez y vuestra adolescencia en el tráfigo y el bullicio, mal os acomodaréis a la existencia uniforme, gris, de una vieja casa en una vieja ciudad. Hagáis lo que hagáis, no podréis engañaros; sea cualquiera lo que arbitréis para ilusionaros a vosotros mismos, siempre se os vendrá al espíritu el recuerdo de aquellos pintorescos, y bulliciosos días pasados. Por la mañana, en la ciudad vetusta, las campanas de la catedral dejan caer sus graves campanadas; a las campanadas de la catedral se mezclan las campanaditas cristalinas, argentinas, de los distintos y lejanos conventos. Un mostranquero echa su pregón en la calle desierta. Luego un ermitaño pide su limosna: «¡Den por Dios para la lámpara de la señora Santa Lucía, que les conserve la vista!» Más tarde un buhonero lanza desde la puerta su grito «¿Compran trenzaderas, randas de Flandes, holanda, cambray, hilo portugués?» Un mes sucede a otro; los años van pasando; en invierno las montañas vecinas se tornan blancas; en verano el vivo resplandor del sol llena las plazas y

callejas; las rosas de los rosales se abren fragantes en la primavera; caen lentas, amarillas, las hojas en el otoño... De tarde en tarde Costanza recuerda los años pasados, allá en su mocedad, en el mesón del *Sevillano*.

Hace algunos años, una carta venida de Toledo le hizo saber que el dueño del mesón había muerto; algún tiempo más tarde murió también su mujer.

De los dos hijos de Costanza, el que está en Madrid pretendiendo un cargo para pasar a América, ha logrado su deseo. El marido de Costanza ha marchado a la Corte; un mes después, se pone también Costanza en camino para despedir a su hijo. Antes de llegar a Madrid ha querido Costanza pasar por Toledo para visitar el mesón. El mesón del *Sevillano* ha perdido ya su antiguo nombre; otras posadas de Toledo le disputan su antigua clientela. Todo está igual que antes; en el centro, el patio, empedrado de menudos y blancos guijarros; una techumbre sostenida por viejas columnas sin plinto lo rodea; luego, arriba, se abre la galería repechada por una barandilla de madera. Costanza ha penetrado en el patio; su primera impresión ha sido profundamente extraña: todo es más reducido y más mezquino de lo que ella veía con los ojos del espíritu. Nadie la conoce en la casa ni nadie la recuerda. Ninguna criada ni mozo alguno de los que en su tiempo servían, permanecen en el mesón.

-¿Qué se hizo de la Argüello? -pregunta Costanza.

Es ésta la única persona, entre la antigua servidumbre, de quien los dueños pueden dar razón. Cuando Costanza vivía en la posada, tenía la Argüello cuarenta y cinco años; ahora tiene setenta. Todos los días viene a pedir limosna; se halla ciega y sorda. Solórzano, el cosario de Illescas, murió; también murió él licenciado Román Quiñones, cura de Escalona, tan afable y decidor, que todos los meses venía a Toledo y paraba en el mesón.

Platicando estaba Costanza con el mesonero y su mujer, cuando ha penetrado lentamente por el zaguán una vieja encorvada, apoyada en un palo, vestida con unas tocas negras. Camina esta viejecita a tientas, dando con el cayado en el suelo, extendiendo de cuando en cuando la mano izquierda.

-Venid acá, madre -le ha dicho la mesonera cogiéndola de la mano-. ¿Acordaisos de Costancica, la que servía en el mesón hace veinticinco años?

La viejecita no entendía nada. Ha repetido a gritos su pregunta la mesonera.

-¿Eh, eh? ¿Costancica dice vuestra merced?

-Cierto, cierto. Costancica. Agora ha llegado...

La vieja no comprendía nada; al cabo de un rato de vanos esfuerzos, se ha marchado tan lentamente como ha venido, apoyada en su palo.

Dos meses después, Costanza está otra vez en Burgos. Todas las horas de todos los días son lo mismo; todos los días, a las mismas horas, pasan las mismas cosas. Las

campanas dejan caer sus campanadas; el mostranquero echa su pregón; un buhonero se acerca a la puerta y ofrece su mercadería. Si hemos pasado en nuestra mocedad unos días venturosos en que lo imprevisto y lo pintoresco nos encantaban, será inútil que queramos tornarlos a vivir. Del pasado dichoso sólo podemos conservar el recuerdo; es decir, la fragancia del vaso.

Cerrera, cerrera



Espléndidamente florecía la Universidad de Salamanca en el siglo XVI. Diez o doce mil estudiantes cursaban en sus aulas durante la segunda mitad de esa centuria. Hervían las calles, en la noble ciudad, de mozos castellanos, vascos, andaluces, extremeños. A las parlas y dialectos de todas las regiones españolas mezclábanse los sonidos guturales del inglés o la áspera ortología de los tudescos. Resonaban por la mañana, a la tarde, los patios y corredores con las contestaciones acaloradas de los ergotizantes, las carcajadas, los gritos, el ir y venir continuo, trafagoso, sobre las anchas losas. Reposterías y alojerías rebosaban de gente; abundaban donilleros que cazaban incautos jóvenes para los solapados garitos; iban de un lado a otro, pasito y cautas, las viejas cobejeras, con su rosario largo y sus alfileres, randas y lana para hilar. Los mozos ricos tenían larga asistencia de criados, mayordomos y bucelarios, que revelaban el atuendo y riqueza de sus casas -tales como nos lo ha pintado Vives en sus *Diálogos latinos*-. Vivían estrechamente los pobres: con tártagos mortales esperaban la llegada, siempre remisa, del cosario con los dineros; arbitrios y trazas peregrinas ideaban para socorrerse en los apuros; las cajas de los confiteros escamoteaban; las espadas empeñaban o malvendían; a pedazos llegaban a hacer los muebles y con ellos se calentaban; en mil mohatras y empeños usurarios se metían, hartos ya de apelar a toda clase de recursos. Ricos y pobres se juntaban como buenos camaradas, en los holgorios y rebullicios. No pasaba día sin que alguna tremenda travesura no se comentara en la ciudad; cosa corriente eran las matracas y cantaletas dadas a algún hidalgo pedantón y espetado; choques violentos había cada noche con los justicias que trataban de impedir una música; en las pruebas por que se hacía pasar a los estudiantes novicios, agotábase el más cruel ingenio.

Cursaba en la Universidad, allá por la época de que hablamos, un mozo de una ciudad manchega. No gustaba del bullicio. Su casa la tenía en una callejuela desierta, a la salida de la ciudad, cerca del campo. Vivía con una familia de su propia tierra nativa. Aposentábase en lo alto de la casa; su cuarto daba a una galería con barandal de hierro. Desde ella se divisaba, en la lontananza, por encima de la muchedumbre de tejados, torrecillas y lucernas, la torre de la catedral, que se destacaba en el cielo. De entre las paredes de un patio lejano sobresalían las cimas agudas, cimbreadas, de unos cipreses. Muchas veces nuestro estudiante pasábase horas enteras de pechos sobre la barandilla, contemplando la torre sobre el azul, o viendo pasar, lentas o rápidas, las blancas nubes. Y allí, más cerca, resaltando en lo pardo de las techumbres, aquellas afiladas copas de los cipreses que desde la prisión de un patio se elevaban hacia el firmamento ancho y libre, eran como una concreción de sus anhelos y sus aspiraciones.

Rara vez aportaba por las aulas de la Universidad nuestro escolar. Sobre su mesa reposaban cubiertos de polvo, siempre quietos, las *Sumas* y *Digestos*; iban y venían de

una a otra mano, en cambio, los ligeros volúmenes de Petrarca, de Camoens y de Garcilaso. Largas horas pasaba el mancebo en la lectura de los poetas y en la contemplación del cielo. De cuando en cuando, un amigo y conterráneo suyo venía a verle, y juntos devaneaban por la ciudad y sus aledaños. Les placía en estas correrías a los dos amigos escudriñar todos los rincones y saber de todas las beldades de la ciudad; entusiastas de la poesía en los libros, uno y otro, amaban también, férvidamente, la poesía viva de la hermosura femenina o la del espectáculo del campo. Luego, cuando ya habían apacentado sus ojos de tal manera, volvía cada cual a sus meditaciones, y nuestro amigo, solo otra vez, se ponía de pechos largos ratos sobre la barandilla o iba gustando -lejos de las áridas aulas- la regalada música de Garcilaso o de Petrarca.

Un día nuestro amigo en una de sus peregrinaciones vio una linda muchacha. Nadie, entre sus camaradas, la conocía. Era una moza alta, esbelta, con la cara aguileña. Su tez era morena, y sus ojos negros tenían fulgores de inteligencia y de malicia. Como quien entra súbitamente en un mundo desconocido quedose el estudiante a la vista de tal muchacha. Fue su pasión violenta y reconcentrada, pasión de solitario y de poeta. Vivía la moza con una tía anciana y dos criadas. Súpose luego a luego que sus lances y quiebras habían sido varios en distintas ciudades castellanas. No reparó el estudiante en nada; no retrocedió ante la pasada y aventurera historia de la moza. A poco, casose con ella y se la llevó al pueblo. Al llegar díjole a su padre -ya muy viejo- que la muchacha era hija de una casa principal, de donde él la había sacado.

El suceso se comentó en toda Salamanca. Relatado se halla menudamente en *La tía fingida*. Cuando el casamiento del estudiante se supo, no faltaron quienes escribieran al padre del muchacho informándole de la bajeza de la nuera. «Mas ella -dice el autor de la novela- se había dado con sus astucias y discreción tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran de ella, no quisiera haber dejado de. alcanzarla por hija.» Sí; eso es verdad; encantó a todos en los primeros tiempos la moza. Pero...

(En el *Quijote* -capítulo L, de la primera parte- el cura, el barbero y el canónigo llevan hacia el pueblo, metido en una jaula, al buen hidalgo. Han llegado todos a un ameno y fresco valle; se disponen a comer; sobre el verde y suave césped han puesto las viandas. Ya están comiendo; ya departen amigablemente durante el grato yantar. De pronto, por un claro de un bosque, surge una hermosa cabra, que corre y salta. Detrás viene persiguiéndola un pastor. El pastor le grita así, cuando la tiene presa, cogida por los cuernos:

«¡Ah, cerrera, cerrera, Manchada, Manchada, y cómo andáis estos días vos de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¡qué puede ser, sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas a quien imitáis!...»

Los circunstantes al ver al cabrero y escuchar sus razones, han suspendido durante un momento la comida. Les intrigan las extrañas palabras del pastor.

«-Por vida vuestra, hermano -le dice el canónigo-, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esta cabra a su rebaño; que pues ella es hembra como vos decís, ha de seguir su natural instinto, por más que vos os pongáis a estorbarlo...»

Ha de seguir su natural instinto. El pasaje referido del *Quijote* ha sido señalado por comentaristas que ven en tal episodio algo de simbolismo y de misterio. ¿Qué perdurable emblema hay en esta cabra, cerrera y triscadora, que va por el valle, de peña en peña, llevada de su impulso, siguiendo su instinto?)

El hidalgo -antiguo alumno de la Universidad salmanticense- está solo en su casa. Hace dos años que no vive en ella más que él. Todas las tardes, en invierno y en verano, el caballero se encamina hacia el río. Hay allí un molino a la orilla del agua; junto a la puerta se extiende un poyo de piedra; en él se sienta el caballero. Dentro, la cítola canta su eterna y monótona canción. No lejos de la aceña, allí a dos pasos, desemboca un viejo puente. Generaciones y generaciones han desfilado por este estrecho paso, sobre las aguas: sobre las aguas que ahora -como hace mil años- corren mansamente hasta desaparecer allá abajo entre un bosque de álamos, en un meandro suave. El hidalgo se sienta y permanece absorto largos ratos. Por el puente pasa la vida, pintoresca y varia: el carro de unos cómicos, la carreta cubierta de paramentos negros en que traen el cuerpo muerto de un señor, unos leñadores con sus borricos cargados de hornija, un hato de ganado merchaniego que viene al mercado, un ciego con su lazarillo, una romería que va al lejano santuario, un tropel de soldados. Y las aguas del río corren mansas, impasibles, en tanto que en el molino la taravilla canta su rítmica, inacabable canción.

Un día, al regresar al anochecer el hidalgo a su casa, encuentre con una carta. Conoció la letra del sobre; durante un instante permaneció absorto, inmóvil. Aquella misma noche se ponía en camino. A la tarde siguiente llegaba a una ciudad lejana y se detenía en una sórdida callejuela, ante una mísera casita. En la puerta estaba un criado que guardaba la mula de un médico.

El caballero, en su ciudad natal, ha vuelto a encaminarse todas las tardes, a la misma hora, al molino que se halla junto al río. Ahora viste todo él de luto. Horas enteras permanece absorto, sentado en el poyo de la puerta. Desfila por el puente la vida, varia y pintoresca -como hace cien años, como dentro de otros doscientos-. Las aguas corren mansas a perderse en una lejanía en que los finos y plateados álamos se perfilan sobre el cielo azul. La cítola del molino sigue entonando su canción. Todo en la gran corriente de las cosas es impasible y eterno; y todo, siendo distinto, volverá perdurablemente a renovarse.

Allá en la casa del caballero, entre los volúmenes que hay sobre la mesa, está el libro que el poeta Ovidio tituló *Los tristes*; una señal se ve en la elegía XII, de la primera parte, que comienza:

Ecce supervacues (quid enim suit utile nasci...?)

«Ha llegado el día -dice el poeta- en que conmemoro mi nacimiento: un día superfluo. Porque, ¿de qué me ha aprovechado a mí el haber nacido?» Una mañana no se abrió más la casa del hidalgo ni nadie le volvió a ver. Diez años más tarde, un soldado que regresó de Italia al pueblo, dijo que le parecía haberle visto de lejos; no pudo añadir otra cosa.

Al margen del *Quijote*



Don Quijote hállase paseando por el porche -«fresco y espacioso»- de una venta. Una vaga melancolía baña su espíritu. Hoy, en nuestra vida moderna, al cabo de tres siglos, experimentamos una sensación análoga a ésta de don Quijote cuando, después de años de batallar incesante -nosotros, políticos o literatos- esperamos en una estación para marcharnos, dentro de un momento, a un pueblecillo, al campo, de donde no hemos de volver. Atrás, en la gran ciudad, quedan todos nuestros afanes, nuestras angustias, nuestros anhelos, nuestras esperanzas. La juventud se ha desvanecido; en las lejanías de lo pretérito se han esfumado las ilusiones de la mocedad. El tren va a alejarnos dentro de un instante de la gran ciudad. No volveremos más a estos sitios en que tanto hemos trabajado y tanto sufrido... Don Quijote se pasea por el ancho pórtico de la venta. Hace un momento ha llegado un caballero acompañado de tres o cuatro fámulos. A uno de ellos ha oído llamar don Álvaro Tarfe, al viajero recién venido. El nombre de don Álvaro Tarfe lo ha leído el gran hidalgo en la historia apócrifa que de sus hechos corre. Cuando el caballero se ha aseado en su cuarto, ha salido al portal y ha reparado en la singular figura -magra y larga- de don Quijote. Su curiosidad se ha despertado.

«¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre?», ha interrogado don Álvaro a don Quijote. «A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural», ha contestado el inmortal manchego.

«Yo, señor -ha replicado don Álvaro-, voy a Granada, que es mi patria.»

«Y buena patria!», ha loado don Quijote.

La cordial conversación está trabada. Al ingenioso hidalgo le escarabajea el ánimo una duda. «Este don Álvaro Tarfe -piensa don Quijote- ¿será, en efecto, el mismo don Álvaro Tarfe que aparece en esa historia apócrifa de mis gestas?» Así se lo pregunta al cabo al incógnito viajero. «El mismo soy -responde Tarfe-, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío.» Don Quijote queda perplejo, estupefacto, al escuchar estas palabras. A la sorpresa sigue una íntima indignación. Apenas puede reprimir unas palabras de cólera; la cortesía -su irreprochable cortesía- pone medida en su lengua. «Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro -exclama al fin-, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuesa merced dice?» No, no se parece en nada. El interrogado caballero no se explica la pregunta de su interpelante; pero a poco don Quijote va aclarando el misterio. Al cabo se declara con entera franqueza: «Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos.» Y el inmortal caballero pide a su nuevo amigo que declare, «ante el alcalde del lugar», en documento solemne, que hasta ahora no viera nunca a don Quijote, y que este caballero, y no otro, es el auténtico, el verdadero, el inconfundible don Quijote de la Mancha. A ello accede don Álvaro Tarfe de muy buen grado. «La declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración...»

Esa declaración era el último acto trascendental en la vida del insigne manchego. Caminaba don Quijote a su aldea, de vuelta de su vencimiento de Barcelona. No era ya

caballero andante; determinado tenía consagrarse a la vida apacible de las florestas y los oteros. Su nombre poético de pastor tenía ya elegido. La estada de ahora en la venta era la postrera etapa de su vida heroica por los caminos. Atrás iban a quedar las aventuras, los castillos, los hechos de caridad y de justicia, el rudo batallar por el ideal. Don Quijote veía que ese pasado no iba a volver para él. Una íntima melancolía bañaba su espíritu. Esta solemne declaración de ahora, era la afirmación de su personalidad. Hemos vivido largos años de trabajos y anhelos; otras generaciones van pasando sobre nosotros -políticos o artistas-; nuevos hombres asoman con más energía, más brío, más inspiración que nosotros. Nuestro entusiasmo, nuestra fuerza, han desaparecido. En este crepúsculo vespertino de nuestra personalidad, al entrar en la región de las sombras, nos detenemos un instante -última parada; y consideramos nuestra obra, modesta o brillante. Hemos cumplido con nuestro deber; hemos trabajado; la sinceridad y el amor a la belleza y a la justicia ha guiado nuestra pluma. Podrá pasar por encima de nosotros otra generación; no podrá arrebatar nos nuestra personalidad, lo trabajado, lo ansiado y lo sufrido.

A la tarde del mismo día en que ocurrió tal escena en la venta, don Quijote y don Álvaro reanudaron el viaje. A obra de media legua, se separaban los caminos. Se abrazaron los dos caballeros y alejáronse por las dos vías distintas.

(El día 23 de abril de 1616 moría Cervantes. El 19 del mismo mes escribía sus últimas cuartillas: la dedicatoria de su novela *Persiles y Sigismunda*. Hasta éstos sus postreros días había tenido Cervantes la obsesión de los caminos. A lo largo de las vidas humanas se ofrecen distintos cruces de caminos. ¿Por dónde guiaremos nuestros pasos? De estos dos caminos que se abren ante nosotros, ¿cuál será el de la felicidad y cuál el del infortunio? Del camino de Esquivias a Madrid habla Miguel en su último escrito. «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos -escribe Cervantes al final del prólogo-, que ya me voy muriendo, y deseando veros presto, contentos y en la otra vida.» Don Quijote y don Álvaro han seguido cada uno por uno de los dos caminos que ante ellos se abrían. Poco tiempo después de este encuentro moría don Quijote.)

Don Álvaro Tarfe tenía en Granada su casa. Era una casa ancha, tranquila y limpia. A poco de llegar a su ciudad, don Álvaro compró un ejemplar de la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Leía el caballero continuamente este libro; prendose de esta honda y humana filosofía. Todas las noches, antes de entregarse al sueño, don Álvaro abría el libro y se abstraía en su lectura. Había en la casa de don Álvaro unas diligentes y amorosas manos femeninas. Desde la casa, situada en alto, se veía el panorama de la ciudad, la vega verde, la pincelada azul de las montañas. Al año, esas manos blancas y finas que arreglaban la casa, habían -para siempre- desaparecido. Algo más tarde, un incendio destruyó una granja de don Álvaro. La fortuna de nuestro caballero menguaba. Todo amor y solicitud era don Álvaro para los desgraciados. Nadie se acercaba a su persona que no viese aplacados sus dolores. Ya no tenía apego a nada. Su único consuelo era la lectura de este libro sin par. Su amigo, su compañero inseparable, su confidente, era el ejemplar en que leía las hazañas del gran don Quijote.

Tres años después del encuentro en la venta, don Álvaro estaba completamente pobre. Los últimos restos de su fortuna los había empleado en remediar el dolor ajeno. No le quedaba al caballero más que su ejemplar del Quijote. Con él, pasó a Córdoba. De Córdoba, don Álvaro marchó a Sevilla. Vivía allí de caridad, en una casilla de un barrio extremo. Se habla quedado casi ciego; no podía leer. Su íntima angustia era no poder

posar los ojos en las páginas del Quijote. Algunas veces, alguien le leía unas páginas. Pero él apretaba contra su pecho, henchido de ternura, el ejemplar de este libro que con tanta espiritual fruición había leído.

Un día, al cabo del tiempo, unos señores paisanos de don Álvaro, que anduvieron buscándole por Sevilla, llegaron a la casa donde había vivido y preguntaron por él. Una viejecita, que se asomó a una ventana, les dijo que no sabía nada. Una tarde -después de un año- un transeúnte que pasaba por delante de un puesto de libros situado en las gradas de la catedral, compró un ejemplar de la primera parte del Quijote. Cuando llegó a su casa raspó con una navajita un rótulo manuscrito que estaba puesto en una hoja de las guardas y que decía: «Soy de don Álvaro Tarfe.» En su lugar puso: «Soy de don Antonio Díaz.»



Al margen de *La fuerza de la sangre*

Cervantes, en *La fuerza de la sangre*, nos da la sensación de una noche de luna. Como la novela *El amante liberal* está henchida de una visión del Mediterráneo -luz cegadora, mar azul, brisas leves que impregnan de sal nuestros labios, nubes redondas y blancas, blancas casas, palmeras-, así *La fuerza de la sangre* nos trae al espíritu la sensación del centro de España: tierras altas, sembrados verdes y monótonos, callejuelas, campanas, viejecitas, caserones, estancias silenciosas y vastas, noches claras y calladas de luna. ¿Por qué unas líneas -dos o tres- de descripción en Cervantes nos producen el mismo efecto -o más intenso- que una amplia, detallada, prolija descripción? «La noche era clara, la hora las once, el camino solo y el paso tardo.» La luna alumbraba el paisaje. Es en Toledo, allá por la cuesta del río. La luz de la luna, suave, fría, baña la campiña, envuelve los lomazos y quiebras de los montes, se filtra por el ramaje de los árboles, resbala sobre las aguas del río. En la ciudad todo duerme; poco a poco se van apagando las lucecitas de las ventanas. La grande y profunda calma de la noche va a comenzar; calma profunda que sólo romperán, acá y allá, las campanaditas cristalinas de un convento: calma profunda en que sólo lucirá, en una ventana, perdida en las tinieblas, el resplandor de la luz que ilumina un dolor o un esfuerzo mental.

La luz de la luna lo baña todo. Las noches de luna en el campo, en los alrededores de las ciudades, tienen un encanto profundo. Son los olivares grises que se extienden ordenados, en hileras, y por entre los que caminamos, mientras un cuclillo lanza su nota, en busca del remoto pueblecillo. Son los jardines que en estas horas parece que se recogen sobre sí mismos. Son los ríos que se deslizan hacia lejanas foscuras que no acertamos a adivinar. Son las fuentes que manan con un murmullo más sonoro y continuado. Son los molinos que andan y andan incesantemente. Son esas callejuelas que hay detrás de las fábricas, angostas, intransitadas, y desde las cuales, asomándonos por una ventana, vemos dentro, en el vasto ámbito, el laberinto de las ruedas, correas y engranajes, moviéndose todo en un retumbante estrépito, entre resplandores blancos o rojos.

En las noches de profunda oscuridad, todo esto es más denso, más misterioso, más violento; en las noches de clara luna después del anhelo y de la fatiga del día, las cosas parece que no entran en una inmovilidad definitiva e incommovible; las cosas tienen una transición suave, dulce, del día a la noche. No es del todo la noche; la luz vaga, reposada y blanca de la luna, presta al paisaje, a las ciudades y a las cosas, una vida mitigada y sedante. Cervantes, en su novela, nos ofrece esta impresión de noche de luna. De la lectura de la novela, por encima de todo, a pesar de la trama, contra el hecho patético que allí se narra; de la lectura de la novela queda en el espíritu esta sensación de luz nocturna y dulce: luz dulce que en la noche ilumina la cuesta del río, allá en Toledo, en tanto que la ciudad duerme y las últimas lucecitas comienzan a extinguirse.

(Por la misma época en que Cervantes vivía y escribía, un poeta -Góngora- nos daba también una sensación de noche y de luna. No son frecuentes en nuestra literatura estas visiones de un romanticismo delicado y misterioso. La luz de nuestra literatura clásica es más violenta y agria. Góngora imagina un paisaje -en una breve *Canción*-, en que «las altas ruedas se mueven en silencio»: ruedas tal vez de las artes con que los labriegos riegan sus campos. «Las verdes sonoras alamedas reposan en silencio»; el Betis, «entre» juncias, se desliza «dormido». En este paisaje nocturno hay, como en un cuadro de Juan B. del Mazo, «un peñasco roto»; el «rayo de la luna» viene a quebrarse sobre él. Al pie de la roca, se yergue un árbol, y recostado en su tronco, en el silencio de la noche, bajo el claro cielo iluminado por la luna, un amante suspira y se lamenta de sus pesares. Luna, peñasco roto, recio tronco de árbol, río que se desliza callado...)

En la novela de Cervantes, la sensación de la noche de luna en la cuesta del río va unida a otra sensación capital: la de una casa que se levanta en la ciudad. De esta casa sólo sabemos que tiene un salón tapizado de damasco. Nos place imaginar que este damasco que cubre las paredes es de un rojo apagado o de un verde oscuro. Sobre el damasco rojo o verde destacan los recios muebles de maderas preciosas, embutidos de nácar y plata. Es elevado el techo de la estancia; son gruesas las paredes; una ventana, con forjada reja, da a un jardín interior. Apartado del bullicio callejero está este salón; no llegan aquí los estrépitos de la ciudad; nuestros ojos descansan gratamente en el damasco de las paredes; nuestras horas de meditación y de lectura no son turbadas por los mil ruidos de la vida ciudadana. En el jardín crecen adelfas, rosales; un jazminero fragante llega hasta los hierros de la reja; unos cipreses se encumbran hasta traspasar el tejado.

¡Silencio profundo y sedante! ¡Paz del salón tapizado de damasco -rojo o verde-, que va a unirse a la paz de la cuesta del río en las noches claras de luna! En las noches claras de luna, la misma luz que nos hace amar el paisaje a esta hora, entra en este salón, bello y noble, por la ancha ventana. Viene la luz de la blanca luna; ha besado la cima de los cipreses, ha resbalado sobre los rosales y ha entrado, a través de la reja, hasta el damasco de este salón.

Aquí en este salón han resonado gritos de angustia, se han derramado lágrimas, se han visto satisfechos anhelos, se ha llorado y se ha sonreído; risas y lágrimas, afanes y alegrías, han pasado por las generaciones que aquí, a lo largo del tiempo, han vivido. ¿Quién habitará ahora en esta casa y quién se hallará ahora en este salón? La impresión que nos produce la novela de Cervantes es la de las cosas que perduran y que continúan

más allá de los deleznales y rápidos gestos de los hombres. Generaciones han pasado por el salón tapizado de damasco. Allá, en la cuesta del río, la luz dulce de la luna baña el paisaje, y aquí, en esta casa, la luna entra por la ventana del jardín hasta el damasco rojo o verde de las paredes.



Cervantes en el *Persiles*

¿Por qué se rodea al libro *Persiles y Sigismunda* de un ambiente de indiferencia, de olvido y de inatención? Detengámonos un poco. Hagamos como quien encuentra allá arriba, en una estancia apartada del caserón, un cuadro interesante. El cuadro no parece nada; su marco está carcomido; su lienzo, costroso, polvoriento. Se le limpia; se le encuadra en un marco espléndido. Después, en un salón claro y elegante, se le coloca sobre un fondo adecuado, en bello contraste con muebles artísticos y con delicadas porcelanas y figuritas gráciles. El cuadro, entonces, vive, se anima, emana claridad y belleza. Ya no es el lienzo ante el que hemos pasado indiferentes, inadvertidos, años y años; ahora, la obra del artista ha entrado en el ambiente que le corresponde. Hagamos lo mismo con el *Persiles*. Cervantes: ya viejo, en un remozamiento último, pusiste tus anhelos y tus alegrías íntimas -las pocas que podías tener- en esta obra; la juzgabas, allá dentro de ti, como una bella obra. Luego, la inatención, el descuido, la rutina, el prejuicio de eruditos y profesores, ha cubierto poco a poco de polvo tu obra. Otra obra atraía todas las miradas. Y, sin embargo, tu libro era un bello, un exquisito, un admirable libro. Se necesita en nuestra literatura sacar a plena luz obras que están todavía sin ser gustadas plenamente por los lectores. Hagamos con el *Persiles* lo que se hace con un cuadro olvidado.

En algunas de las *Novelas ejemplares*, Cervantes nos da una sensación honda de mar claro y azul. Este hombre, que escribe estas páginas de *El amante liberal*, por ejemplo, es el hombre que lleva en sus ojos la visión del Mediterráneo, del Tirreno, del Adriático. Nicosia, Chipre, Corfú, Malta; ¡cómo estos nombres suenan gratamente en los oídos de este hombre, nacido en el centro de España y que se ve condenado a peregrinar por las monótonas, desoladas llanuras manchegas! Nicosia, Corfú, Malta, Chipre; con estos nombres vienen a la memoria las olas blancas de espuma, las playas doradas, los crepúsculos sobre el mar, la lejanía límpida e infinita, las brisas saladas y tibias, los boscajes perfumados junto a las aguas. Desde este caserón del viejo pueblo castellano, en lo alto de la meseta, frente al panorama de los olivos grises o de las terreras cepas, el espíritu corre hacia allá abajo, hacia la inmensidad, y se espacia en las islas claras y gratas del Mediterráneo o del Tirreno. Cervantes es el primero que en nuestras letras nos ofrece una impresión de cosmopolitismo y de civilización densa y moderna. Hasta los días presentes no habíamos de encontrar en la literatura española nada parecido. En torno de los mares nombrados, en sus archipiélagos y en sus ciudades, se desenvolvía entonces la vida más libre y espontánea del mundo. Hoy mismo, para nosotros, modernos, esos nombres melódicos -Chipre, Malta, Sicilia- evocan un sentir de claridad y de elegancia; en nuestra sensación modernísima se fusionan las páginas de Cervantes y la realidad actual. Y así, la obra del artista adquiere para nosotros un relieve y un sabor que acaso no ha tenido nunca.

La sensación del *Persiles y Sigismunda* ya no es la reverberante y límpida de las *Novelas*. Pero comienza también a tener este libro para los modernos un sentido que no ha tenido jamás. Principiamos a salir del estrecho y ahogador ambiente de los eruditos y los profesores de retórica. En el *Persiles*, la visión que nos ofrece el poeta es la de las tierras y mares tenebrosos del Norte.

Ante todo, reparad en el estilo. Comparad esta prosa -la mejor que ha escrito Cervantes- con la prosa de los Cigarrales, de Tirso, o de *El peregrino en su patria*, de Lope. En Cervantes todo es sencillez, limpieza, diafanidad; en Tirso y Lope, todo enmarañamiento, profusión, palabrería vacua y bambolla. No se puede parangonar esta prosa postrera de Cervantes sino a los últimos e insuperables cuadros de Velázquez. Como en las *Novelas ejemplares* aludidas (*El amante liberal*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*), unimos a las imágenes del poeta nuestras imágenes de ahora (excursiones en barcos elegantes por archipiélagos perfumados, paseos por bellas ciudades italianas, etc.), del mismo modo otras imágenes de hoy, completamente modernas, salidas de nuestra sensibilidad actual, se unen a las evocaciones del *Persiles*. Cuando Cervantes nos pinta, por ejemplo, los países de eternas noches, las islas misteriosas, las llanuras inmensas de hielo, el divagar de las naves por mares desconocidos y procelosos, pensamos en estos viajes temerarios y abnegados que modernamente han realizado un Nordensjöld, un Nansen, un Charcot. Todo esto que leemos en Cervantes, para nosotros no es -como se juzga en los manuales- absurdo y deslavazado; todo esto, escrito en el siglo XVII, tiene una trascendencia moderna actual. Al recorrer estas páginas vamos gozando de la impresión que un gran artista de hace tres siglos tenía de esta realidad que ahora tanto nos apasiona a nosotros.

¡Qué prosa más fina y más clara! Ya en los primeros capítulos del *Persiles* esta nota dominante de cosmopolitismo y de modernidad que hemos apuntado se nos revela por un detalle interesante. Uno de los personajes nos habla de «algunos caballeros ingleses que habían venido, llevados de su curiosidad, a ver a España. Y habiendo visto toda -se añada-, o, por lo menos, las mejores ciudades de ella, se volvían a su Patria». Este grupo de viajeros, de turistas, precisamente ingleses, que pasa por esas páginas, que cruza fugazmente por ellas y que desaparece después de haber visitado, por mera curiosidad, las principales ciudades de España; ese grupo de turistas ingleses, es este grupo que ahora acabamos de encontrar en los pasillos del sleeping o en las salas de un Museo...

¡Qué prosa más fina y más clara! Pongamos algunos ejemplos. De mar sosegado de un puerto: una nave destrozada por la tormenta es «llevada poco a poco de las olas, ya mansas y recogidas, a la orilla del mar en una playa, que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podría servir de seguro puerto. Y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa». De un paraje solitario y poblado de árboles en una isla: «Era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y a su parecer tanteó que bajaba poco más de una legua, todo lleno de árboles silvestres...» De una noche en el mar, navegando en un frágil esquife: «Entré en la barca con solos dos remos; alargose la nave; vino la noche oscura; hallome solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas.» (Navecillas que en las catástrofes marinas os apartáis y alejáis hacia la negrura terrible y misteriosa...) Del amanecer en el mar, para otros naufragos: «Se les pasó la noche velando y se vino el día a no más andar, como dicen, sino para más pensar; porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos.» De una isla cubierta de hielo: «Se entró con ligero

paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve, tan dura por estar helada, que le parecía pisar sobre pedernales.» (Sobre esta inmensidad dura y blanca sale este náufrago a cazar, y vemos ahora las excursiones cinegéticas-científicas hechas desde el *Vega*, el *Fram*, o el *Pourquois pas*?) De las noches, hiperbóreas: «Tres meses había de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses había de crepúsculo del día...»

Hay en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* siluetas de personajes que cruzan un momento por estas páginas y que nos atraen profundamente. Ya el destino de todos estos seres que van perdidos por el mar, de isla en isla, náufragos, luchando con las olas, como impulsadas por una fuerza que ellos mismos desconocen y a la que no pueden resistir: ya este destino oscuro y trágico -mezclado con cosas grotescas- llega a nuestro espíritu. ¿Para qué caminan, de tragedia en tragedia, todos estos hombres y cuál va a ser su fin? De cuando en cuando, uno de estos seres errátiles y vulgares muere, sus compañeros le sepultan en una isla o le arrojan al mar, y la caravana sigue dando tumbos hacia lo desconocido, por piélagos tormentosos y por islas desiertas. Sobre la vulgaridad y la monotonía de todas estas aventuras (la vulgaridad y monotonía en que tan sólo se han fijado los eruditos) sopla un viento de inquietud, de misterio y de dolor... Y esta Rosemunda, cuyo retrato se dibuja desde el capítulo XII al XXI del libro I; esta Rosemunda, agitada, convulsa por la pasión, mujer fatal, mujer que en la lejana Inglaterra ha dominado y angustiado a sus adoradores; esta Rosemunda, bella y refinada, ¡qué trágica y desconcertadora figura es! Sobre la moral corriente coloca esta mujer una moral, unas prácticas éticas, que ella expone en el capítulo XIV y que hoy proclama la pedagogía nueva. Rosemunda -«amiga del rey de Inglaterra»-, ahora, desterrada, persigue al gallardo Antonio en la isla nevada, sobre la llanura de hielo. Al fin, en alta mar, acaban los anhelos, las torturas y las ansias de esta mujer. «Sirvióle el ancho mar de sepultura», nos dice el poeta. Y nuestra imaginación queda perpleja, desorientada, ante este ejemplar femenino de una fuerza, de un ímpetu y de una pasión extraordinarias.

Islandia, Frislandia, Hibernia, Lituania, la isla Nevada... Cervantes, desde la altiplanicie castellana, envía su espíritu hacia esas regiones de ensueño y de misterio. No es posible en breves citas dar una idea del tono general de un libro; es preciso leer toda la obra de Cervantes, todo el *Persiles*, con amor, sin prejuicios, para gustar de todo su ambiente. En el fondo -éste es nuestro parecer- el mismo espíritu que en el *Quijote* alienta en este libro. No diremos que es un libro más trágico; sí que es un libro tan trágico; pero de distinto sentido trágico. ¿Hacia dónde van todos estos seres perdidos en las noches septentrionales, de isla en isla, náufragos, movidos por una fuerza que ellos mismos ignoran? Sí; es hora ya de que lo proclamemos: el libro postrero de Cervantes es el libro admirable de un gran poeta.

Al margen del *Persiles*



El *Persiles*, de Cervantes -lo hemos dicho-, es uno de los más bellos libros de nuestra literatura; no se ha parado la atención en él. Bello libro que comienza a tener para nosotros, los modernos, una trascendencia y un encanto profundos. Figuras singulares desfilan por sus páginas. Aquí tenemos -como una de las principales- a Rosemunda. Esta mujer ha tenido en su patria, Inglaterra, una vida de esplendor, de riqueza y de dominación. Ahora peregrina, sin rumbo, sin finalidad, desterrada, por los mares del Norte. Esta mujer, ¿cómo se elevó al poderío pasado? ¿Desde qué condición logró auparse a la gloria y a la fortuna? Nos imaginamos que, como sus más célebres congéneres (como esta extraordinaria mujer de un poeta satírico y paralítico, Scarrón, que llegó a ser reina de Francia), esta mujer nos place imaginar que salió de los medios más modestos y humildes: nació en una choza de labriegos, en el taller de un tejedor, en la oficina de un ignorado tabelino. Pero había en ella una fuerza, un ímpetu, un despejo que, ya niña, la distinguía de todas. Lo decían la luz de sus ojos, sus maneras bruscas e imperiosas, el modo de mandar una cosa o de suplicar y rogar. Las líneas del cuerpo, el ademán, la manera de andar, indican en estas adolescentes lo que andando el tiempo han de ser: seres extraordinarios. Sus vestidos son pobres; la escena en que se mueven es mezquina; pero ¿cómo resalta su vitalidad interna incontrastable, por encima de todo!

Rosemunda, poco a poco, ha ido elevándose. De la aldea ha pasado a la ciudad. En la ciudad, pronto una aureola de simpatía ha rodeado su nombre. De la ciudad, de un círculo de admiradores allegadizos, transitorios, más o menos frívolos y toscos, ha penetrado en la sociedad más refinada y culta de los cortesanos, artistas y príncipes. Ha sido combleza del rey de Inglaterra. Ha impuesto su voluntad a toda la corte. No se ha hecho en palacio y en toda la nación más que lo que esta mujer ha querido; ella misma dice que ha sido «domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los más exentos hombres». Es extraordinaria en todo esta mujer; su misma vitalidad poderosa hace que Rosemunda se cree para ella una moral: a su tiempo había adelantado mucho en esta materia de la ética; algo de lo que ella expone es proclamado ahora.

¿De qué manera Rosemunda cayó de su elevada posición? ¿Cómo llegó hasta ella la desgracia? En el *Persiles* la encontramos peregrinando por regiones misteriosas, en compañía de un tropel de gentes tan infortunadas como ella. En estos días de adversidad y por estos parajes hiperbóreos, la pasión no abandona a Rosemunda. Es aquí la mujer fuerte, imperiosa, de siempre. Se enamora perdidamente de un mozo que figura en la caravana. Un día, habiéndose éste internado en una isla cubierta de hielo, ella le sigue a lo largo de la blanca llanura. «¡Yo te adoro, generoso joven -le grita Rosemunda-, y aquí, entre estos hielos y nieves, el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazón!» Cuando después otro personaje -un viejo, profesador de la ciencia astrológica-, se entera de la aventura, pronuncia, reflexionando, estas palabras: «Yo no sé qué quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos...» Este anciano que ha vivido mucho y que observa los cielos, muestra su extrañeza, su perplejidad, a pesar de su larga experiencia, ante la pasión avasalladora, fatal, de esta mujer...

Clodio es un hombre de mundo. Clodio fue desterrado al mismo tiempo que Rosemunda. Los dos caminan lejos de la tierra inglesa. A este hombre le desterraron por maldiciente. Su ingenio, su travesura, su donaire, inquietaban a todos. Era una especie de Aretino. (Físicamente, ¿se parecía también a este hombre barbado y corpulento que vemos retratado por Tiziano, en la Galería Pitti, de Florencia?) Un ambiente de rencores disimulados, de amables insidias, llegó a envolverle. ¿No veis en nuestras asambleas

parlamentarias el ambiente especial que rodea a los que realmente son superiores a los demás? Al cabo, desterraron a Clodio. Pero el mismo Cervantes nos muestra simpatía por este hombre. No es un detractor vulgar y procaz; es una inteligencia que evalúa al margen de la sociedad. «Hombre malicioso sobre discreto», le llama el autor. Y añade: «De donde le nacía ser gentil maldiciente.» ¿Por qué esta consecuencia? Porque su intelecto fino, sutil, le hacía ver en las cosas, en el espectáculo del mundo, relaciones, analogías y disparidades, que los demás no notaban. Esto es todo. Carlos I emperador, no veía las cosas que veía el autor de *Il Mariscalco*.

Clodio muere impensadamente, de un modo trágico y absurdo. Un mozo que está en una estancia de un palacio, dispara una flecha para matar a una mala mujer. La flecha no alcanza a ésta; pero, en el mismo momento, asoma Clodio y el dardo le quita la vida. Un instante antes, este hombre inteligente no sabía que iba a morir; pasó instantáneamente -sin penumbra de dolor, sin anhelos angustiosos- de la plena luz a las tinieblas eternas.

¿Y este rey Policarpo, rey shakesperiano, rey caduco, casi decrepito, que en este acabamiento de sus días se enamora súbita y apasionadamente de una linda muchacha? Policarpo anda vagando con su enamoramiento por las estancias y corredores de palacio. Él mismo no sabe lo que le pasa; a su hija le confiesa su amor y le pide que ella interceda con su amada. Le vemos pasar encorvado, arrastrando estos pesados mantos bordados de los reyes de antaño, con una larga y blanca melena.

Unas veces está en el fondo de su estancia, meditabundo, «retirado y solo»; otras devanea y corretea, «alegre sobremanera». Todo en Palacio está revuelto y trastornado desde que al viejo rey le pasan estas cosas. Nadie pone cuidado en nada; cortesanos, pajes, dueñas, bufones, maestresalas, cubicularios, todos, todos andan desordenados y bullangueros. Un viento de locura y de jovialidad ha soplado sobre la morada secular y venerable de estos reyes.

Este tropel de los personajes del *Persiles* que anda -perdurablemente- peregrinando por mares desiertos e islas misteriosas, ¿qué se propone? ¿Cuál es su sino? Unos proceden de Inglaterra, otros de Italia, otros de España. Todos marchan hacia lo desconocido. Cada uno conoce de los demás el nombre -tal vez supuesto- y algún detalle de su historia próxima.

Pero su conocimiento mutuo no se extiende más allá del tiempo que llevan navegando juntos. Todos desconocen sus vidas pasadas. ¿Qué trágico sino los ha reunido en esta nave que camina entre los hielos del Septentrión o en esta isla inhabitada en que esperan el crepúsculo de la larga noche hiperbórea? «Nadie sabe de dónde vienen ni dónde van. Perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá», dice uno de los personajes hablando de otro que camina en la caravana. Así, entre angustias, suspiros y naufragios, caminan todos. ¡Qué sentido más trágico el de este libro! ¡Qué sentido más trágico para nuestra moderna sensibilidad!

Cervantes tiene una frase suprema hablando de estos personajes del *Persiles*; una frase henchida de melancolía, de fatalidad y de misterio, que nos hace soñar y nos llena de inquietud. «Todos deseaban, pero a ninguno se le cumplían sus deseos», escribe el poeta. Un deseo siempre anheloso, un deseo errante por el mundo, un deseo insatisfecho, un deseo que siempre ha de ser deseo; eso es el libro de Cervantes.

- II -

En su peregrinar por los mares e islas septentrionales, esta gente errática e infortunada ha llegado al palacio del rey Policarpo. Estas gentes son españoles, italianos, ingleses, que no saben adónde van ni se conocen mutuamente; nadie sabe el pasado de nadie; todos sospechan en los demás una historia infausta y dolorosa; hay en cada uno, respecto a los demás, cuando los demás hablan, un gesto equívoco, un gesto de duda, acaso de desconfianza. Y, sin embargo, todos marchan en tropel hacia lo desconocido, por piélagos misteriosos y por tierras llenas de desolación y de peligros. El azar los ha reunido a todos; el azar los ha traído a estos parajes desde la lejana España, la lejana Inglaterra, la lejana Italia. Todos, sin preocuparse aparentemente de la suerte del compañero, con quien caminan, ni de su pasado, ni de sus ocultos designios, siguen su rumbo fatal y desconocido. ¿No es ésta también la vida humana? ¿No puede esto ser un símbolo del poeta? ¿En el piélagos de pasiones, de ambiciones ajenas, de contrapuestos intereses, de codicias, de envidias, por el que caminamos, va a ser nuestra suerte? ¿Qué es esta mano que, en apariencia cordialmente, estrecha nuestra mano? ¿Qué es esta sonrisa que a nosotros se dirige? ¿Qué hay en esta afectuosa solicitud y en esta deferencia? Y sobre todo, y aparte de esto, en un momento crítico, supremo, en uno de esos momentos que surgen en nuestra vida, como esas montañas de hielo en los mares septentrionales, ¿cuál será nuestra actitud? ¿De qué modo -piadoso e inexorable- sortearemos el lance terrible?

El tropel de gente errática ha llegado al palacio del buen rey Policarpo. Buen rey viejo, caduco, amigo de fiestas artísticas y espléndidas. Buen rey, que se enamora perdidamente -a los setenta años- de una linda muchacha que marcha entre estos desconocidos aventureros. Las cosas que hace este buen rey para ver cumplida su pasión son inauditas. Al cabo, imagina prender fuego -ficticiamente- al palacio, para, con la confusión que se produzca, poder él realizar su intento. Una nave está preparada en el puerto; en ella embarcarán los demás individuos de la caravana; el buen rey se quedará aquí con la linda muchacha, en tanto que los demás se alejan. Arde, en efecto, por los cuatro costados el palacio; pero con la tropa que se marcha, se va también la bella moza amada del rey. Policarpo contempla -angustiado-, desde una alta azotea, cómo la nave se pierde en el horizonte. No imaginaba él esto. ¡Oh buen rey ingenuo y atolondrado! Los años que han nevado su cabeza, han puesto también candor en su corazón. ¿Cómo ha podido imaginar este rey la farsa peligrosa del incendio, y cómo ha sido tan cándido para dejar escapar a la amada de su corazón? Desde lo alto de la azotea, frente al mar, contempla ahora, en las primeras horas radiantes de la mañana, cómo se pierde la nave en la remota lejanía.

Horas después, en este mismo día, el buen rey Policarpo será depuesto de su trono. Se ha divulgado la farsa del incendio; toda la ciudad anda alborotada. Los súbditos de este rey atolondrado y novelero, no son como él; son pacíficos, flemáticos, amigos del orden, de la simetría, de la uniformidad. Han tolerado pequeñas fantasías y ligeros devaneos al rey Policarpo; pero lo del fingido incendio les parece enorme, intolerable. «Aquel mismo día -dice Cervantes- le depusieron del reino.» Buen rey Policarpo, buen rey caduco y enamorado, buen rey que reías y llorabas por las estancias y corredores de palacio, andando de una parte a otra con tu largo manto y tu melena blanca: ¿adónde

irás ahora? ¿Qué podías tú hacer, hombre romántico, entre estos vasallos serios, graves, solemnes? (Romántico y ensoñador Luis de Baviera: ¿cuál podía ser tu destino sino el trágico que tuviste?)

En su caminar por los mares septentrionales, la caravana ha encontrado otro navío. Han pasado gentes de uno a otro y se han comunicado noticias. Un hombre camina en el navío encontrado que ha hechizado a todos por su bondad y por sus infortunios... Llega el momento de que cada nave siga su ruta. El anciano que ha encantado a todos es también otro rey amargado por la adversidad. Él ha de continuar su camino; los otros han de seguir el suyo. Ya no se volverán a encontrar jamás. Las naves van a separarse una de otra. «Desde el borde de mi nave me despedí del rey a voces, y él, en los brazos de los suyos, salió de su lecho y se despidió de nosotros.» Las naves se alejan; el rey anciano y enfermo ha vuelto a bajar a su cámara. Las naves desaparecen en el horizonte.

En una de las más hermosas novelas de Maupassant -*Pierre et Jean*- hay también una de estas despedidas angustiadoras. Maupassant tiene de común con el Cervantes del *Persiles* la impersonalidad, la sobriedad del estilo y la difusa melancolía que impregna toda la obra. Un matrimonio de modestos burgueses, después de una vida de trabajo, ha ido a retirarse a una pequeña ciudad marítima. Tienen dos hijos: Pedro y Juan. Viven todos oscura y tranquilamente. Pero surge un drama de conciencia, uno de esos dramas callados, serenos y hondos. Uno de los dos hermanos se cree en el deber de alejarse de la familia. ¿Se va para siempre? ¿Es transitoria su marcha? El padre, la madre -¡qué maravillosa figura de madre!- y el hermano bajan al puerto a despedirlo. Llega el instante de la partida. La angustia oprime todos los corazones. Ya se mueve el barco. Ya avanza. Ya se aleja. Ya se esfuma en el horizonte. La familia regresa a la ciudad. Cuando van a internarse por las calles, la madre vuelve por última vez los ojos hacia el mar. «Pero ella no vio más -escribe Maupassant- que un humito gris; tan remoto, tan tenue, que no parecía más que un poco de bruma.»

Con el segundo libro de *Persiles* termina la peregrinación de este tropel de gentes por los mares septentrionales. Todos van a volver a sus patrias. Todos van a volver desde una isla desierta, donde han encontrado a unos seres tan solitarios e infortunados como ellos, y adonde acaba de arribar un navío de Europa. ¿Qué pasa en Europa? ¿Qué cosas han acontecido por el mundo? Todos deseaban saber noticias. «Pasaron a preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra.» Van a marcharse todos; una nave llevará a unos a Inglaterra e Italia; otra nave llevará a otros a España. ¿Ha acabado ya con esta dispersión el misterio trágico de esta extraña deambulación por lo desconocido? No; va a quedar aquí, como pendiente del azar, cual rastro que ha de inquietar al lector, una nota tan extraña como todo lo acontecido anteriormente. Uno de los personajes de la caravana quiere quedarse en esta isla desierta para acabar en ella sus días. Los dos solitarios que había en la isla se marchan en la caravana; pero este hombre desea permanecer aquí. Aquí, en este islote, hay un faro que orienta por las noches a los navegantes. En la tenebrosidad de este mar desconocido brilla esta lucecita. El hombre de la caravana que va a quedarse en la isla desea permanecer en ella «siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase a los perdidos navegantes».

Todos los días, cuando llegue el crepúsculo vespertino, este hombre, perdido en las regiones septentrionales, solitario en un islote desierto, va a encender el farol que ha de brillar con su lucecita en las tinieblas de la noche, frente al mar rumoroso.

Cuando los españoles de la caravana hayan vuelto a sus viejas ciudades castellanas, a sus caserones de las plazas con soportales y de las callejuelas, tened por seguro que la visión de los mares del Norte ha de iluminar toda su vida. Siempre, ante el paisaje polvoriento de la Mancha, o ante las parameras de Ávila, recordarán las inmensas llanuras de hielo y las altas montañas de nieve. Recordarán cómo aquellos hombres vestidos de pieles patinaban velozmente sobre la tersa superficie. «Caminaban sobre sólo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo a reiterar el golpe, tornaban a resbalar otra gran pieza de camino.» Recordarán cuando el navío, entre las enormes extensiones heladas, quedaba «engastado en ellas como lo suele estar la piedra en el anillo». ¡Qué lejos está todo esto!

- III -

Van a partir todos hacia Europa; al islote desierto de las Ermitas, perdido en los mares septentrionales, ha llegado una nave procedente de Francia. Termina la peregrinación sin rumbo de la caravana de aventureros ingleses, italianos y españoles. (¿De aventureros? No va buscando aventuras, como don Quijote, esta gente; lo extraño, lo raro, es que marchan divagando por lo desconocido, sin rumbo, sin plan, dejándose llevar por el azar.) Termina la peregrinación por los mares del Norte. Con viva ansiedad han preguntado todos por noticias de Europa. Uno de los personajes, al enterarse de cierta nueva, se ha quedado absorto, meditativo. «Puso los ojos en el suelo -escribe Cervantes- y la mano en la mejilla.»

Dos naves parten hacia Europa con rumbos distintos. El tiempo es plácido y el mar está en calma. Va a ver el lector cómo pinta el poeta esta marcha de las naves por el mar bonancible; no hay fragmento de prosa más fluida y etérea. En la literatura francesa se citan algunos versos de La Fontaine como expresadores de una tenuidad y una fluidez insuperables:

... L'onde était transparente ainsi qu'aux beaux jours...

... Le long d'un clair ruisseau buvait une colombe...

... Solitude où je trouve une douceur secrète...

Este fragmento -muy breve- de Cervantes, no es menos límpido y etéreo que los más bellos versos. «En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que éste es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegación. Iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento, tratándole con respeto, no se atrevía a tocarle más de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza, que apenas parecía que le tocaba.» Nada más. Allá van las dos naves hacia Europa. Después del largo tiempo de deambulación por regiones de misterio, por mares desconocidos,

por islas desiertas, estas pocas líneas nos dan una impresión de alegría, de bienestar, de placidez. Ya vamos hacia Europa; el viento apenas roza la superficie del mar; la nave se desliza con tanta ligereza sobre el mar que a penas parece que le toca. Ya vamos hacia Europa. ¿Qué es Europa para nosotros? ¿Qué sensación nos da de Europa todo lo que en el *Persiles* hemos leído anteriormente y ahora, en contraste con ello, estas líneas tan límpidas, etéreas y fluidas? Europa es lo definido, lo claro, lo lógico, lo coherente. Ya marchan las naves raudas y gallardas; casi no se mueve el mar y el aire es diáfano y sutil...

El *Persiles* es un libro único en cierto respecto. Cervantes ha trazado en estas páginas retratos y siluetas de personajes que aparecen un momento -inesperadamente- y luego desaparecen. Diríase que, ante una visión cinematográfica, breve, fugaz, nos percatamos instantáneamente de que conocemos a una de las personas retratadas: una persona que evoca en nosotros complejos recuerdos, vagas y gratas emociones. Pero cuando queremos reflexionar y fijar nuestra atención, ya la silueta ha pasado, se esfuma, se pierde en la lejanía. ¿Conocíamos de veras a esta persona? O bien, ¿hemos experimentado ante tal personaje, ante tal escena, lo que los psicólogos llaman la sensación de lo ya visto, es decir, la sensación de haber visto ya algo que no hemos visto nunca?

¿Dónde hemos visto nosotros a Feliciano Tenorio? El nombre no puede ser más eufónico y distinguido. Pero no se la conoce por su apellido; Feliciano tiene una voz dulce y extensa; la gente llama por esto, a esta linda muchacha, Feliciano de la Voz. Así, el nombre es todavía más eufónico, más original, más simpático. ¡Feliciano de la Voz! Evocamos un retrato de Palma el Viejo o del Tiziano: una bella moza, rubia, con el pelo de oro suelto sobre los hombros y los brazos desnudos. Feliciano de la Voz se ha enamorado de un mancebo que desplace a los padres de la doncella. Toda esta parte de la novela de Cervantes es de lo más delicado del libro, porque al ambiente de poesía se unen detalles de fino y cotidiano realismo. («Hallose mi padre -cuenta Feliciano- y con una vela en la mano me miró el rostro...») Feliciano de la Voz ha tenido un trance apretado y ha huido de la casa. Impresión de angustias y lágrimas. Páginas más adelante, impresión de contento, de cordialidad y de sonrisas. Se acaba el episodio; la vida no trae otra cosa; los peregrinos de la novela siguen marchando. Atrás ha quedado Feliciano de la Voz -lágrimas y sonrisas-; de su conocimiento, de su aparición, de la visión que hemos tenido durante un momento, sólo nos queda en el espíritu -¿hasta cuándo?- el recuerdo de una voz dulce y simpática, una cara pálida, angustiada, ante la cual un hombre airado pone una vela, una mujer que, en una ancha casa de pueblo, descende «por un caracol a unos aposentos bajos» y huye luego, durante la noche, por el campo...

¿Y la vieja peregrina que va por los caminos, sin pararse, sin descanso, vestida de andrajos, descarnada, siniestra? ¿Quién es esta vieja peregrina que la caravana encuentra a seis leguas más allá de Talavera de la Reina? Cervantes ha querido, sin duda, presentarnos una figura simbólica. Pero ¿qué representa esta peregrina decrepita, andrajosa, descarnada, que anda y anda por los caminos? Allí queda, atrás, también. Ya no la volveremos a ver. ¿Ya no la volveremos a ver? ¿Estamos seguros de ello? Esta peregrina, ¿no surgirá ante nosotros, ante nuestros deudos queridos, cuando menos lo esperemos?

Un «deleitoso pradecillo». Los personajes de la caravana se detienen a descansar. «Refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo que por entre las hierbas corría; servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas y cambronerías, que casi por todas partes los rodeaba: sitio agradable y necesario para su descanso.» Aquí se detienen todos a descansar. Bruscamente, de entre la enramada, surge un mancebo que camina unos pasos y cae de bruces; trae una espada clavada por la espalda. «¡Dios sea conmigo!», exclama el mozo, y expira. Días después parece una carta en que este hombre manifiesta que sale de Madrid acompañando a un pariente suyo; que le acompaña porque este pariente tiene, respecto de él, «ciertas sospechas falsas», y él, con prestarse a acompañarle, quiere desvanecerlas; que finalmente él, el autor de la carta, cree que su pariente «le lleva a matar».

Cuando leemos por primera vez el libro nos preguntamos: ¿Encontraremos más adelante la clave de este misterio? ¿Quedará esto también así, como queda en la vida, como queda cuando hacemos un viaje y nos enteramos, fragmentariamente, de algo que ya no podremos completar?

El *Persiles* es el libro que nos da más honda sensación de continuidad, de sucesión, de vida que se va desenvolviendo con sus incoherencias aparentes. Otros libros nos dan la impresión de un plano en que se muestran los acontecimientos y las figuras en una visión simultánea. En el *Persiles* todo es sucesivo, evolutivo; pocos libros tan vivos y tan modernos como éste. La vida pasa, se sucede, cambia en estas páginas. No es nada este episodio que nos parece insignificante, y sin embargo, ¡cuán hondo llega a nuestra sensibilidad! No tiene gran relieve esta figura -cuatro rasgos-, que se nos antoja vulgar, y a pesar de eso, ¡con qué profundidad se queda grabada en nuestro espíritu! Atrás, a lo lejos, a lo largo del camino, van quedando cosas, como en la vida, como en el tiempo...

Un viandante



En esta hora del crepúsculo está sentado en pleno campo, y delante de una venta, un viandante. Por la puerta de la venta pasa un camino. El viandante es de rostro aguileño, cabello castaño y frente lisa y desembarazada. Sus ojos son alegres y su nariz es corva, aunque bien proporcionada. Grandes bigotes ensombrecen la boca. Si se levantara, le veríamos ligeramente cargado de espaldas. Pesan sobre el viandante muchos trabajos. Todo el verano ha estado corriendo por los campos y visitando los cortijos. Se ve forzado a tratar con gente ruda; se ve rodeado de un ambiente espiritual que no es el suyo. Existe un profundo desequilibrio entre su sensibilidad y la atmósfera espiritual en que se mueve. Ha publicado este viandante algunos libros; en una de las más grandes batallas de la Historia se ha portado heroicamente y ha quedado con una mano lisiada. Y ahora, entre gente zafia, de venta en venta, y de pueblo en pueblo, él se siente íntimamente contristado. Cuando nos sentimos superiores a las cosas que nos rodean y la necesidad nos mantiene ligados a esas cosas, poco a poco nuestro espíritu se va concentrando en un ideal íntimo. Nos conformamos, sí, con la realidad; aceptamos la vida tal como se presenta. La bondad lo es todo en el mundo, y la bondad puede mostrarse, desbordando de nuestro corazón, en todos los momentos y en todos los

lugares. Pero esta conformidad tiene su desquite en el ensueño interior. Sí; el mundo es amargo para nosotros. Ya a nuestra edad nos despedimos de la esperanza; el mundo no será ya otro para nosotros; si habíamos esperado un azar dichoso, el azar, el caso, la fortuna impensada, no vienen. Dejamos el mundo material y creamos para nosotros, sólo para nosotros, otro mundo fantástico. En ese ideal que nosotros solos guardamos, se reconcentra toda nuestra vida. Sin ese asidero imaginario -imaginario y salvador- nuestro espíritu se hundiría en el abismo. Y podremos trafagar por los pueblos y por las ventas, como este viandante; podremos tratar con gente ruda; podremos sufrir adversidades; pero allá en lo íntimo de nuestro ser se eleva para nosotros solos un mundo que todos los días, en nuestras meditaciones, vamos purificando y hermoheando. Las sugerencias de los libros importan mucho; pero en vano serían las sugerencias de los libros, leídos acá y allá, si no se llevara en el ánimo este desequilibrio de que hablamos. Las lecturas no hacen más que ayudar a la gestación de la obra. Las lecturas son simplemente la piedra aguzadera del ensueño.

En el interior de la venta se oyen gritos y ruidos de golpes. El viandante se levanta y entra en la casa. Un caballero riñe con el dueño del mesón. Alto, escuálido, huesudo, semeja el caballero una figura de pasadas centurias. Nadie entiende la fabla arcaica con que habla. La pendencia ha sido por querer amparar el caballero a un menesteroso a quien el ventero intentaba arrojar de la casa. Cuando ha entrado en el zaguán el viandante, todos han callado; había en la mirada de este hombre un dulce imperio. El ventero se reporta; está enhiesto el caballero de la figura triste, con los brazos tendidos en ademán de amparo al menesteroso; contempla éste ya al caballero, ya al viandante que acaba de entrar. Y cuando el señor de la prestancia antigua ha declarado el caso en peregrinas razones, el viandante ha sonreído levemente -con sonrisa de inefable bondad-, se ha acercado a él y le ha estrechado contra su pecho. El ensueño interior del viandante -¡oh maravillosa ironía!- se concretaba, fuera, en el mundo, en la persona de un loco.

Los primeros frutos



En una ancha estancia se hallan colgados en las paredes, guardados en arcaces, los aparejos y arneses de los caballos: las sillas, los bocados y frenos, las gualdrapas, los pretales, las gruperas. Todo está limpio y brillante. En otra estancia próxima, aireada, con grandes ventanas por las que se ve el campo, se encuentran diez o doce caballos. Los hay de todos los pelajes. Éste es alazán, aquél, bayo dorado; junto a él se ve un cuatralbo negro, con los cuatro pies blancos; no falta un rubicán ni dejaría de haber un overo. El palafrén de la señora -manso, noble- se halla un poco apartado de los demás. Y más allá, al final, se ve -cosa rara- una estantigua de caballo: grandote, escuálido, como melancólico y pensativo. Junto a tal alimaña, un rucio regordete cruza su cabeza bajo el cuello erguido, altísimo, del caballejo. Todos los caballos son finos y todos tienen el pelo luciente. En la caballeriza no se percibe ni el más ligero hedor. Los mozos y cocheros van y vienen, ocupados en la limpieza. Uno de los cocheros, Galván, se ha acercado al caballejo fantástico y le va pasando con amor la mano por el lomo. El caballo parece que agradece la caricia del mozo. De pronto se oye una voz que grita:

-¡Tan loco está él como el amo de ese caballo!

Galván se vuelve hacia un grupo de cocheros y mozos, y vocea, a su vez, airado:

-¿Quién ha dicho que yo estoy loco?

Galván ha estado en Flandes; él solo asaltó un día una torre; detrás de él entraron los demás. Pedraza, otro cochero, es quien ha dicho que Galván está loco; pero no lo ha dicho por enojar a Galván. Los mozos se han reunido en torno a Galván y Pedraza. Todos discuten a gritos. Se trata de saber si el dueño del caballejo está loco o no lo está; unos dicen que sí; otros aseveran que no. La discusión se va agriando. Se grita desaforadamente; es posible que lleguen a golpes.

La estancia es el cuarto de las labranderas. Se ven por todas partes ropas blancas. Flota en el ambiente un grato olor de ropa limpia y seca. De ropa secada en el campo sobre arbustos y hierbas olorosas. De ropa guardada en los armarios entre membrillos, cidras y manzanas. Aquí, en la estancia, están Inés, Juana, Narcisa, Celia, Leonor, Beatriz. Unas van planchando los anchos cuellos blancos; otras cosen y hacen delicados e invisibles zurcidos; otras van tejiendo randas sobre las almohadillitas. Y todas, en la alegría del trabajo moderado y sano, van cantando:

Al molino del amor

alegre la niña va
a moler sus esperanzas.
¡Quiera Dios que vuelva en paz!

El coro de las voces femeniles llena toda la estancia. Y de repente, las voces callan. Ha aparecido en la puerta doña Rodríguez. Doña Rodríguez, que viene con sus largas tocas seculares. Es vieja, y unos redondos anteojos de concha se posan sobre sus narices. Al verla, las doncellas de labor han callado. Doña Rodríguez pide el memorial de la ropa del señor, y Celia lo trae. Se disponen a hacer la cuenta de los escarpines, los pañizuelos, las camisas, los cuellos de lechuguilla. Doña Rodríguez se ha levantado los anteojos hasta la frente. Han hecho ya la cuenta, y la dueña huronea por los armarios. Entre tanto, Beatriz, traviesa, ha recortado en el papel un muñequito y se lo ha colgado detrás a doña Rodríguez. Todas las muchachas hacen esfuerzos por no reír. Doña Rodríguez pregunta después por sus anteojos. Se le han perdido. No los encuentra. Beatriz, Leonor, Celia, Narcisa, Juana, Inés, miran, riendo casi, a la dueña. Al fin, doña Rodríguez cae en la cuenta de que sus anteojos los lleva en la frente. Y se oye una voz que dice: -Tan loca está ella como su enamorado.

Doña Rodríguez se vuelve de pronto, enfurecida, y pregunta:

-¿Quién es mi enamorado? ¿Quién es el loco?

Y se promueve una fuerte discusión entre las doncellas. Unas opinan que el caballero de quien se trata está loco; otras le defienden con entusiasmo. Todo son gritos desaforados en la estancia. La discusión va a acabar mal. Y en esto la señora aparece en

el umbral. La señora recorre e inspecciona toda la casa. La ropa limpia le gusta a ella en especial el verla. Sus manos finas y blancas van posándose y palpando los delicados y sutiles tejidos de hilo.

... Siempre he oído
que suele echarse de ver
el amor de la mujer
en la ropa del marido.

Han callado las doncellas en tanto que la señora estaba en la estancia. Pero cuando se ha ido, la discusión ha tornado a plantearse. La estancia ha vuelto a resonar con los gritos e imprecaciones de Celia, Narcisa, Juana, Inés, Beatriz...

El mayordomo, Laurencio, ha entrado en la contaduría, y ha dicho, dirigiéndose a Marcelo:

-Vamos a ver, Marcelo, ¿están puestas en limpio las cuentas de la mascarada de la otra noche? Marcelo estaba inclinado sobre un bufetillo, leyendo un libro. En la contaduría se ven cuatro o seis escribientes escribiendo con sus plumas de ave. De cuando en cuando las plumas entran en pintorescos tinteros de loza. Marcelo ha sacado de un cajón un papel y ha ido leyendo:

«Paramentos negros para el carro: 20 ducados. Trajes blancos para los disciplinantes: 30 ducados. Traje de Merlín: 25 ducados. Traje de Dulcinea: 40 ducados...»

El mayordomo, atajando la lectura, ha exclamado de pronto:

-¡Y pensar que tanto dinero se haya gastado por un loco!

Marcelo, con todo respeto, ha replicado:

-¿Cree vuesa merced que es un loco?

El mayordomo ha contestado vivamente. Los demás empleados de la oficina han dejado su trabajo. Daban también su opinión. Defendían unos al caballero; otros lo denostaban. El debate se iba tornando violento. Se oían los gritos desde el corredor. Corría peligro de que las voces fueran preludio de los golpes.

Toda la servidumbre ha ido entrando, lenta y silenciosamente, en el espacioso y rico salón. Alumbran la estancia velas puestas en candeleros de plata. La servidumbre ha ido sentándose en escaños que dan la vuelta a todo el salón. El duque y la duquesa están sentados en un pequeño estrado. En el centro de la estancia hay un sillón y una

mesita. Sobre la mesita se ve un velón y un libro. El capellán del palacio se ha sentado en el sillón a par de la mesita.

-In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti -dice el capellán.

-Amén -contestan todos.

-Benedicta sit sancta e individua Trinitas, nunc et semper, et per infinita sæcula sæculorum -torna a decir el eclesiástico.

-Amén -dice de nuevo el concurso.

Y comienza después el santo rosario. La voz sonora y grave del capellán va rezando lentamente. Los duques y toda la servidumbre contestan con la misma pausa y gravedad. Cuando el rosario ha terminado, el eclesiástico, dirigiéndose a los duques, dice:

-Con la venia de vuestras excelencias.

Y principia a leer el libro que tenía en la mesita. Todas las noches, después del rosario, el capellán lee un rato en el libro que cree más oportuno, y luego hace una breve plática explicativa. El eclesiástico dice ahora:

-Los nombres de Cristo, capítulo Príncipe de Paz. «Dos cosas diferentes son las de que se hace la paz; conviene a saber: sosiego y orden. Y hácese dellas así, que no será paz si alguna de ellos, cualquiera que sea, le faltare. Porque lo primero, la paz pide orden, o por mejor decir, no es ella otra cosa sino que cada una cosa guarde y conserve su orden, que lo alto esté en su lugar, y lo bajo por la misma manera, que obedezca lo que ha de servir, y lo que es de suyo señor que sea servido y obedecido; que haga cada uno su oficio, y que responda a los otros con el respeto que a cada uno se debe. Pide, lo segundo, sosiego la paz. Porque aunque muchas personas en la república, o muchas partes en el alma y en el cuerpo del hombre, conserven entre sí su debido orden y se mantengan cada uno en su puesto; pero si las mismas están como bullendo para desconcertarse, y como forcejeando entre sí para salir de su orden, aun antes que consigan su intento y se desordenen, aquel mismo bullicio suyo y aquel movimiento que destierra la paz dellas, y el moverse, o el caminar a la desorden, o siquiera el no tener en la orden estable firmeza, es sin duda una especie de guerra. Por manera que la orden sola, sin el reposo, no hace paz; ni al revés, el reposo y sosiego si le falta el orden».

El capellán ha cerrado el libro con un ademán brusco y lo ha colocado sobre la mesa, dando un fuerte golpe. Después ha dicho:

-Consideren vuestras excelencias lo que acaban de escuchar. La paz ha huido de esta casa. Tenemos el orden; pero nos falta el sosiego. Y sin sosiego de los espíritus no hay paz.

Al decir esto, el eclesiástico se ponía de pie. Los duques y la servidumbre se han levantado también. La servidumbre ha ido desfilando en silencio. Cuando los duques y el capellán han quedado solos en el salón, el capellán ha hecho una reverencia y ha dicho

-Que vuestras excelencias tengan muy buenas noches.

Y ha salido del salón con talante grave, severo. El capellán viste una sotana limpia, pero raída; sus zapatos son de cuero tosco. En el inmediato pueblo saben muchos pobres -y los duques lo saben también- por qué la sotana del eclesiástico es mísera y los zapatos humildes. El duque y la duquesa, al quedarse solos, se han mirado en silencio.

-¿Has visto? -ha preguntado el duque.

-Sí; un poco brusco -ha replicado la duquesa-. Un poco brusco, pero bueno.

-Sí; el corazón, excelente -ha respondido el duque-. ¿Sucedo algo en la casa?

-No sé -ha contestado la duquesa-. Acaso don Quijote...

-¿Crees tú que es por lo de don Quijote?

-La servidumbre está un poco soliviantada. Unos dicen que es loco y otros le defienden.

-Y tú, ¿le defiendes también?

-Te diré...

Y la discusión ha comenzado a propósito del sin par caballero. Poco a poco la charla ha ido animándose. Poco a poco las palabras han sido más ardientes. Media hora después, la duquesa salía del salón precipitadamente, dando un fuerte portazo.

Don Quijote y Sancho han dejado el palacio de los duques. Descansan ahora en el claro de un bosque. Las avecicas cantan y una fresca fontana murmura. Ha sacado el condumio Sancho de las alforjas, y caballero y criado han yantado apaciblemente.

-Estoy cansando, rendido, Sancho amigo -decía don Quijote-; pero tengo el ánimo tranquilo. Los días pasados en el palacio de los duques han sido los más dichosos de mi vida. He dejado allí sembrada la buena semilla. Esa simiente de cordialidad y de abnegación, fructificará. Yo tengo fe, Sancho bueno, en la bondad de los hombres. En el palacio de los duques, a esta misma hora, está ya seguramente dando sus frutos la doctrina inmortal de la Caballería.

Y así era la verdad; porque a la misma hora en que don Quijote pronunciaba estas palabras, después de la comida de los duques, reunida en el tinelo, para su ágape, toda la servidumbre, se promovía uno de los más grandes escándalos que han presenciado ojos humanos. La discordia había ido envenenándose entre partidarios y enemigos de don Quijote. La casa era un hervidero de pasiones. Y en ese día, a esa hora dicha, de los denuestos, se pasó a los golpes, y volaron por los aires, con infernal estrépito, platos y cachivaches de cocina. Tal fue la grito y confusión, que acudieron los duques y acudió el capellán. Y el capellán, horrorizado, gritaba, llevándose las manos a la cabeza:

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Por un loco!

Aconteció que tiempo después don Quijote murió en su aldea. Cervantes publicó la segunda parte de su historia inmortal. El duque compró cuatro o seis ejemplares del libro y los llevó a su palacio. En la casa el espíritu de don Quijote había ido labrando en los ánimos. Las pasiones habían servido para fortificar, corroborar, la gran idea. Sin la lucha, sin el ardimiento, la idea no habría entrado en los corazones.

Andando los años, los duques, en la villa inmediata, levantaban un santo hospital en memoria de don Alonso Quijano. Muchas de las doncellas de la casa fueron enfermeras en ese hospital. Doña Rodríguez, la más ardiente de todas en su fervor, moría de una enfermedad cogida en la cura de un enfermo. Galván y Pedraza, los dos cocheros, entraron en la Orden de la Merced, como donados, y se emplearon, allá en Argel, en la redención de cautivos. Marcelo, el paje que hizo de Dulcinea, acabó heroicamente en la guerra. Su heroísmo maravilló a todos. En una cartuja, metido en su celdita, está el buen capellán que fue del palacio de los duques. Ha llegado el buen religioso a la más alta perfección ascética. Su cara, escuálida, llena de luminosa idealidad, es tan blanca como su cándida estameña.

He vuelto a leer el *Quijote*. Lo he leído en una flamante edición. Se compone esta edición de cuatro tomitos manuales, editados por Calpe. El papel es alisado y la estampación clara. Y mientras leía yo imaginaba la historia que va contada. He querido creer que esos fueron los primeros frutos de la santa predicación de don Quijote. ¡Y cuántos más se habrán producido a lo largo del tiempo! ¡En cuántos corazones habrá puesto la lectura del maravilloso libro un poco de idealidad, un poco de abnegación, un poco de heroísmo!



Sancho, encantado

Hablemos en serio. Sancho ha salido de Argamasilla, su patria, y se encamina por jornadas a Pedrola. Le acompaña su convecino y amigo Tomé Cecial. Argamasilla pertenece a la hoy provincia de Ciudad Real, y Pedrola figura en la de Zaragoza. Don Quijote muriera ha seis años. El viaje es trabajoso. Sancho ha escrito al duque pidiéndole permiso para visitarle, y el duque le ha contestado diciéndole que le espera con ansiedad. Se encuentran ya los dos viajeros, Sancho y Tomé, al pie del Moncayo. Hace quince días que el duque Carlos de Borja, al recibir la misiva de Sancho, le dijo a la duquesa, María de Aragón:

-He tenido carta de Sancho. Debe de andar muy atropellado el pobre.

-Y tú ¿qué vas a hacer? -repuso la duquesa.

-He pensado remediar sus necesidades. Y he pensado también propinarle un bromazo.

-¿Y no será eso cruel?

-No lo será porque la broma que le preparo, en fin de cuentas, redundará en su provecho.

Sancho y Cecial se hallan próximos a rendir viaje. Han llegado a su penúltima etapa. Son los días primeros de la primavera y el altivo Moncayo muestra todavía su cabeza cana. En el aire hay, empero, resuellos cálidos que anuncian el próximo y fecundo renuevo anuo. En un collado se levanta una venta. En esa venta descansan por última vez los viajeros. En ella harán su postrimera y confortativa refacción. La venta se llama del *Judío*. Ventas del Judío hay muchas en los puertos y collados de España. Y no sucede nada en ellas, pese a lo que quieren acreditar las animosidades furibundas de la política. Sancho ha preguntado al huésped, o sea al ventero, qué tiene para yantar. Y, ¡ay!, el ventero tiene -la contestación es clásica «lo que traigan los viandantes».

-¿Y no hay nada absolutamente?

-Ni una piltrafa de carne, querido señor. Hoy me cogen ustedes desapercibido.

El zaguán de la venta es espacioso. Sancho y Tomé se encuentran en un cuartito del primer piso. Los dos se hallan sentados, un poco tristes, ante una mesita.

-¡Y gracias -dice Cecial- que las alforjas no vienen horras!

-¿Traes repuesto bastante?

-Traigo unas lonjas de lunada o pernil, queso paisano nuestro, vamos al decir, manchego, el queso mejor del universo, y un puñado de cascaruja, o sea avellanas tostadas, garbanzos tostados también, nueces y almendras.

-¿Y de bebida?

-Aloque del nuevo.

Callan los dos amigos. Y en silencio, Sancho aspira ruidosamente, como si, cual perro venter, husmeara algo.

-¿No te has fijado en una cosa, Tomé?

-¿En qué quieres que me fije?

-Hace un momento el posadero nos ha dicho que no disponía de nada para comer. Y ahora estoy percibiendo un olorcillo penetrante a chuletas asadas y a especias.

La casa está henchida, en efecto, de excitativos olores. La carne asada, asada a las brasas, trasciende, y las alcamonías, las maravillosas alcamonías españolas -cominos, anís, azafrán, clavo, pimienta- pone su acento pronunciadísimo sobre el olor de las viandas.

-En fin, comeremos de lo que haya.

Y Tomé Cecial va poniendo en la mesa los sobrios mantenimientos que extrae de las bizazas.

-Lo bueno que tenemos es que aquí supongo que no extenderá el doctor Pedro Recio de Tirteafuera su varita sobre la mesa. ¡Qué tiempos aquéllos, amigo Tomé! ¡En la ínsula Barataria yo me daba los grandes banquetes! ¡Qué ollas de canónigo y qué perdices escabechadas! Los tiempos han cambiado. Y hay que acomodarse a las pobreterías de ahora. Devoraremos esta sobria merienda y nos consolaremos pensando que el famoso Pedro Recio no ha de venir a interrumpirnos.

Acaba de pronunciar Sancho estas palabras y la puerta se abre de par en par. El doctor Pedro Recio de Tirteafuera avanza sonriente.

-¿Cómo, señor gobernador? -grita-. ¿Qué es eso de comer esas miserias? El señor gobernador no puede desdeñar la comida preparada por su cocinero. ¡Vamos, vamos, un poco de sensatez! Y perdone el señor gobernador que me exprese de este modo.

En este punto, antes de que Sancho pueda responder, entran en el aposento dos criados trayendo en un ancho azafate fuentes henchidas de viandas. Las van colocando en la mesa, en tanto que Sancho y Tomé contemplan asombrados la faena.

-El cocinero del señor gobernador -dice Pedro Recio- se adelantó unas horas para tener prevenido el condumio. Le acompañó, naturalmente, el sumiller de cava con su acervo de bebestibles. Y aquí lo tiene también el señor gobernador.

Y así era la verdad. Porque el tal sumiller, con un banasto repleto de limetas, entraba en el cuarto y decía risueño a Sancho:

-Hemos traído de todo, según se convino, señor gobernador. Aquí hay vino de Esquivias, ligero y fresco, meloso fondillón de Alicante, generoso vino de Málaga, aromático jerez, y como estimulante a modo de prefacio, antes de comida, incomparable amontillado.

La comida es excelente. Viene primero una olla con su tocino, morcilla y jamón. Perdices en escabeche hacen su aparición después. «Para dos perdices, dos», dice el refrán. Y Francisco de Rojas lo confirma en su *García del Castañar*:

Y puestas al asador,
con seis dedos de un pernil,
que a cuatro vueltas o tres
pastilla de lumbre es
y canela del Brasil;
y entregársele a Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta sin afeite,
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos; que no hay cosa

como a dos perdices, dos.

La minuta la cierran unas chuletas de carnero asadas a la parrilla. Un humanista y político francés, el cardenal Duperron (1556-1618), ha dicho que el carnero de Francia y el de España son los más suculentos de Europa. Y añade imparcialmente el cardenal: *Je pensé pourtant que l'Espagne passe la France*. Bien podemos, consiguientemente, diputar el carnero español por *boccatto di cardinale*, o por lo menos, si no genéricamente, bocado de este purpurado francés.

Ya en Pedrola, al ir a hospedarse en la posada, el doctor Recio grita:

-¡No, no, señor gobernador! Su excelencia el duque espera, y en palacio está dispuesto alojamiento para el señor gobernador.

Y al mismo tiempo, Sancho ve que se dirigen a él unos servidores de palacio y que, tras hacerle el debido acatamiento, le van conduciendo, con todo respeto, al palacio ducal. El duque le echa los brazos al cuello, así como lo ve, y la duquesa le saluda afectuosa.

-¿Qué tal en la ínsula, amigo Sancho? Las noticias que tengo son excelentes. ¡Seis años de gobierno, y ni siquiera una queja de los gobernados! Mi enhorabuena más cumplida.

Va a hablar Sancho, y un correo de gabinete que acaba de llegar se presenta ante él con una abultada cartera.

-Perdone su excelencia -dice dirigiéndose al duque-. El señor gobernador me encargó que con toda diligencia le trajese los asuntos de más urgente resolución para ponerlos a su firma. Y aquí los traigo.

-Nada, nada, amigo Sancho -contesta el duque-. El gobierno es el gobierno. No hay que dejar nunca asuntos atrasados. Y yo elogio, lo elogio con calor, el celo que pone usted en el desempeño de su cargo.

El correo ha extendido sobre una mesa una cantidad de papelotes y pone una pluma en la mano de Sancho. Sancho no sabe lo que le pasa. Ve seguramente visiones. Pero estas visiones son, sin duda, una realidad. ¿Y cómo pudieran no serlo? ¿De qué modo todo esto sería un embeleco? Sí, no lo duda. Sancho no viene de Argamasilla, sino de la ínsula Barataria. Y si ha creído otra cosa, sería porque está encantado. Los malos encantadores le han hecho creer que ha existido solución de continuidad en su gobierno de la ínsula. Y sin decir palabra va firmando -firmando como en un barbecho- las providencias, bandos, órdenes, pragmáticas, ordenanzas, reglamentos que el correo de gabinete le va presentando. Don Ramón de Campoamor decía:

Aunque muy poco a poco,

ya llegué al gran saber: ¡sé que estoy loco!

Sancho Panza está por lo visto loco. Pero esta locura es el comienzo de la sabiduría. Sancho está encantado, y este encantamiento es la felicidad. Todos en palacio le tratan cual efectivo y no discontinuado gobernador. Todos dan por supuesto que ha salido de la ínsula hace pocas horas y acaba de llegar al palacio de Bonavía para conferir con el duque. Cuando estas conversaciones sobre materias graves de gobierno terminen, Sancho volverá a su gobierno. Y a solas en su cámara con Tomé Cecial, por la noche, Sancho va diciendo

-Tomé, querido Tomé, convecino mío, amigo del alma, ¿has visto tú qué cosas tan extraordinarias? ¿Soy yo o no soy? ¿He venido de Argamasilla o de Barataria? Y cuando termine mi visita a los duques, ¿adónde voy a ir? Seguramente que me estarán esperando en la ínsula. Sí, no puedo dudarle ya. Soy gobernador. Y lo soy sin haberlo dejado de ser un solo día desde hace seis años. El duque me nombró gobernador perpetuo y voy a ser gobernador de por vida. ¿Y qué mal hay en ello? Lo cierto es lo que se cree. Y aquí se da la feliz concomitancia entre lo que creo y la realidad.

Encima de la mesa se ve una limeta de vino generoso malagueño. Lentamente Sancho escancia en dos copas. Beben con voluptuosidad él y Tomé Cecial. Y deciden - ¡suprema sabiduría!- entregarse al Destino y que el Destino sea el que les lleve por la vida. El mismo Campoamor ha escrito también:

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

△▽

Al salir del olivar

- I -

Primer acto

No sé a quién contarle estas cosas. El estado de mi espíritu es singularísimo. No creo que se haya dado caso igual. Necesito yo, Máximo Braña, un doctor a quien hacer mis confidencias y a quien pedir consejo. Habrá que hacer intervenir en la obra otros personajes. La acción del primer acto se desenvolverá aquí en París. Al igual de las comedias clásicas, constarán todos los actos de varios cuadros. Y lo que yo quiero hacer es una comedia de corte clásico. Vamos, entendámonos. La comedia será antigua en su estructura y moderna en su espíritu.

No sé ya lo que me proponía decir. Ocurre que olvido lo esencial y me acuerdo de lo accesorio. Lo esencial en este caso es el estado de mi espíritu. Si introduzco un doctor en mi obra, dudo que me atreva a descubrirle todo mi pensamiento. Hay algo en mí que se rebela contra la sinceridad. Si yo me desembozara todo, me tomarían por loco. Por loco, no. Locuras suele haber grandes. Pensarían que soy un vulgar desequilibrado. Y lo pensarían con lástima y desdeñosamente. No, humillaciones, no. Vivo retraído. No quiero discípulos ni contertulios. Ni leo las alabanzas que de mí se escriben, ni los vituperios. El desdén que tengo por ciertas gentes procuro sobredorarlo de cortesía. Y ¿qué es lo que me sucede? He ido poco a poco desasiéndome del mundo actual. No tengo ya ni chispa ni apego a lo moderno. No se habla hoy el castellano como se hablaba en lo antiguo. No hay literatura. No se siente la historia. Y claro que me refiero siempre a las letras y a la lengua de España. En París he llegado a sentir a España como nunca la había sentido. Aquí en la maravillosa ciudad, tan lejos de España, he visto cosas de España que antes no peranzara. Pero ¿por dónde iba? ¿Qué es lo que me proponía decir? Decía que soy un desterrado del mundo actual. Lo soy también de España. Juntamente soy un expatriado del tiempo y del espacio. Los dos destierros son acicate para mi patriotismo. No, no vivo en el presente. Ni encuentro gusto a la prosa de ahora, ni a las obras literarias, ni a las costumbres. España, la España del pasado, la España grande en sus letras, es la que me cautiva. La edad, seguramente -no quiero ocultármelo-, es la que en primer término habrá operado este fenómeno. Sin duda la vejez hace que el viejo evoque con cariño los tiempos pasados y se aleje de los presentes. Podría, sí, ser la edad. Pero yo creo que en mi caso hay razón de más peso. Todo esto habré de consultárselo al doctor. Y necesito también otros personajes. El primer cuadro será el de mi cuartito en París. El segundo puede ser la casa del doctor. Y el tercero el bar en la estación D'Orsay.

No he dicho todavía, no, lo sustancial. Vivo en el reinado de Felipe III. He ido recorriendo toda la historia de España con ánimo de escoger una época en qué alojarme, y he acabado por preferir el reinado de Felipe III. Y lo he hecho así porque ese reinado es discreto, casi incoloro, sin brillantez. El de Felipe II era demasiado universal. El de Felipe IV, excesivamente manoseado por poetas y literatos. Con gusto me refugio en los veintidós años del tercero de los Felipes. De 1599 a 1621. Llevo conmigo siempre un epítome de la historia de España. El de don Tomás Iriarte es mi preferido. Y lo es porque está escrito en expresivo castellano. Véase cómo resume el autor el reinado de Felipe III: «Durante su reinado se construyó el puerto de El Callao de Lima, se repararon las fortificaciones de Portobelo, como asimismo las de Cádiz, arruinadas por la invasión de los ingleses; aumentáronse las fuentes públicas de la villa de Madrid, edificose su plaza Mayor y se empezó la fábrica del Panteón de El Escorial, destinado a la sepultura de las personas reales.» Eso de las fuentes y de la plaza Mayor de Madrid me sugestionan. Por la plaza Mayor de Madrid, tan anchurosa, tan bella, me veo yo ahora deambulando. No quiero que se me olvide decir que el reinado de Felipe III es el

reinado del *Quijote*. ¡Y ya entro, con esto, en lo doloroso de mi aventura! Los títulos de las comedias me preocupan. He escrito diez o doce obras.

Ahora voy a escribir una en que el tema central sea Cervantes. Lope de Vega tiene una obra titulada *Por la puente, Juana*. Y otra *Al pasar del arroyo*. Tirso de Molina escribió *Desde Toledo a Madrid*. Y también *La huerta de Juan Fernández*. El título de mi comedia será *Al salir del olivar*. Hace un momento, sentado yo en la terraza de un café, he mirado a la mesa propincua y he visto un caballero ya anciano, de barba blanca, de frente desembarazada, los bigotes gruesos y caídos, azules los ojos. Se ha levantado para marcharse y he observado que era algo cargado de espaldas y que caminaba con pasos indecisos. ¡Dios mío, qué emoción más profunda!

- II -

Acto segundo

El primer cuadro del acto segundo es en el bar de la estación D'Orsay. No sé si poner este cuadro en el acto primero. El momento de la despedida ha llegado. ¡Adiós, París, que te quedas sin gente! Con angustia íntima me despido de la mágica ciudad donde he pasado tantas horas de dolor y de gozo. ¡No volverán ya esas horas! Dentro de poco tornaré a pisar tierra española.

Visto y no visto. De París a Esquivias. Lo que yo quiero hacer es la comedia de Cervantes, cercano ya a la muerte. De Cervantes días antes de morir. Esos momentos están reflejados por modo maravilloso en el prólogo de *Persiles*. Cervantes muere un 23 de abril, en plena primavera. En su ánimo permanece lozana la flor maravillosa de la serenidad, y la Naturaleza florece por doquier. Habré leído cuarenta o cincuenta veces ese fragmento de prosa, quiero decir, el citado prólogo. No hay prosa más tenue, etérea y delicada en toda nuestra literatura. Parece escrita sin palabras. Las repeticiones y cierta negligencia prestan al conjunto un encanto indecible. Estoy en Esquivias, y desde Esquivias voy a hacer el mismo viaje a Madrid que hizo Cervantes. Cervantes estaba ya entonces en el umbral de la muerte. Padecía una arteriosclerosis de forma cardíacorrenal. La hidropesía le atormentaba. Ni con toda el agua del mundo se sentía satisfecho. Posible es que visitara a Cervantes algún doctor de la traza del que pinta Tirso en su *Don Gil de las calzas verdes*:

 Escribía dos recetas,
de éstas que ordinariamente
se eligen sin estudiar,
y luego los embaucaba
con unos modos que usaba
extraordinarios de hablar.

Cervantes advierte que la vida se le escapa, y se despide serenamente de la vida. «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos...» Ya todo pasó. En el prólogo del *Persiles*, Cervantes, ya desahuciado, camino de Esquivias a Madrid, encuentra a un estudiante al acercarse a la Corte. El estudiante, al saber que es él, se arroja de su borrica y coge entusiasmado la mano de Cervantes. Conversan los dos un momento. El escolar se parte a entrar en Madrid por la puente de Segovia y Cervantes entra por la de Toledo.

El título *Al salir del olivar* me obsesiona. He hallado primero el título y ese título ha impuesto la obra. Sin ese título yo no escribiría la comedia. A Esquivias he vuelto después de treinta años. Cervantes hizo el viaje de retorno a Madrid, a caballo en un mal rocín, acompañado de dos amigos, y yo lo hago solo, en un carrito desvencijado. De Esquivias me encamino a Aranjuez y de aquí iré a Madrid. Acabo de entrar en el olivar. ¡Ah, no había dicho yo palabra del problema angustioso que me acongoja! En París el espacio me hace sentir España ardientemente. ¿Y es que, falto de esta reacción contra la distancia, disminuiré mi amor a España al encontrarme en tierra española? La perspectiva de esa mengua me preocupa mucho. Tal vez puede ocurrir eso. Pero falto del acicate del espacio, tendré el del tiempo. Viviendo como vivo en el reinado de Felipe III, sentiré por España, la España grande, aunque ya en declinación, un amor inextinguible. He visitado Esquivias y ya voy en mi carrito tirado por una mula matalona a través del olivar. De noche y a pie atravesé yo este mismo olivar hace cuarenta años. Cervantes lo atravesaría también. Los olivos son otros y los mismos. El olivo es mi árbol predilecto. El olivo es serio, digno, inmutable, pródigo. Nos da el aceite. Creer que el aceite, para ser bueno, precisa ser refinado, es abrazar un prejuicio extranjero. Sólo el aceite espeso y oliente, de aceituna casi fermentada, es el gustoso. La flor del aceite, del aceite elaborado con milenaria prensa de viga -todavía usada en almazaras toledanas-, es la maravilla del mundo. No hay condimento como el aceite. En repostería nada vale lo que el hormigo y las tortas de aceite. No me den empanadas ni hojaldres que con aceite no estén amasados. El chirriar del aceite que fríe es el más eficaz abridor del apetito. Aceite hace callar los quicios y suavizó las cerraduras. No hay mejor compañera del enfermo en sus noches dolorosas que la mariposa de aceite. «Aceite de oliva todos los males quita», dice el refrán. El aceite es panacea universal y presentánea. Aceite sirve de emético y aceite ablanda las postemas. No hay labriego, no hay vieja, no hay curandero que no conozca el famoso aceite de Aparicio. Desciendo del carro y voy caminando a pie por el olivar. El olivar se va acabando y voy a entrar en tierras paniegas. Y en este momento me creo víctima de una alucinación. Corro hacia un olivo y me apoyo en su tronco para no caer desplomado. ¡Acabo de ver, sentado en una piedra del camino, el mismo caballero que vi en París, en la terraza de un café! No, no puede ser. Estoy loco y desvarío. No es realidad lo que tengo delante, sino ente de razón. La barba cana, los ojos azules y melancólicos, la frente ancha... ¡Cervantes, Cervantes, Cervantes, viejo, cansado, próximo a dar el vale definitivo a la vida! ¿Cómo voy yo a describir esta escena?

Acto tercero

En Madrid. Los actos terceros -lo he dicho muchas veces- son siempre provisionales. A un acto tercero se puede oponer siempre otro acto con desenlace diverso. No sé todavía lo que voy a hacer en este acto tercero. Lo que pretendo es que sea breve. En el teatro español todos los actos tienen la misma duración. Pero en el teatro francés, en Molière, por ejemplo, hay actos finales que sólo cuentan unos minutos. El acto tercero de *Al salir del olivar* será breve y rápido. En Madrid, al volver yo ahora, después de tres años de dolorosa ausencia, voy caminando por las calles cual un alucinado. No estoy en los tiempos actuales, sino en 1616. En ese mismo año murió Cervantes. Al salir del olivar, corté de un olivo una ramita. El olivo es el árbol de Minerva. No lo había dicho antes. El olivo es el árbol de la paz. Lo digo ahora. Veo aún confusamente el acto. Y no sé lo que haré de esta ramita simbólica. Pero divagando al azar por las calles madrileñas siento de nuevo, por tercera vez, el aleteo de la locura. Acabo de ver caminando por la calle del León, con paso inseguro, un anciano de barbas blancas, algo agachado y con ojos azules. ¡Tenía tal aire de cansancio y de tristeza! Y yo no sé qué hacer. No sé si detenerme y abrazarle, seguir tras él en silencio o marcharme y renunciar a todo. Renunciar a todo, porque yo en estos instantes no puedo ya soportar la emoción que me produce este cambio de tiempos. Y la vida se me va a mí también acabando. «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que ya me voy muriendo, y deseando veros presto, contentos y en la otra vida.» El anciano, en tanto, en tanto estaba yo absorto en estos sentires, ha entrado en una casa de la calle que es hoy de Cervantes y ha cerrado tras sí la puerta

Su mejor amigo

Don Juan de Austria es una de las figuras más simpáticas de la historia de España. Nació en 1547 y murió -todos lo saben- en 1625. Era animoso, arrojado y tenía singular don de gentes. «De casta le viene al galgo el ser rabilargo.» ¿Cómo no había de tener sociabilidad siendo hijo de una mujer que estaba al frente de una gran casa de viajeros? Sin el trato afable, la llaneza y la condescendencia, no se acreditan los hoteles. Y ocurrió lo que había de ocurrir. Pasó por la casa Carlos I. Don Ramón de Campoamor ha escrito:

Siempre es para vosotras peligroso

un ánimo aguerrido

y un uniforme hermoso.

El fausto militar, ¡sexo precioso!,

siempre ha sido y será tu prometido.

El hermano de don Juan era el hombre de las cuatro paredes, y don Juan, el hombre de la vida al aire libre. Felipe II gozaba ante un bufete cargado de papeles -firma que te

firma, apostilla que te apostilla-, y don Juan disfrutaba en el campo, en la calle, saludando bondadosamente a los amigos, metiéndose entre las filas enemigas en las batallas. Felipe II se educó para ser rey, y don Juan, para no ser nada. Quien ha de ser rey, lo tiene todo hecho, y quien no ha de hacer nada ha de hacérselo él todo. Felipe fue un rey con verdadera majestad. No todos los reyes tienen majestad. Y don Juan fue el hombre a quien quisieron todos. Hasta que fue mocito no conoció don Juan a su padre. Nada más elegante que el cuadro de Rosales *Presentación de don Juan de Austria a Carlos I.* Eduardo Rosales es uno de los grandes pintores españoles. Después de Velázquez, Goya. Después de Goya, Rosales. Eduardo Rosales ha pintado con independencia de todo. El pintor está perdido -durará lo que dure una moda- si se deja arrastrar por la novedad efímera.

Miguel de Cervantes era un muchacho pobre. Su padre, Rodrigo de Cervantes, no pasaba de ser un practicante de cirugía. ¿Cómo va a tener talento el hijo de un practicante? Miguel se las busca como puede por el mundo. El director de un colegio dice de él que es un muchacho muy inteligente. Los directores de colegio suelen ser indulgentes con sus alumnos, para tener contentas a las familias. Miguel se marcha a Italia. La vida en Italia es fácil y agradable. Siente Miguel la alegría de las cosas. Y la siente especialmente en las hosterías, ante una mesa abastada de succulentas viandas, en el puño una copa de vino claro y oloroso. Pero allá en las lejanías de sus recuerdos, surgen de pronto las figuras familiares: España, Alcalá de Henares, su madre y el buen practicante de cirugía, sordo como una tapia y sin clientela. La melancolía -esa levadura divina del arte- invade a Miguel. Miguel melancólico es ya el Miguel inmortal. Acaso la acción lo es todo. Miguel quiere entregarse a la acción. «Lo que vale es la acción» le dice, dentro de él, una voz tentadora. Miguel viste los arreos del soldado. Se embarca en una nave. Goza de la esplendidez del Mediterráneo. En el aire claro se levanta espesa humareda. Retumban las descargas. Trábanse las naves unas con otras, y sobre el agua azul cae la sangre espesa y roja. La bandera de España ondea allá arriba, entre la muchedumbre de los mástiles y las llamas del incendio.

Todo se ha desenvuelto como en un violentísimo torbellino. Miguel no veía nada. Ni mar, ni cielo, ni barcos, ni llamas, ni hombres, ni espadas, ni arcabuces. En unas horas ha vivido un siglo. La fiebre le hacía dar diente con diente una hora antes, y ya metido en faena, sobre cubierta, se ha erguido con ímpetu poderoso. En esos instantes todo lo encontraba fácil. Nada se oponía a su marcha de un lado para otro. Cuanto más atronaba la arcabucería, con más fuerza se sentía él. Y ahora, al cabo de no sabe cuánto tiempo, abre los ojos y esparce la vista en derredor. El intenso gasto nervioso le produjo un sopor profundo. Habían restañado la sangre que manaba del pecho y habían vendado su mano estropeada. No pasaba ahora nada. Sentado a la cabecera de su cama estaba un joven de claros y vivos ojos, con apostura señorial, de voz apacible.

-Vamos a ver, Miguel -decía-; ¿qué le pasa a usted?

Y en este momento se ha establecido por primera vez, por primera vez y para siempre, el contacto entre dos sensibilidades. Don Juan de Austria posee un tesoro de sociabilidad, y Cervantes lleva en germen, en lo hondo de su alma, la obra más profundamente universal. Don Juan de Austria es llano, franco, y Cervantes ha de inspirar toda su obra en la llaneza cordial y humana. El tiempo pasa y tras un día viene otro. ¿Qué será de estas dos vidas? En un momento decisivo, decisivo para la historia de España, para la historia de la civilización, estos dos hombres han coincidido. Don Juan

mira sonriente a Miguel, y Miguel contempla extasiado a don Juan. El afecto de un amigo es el mayor conhorto en la desgracia. El magnate puede seguir su camino triunfal. Miguel irá a no sabe dónde. No importa que no vuelvan a verse más. Estos minutos de entrevista cordialísima entre el general y el soldado bastarán para que Miguel lleve siempre en su espíritu un consuelo alentador.

Argel es una ciudad bonita. Resalta su blancura en el azul del mar. Imagina el que esto escribe en París -frente al Arco de Triunfo- que de un vuelo se pone en Marsella. Desde Marsella a Argel es un paseo. Las casas de Argel son cuadradas. Hay callejitas hondas y penumbrosas. Se abre una puerta angosta y no vemos delante nada. Pero caminamos por un corredor, a la derecha o a la izquierda, y nos encontramos en un patio con una fuente murmurante en el centro y con un bosquecillo de naranjos. En un librito francés titulado *En Alger* -por Cunisset Carnot, 1889-, encontramos este pasaje: *On ne voit dans toute la ville qu'un arbre: c'est un cyprès noir, aigu, vigoureux, qui pointe un peu au-dessus du palais.* Los cipreses viven mucho. Los cipreses ven pasar impasibles las generaciones y los siglos. Y este ciprés que domina la blancura de Argel, ¿ha visto a Cervantes? ¿Ha conocido las amarguras de Cervantes? La vida del europeo es una cosa, y la del musulmán, otra. Europeo y musulmán tienen un concepto distinto del tiempo. El musulmán alcanza la eternidad sin esfuerzo. El europeo ha de hacer un esfuerzo heroico para alcanzarla. Heroico, porque ha de desasirse, para lograrlo, de todas las cosas mundanas. El musulmán lo supedita todo al concepto de eternidad. El minuto presente es para él la eternidad. Y goza, en el silencio, en la inmovilidad, retirado en su casa sin ventanas, sentado en sus jardines recoletos, del minuto presente. Si Cervantes no hubiera estado cautivo en Argel, no hubiera escrito el *Quijote*, o el *Quijote* sería de otra manera. Durante años, Cervantes cautivo ha sostenido una lucha titánica. Luchaba por conseguir su libertad y la de sus compañeros. Y cada heroica tentativa iba seguida de un heroico fracaso. Y cada heroica tentativa, en don *Quijote*, va seguida de un heroico fracaso. Y al fin, viene en Cervantes y en don *Quijote* la desilusión suprema. La voz interior que antaño clamaba en Cervantes por la acción, ha dejado de oírlo Miguel. Sin quererlo, sin proponérselo, del concepto de tiempo europeo ha ido pasando Cervantes al concepto oriental. En todo su libro hay una contradicción, dichosa contradicción, entre el incesante batallar del héroe y el fondo espiritual de la obra. Cervantes es el hombre del camino, y el mismo Cervantes es el hombre del reposo. La máxima sensación que el *Quijote* nos produce es la de ese ciprés que en Argel se eleva, rígido, majestuoso, sereno, sobre la ciudad blanca, y está presente, con su serenidad, a todas las mudanzas de la fortuna. No dejarse prender por las cosas del mundo, ni dejarse arrastrar por las pasiones -amor, riquezas, honores, glorias- es la suprema sabiduría. El despertar de don *Quijote*, tras el fracaso en la playa de Barcelona, es consecuencia lógica de sus afanes. No existe oposición, como parece, entre su vida de antes y la que ahora imagina. La que ahora imagina representa la más alta conquista del batallar. La acción, en resumen de cuentas, no vale lo que el pensamiento. Sin el pensar, la acción no es nada. El cartujo en su celda desarrolla más energía y es más útil a la Humanidad que la más importante fábrica de Manchester.

Don Juan de Austria había de despertar también. Don Juan se encuentra en Flandes con su ejército, y Cervantes está en el cautiverio de Argel. Los dos han nacido en la misma fecha, y los dos tienen treinta y un años. En 1578 fracasa Cervantes en su tercera tentativa de evasión. En 1578 se extiende una epidemia de tifus por el ejército de don Juan. Y don Juan -no puede ser otra cosa- visita solícito a sus muchachos y los consuela. Pero un día siente un ligero escalofrío. El terrible mal le ha atacado. La

enfermedad es larga. Durante días, don Juan oscila entre la vida y la muerte. El duque de Gandía, marqués de Lombay, era uno momentos antes de ver el cadáver corrupto de la emperatriz Isabel. Momentos después era otro. Hoy es San Francisco de Borja. Al salir de su enfermedad, don Juan de Austria no es el trasunto de su padre en el campo de batalla, sino de Carlos I, desengañado en Yuste. Don Juan renuncia a todo. No quiere nada del mundo. La historia no dice cuáles fueron los sentimientos verdaderos -retenidos en su interior- de Felipe II al recibir la nueva inesperada. Cierta celera del brillante guerrero, su hermano, había, sí, en Felipe.

Al comenzar el siglo XVII, Castilla la Nueva deja de ser la sede de la capitalidad española. Los cortesanos ascienden cien metros al cruzar el Guadarrama y entrar en Castilla la Vieja. Castilla la Nueva está a seiscientos metros sobre el nivel del Mediterráneo, y Castilla la Vieja a setecientos. Pero Valladolid, la nueva capital, pertenece al reino de León. Madrid tiene de elevación seiscientos cincuenta metros, y Valladolid, seiscientos setenta y nueve. Entre España y Suiza se podría tender un puente. Francia se encuentra en lo hondo. Don Juan vive en una casita del ruedo de Valladolid. No trata a nadie. No interviene en las fiestas -saraos en palacio, corridas de toros- que se celebran con motivo de la llegada a Valladolid, en 1601, del embajador de Persia Uzen Ali-bey. No concurre tampoco a las que se celebran, en 1602, en honor del embajador extraordinario de Inglaterra lord Howard. En palacio se le considera y respeta. Su sobrino, Felipe III, siente por él vivo cariño. ¿Y quién habrá que no le quiera? En 1605, un libro que don Juan lee, como lo lee todo el mundo -el *Quijote*- causa en él profunda sensación. Y poco tiempo después visita don Juan la cárcel de Valladolid, y le acompañan todos, respetuosamente, al calabozo en que está preso Cervantes. Don Juan, sonriente, como antaño en Lepanto, le dice a Miguel:

-Vamos a ver, Cervantes, ¿qué le pasa a usted?

Cervantes no es serio. Hoy diríamos que Cervantes no tiene «preparación». Los verdaderamente serios, eruditos, dignos, solemnes, son los Argensolas. No puede ponerse Cervantes al lado de los Argensolas. Sería una temeridad que nosotros lo pudiéramos. A Bartolomé o a Lupercio se les podría conceder, por su sabiduría, una cátedra en Alcalá, y a Cervantes, no. Cervantes no sería nada en su pueblo. No se le niega, con estas ironías, a los Argensolas el arte de rimar con entonación rotunda y precisa. ¿Y es que Cervantes presume de ilustrado, digamos la palabra exacta, de culto? Culto, naturalmente, en el sentido respetabilísimo que le damos hoy. Cervantes vive pobremente. En Valladolid, antes de la visita de don Juan de Austria, moraba en una casa que tenía en los bajos una taberna. No hubiera podido vivir Lope de Vega en tal mansión. Al oír el nombre de Lope, Cervantes sonrío. Lope sonrío también cuando se le nombra a Cervantes. Las relaciones de Cervantes y Lope son las relaciones de esos escritores que, siendo cordiales en apariencia, son en el fondo hostiles. En Lope hay elogios para Cervantes, y en Cervantes hay elogios para Lope. Pero no nos engañemos. Vivían Lope y Cervantes en mundos diferentes. En Aragón, cuando se trata de quienes se hallan en situación tal, se suele decir: «Se mascan, pero no se tragan.» Hoy vemos que el antagonismo era fatal. Lope domina sobre el espacio y Cervantes domina sobre el tiempo. La obra de Lope está fundada en el concepto de espacio, y la de Cervantes, en el concepto de tiempo.

Madrid vuelve a ser la capital de España. Los cortesanos descienden los cien metros que habían ascendido antes. En Madrid, don Juan de Austria vive tan retirado y

silencioso como en Valladolid. Don Juan y Cervantes se ven con frecuencia. Don Juan no puede prescindir de la conversación con este hombre que no es «científico», como le reprochaba Lope que no lo fuera, sino que es un sabio a la manera antigua, es decir, un hombre prudente, discreto, tolerante, bondadoso y sagaz. Don Juan y Cervantes charlan en completa intimidad. Nada hay comparable en amargura a la vejez del escritor popular y pobre. La admiración de las gentes obliga a ese escritor al decoro en público -decoro que requiere gastos-, en tanto que en la intimidad de la casa faltan los recursos más indispensables para la vida. ¡Y la pluma, cansada, exhausta, no puede producir más! Cosa delicadísima es el arte de hacer la caridad. Doña Concepción Arenal, gran española, ha escrito en su *Visitador del pobre* páginas admirables a este respecto. Don Juan se ingenia para mejorar, sin herir el amor propio, la vida de Cervantes. Todo es natural, pertinente, espontáneo y gracioso en el socorro. A Cervantes no le falta, por lo tanto, nada. Al conde de Lemos se le puede aplicar el refrán que dice: «A la par es negar y tarde dar.» El cardenal y arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, es otra cosa. El cardenal sabe ser también fino y discreto. Pero nadie llega adonde llega don Juan en libertad y discreción.

La vida se va acabando poco a poco. Todo se acaba en el mundo. Cervantes asiste con serenidad a su propio acabamiento. Y escribe la página más bella que ha escrito jamás. Esa página es el epílogo a su *Viaje del Parnaso*. La prosa castellana llega en ese fragmento a la suprema sencillez. El secreto del arte de escribir consiste en eliminar. Cervantes, en esa página, realiza un verdadero prodigio de eliminación. No se puede expresar lo sustancial con menos adherencias superfluas. Los editores que publican *Quijotes* casi siempre suprimen la aprobación del licenciado Márquez Torres a la segunda parte de la obra. Cometan con ello un verdadero crimen de lesa arte. El Estado español debiera prohibir que se publicaran *Quijotes* con mutilación tal. Porque Márquez Torres, a más de ser el primer cervantista, ha definido con toda exactitud, definitivamente, desde el primer momento, el estilo de Cervantes. Don Francisco Rodríguez Marín nos ha dicho quién era Márquez Torres.

Don Juan de Austria asiste a los últimos momentos de su amigo. Y si antes se desengañó de todo, ahora su melancolía es más profunda. En 1616 muere Cervantes. Se creía perdido el libro *Las semanas del jardín*. Don Juan de Austria logra encontrar el manuscrito y a él debemos la magnífica edición de Amberes de este hermoso libro de Cervantes.

La historia no separa jamás el nombre de don Juan de Austria del nombre de Miguel. Don Juan ha sido el mejor amigo de Cervantes. ¿Qué hubiera sido de Cervantes si hubiera muerto don Juan de Austria en 1578, cuando fue atacado del terrible mal? (Ya supondrán los lectores que yo sé, puesto que me lo ha contado un historiador amigo mío, que don Juan de Austria murió, efectivamente, en 1578.)

Cervantes nació en Esquivias



Han sonado unos golpecitos en la puerta -la puerta del cuarto del hotel- y he gritado:

-¡Adelante!

No ha entrado nadie y han vuelto a golpear. He gritado de nuevo:

-¡Adelante!

No ha entrado ahora nadie tampoco. Los golpes han tornado a sonar. Y con voz recia -acaso un tantín colérica- he proferido:

- ¡Entre quien sea!

Se abre la puerta, avanza hacia mí un caballero y se cuadra militarmente. El pergeño es señorial y las facciones de bondad. Me cuadro yo también con la más correcta apostura marcial. No sé si hay un poco de ironía en la decisión. Transcurre en silencio un instante y digo:

-Permítame usted, señor, que le cuente una anécdota. Viene de perilla en esta coyuntura. La señorita Clairon estaba sumamente agradecida a Voltaire. Fue a ver al escritor y se arrojó a sus plantas. Voltaire se arrodilló súbitamente también ante la señorita. Y ya de hinojos los dos, dijo: «Señorita, ya estamos los dos en el suelo. Y ahora, ¿qué hacemos?» Y yo pregunto a usted, señor mío: ¿qué hacemos los dos, cuadrados militarmente?

-Perdone usted -me dice el desconocido-. Soy caballero.

-Y yo también -le respondo.

-Pero yo lo soy andante -me retruca él con cierto énfasis.

-¡Ah, eso es otra cosa!

Hay tal bondadosa socarronería en mis palabras, que el caballero sonrío. Sonríó yo expansivamente también.

-¿Caballero andante y en tiempos calamitosos?

-Precisamente. Los tiempos son los más propicios para la profesión. Mi nombre es Miguel de Cortinas. Soy nativo de Esquivias. He venido de Esquivias por breves tránsitos. Creí no llegar nunca a París. Con mi pobre hatillo al hombro, he cabalgado en el caballito de San Francisco desde la Mancha hasta la isla de Francia. Y nadie me ha molestado. No se ha metido conmigo ni gente armada, ni gente inerme. ¿Y por qué habrían de desazonar a un caballero andante?

-¡La alegría que tengo yo, señor, al encontrarme mano a mano con un seguidor de Palmerín de Oliva! Y aumenta el contento el pensar que el caballero viene de Esquivias.

-¿Ha estado usted en Esquivias?

-Una noche de luna, en invierno, recorrí a campo traviesa, por viñas y olivares, el trecho que separa la estación ferroviaria del pueblo. Y dormí aquella noche en una cama de tablas, alta como una torre y con siete colchones mullidos.

Hemos vuelto a reír. Las facciones del caballero cobran de pronto visos de seriedad. Algo grave va a producir este señor. El prólogo del ceño lo revela. Y al cabo este nuevo Felixmarte de Hircania, dice:

-¿Sabe usted de dónde era Cervantes?

-De Alcalá de Henares.

-¿Cree usted que Miguel de Cervantes era de Alcalá de Henares?

-Allí está la partida de bautismo.

-Sí, allí consta la partida de bautismo. Pero Cervantes, Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Esquivias.

En este momento he experimentado la sensación que se experimenta cuando se pasa un puente de tablas que se tambalea. No sabía lo que pensar de este hombre. El coranvobis era de persona sensata y las últimas palabras acusaban desvarío. Ha comprendido el caballero mis dubitaciones íntimas, y con toda calma ha comenzado a desenvolver un atadizo que traía en la mano. Luego ha puesto ante mi vista un cuadrito. Encuadrada en dorado marco, tras cristal límpido, se ve una fotografía.

-Tenga usted la bondad de leer esto -me dice Miguel de Cortinas.

Y leo lo siguiente: «Año de MDXLVII. En este aposento ha parido un niño Leonor de Cortinas, su mujer de Rodrigo de Cervantes, el Sordo. Octubre 3. *Nisi sapiens, liber est nemo.* Cicerón. El licenciado Felipe de Cortinas.»

-Y esto ¿qué significa? -pregunto.

-Vivo en Esquivias. En Esquivias tengo mi casa solariega. Desciendo por línea recta de la madre de Cervantes. En uno de los aposentos de la casa hay grabada, a punta de navaja, una inscripción. Esa inscripción es la de esta fotografía. Don Tomás Tamayo de Vargas asienta que Cervantes nació en Esquivias. Lo sabía bien. El escrito parietal lo confirma. El amor de Cervantes a Esquivias fue férvido y constante. De Esquivias loa Miguel la nobleza y los vinos. Tamayo de Vargas estaba en lo firme.

-¿Y cómo no se ha utilizado este dato precioso hasta ahora?

-No he querido franqueárselo a nadie. Lo he reservado para mí solo. Ignorada de todos, he querido fruir la verdad. He dejado la patria. Lo he abandonado todo. ¿Y a quién podrá importar aquí en París, donde los libros españoles no se estiman -yo he vendido algunos en la feria del Sena y no me han dado sino unos céntimos-; a quién podrá importar en Lutecia el lugar verdadero en que naciera Cervantes? Sí, para mí sólo esta exquisita puridad. Para de este modo encontrarme, gozando del secreto, más cerca

de Cervantes. ¿No ha oído usted hablar nunca de apasionados de pintura que celan un cuadro famoso a la vista de todos y no permiten el acceso a sus colecciones?

-¿Y este aforismo? Las palabras de Cicerón dicen: *Nisi sapiens, liber est nemo*. Fuera del sabio, ninguno es libre.

-Aparte del sabio, nadie es libre. Ni más ni menos. Sólo los sabios, los prudentes, los acuchillados por la adversidad, son libres. Esa inscripción, trazada por un humanista lugareño, ha gravitado sobre toda la vida de Cervantes. El niño que acababa de nacer nacía con ese signo. ¿Lo sabía, lo presentía, lo adivinaba el latinista que firma la anotación mural? La palabra sabio ha sido desnaturalizada. Se llama hoy sabio a cualquiera. Sabio se aplica a un investigador de laboratorio. Se necesita trabajar con el intelecto e inventar algo para ser sabio. Y no es eso. La verdadera tradición no es ésta. La moral tiene su corriente, cual la de un río, y la ciencia tiene otra. Y el sabio está en la corriente de la moral. Sabio es el hombre práctico en la vida. Sabio es el hombre desasido de las cosas que atrañan a los demás. En el seno del Estado más liberal, ¿cómo podrá sentirse libre el que sea esclavo de sus pasiones? Y si Cervantes es grande, lo es porque de su obra se exhala ese efluvio de bondad que constituye el verdadero y eterno liberalismo. El liberalismo no pasa. No crea usted que el liberalismo es cosa anticuada. Ríase usted de tales propugnadores de la novedad. Por encima de todas las críticas que se hagan del liberalismo, está el hecho irrefragable que la doctrina liberal es un humanismo. El sabio, le iba diciendo a usted, es el hombre que sabe vivir con ecuanimidad. Hay sabios que no saben leer. Cansados del trato con los inventores de cosas, tendemos los brazos con afán hacia este labriego que, en su haza, nos habla con palabras reposadas en que se contiene una experiencia milenaria.

Entraban hasta el fondo de mi alma tales expresiones. La emoción me embargaba. No podía yo oponer nada al aserto histórico del caballero. Pero ¿cómo explicar el bautismo de Miguel en Alcalá?

-La cosa es obvia -nos dice sonriendo Miguel de Cortinas-. La familia de Cervantes pasaba una temporada en Esquivias. En Esquivias cogió el parto a Leonor. Luego, vueltos los padres de Cervantes a Alcalá, el niño fue en Alcalá bautizado.

El caballero añade, en tanto que extrae del bolsillo una botella

-¿Me permite usted? Ésta es una botella de vino de Esquivias. Me ha costado mucho conservarla sin detrimento hasta mi llegada a París. La he traído para usted. ¿Tiene usted por ahí una copa? Con el vino elogiado por Cervantes, bebamos por España y por Cervantes.

Y hemos bebido. Por los cristales del balcón ha entrado un vívido rayo de sol de España. Hemos visto a lo lejos un pedazo de llanura -la Mancha- en que se levantaba un grupo de álamos tembladores. Se escuchaba una copla que melancólicamente decía:

Hasta los suspiros míos
son más dichosos que yo.
Ellos se van y yo quedo,
ellos se van y yo no.

Aventuras de Miguel de Cervantes



Miguel de Cervantes López Saavedra fue bautizado en Alcázar de San Juan el 9 de noviembre de 1558. Lo saben todos los buenos alcazareños. No lo olvidan los cervantistas. Los manuales literarios -que hablan de lo inútil y desdeñan lo esencial- no dicen pío de este Cervantes. Pero existe bibliografía copiosa de su existencia. Y en tiempos, los alcazareños se han batido denodadamente por su convecino, al cual adjudicaban la paternidad del *Quijote*. Y esta noble intrepidez les enaltece. El padre de Miguel se llamaba Blas de Cervantes Saavedra, y la madre, Catalina López. Alcázar es la capital del priorato de San Juan. La blanca lana de la cruz de San Juan resalta en la ropilla o el manteo tanto como la lana roja de Santiago. La cándida lana la ostentó Lope de Vega, y la bermeja, don Francisco de Quevedo. Las calles de Alcázar de San Juan son anchas, con casas bajas, blancas las paredes, el piso pavimentado de guijarros. Alcázar se halla a 148 kilómetros de Madrid por ferrocarril, y a 164 por carretera. En su estación se bifurca la línea de Madrid, y un ramal va a Andalucía y otro a Levante. En su casino, desierto a la mañana, puede el viajero meditar, ante una copa de coñac, solo en la vastedad de la sala, sobre la melancolía infinita -infinita y ensoñadora- de la inmensa y próspera Mancha.

La vida de Miguel de Cervantes se desarrolló plácida. No estaba desprovisto Cervantes de dones de fortuna. Poseía varios predios rústicos y dos o tres predios urbanos. Los rústicos eran tierras de sembradura y viñedos; los urbanos, casas en Alcázar. El laboreo de sus tierras ocupaba la vida de Miguel. Acaso en el fondo del alma llevaba este hombre una levadura de tristeza. No podía él quejarse de la vida, y sin embargo, consideraba la aridez de sus días. Día tras día se sucedían monótonamente los años, sin que nada extraordinario viniera a matizar la existencia del buen labrador. ¿Y era todo en la vida el sembrar, el segar, el trillar, y el recoger en los trojes el grano? ¿Y se resolvía todo el vivir de un hombre en ver trocarse el agraz de los racimos en azucarados grumos, y en cortarlos, en pisarlos en el lagar y en henchir las cubas de oloroso y espeso mosto?

El destino tenía deparada otra cosa a Miguel. Necesitó ir a Madrid un día, y un convecino, buen amigo suyo, Leocadio Pascual, le dijo:

-Vas a Madrid y quiero hacerte un encargo. Visita en mi nombre a don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal-arzobispo de Toledo y presidente de la Junta Suprema de la Inquisición. No te atemoricen tantos títulos. El cardenal, a quien yo serví antaño, me dispensó su amistad. Te acogerá cordial. Su afabilidad es indefectible.

En Madrid, Miguel de Cervantes fue a visitar al cardenal Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo. El cardenal solía pasar temporadas en la Corte. Esperó un rato en la antesala Miguel, y al fin vio venir hacia su persona, sonriente, a un familiar.

-El señor cardenal no puede recibir a usted -le dijo a Miguel el familiar-. Y me encarga que le manifieste que lo siente infinito. Se halla algo indispuerto y ha de regresar mañana a Toledo. Y me ha encargado también que tenga usted la bondad de aceptar este recuerdo suyo.

Y al mismo tiempo ponía en las manos de Cervantes una bolsita. Ya en la calle, Miguel vio, confuso, asombrado, que la bolsa estaba llena de monedas de oro. Había ido él, la verdad sea dicha, a visitar al cardenal con cierto recelo hacia los grandes personajes, él, que era un pobre labrador, y se encontraba con que este encumbradísimo señor llevaba su bondad hasta hacer don a un humilde visitante, desconocido para él, de un riquísimo presente. Miguel no sabía qué pensar. La aventura era realmente peregrina. No podía ya decir que su vida no estaba interrota por lo inesperado. Pero no fue esto solo. Algo más habría de ocurrirle.

Alcázar de San Juan no está lejos de Argamasilla de Alba. Cerca de Argamasilla, a la margen del río Marañón, que se encuentra a 14 kilómetros de Alcázar, tenía Miguel algunos banales. Pero al visitarlos no se acercaba nunca a Argamasilla. Y un día tuvo que entrar en el lugar. Por no hacer gasto en la posada, hizo lo que se suele hacer. Dejó el carrito en que iba en las afueras del pueblo, y desenganchada la mula, en tanto que la mujer de Cervantes cocía sobre tres piedras a manera de trébedes un frugal yantar en la olla, Cervantes entró en el pueblo a desempeñar ciertas diligencias. También es hermoso pueblo Argamasilla. El Guadiana lo bordea y espesas arboledas ornan las márgenes del río. Miguel de Cervantes camina por las anchas calles. El sol reverbera vívidamente en la blanca cal de las fachadas. Miguel ha sacado del bolsillo un fajo de papeles y consulta unos apuntes relacionados con las gestiones que va haciendo. De pronto, una mano se posa en su hombro. Se vuelve Cervantes y ve ante sí a un caballero alto, cenceño, con una barbita rala en punta, y con unos bigotes lacios. En los ojos del personaje hay una honda melancolía. Con voz suave, insinuante, le dice a Miguel:

-¿Sabe usted quién soy yo?

-No tengo ese gusto -contesta Cervantes.

-¿Va usted a estar mucho en Argamasilla?

-Estaré unas horas.

-Pues entonces no puedo yo invitarle a que venga a mi casa, donde hablaríamos con todo reposo, y voy a decirle aquí lo que tengo que decirle. Y perdóneme usted, ante todo. Perdone usted, amigo, que un caballero desconocido para usted le detenga en la calle. Le llamo amigo porque todo manchego lo es para mí. Y le llamo amigo sin debérselo llamar. He dicho antes que yo soy desconocido para usted. Seguramente que no lo soy, cuando usted ha hecho contra mí lo que todo el mundo sabe. Esta carta que entrego a usted se le ha caído hace un momento. Lo estaba yo viendo desde lejos. No se ha percatado usted de la falta. La he recogido yo del suelo y he cometido la indiscreción de leer el sobrescrito. Vuelvo a rogarle que me otorgue su perdón. Por el sobrescrito he visto que usted es Miguel de Cervantes. Y yo le pregunto, señor mío: ¿qué daño le he hecho yo? ¿En qué puedo yo ser ridículo? ¿De qué manera tengo yo trazas de cómica estantigua? ¿Cómo podría tenerlas don Alonso Montalbán, caballero de Argamasilla, que vive pacíficamente y no ha hecho nunca mal a nadie?

Miguel de Cervantes contemplaba con asombro al caballero. No sabía qué contestarle. En esto se abre una puerta, sale una moza y le dice a Miguel:

-Perdone usted a este caballero. No tiene ánimos de ofenderle. He estado escuchando por el resquicio de la puerta todo lo que hablaba. Y usted, querido tío, deje seguir su camino a este señor y no piense en agravios quiméricos.

Y diciendo esto se lleva suavemente cogido del brazo al avellanado caballero.

En la venta de las Ánimas, camino de Segovia, se han encontrado dos viajeros. El uno es Miguel de Cervantes López Saavedra, y el otro es un señor ya proveccto, de ancha y desembarazada frente, barbas blancas, dientes delgados y bigotes recios caídos. Sus ademanes y palabras son de reposo y de bondad. No hay ningún viandante más en la solitaria venta. Sentados en un poyo de la fachada, ante el camino que se pierde a lo lejos, en el crepúsculo de la tarde, los dos viajeros conversan como dos antiguos amigos. Miguel de Cervantes se siente atraído por el hechizo cordial de su compañero. El compañero de Miguel ha relatado su vida. La vida de este hombre es un tejido de extraordinarias aventuras. Ha peleado en la batalla de Lepanto. En Argel ha estado cautivo. De Lepanto libró la vida por milagro y con gloria, y en Argel ha estado expuesto a perder esa azarosa vida cuatro o seis veces. Y ha estado a pique de perderla por querer salvar generosamente del cautiverio a compañeros suyos. No oculta el desconocido que ha estado preso también. ¿Y por qué ha de ocultarlo, si la inculpabilidad suya ha sido reconocida por todos? Al terminar su relato, el viandante pregunta:

-¿Y usted, compañero? ¿No le ha ocurrido a usted nada en la vida?

Entonces Miguel de Cervantes relata los dos hechos novelescos que le acontecieron: el regalo de la bolsa henchida de oro y el encuentro con el caballero avellanado en Argamasilla. El desconocido, tras el primer relato, se queda cabizbajo, pensativo.

-El cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas -dice- es buen amigo mío. Tengo la honra de que me dispense su protección. Celebro que haya sido también con usted generoso.

Y cuando Miguel acaba su segundo relato, el del encuentro en Argamasilla, el desconocido, un poco nervioso, le pregunta:

-Pero dígame usted, amigo, ¿cuál es su gracia?

-Miguel de Cervantes López -contesta Miguel.

-¿Miguel de Cervantes? -interroga con asombro el desconocido.

-Sí, Miguel de Cervantes, natural de Alcázar de San Juan.

En este momento el desconocido se pone en pie. La tarde ha ido declinando, y el lucero vespéral fulge en el cielo límpido. En pie se ha puesto también Miguel. Hay un momento de silencio y de inmovilidad. Al cabo, el desconocido ha sonreído

bondadosamente, y con gesto cordial ha tendido sus brazos hacia este otro Miguel de Cervantes, no infortunado como él, sino feliz, feliz en su condición mediocre, y le ha estrechado contra su pecho.

Los papeles y la vida



No conozco al doctor don Pablo Mena. Como soy el doctor Mena, no me conozco a mí mismo. Y perdóneseme el pleonasma que forman las últimas palabras. No atesoro conocimientos gramaticales. Y, sin embargo, la gramática me preocupa. La gramática es la captación del tiempo. Lo es en los diversos modos de las conjugaciones. No sé adónde irá a parar, con el tiempo, este papel. No me conozco, porque, tras de estar estudiándome ha cincuenta años, me hallo ahora en el *a b c* de la gran ciencia. ¿Se me permitirá que repita por milésima vez -milésima vez en lo que va del año- uno de mis bordoncillos? No es otro que el refrán que dice: «Aceite de oliva, todo mal quita.» En esas palabras encierro y condenso yo mis doctrinas médicas. El aceite de oliva no lo remedia todo. Contiene propiedades varias, quier eméticas, quier vulnerarias, quier emolientes. No es, con todo, la panacea universal e infalible. Tal panacea no existe. Pero el aceite de oliva resume en su terapéutica la experiencia de muchos siglos y de incontables generaciones. Y eso es lo que me interesa. Porque yo, el doctor Mena, creo que la medicina no es opinión, sino casos. No existe el mal en abstracto. Lo que existen son enfermos. ¿Cómo podremos hablar de ciencia -y envanecernos con la ciencia- si cada treinta años caducan las especulaciones más aupadas? ¿De qué modo podremos los médicos sentir la ufanía de lo adquirido perdurablemente, cuando lo que era verdad incommovible hace seis lustros es al presente doctrina arcaica y ridícula?

No he prestado yo, en mi vida profesional, entusiasta asenso a las novedades. Ni los grandes descubridores de Alemania o de las Galias, me han seducido. A mi práctica terrena y diaria me he atenido siempre. Y como la medicina son casos, he tenido que limitar el campo de mi ejercitación. No pasan de veinte las familias que asisto. No pasando de veinte, puedo seguir paso a paso, etapa por etapa, el desenvolvimiento vital de todos los individuos que componen esas familias. Y conozco sus antecedentes, sus complexiones, sus gustos, sus proclividades, sus resabios, las variantes que el temperamento introduce en el morbo genérico. La realidad es lo que me preocupa. Para mí -sin desdeñar en absoluto la doctrina - a un lado están los papeles, y al otro la vida. Y amigo como soy de las artes, aplico mi empirismo también a la apreciación literaria. ¿Es que se pretende que, en mis juicios literarios, me quiebro de sutil? No lo creo. Cuantas experiencias hiciera en este terreno han sido aprobadas por personas sensatas. No atiando yo, en cuanto a la estimativa literaria, a los textos, a las fuentes, a los documentos con tanto afán inquiridos, sino a la propia vida cotidiana y menuda. No sé quién leerá, andando los años, estas reflexiones mías. Lo que aseguro es que cuanto digo aquí en Madrid, en este año de 1864, lo diré dentro de diez años, si vivo, y lo he proclamado asimismo treinta o cuarenta años atrás. Y para que se vea de un modo pintoresco cuál es mi sistema, voy a poner un ejemplo.

La familia del impresor don Manuel Rivadeneyra tiene en mí plena confianza. Soy el médico de cabecera de esa simpática grey. Hace tres años, en 1861, don Manuel, estando los dos hablando en su imprenta, me dijo:

-Doctor: tengo un proyecto magnífico. Lo voy a poner por obra. Sabe usted que Cervantes estuvo preso en Argamasilla de Alba. Fue su prisión una bodeguilla de la casa llamada de Medrano. Y yo voy a llevar cajas y máquina a esa casa, y en ella voy a imprimir dos ediciones del *Quijote*. Una será grande y otra chiquita. Y ése es el homenaje que yo, admirador férvido de Cervantes, tributaré al gran escritor.

Escuché atento a don Manuel Rivadeneyra. Y sonreí complacido. No podía yo hacer otra cosa. Fuera otra cosa descortesía. Y para que el lector entienda estas palabras, le diré que, lector perseverante del *Quijote*, me he detenido siempre con preocupación en el pasaje del prólogo donde se dice que el gran libro se engendró en una cárcel. No podía yo aventurarme a creer que la prisión aludida fuese la improvisada de Argamasilla. Documentos en contrario, no poseía yo. La tradición en el pueblo manchego era constante. Don Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, asegura, si no recuerdo mal, que esa tradición se ha transmitido en Argamasilla «de padres a hijos». Y don Buenaventura Carlos Aribau, también en su biografía de Cervantes, sin afirmar nada, alega las aseveraciones de Navarrete. Pero yo tenía mis recelos. No comprendo cómo, en historia literaria, se apela exclusivamente a los papeles y se desdeña la vida. ¡Y cuántos problema que se espera resolver con documentos, con tantos y tan penosos trabajos pesquisionados, se resolverían, irrefutablemente, con pasmosa facilidad, si observáramos el vivir cotidiano! Basta a veces un poco de sensibilidad, aparte de esto, para apreciar las diferencias de tono entre un autor y otro autor. El tono de la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza, está a cien leguas del tono del *Lazarillo*. El tono de *La tía fingida* no es el mismo, ni con mucho, del tono de las *Novelas ejemplares*. Ni el tono de *La Estrella de Sevilla* es, evidentemente, el tono de Lope.

Quince días después de mi conversación con don Manuel Rivadeneyra, estaba yo en Argamasilla de Alba. El viaje fue placiente. La Mancha me embelesa. En sus llanuras percibo hálito de eternidad. En la lejanía, en las primeras horas de la mañana, al remontarse el sol, cuando columbro una casa blanca, nítidamente blanca, blanca con su rebozo de cal, me quedo extático. Todo es pardo y llano en el suelo. El cielo resplandece de azul límpido. El silencio es profundo. De cuando en cuando, en un majano se posa una picaza que balancea su cola. Una totovía lanza su breve trino. Y en los cuadros de sembradura, un par de mulas va arrastrando lentamente el arado y dejando atrás hondo y recto surco.

En Argamasilla estuve sentado largo rato en la ancha cocina del mesón, bajo la espaciosa campana de la chimenea. ¡Qué gustoso silencio, «maravilloso silencio», gustaba yo en esos instantes! Dos horas después de mi llegada, me encontraba en la casa de Medrano. Y le decía a su morador:

-Deseo, señor mío, que me haga usted una merced. Traigo aquí para usted cartas de recomendación. Usted las leerá, escuchará mis palabras y se servirá o no se servirá acceder a mis deseos.

Charlamos cordialmente, también en la cocina, en tanto que en el hogar chisporroteaba charamusca confortadora. ¿Y para qué voy a gastar palabras? Aquel mismo día quedaba yo instalado en la bodeguilla que al decir de las gentes, sirviera de prisión a Cervantes. La casa de Medrano tiene un patio trasero. Por ese patio se entra a la bodega. Consta ésta de dos pisos. El superior recibe luz por los postiguillos de la

puerta. El inferior, por un tragaluz que da a la calle. Puedo decir que nunca me he encontrado más a gusto. Dormía en una carriola y disponía de una silla y una mesita. Para alumbrarme contaba con un velón de Lucena. Se cerró la puerta y yo quedé allí indefinidamente. En Madrid había llevado yo, los últimos años, una vida cerebral intensa. Y esta quietud de ahora aplacaba dulcemente los nervios. Cervantes, en sus trajines dolorosos, debía de encontrarse en la misma irritabilidad nerviosa en que yo me encontraba cuando me encerré en esta prisión. Leía yo a ratos y permanecía otros ratos tendido en el lecho. Y las horas iban deslizándose, no lentas, sino veloces. Cervantes dice que su libro se engendró en una cárcel, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde triste ruido hace su habitación». No había incomodidad alguna en este aposentamiento penumbroso. Ruidos tristes en una prisión -tal la prisión de Madrid, tal la prisión de Sevilla- son el sonar temeroso de las cadenas, el choque de las armas que traen los guardianes, el tintineo de las inexorables llaves en sus manojos, el lamento y sollozos de los presos o de sus deudos, los gritos de cólera, el canto de la Salve, largo y plañidero, que los presos entonan a los que van a ajusticiar. Nada de estos tristes ruidos tenía yo en la prisión de Argamasilla. No pudo aludir a ellos Cervantes, con referencia a la cárcel del pueblo manchego. El gran escritor habla repetidas veces de un silencio maravilloso. Y ese maravilloso silencio, al que ya queda hecha referencia, era el que yo estaba gozando en la prisión. De tarde en tarde, llegaba el tañido lejano de una campana, o se percibían, apagadamente, las pisadas de una caballería que transitaba por la calle, o el traqueteo de un carro al regolpar en los baches, o el ladrido de un perro. ¿Y cómo podía ser triste todo esto? ¿Y no era la realidad, la auténtica e ineluctable realidad, la que estaba dándome la solución del problema?

-¿Y le dijo usted algo a don Manuel Rivadeneyra? -me han preguntado muchas veces.

-¡Ay, querido amigo! -contesto yo-. Nada existe más delicado y más consolador que la ilusión. No seré yo quien destruya ese conhorto del vivir humano. Y sobre todo, aunque yo hubiera dicho algo al querido amigo, éste hubiera sonreído y no hubiera tomado en consideración mis argumentos. Y hubiese hecho bien. Don Manuel Rivadeneyra imprimió, en 1863 y en la casa de Medrano, dos ediciones del *Quijote*. Honran esas ediciones el arte tipográfico español. Y son, en suma, confesémoslo, a manera de relicarios de la leyenda, preciadísimas leyendas, y del sentimiento. Si esos libros no se hubieran impreso, los echaríamos de menos en la historia cervántica.

Claro como la luz



Ha regresado Alonso Fernández de Avellaneda de su paseo vespertino, y entrega el caballo a un mozo de campo y plaza. «No hay hombre cuerdo a caballo», dice el refrán. Alonso es cuerdo cabalgando y a pie. Tan ecuánime se muestra en un trotón criado en el soto, como en el caballito de San Francisco. Indómito hasta no más habría de ser un potro para que él perdiera el juicio. Maestro tal no lo hay en el arte de la jineta. La ilusión de los caballos mitiga su incurable melancolía.

Traspone Alonso Fernández de Avellaneda el portal de su casa y ve que, en el zaguán, sentado en un poyo, le aguardaba un recuero. Viene de lejas tierras. El cosario

pone en las manos del caballero una misiva y un maletín. Y ya está Alonso encerrado en su aposento, con la carta encima del bufete. La lectura le ha sumido en meditación profunda. Con la cabeza gacha, fruncido el entrecejo, se sienta luego a la mesa, cuando es hora de cenar.

-¿Tienes algo, Alonso? -le pregunta su mujer, Clemencia Díaz.

-Nada; no es nada -contesta con voz remisa, por contestar algo, Alonso.

En los días siguientes, la preocupación no desaparece. Alonso Fernández de Avellaneda se encierra todas las mañanas en su aposento durante dos horas. Nadie puede acceder a la cámara. El secreto de lo que el caballero hace en su encierro no traspasa para persona. Y al cabo, yendo días y viniendo días, el misterio se trasparenta. Alonso Fernández de Avellaneda está escribiendo un libro. Alonso Fernández de Avellaneda escribe una novela. La noticia causa estupor.

-Papá -dice Clemencia a Catalina, hija del matrimonio- está escribiendo una novela. No lo digas a nadie.

-¿Es verdad, mamá, que papá escribe una novela? -pregunta Gerardo, hijo de la casa.

-Una novela -contesta la madre-. ¡Y que será bonita!

En el pueblo la noticia es comentada abundantemente. En sus paseos, Alonso cruza el Duero, y allá lejos se suele detener. Siéntase en una piedra del camino y permanece largo rato absorto. El caballo, arrendado a un árbol, ramonea, y el caballero, con la cabeza entre las manos, medita. ¡Y este hombre melancólico, ensimismado, amigo del cavilar solitario, es el que escribe un libro de burlas! A lo lejos, sobre el cielo de una pureza incomparable, el cielo alto castellano, se recorta la silueta de Tordesillas. No hay más remedio. Las cosas son como son. Había fatalmente Alonso Fernández de Avellaneda de plumar una novela. No lo querían creer en la farmacia del licenciado Retamoso, donde se reúne la tertulia discreta de amigos. Tertuliano en la rebotica es el propio Alonso.

-¡Señores, el fin del mundo! -ha exclamado una tarde, al entrar, Federico Sobrado-. ¡Alonso Fernández está escribiendo una novela!

-¡Caray!

-¡Dios nos la depare buena!

-¡La gente está loca!

-¡Por mi santiguada!

Tales exclamaciones son proferidas por los contertulios. Y un viejecito marrullero, atesorador de experiencia, maestro en callar -que es la gran ciencia-, se limita a decir en toda la tarde:

-¡Vivir para ver!

La cerradura del aposento en que se encierra Alonso tiene, como casi todas las cerraduras, un agujero. Aplicando el ojo al horado, se ve, no la mesa en que trabaja Alonso, sino una camita de correas en que él se tiende cuando está cansado. Clemencia ha sido curiosa. Y ha visto por el agujero de la cerradura que Alonso está tumbado indolentemente en la cama. Clemencia torna al cabo de un rato, pasito, y ve lo mismo. Clemencia, al día siguiente, presencia el mismo espectáculo. Clemencia todos los días no ve otra cosa, en las dos horas de encerramiento marital, que a Alonso tumbado en la blanda lana. ¿Cómo puede ser esto? ¿Y la novela? Pero ¿es que así se escriben novelas? ¿Por qué ha mentido Alonso? Alonso Fernández de Avellaneda no engaña a nadie jamás. Decir una mentira le parecería descender de su dignidad. Entonces, ¿cómo explicar esta contradicción irrefragable? ¿No escribe nada Alonso y dice que escribe? ¿A quién engañará? ¿Por qué engañar? Retirados en camarilla solitaria, a cubierto de las curiosidades de los fámulos, conversan la madre y los hijos. Ninguno de los tres da en la clave del enigma. El enigma se alza ante ellos incitador e impenetrable.

-Alonso, ¿qué tienes? -le pregunta un día, en la mesa, Clemencia al marido.

Y el caballero, ya un tanto tranquilo, casi risueño, responde:

-¿Te intriga, Clemencia, mi novela? Pues ya la llevo muy adelantada. ¡Veréis qué interesante es!

-¿Dices que la llevas muy adelantada? -torna a preguntar, ahora con retintín, Clemencia.

-¿Y quién lo duda? ¿Es que no lo creéis vosotros?

No lo cree nadie. Los días se suceden y la preocupación de mujer e hijos crece. La situación se hace insostenible. No sería delicado que Alonso la prolongara. Una mañana, estando Clemencia atisbando por la cerradura, la puerta se entreabre suavemente y en el resquicio aparece, risueño, Alonso. Coge el caballero de la mano a Clemencia, la entra en el aposento, torna a cerrar la puerta, y dice:

-Vas a conocer el misterio de lo que tanto te desazona. Hace un mes me trajeron una carta y un maletín. Te voy a leer la carta. Dice así: «Querido Alonso: eres un amigo probado. En ti he confiado siempre. Y ahora te voy a pedir un gran favor. He escrito una novela. Lo que he escrito es la segunda parte apócrifa de *Don Quijote*. No me preguntes por qué caminos he llegado a tal extremo. No lo he podido remediar. El impulso era más fuerte que yo. Y al presente me encuentro con que no puedo firmar esa novela. El escribirla me ha costado muchos berrinches. ¿Cómo podría yo sacar a luz un libro tal? El escándalo sería formidable. Te pido, pues, que seas tú el que ponga su nombre en la portada. Y te lo pido, si es preciso, de hinojos. No discutamos lo que está hecho. Cierra los ojos y firma.»

Ha habido en la estancia un silencio patético. Clemencia miraba a Alonso, y Alonso miraba a Clemencia.

-¿Y tú vas a firmar ese libro? -ha dicho al cabo Clemencia-. ¿Y tú vas a legalizar con tu firma una obra en menoscabo de Cervantes? ¿Y tú vas a convalidar una vejación? ¡Cuántas veces, querido Alonso, hemos leído los dos, en el silencio de la noche, las verdaderas aventuras del gran caballero de la Mancha!

-Sí, Clemencia, sí -responde Alonso-. Pero tú sabes que yo no puedo negarme a la demanda. ¡Imposible de todo punto! Porque tú sabes que este buen amigo nuestro nos ha sacado de apretados trances cuando a él acudimos. Nos quiere con afecto entrañable. Nos salvó de la ruina y dotará a nuestra hija, cuando se case, y abrirá camino para nuestro hijo. ¿Cómo podría yo negarme a sus deseos? Pero puedes estar tranquila. La obra está de tal suerte escrita, que nadie creerá que es mía, sino de nuestro amigo. La siembra hecha en sus páginas de reminiscencias, citas y evocaciones con carácter religioso es tan copiosa, que nadie dudará. Con el dedo señalarán todos a nuestro amigo. ¿Concebirá nadie estando la cosa tan clara dentro de un siglo, de tres o de cuatro, que la obra pueda ser de otro que de quien es? ¡Claro como la luz! En este momento, Alonso Fernández de Avellaneda cierra los ojos e inclina la cabeza. Le sobrecoge un leve desvanecimiento. En la lejanía -una lejanía ideal, lejanía del tiempo y de las cosas- Alonso ve un tropel de gente que pasa y le mira sonriendo burlescamente. Los que pasan son: Lope de Vega, Guillén de Castro, fray Luis de Aliaga, fray Luis de Granada, Tirso de Molina, Alfonso Lambert, Ruiz de Alarcón, fray Andrés Pérez, Juan Blanco de Paz, Bartolomé Leonardo de Argensola, Gaspar Schoppe, Pedro Liñán de Riaza, Antonio Mira y Amezcuza, Juan Martí... A todos estos hombres ha sido atribuido el falso Quijote. ¡Cuánto desvarío! Edgardo Poe ha escrito el cuento de la carta robada. Un precioso documento, buscado con afán por la policía, está en una casa colocado a la vista de todos, entre papeles sin importancia. Como es sobremanera inverosímil que tan preciadísimo papel esté en tal sitio, al alcance de todas las manos, nadie sospecha en ello. El *Quijote* de Avellaneda es como la carta robada de Poe. Nada hay más claro y, sin embargo, nada más secreto. Un solo erudito ha dicho la verdad, y nadie le ha prestado asenso. Al autor del *Quijote* contrahecho lo tenemos ante la vista y no lo ven ni los más linceos.

El licenciado Vidriera



¿Mi nombre? Tomás Rodaja. Pero no soy ahora, no lo seré más, Tomás Rodaja, sino que soy el licenciado Rueda. Ninguna vida más sencilla que la mía. Cervantes ha narrado mis pobres gestas. La niñez fue estrecha. Ante mí se abría una perspectiva de privaciones. Por fortuna tropecé con unos caballeros que iban a Salamanca. Les fue simpática mi vitola y trabamos conversación. Tan ingenuo y vivo fue lo que dije, que mi suerte se decidió en un punto. La suerte de los humanos suele decidirse en un momento. Hay un momento en nuestra vida en que, allá en la región de lo inexplorado, se resuelve por el pro o por el contra. Y todo nuestro vivir, hagamos lo que hagamos, estará dominado por tal resolución misteriosa y fatal. La comedia de Lope de Vega titulada *Lo que ha de ser* encierra una gran verdad. Lo que ha de ser será. Y cualquiera que sea nuestra conducta, no empecerá a torcer el destino. Destino de infortunio o de suerte venturosa.

Pero voy a lo que iba. En Salamanca, entre tantos escolares, sirviendo yo a unos amos bondadosos, llevé una vida de aplicación. Muchos se derramaban en disipaciones juveniles. Aproveché yo mi tiempo y quise instruirme. Los caballeros a quienes servía me matricularon en la Universidad. Procuraba yo desempeñar los menesteres de la casa prestamente, en un decir Jesús, y corriendito me marchaba a las aulas. No me dieron novatada ninguna. Tan humilde y para poco me vieron, que pasé inadvertido. Guardo como mis mejores recuerdos los de las horas que pasé en la Universidad. Gregorio López, en sus *Comentarios a las Partidas*, no tuvo para mí secretos. Porque han de saber ustedes que estudié leyes. La ciencia de lo justo y de lo injusto me cautiva. La justicia es mi norte. Y por encima de la justicia, la equidad, que de la justicia es la flor. Como mis señores eran buenos, esa bondad, que yo todos los días percibí gratamente, acabó por moldear mi vida en las normas del bien. Pasaron como un soplo los días felices de Salamanca. Lo que es dicha pasa rápidamente. El tiempo es veloz en la ventura y tardo en el infortunio. Mis amos, acabados sus estudios, regresaron a sus tierras nativas, y yo quedé, como de primero, desamparado. No acepté sus proposiciones. Con ellos me hubieran llevado y en la casa de alguno de ellos hubiera encontrado acomodo, bien de mayordomo o bien de administrador de alguna hacienda. Pero ¿qué iba yo a hacer metido de por vida en un pueblo? La ambición me espoleaba. Sentía en el fondo de mi ser las ansias de la aventura. En los años en que yo vivía, los tiempos eran marciales. España se sentía heroica. Había que hacer vida de campaña. La milicia encerraba todos los sabores humanos. La milicia era la ebriedad inefable de la victoria, y era también la amargura del descalabro. Del descalabro tras el cual, desesperanzados durante un momento, procuramos allegar fuerzas -y con las fuerzas, esperanzas- para lanzarnos de nuevo en prosecución del triunfo. Y luego había la vida libre y varia del soldado, los lances imprevistos, el pernoctar hoy en un sitio y mañana en otro, el conocer en los pueblos tanta diversidad de gentes. ¡Y el eterno amor! El amor al pasar, del cual gozamos un instante y que dejará en nuestra alma, para toda la vida, un sedimento voluptuoso.

Senté, pues, plaza de soldado. Anduve por tierra y por mar. Salamanca, con sus aulas rumorosas, quedaba muy atrás. El son del clarín, con el redoblar de las cajas, y el flameo de las banderas, se entraban profundamente en mi alma. Lo de Italia fue sencillamente maravilloso. Recorría yo Italia de ciudad en ciudad, de espléndida ciudad en espléndida ciudad, como en éxtasis. Después de la majestuosa severidad castellana, esta placiente voluptuosidad de Italia me volvía loco de contento. En las hosterías nos explayábamos a nuestro talante. Las horas, en torno a una mesa cargada de viandas gustosas y de exquisitos vinos, nos parecían un momento. Recuerdo que en cierta ocasión un hostelero amigo nos regaló con los más renombrados vinos de Italia y con algunos de España. Cervantes, que ama a Italia y en Italia ha pasado horas inolvidables, enumera todos esos vinos.

¡Ay, ya no volverán esas horas! Cumplí mi deber de soldado en Italia y quise marchar a Flandes. Cambio completo en la decoración. A la vida al aire libre, bajo un cielo de azul purísimo, sucede la vida en lo íntimo de la casa. El cielo es límpido en Italia y las porcelanas y vidrios que exornan la mesa en Flandes son resplandecientes. Y lo son los blancos azulejos que en el hogar reflejan las llamas. Y todo esto so un techo bajo, de vigamenta oscura, ahumada. Y sin más luz que la vaga, opaca, dulcemente opaca, que se filtra por las vidrieras emplomadas. Lejos está ya Italia y lejos está Flandes. La vida no se vive dos veces. No tornaré ya a vivir ni las horas de Italia, ni las horas de Flandes.

¿Y qué hecho insólito trastornó mi vida? El amor tiene sus dulzores y tiene sus ponzoñas. No pude yo hurtarme sin daño a ciertas sollicitaciones amorias. Quisiéronme y no quise. Y porque no quise, la venganza se ensañó conmigo. Cuando las mujeres son vengativas, lo son hasta no más. La venganza en este caso consistió en suministrarme un bebedizo que me trastornó el juicio. Yo no fui yo. Yo fui otro yo. La sensibilidad en mí se agudizó de un modo prodigioso. Tomás Rodaja no era ya de materia carnal, sino de quebradizo vidrio. Y el licenciado Vidriera me apellidaba. Vagaba yo por las calles y entraba y salía en las casas. Para todos tenía una sentencia o un dicho agudo. Lo celebraban con regocijo las gentes. Dicen que tenía gracejo y donosura. No me acuerdo de nada. Sí conservo en la memoria la sensación de fragilidad que me angustiaba entonces. En cualquier momento creía que al menor choque mi persona se desharía en mil pedazos. Y con cuidado, con toda clase de precauciones, caminaba por las calles. Cuando se ofrecía viajar, lo hacía a lomos de alguna bestia pasicorta y envuelta mi persona en blanda paja. De esta manera he visto que en los henchidos serones llevan los alfareros al mercado sus frágiles mercancías.

Evoco el pasado y me apesadumbra el volver la vista atrás. El pasado me abruma. Pero ese período loco de mi vida es un período de alegría y de optimismo. No vivía yo, viviendo a la aventura, sino para el ingenio. El ingenio era en mí regocijado. Las gentes me buscaban y rodeaban alegremente mi persona. Ha desaparecido ya la alegría. He vuelto a darme cuenta del dolor eternal. El juicio lo he recobrado y soy el que fui primitivamente. Ya soy un hombre serio y respetable. He sido Tomás Rodaja y ahora soy el licenciado Rueda. Ya me hallo encuadrado estrechamente en el marco social. A la alegre soltura y al vivir libre, han sucedido las prisiones, es decir, los grillos de las normas sociales. Y siendo ahora cuerdo, como lo soy, añoro mi locura de antaño. Los muchachos y gente baldía me siguen. No pueden convencerse de que ya no soy el de antes. Ni puedo yo hacer que esta cohorte callejera me deje en paz. No he tenido más remedio que marcharme de España. ¡Y cuánto me ha costado la separación! ¡Adiós, tierra nativa! Ya, terruños natales, no os volveré a ver acaso. ¡Adiós, manos amigas, que he estrechado tantas veces en las alegrías y en los dolores! Ya no os volveré a estrechar tal vez. Este trance de mi vida es profundamente triste. La novela en que Cervantes lo narra, toda la novela, es de lo más triste, con inefable tristeza, que ha escrito el inmortal ingenio.

Y ahora mi última palabra: al no tener patria, no quiero tener nada. No tengo ya apego a las cosas. Desasido de todo, ahora es cuando soy más de mí mismo. Tirso de Molina, en su comedia *Las amazonas de las indias*, dice esto que sigue:

¡Dichoso el que no hace caso
de lo que no necesita,
y a Diógenes imita
quebrando en la fuente el vaso!
Si está tan cerca el ocaso
humano, que apenas siente
la distancia de su oriente,
¿quién es de tan poco aviso
que gozando lo preciso
anhela lo impertinente?

Si ustedes me dicen que no puedo citar a Tirso, puesto que yo viví mucho antes que él, yo les contestaré una cosa. Y esta cosa es -no crean ustedes que estoy loco-, esta cosa es que yo soy eterno. Soy de ayer, de hoy y de mañana. Soy de Cervantes, de Galdós y de Baroja. No pertenezco a nadie y pertenezco a todos. Porque el problema angustioso de mi sensibilidad exasperada -sensibilidad creadora de dolores y corroborante de placeres- es el eterno problema de la Humanidad toda.

El pintor de España



Encima de un sexto piso, en la colina de Montmartre, allá en lo alto de una calle empinada. Espacioso camaranchón con amplia vidriera que da al cielo y al panorama inmenso de los tejados parisienses. Tarde cenicienta y lluviosa. De cuando en cuando, caen espesos chubascos y el agua resbala por los cristales. La luz es opaca. En la dulzura -melancólica dulzura- del claroscuro, resaltan tres notas de color. Sobre tres divanes han sido tendidas tres telas de seda. La una es blanca con floripondios áureos. Azul la otra, y amarilla la tercera. En las blancas paredes, cuatro o seis copias de maestros: Velázquez, Ribera, Goya. Un caballete vacío y un gran lienzo blanco en el suelo, arrimado a la pared. El silencio se entra en el espíritu. Sólo cuando la lluvia arrecia, el fuerte gotear marca un sonoro ritmo.

En uno de los divanes, dos caballeros sentados. Los dos son provecos. El uno de ellos es alto, recio, de ancho tórax, de cabeza sólida y erguida. Va para los setenta y ha pintado en su vida unos seiscientos cuadros. La mayor parte de su obra no está divulgada, y hay coleccionistas que poseen, recatados, seis u ocho cuadros suyos que nadie conoce. Trabaja ahora el caballero como en su mocedad. No pasa día sin que mueva los pinceles ocho horas. Lleva vivir sobrio. Sin la sobriedad en la vida no podría conservar las energías que en la senectud le restan. «Más mató la cena que sanó Avicena», dice el refrán castellano. Por la mañana, a primera hora, el desayuno de este hombre es breve ración de frutas. No se alarga en la comida meridiana. Y vuelve a un plátano o una naranja cuando anochece. La profusa vida mundana se lleva las fuerzas del artista e impide toda concentración espiritual. El caballero recio y erguido tiene, por tanto, para su salud mental, el santo temor del té de las cinco. El té de las cinco, si nos hace comunicarnos con personas gratas, nos derrama en confidencias inútiles y parlerías que nos sacan de nuestras casillas. ¿Y cómo un hombre que está fuera de sus casillas podrá trabajar y crear?

-En París, al cabo de tres años de constante París, he acabado de ver yo a España -dice el otro caballero-. He procurado estudiar a España en la historia, en los clásicos, en los paisajes, en los hombres. Pero sólo cuando he estado fuera de España he sentido con toda intensidad a España.

El recio caballero, al escuchar estas palabras, se vuelve hacia su compañía y la mira en silencio. En su semblante se muestra asombro.

-¿Es usted o soy yo el que está hablando? -pregunta al cabo-. Porque a mí me ha sucedido lo mismo. De este estudio ha salido mi España. Y no hubiera podido salir, tal como es, de un estudio español. De España yo venía con los ojos cargados de imágenes. Y al llegar aquí, en la soledad de este estudio parisién, a tantas leguas de España, advertía que, por contraste con el medio y con el estímulo de la añoranza, esas imágenes iban adquiriendo una intensidad, una emoción, un lirismo, que me sorprendían a mí propio. Hay un claro en el cielo y a poco torna la opacidad triste. El agua, cuando los turbiones, continúa llorando, es decir, lagrimeando en el ventanal de cristales.

-¡Cuánta gente he conocido! -exclama con honda melancolía el caballero apuesto-.

Por este estudio han pasado Anatole France, Mauricio Barrès, D'Annunzio, la condesa Noailles...

-¡Y todos muertos ya! -exclama el otro caballero-. Han pasado todas esas personalidades ilustres y falta alguien.

Va a contestar el caballero erguido, cuando la cortina del fondo, cortina que oculta la puerta, se mueve. Alguien ha subido por la escalera pina y crujiente. Pero el golpear de la lluvia ha impedido oír el crujido de la escalerita. La cortina se separa y aparece un caballero alto, cenecño, amojamado, con barba corta en punta y ademanes afables y resueltos. Viste cual hace treinta años. El cuello de la camisa es de pajaritas y en la corbata luce una de aquellas diminutas herraduras de brillantes que antaño se gastaban. En la mano izquierda trae el visitante un bombín y en la derecha un bastón con puño en bola de plata. Al estar ante nosotros, se inclina respetuosamente y dice con voz amable:

-¡Ah, mi señor don Ignacio Zuloaga! Hace tiempo que deseaba echarle a usted la vista encima. Usted es el magno pintor de España y yo soy un caballero de España. Veo la mirada de asombro y de resignación que usted dirige al señor que le acompaña. Esa mirada parece decir: «Ya tenemos aquí al inevitable chusco.» No soy un maulero. No soy una visión tampoco. Mi nombre es Gonzalo Pacheco y mi patria Argamasilla de Alba. No es pingüe mi hacienda. Pero me permite sustentar el rocín, que no está flaco, como el rocín de marras, y galgo corredor. Con este galgo corro yo las liebres en los llanos manchegos. Y en cuanto a la lanza en astillero, yo no la tengo. Tengo, sí, una vieja escopeta con la que cazo a la volatería, no en los chozos, las cantoras perdices. ¿Y por qué yo, manchego estante, me encuentro en París? Trastornos del mundo y viceversas de la fortuna. Pero estando yo en París, no podía dejar de visitar al gran pintor de España. En Argamasilla de Alba tengo un ancho y viejo caserón. La nitidez de la cal de la Mancha concierta bellamente con la limpidez del azul celeste. Las paredes de mi casa son blanquísimas y el cielo en la Mancha resplandece de azul lo más del año. El Guadiana cruza el pueblo. Detrás de mi casa se extiende un huerto. Y en el tapial lejano se abre una puertecita que da al río, bordeado de altivos álamos. Si ustedes aportan alguna vez por Argamasilla, para mí sería honroso el darles cobijo en mi humilde choza. Pero voy a hacer a usted una reconvención, mi señor don Ignacio Zuloaga. Y la voy a hacer, naturalmente, en tono respetuoso y de súplica. La hace Gonzalo Pacheco, descendiente de Rodrigo Pacheco, que tiene su retrato en la iglesia de Argamasilla. Quieren decir que ese don Rodrigo es el original de don Quijote. No lo sé.

No importa el caso. Lo cierto es que yo soy un caballero español y manchego. Y como tal, y como vecino de Argamasilla de Alba, yo dirijo a usted mi ruego. Ha pintado usted muchos lienzos realmente quijotescos. Por usted conoce pictóricamente el mundo las ventas manchegas, los gordos y pacíficos venteros, los trajinantes que llevan los pellejos a cuestras, cogidos por el piezgo, los cosarios que van de un pueblo a otro, las maritornes, los caballeros que son trasunto del inmortal caballero. Pero yo pregunto al señor don Ignacio Zuloaga: ¿Y el cuadro de la apoteosis de Cervantes? ¿Es que no está usted en el deber de pintar ese cuadro en que se condensaría todo el espíritu de su obra, tan profundamente española? ¿Y es que el mundo no tiene derecho a que usted lo pinte?

Ha habido una pausa. Nos mirábamos en silencio Zuloaga y yo, embargados de honda emoción. Y al recobrarnos y volver la vista al extraño personaje, el caballero había desaparecido. Zuloaga se ha pasado la mano por la frente, como despertando de un sueño. De improviso me he puesto en pie y he exclamado:

-¡Vamos a pintar, Zuloaga, vamos a pintar! El lienzo espera. Esa tela que está arimada a la pared, póngala usted en el caballete. Coja usted el carboncillo y comience a dibujar los contornos. A dibujar la apoteosis de Cervantes. Ese cuadro se titulará *Cervantes de vuelta*. Cervantes, a los sesenta y ocho años, enfermo, herido ya de muerte, ha ido de Madrid a Esquivias en busca de alivio. No lo ha encontrado y vuelve a la Corte a lomos de un mal rocín. Cervantes cuenta este postrer viaje en el prólogo del *Persiles*. No hay en toda la literatura española página, ni más sentida, ni más perfecta en su técnica. Cervantes había llegado en la senectud a expresar sólo lo esencial de las cosas. Como usted, Zuloaga, ha llegado también a lo escueto esencial. Y el tema de su cuadro, el tema de la apoteosis de Cervantes, es éste: Cervantes enfermo, entristecido, pobre, llega a las puertas de Madrid. Entra en Madrid por la puente toledana. Y le esperan sus amigos dilectos. Ha hecho Cervantes un viaje en el espacio y en el tiempo. De Esquivias va a Madrid y del siglo XVII viene al siglo XX. Cervantes viste la ropilla negra antigua, en que resalta el blanco y escarolado cuello, y sus amigos visten trajes de ahora. La arqueología se limita tan sólo a la figura de Cervantes. Los demás viven en el día y son coetáneos nuestros. Y aquí está Don Quijote, con la traza y arreos de este caballero que acaba de visitarnos, caballero de pueblo, trajeado anticuadamente, con aire digno y noble. Y aquí está Sancho, con terno de pana negra y con gruesa cadena de plata, que le asemeja a uno de esos manchegos andariegos que se alargan a Levante a vender quesos o garbanzos. Y aquí está Dulcinea, que es una de esas señoras recogidas, austeras, envueltas en su manto, que viven en un viejo caserón con las ventanas y las puertas perpetuamente cerradas. Y aquí está Sansón Carrasco, que es, no bachiller, sino abogado popular con pujos de orador, y que se dispone en vano, puesto que nadie le escucha, a dirigir a Cervantes una elocuente arenga. Y aquí tenemos, sin que pudiera faltar, a Nicolás el barbero, que ya tiene en su barbería dos modernísimos sillones giratorios, traídos de Norteamérica, y que, como no podía ser menos, viste largo y blanco blusón. Y aquí está el cura del pueblo, que se dispone a hacer oposiciones a una canonjía y que viste sotana nueva, sobre la que brilla, en el pecho, según uso, la cadenita de oro del reloj que se esconde en el falsopeto. Todas las criaturas más descollantes creadas por Cervantes en el *Quijote* están aquí, a su llegada a Madrid, y rodean a Miguel para darle la bienvenida. Bienvenida que es, ¡jay!, al mismo tiempo, saludo de adiós a quien se parte eternamente a lo Infinito.

Ignacio Zuloaga, sentado en el bajo diván, escucha con la cabeza gacha, casi oculta entre las dos manos. La actitud es de meditación, de melancolía y de ensueño. Y la lluvia, en esta tarde gris, continúa llorando en los cristales.

La familia de Cervantes



Llegué a Lucena, provincia de Córdoba, a boca de noche. Hay otra Lucena, Lucena del Cid, en la provincia de Castellón. De la Lucena andaluza han salido los velones que alumbraran, en las noches campesinas, mis lecturas. Las capuchinas, lamparitas manuales, servían para ir de una parte a otra, de aposento en aposento. En la ciudad imperaba Quinquet, es decir, la lámpara que este hombre inventara y que lleva su nombre. La Lucena cordobesa es una bella ciudad. La recorrí yo toda despaciosamente, y de mis largos paseos descansaba en el casino ante una copa de áureo montilla. No soy bebedor. Pero estos vinos andaluces, vinos ligeros y olorosos, hacen de mí ineludiblemente un bebedor ocasional. Al día siguiente de mi llegada, recibí la visita de un joven que me dijo:

-Soy secretario de don Elías Cervantes. Don Elías saluda a usted con todo afecto y le agradecería que tuviera la bondad de honrar su pobre mesa mañana a la una de la tarde.

Poco antes de la hora prefijada para el yantar, llegué a la casa del cortés caballero. La mansión es espaciosa, limpia y clara. Patio con enlosado de mármol blanco se abre en el centro. Brollador susurrante de agua cristalina se eleva en una taza también de mármol blanco. Recibíoseme cordialísimamente. La familia estaba compuesta de don Elías Cervantes, doña Angustias, granadina, mujer de don Elías, y las hijas, Consolación y Carmen. El ambiente de la casa era gratísimo. Nada en sus moradores de extremosidad empalagosa en la cortesía, ni de pujos insoportables de suficiencia. Un trato llano en todos, sincero, afable, y que daba la impresión al visitante de estar en charla amena con antiguos amigos. La comida a manteles limpios, con cristalería refulgente, fue gustosa y limpia. A los postres tomé yo de una bandeja de dulces unas almendras garapiñadas y dije:

-De estas almendras he comido yo en Alcalá de Henares, la patria de Cervantes.

Entonces don Elías, sonriendo afectuosamente, exclamó:

-¡Alto allá, mi señor don Antonio! La patria de Cervantes no es Alcalá de Henares, sino Lucena.

Al manifestar yo extrañeza por tales palabras -lo hice en términos corteses-, el caballero añadió:

-Ha tocado usted el punto neurálgico de mi vida. Y de la vida de todos en esta casa. O como se dice vulgarmente: ha puesto usted el dedo en la llaga. Treinta años llevo consagrado a Cervantes. Miguel de Cervantes es de la familia. Desciendo yo de

Cervantes. Y a Cervantes le llamamos el abuelo Miguel. Por lo tanto, ésta es en realidad la familia de Cervantes.

-El abuelo Miguel está siempre con nosotros -dice doña Angustias.

-Si, don Antonio -exclama Consolación-, el abuelo Miguel vive con nosotros.

-¡Y es tan bondadoso el abuelo Miguel! -dice a su vez Carmencita.

No he dicho todavía que las dos muchachas son preciosas. Tipos más andaluces no se encontrarán. Y Andalucía es criadero de mujeres hermosas, discretas y corteses. En la tez de un moreno claro brillan con relampagueos misteriosos, e incitan al ensueño, unos ojos negros, brillantes. El dueño de la casa ha proseguido:

-A usted le extrañará, sin duda, amigo don Antonio, lo que acaba de oírme. No le extrañe a usted. Esas palabras mías son el resultado de ímprobos trabajos. No he publicado todavía el libro en que consigno las noticias por mí descubiertas. Pero puedo ya hablar con toda claridad. Cervantes no nació en Alcalá de Henares. Cervantes vio la luz primera en Lucena. Fíjese usted que nunca se ha tenido a Alcalá por la patria de Cervantes. Siete ciudades se han disputado el honor de ser cuna de Cervantes. Ninguna de esas ciudades es Alcalá. Esas ciudades son: Madrid, Toledo, Sevilla, Esquivias, Consuegra, Lucena y Alcázar de San Juan. Nada hay de Alcalá. Eso es lo tradicional. Y en la tradición hay siempre un fondo de verdad indiscutible.

-¿Y cómo explica usted, don Elías, la partida de bautismo de Alcalá de Henares?

Don Elías sonríe. Hay en esta sonrisa conmiseración y disculpa. Tiene piedad don Elías, piedad mezclada con afecto, para los que han cometido una mistificación impulsados por su adoración a Cervantes, y al propio tiempo -una cosa es secuela de la otra- el caballero disculpa a esos mistificadores.

-La partida de bautismo de Alcalá -prosigue don Elías- no prueba nada. Y no lo prueba porque está falsificada esa partida. También lo está la de Alcázar de San Juan. Pero si en la de Alcázar la superchería es paladina, en la de Alcalá se ha hilado más sutilmente. La interpolación ha sido hecha de mano maestra.

-Papá ha estudiado muy detenidamente este asunto -dice Carmencita.

-Crea usted, don Antonio, que papá no se engaña -agrega Consolación.

-No me engaño, aunque esto sea inmodestia decirlo -continúa el caballero-, porque he examinado escrupulosamente el papel del libro parroquial de Alcalá de Henares y porque otros datos de gran importancia, que expongo en mi obra inédita, han venido a confirmar plenamente las observaciones hechas por mí en el citado libro parroquial.

-¿En suma, don Elías? -atajo yo impaciente.

-En suma, mi buen amigo, que esa partida bautismal de Alcalá de Henares es una interpolación evidente.

-¿Y quién la ha hecho?

-Quien podía hacerla. La persona que era omnipotente en toda la archidiócesis y que mandaba en todas las iglesias. La hizo, sencillamente, don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, cardenal, y amigo y protector de Cervantes. Tengo de ello pruebas irrecusables. Las verá usted cuando se publique mi libro. Sandoval y Rojas, celoso de que Cervantes fuera andaluz, ha querido que sea castellano, y castellano de su propia archidiócesis. ¡Qué cosas hacen los hombres! Pero el arzobispo de Toledo no contaba con que andando el tiempo pudiera nacer un investigador que descubriera su engaño, dicho sea con todo respeto. Ni contaba con el propio tono de toda la obra cervantina. Ese tono es netamente andaluz. Y, dentro de Andalucía, cordobés castizo. No le quito yo a Sevilla la parte que Sevilla tiene indudablemente en la inspiración de Cervantes. Pero lo esencial en Cervantes es hondamente cordobés. ¿Y cuál es el genio de Córdoba y en su consecuencia el genio de Cervantes? En dos palabras lo condensaré: elegancia desafeitada, es decir, sin afeites, sin aprestos. Y como fondo, estoicismo, sereno y humano estoicismo. La elegancia de Cervantes es la verdadera elegancia. Los mismos toreros andaluces nos demuestran lo que voy diciendo. En Rafael Molina, Lagartijo, hemos visto revivir modernamente ese estilo elegante que se muestra como al descuido y de trapillo en las páginas cervantinas. Ningún torero ha habido más elegante que Rafael Molina.

-Papá, perdona -dice Carmencita-. Pero yo te he oído decir alguna vez que no ha habido torero más elegante que Antonio Fuentes, y Antonio Fuentes era sevillano.

Don Elías se queda un momento suspenso, y luego, torciendo la cabeza, añade resignadamente:

-Sí, es verdad. Pero ya sabes, Carmencita, ya saben todos ustedes que las reglas generales tienen siempre una excepción. Iba diciendo que esa elegancia descuidada es la más bella de todas. Parece un abandono o descuido en la persona y en realidad es un adueñamiento señorial. No se da importancia al accidente efímero y se pone la atención en lo intrínseco que no pasa. Todo parece que se descuida y todo lo tenemos presente. El artista, ya sea en el coso, ya sea en las cuartillas, se siente por encima de los accidentes del mundo y se resigna serenamente a los embates si los hubiere de la adversidad.

-Crea usted a papá -dice sonriendo Consolación.

-Puede usted creer en él a ojos cerrados -añade Carmen.

-Elías ha trabajado mucho -agrega por su parte doña Angustias.

-¡Y cómo no he de creerlo yo, queridos amigos, al lo escucho de personas tan finas, discretas y amables!

-El abuelo Cervantes vive con nosotros. -dice doña Angustias.

-A mí se me figura -corrobora Carmencita- que lo veo todos los días.

-Y a mí -añade Consolación-, que todas las mañanas cuando se levanta y sale de su cuarto, soy yo quien le sirve el desayuno.

-Todo es admirable en Cervantes -dice don Elías-. La obra novelesca, no digamos. Pero es que el teatro es hermoso también. Los tratos de Argel, por ejemplo, es una comedia muy bonita. Pues ¿y las poesías?

-¿No cree usted, don Antonio, que es poeta Cervantes? -pregunta Consolación.

-Cervantes ha dicho -contesto yo- que no lo era.

-Y nada más absurdo que prestar asenso a lo que los autores dicen de sus obras -sentencia don Elías-. Los autores son los que menos saben de sus propias creaciones. Sobre todo, los poetas no saben lo que hacen. Y sería una gran desgracia que lo supieran. Porque entonces no serían poetas. Ni saben los poetas de dónde vienen, ni a dónde van. Quiero decir que se engañan siempre, sin que en esta regla haya excepción, cuando atribuyen tales o cuales orígenes a su poesía y consideran tales o cuales poetas como sus progenitores. Cervantes tiene poesías muy bonitas.

-Los mismos primeros versos de Cervantes son bonitos -dice Carmencita-; los versos que hizo siendo discípulo de López de Hoyos.

Y Consolación

-Verá usted, don Antonio. Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II, ha muerto. Isabel era hija de Enrique II de Francia. Los franceses, en guerra con España, han sufrido la derrota de Gravelinas. Y piden la paz. Para que la paz sea más sincera y durable, Felipe II se casa con la hija del rey de Francia. Isabel es llamada Isabel de la Paz. Isabel es encantadora. Su carácter dulce cautiva a todos. Y cuando todo sonríe a Isabel, la muerte siega su vida. Cervantes le dedica dos o tres poesías. Oiga usted ésta, don Antonio.

Tras una breve pausa, pausa henchida de emoción sincera, Consolación, con voz dulcísima, sencillamente, sin pedantería, comienza a recitar. No sé ya ni en qué tiempo vivo, ni dónde me hallo. No lo dudo ya. Ésta es la familia de Cervantes. Vive aquí en Lucena, su patria, Cervantes, en el seno de su propia familia. Si no asiste a la comida, a esta comida, es porque ha tenido ineludiblemente que hacer un breve viaje. Pero lo veré a su retorno. Consolación recita esta bella elegía de Cervantes a la muerte de Isabel de la Paz; elegía que nos trasporta mágicamente -poder del arte- a regiones etéreas e inefables:

Cuando dejaba la guerra

libre nuestro hispano suelo,
con un repentino vuelo
la mejor flor de la tierra
fue transplantada en el cielo.

Y al cortarla de su rama,

el mortífero accidente
fue tan oculta a la gente,
como el que no ve la llama
hasta que quemar se siente.

En los Campos Elíseos



Los Campos Elíseos son la mansión deleitosa en que moran los inmortales. Y los Campos Elíseos, en París, son una espléndida carrera con liños de árboles y jardines. En la noche cerrada y sin nubes, dos amigos fraternos discurren por los Campos Elíseos. Los dos amigos han sido invitados a una «comida lauta y limpia». La frase es de Cervantes. En las copas ha burbujado el áureo champaña. Después de la comida, Roque Santillán y Juan Olías han salido a esparcirse por las calles. Los Campos Elíseos lucen en las fachadas multicolores anuncios, y en el firmamento fulgen millares de luminarias eternas. Luces de abajo y luminarias de arriba son todas anuncios. Los de abajo no es preciso leerlos. Los de allá arriba hay que saber leerlos.

-¿Quién eres tú? -le dice Santillán a Olías.

-Soy Cervantes -contesta el interrogado-. ¿Y tú?

-Soy Lope de Vega -responde el preguntado ahora.

-¿Es triste o alegre tu vida, Lope?

-Mi vida es del color del tiempo. Entretengo mi vida leyendo a los poetas. La poesía es el mayor conhorto, o sea consuelo, para el afligido.

-¿Y qué poetas has leído últimamente?

-No me arrimo a la novedad. Lo nuevo es para mí lo viejo.

-¿Quiénes son los nuevos y quiénes los viejos?

-Nadie lo sabe.

-No se escribe, como yo dije antaño, cuando me motejaban de viejo, «con las canas, sino con el entendimiento». Lo dije en mi *Quijote*. Los viejos son los que vienen después. Los que vienen después son los que viven en un mundo más decrepito. Homero es más viejo que Quintana.

-¿Es que te gusta a ti Quintana?

-Hay tres grandes poetas en España sin los cuales no se puede comprender la poesía que vino después de ellos. Esos tres poetas han tenido un don rarísimo: en tanto que la mayoría de los poetas es apacible, ellos han poseído el impulso avasallador. En sus mentes ha ardido el fuego sagrado de la inspiración. Fuego han tenido Herrera, Quintana y Núñez de Arce. Y ese fuego ha ido repartiéndose en lucecitas varias, en chispas brillantes, entre las generaciones de los poetas. Núñez de Arce ha sido menospreciado por quienes le deben su existencia. Nada más corriente que el renegar los poetas de sus verdaderos progenitores. Los poetas no saben de dónde proceden. No saben ni de dónde vienen ni adónde van. Se figuran una cosa y es otra.

-¿Crees tú, Cervantes, que la poesía sea arte?

-De arte a artificio no va gran trecho. Decir que la poesía es arte, es excluir del dominio de la poesía el sentimiento. ¿Y qué es poesía sin ternura, sin emoción, sin alborozos, sin gemidos, sin lágrimas, sin largos silencios melancólicos durante los que meditamos en los grandes misterios del Universo y el desvanecerse eterno y fatal de las cosas? Ni se puede excluir de la poesía el arte, ni se puede excluir el sentimiento. Nuestro amigo Tirso de Molina ha dicho en su comedia *El castigo del Pensequé*:

De «arte amandi» escribió Ovidio,
pero todo es falsedad,
que el amor y la poesía
por arte no satisfacen;
porque los poetas nacen
y el amor amantes cría.

-No, no; ese exclusivismo es imposible aceptarlo.

-La naturaleza sola, no. Tienes razón. La naturaleza sola puede conducirnos a las efusiones sentimentales desarregladas y tumultuosas. El arte solo producirá siempre poesía árida y de cascarilla. La verdadera poesía, que es la poesía interior, no se dará nunca con la exclusividad del artificio. Permíteme, querido Lope, que cite un pasaje de mi *Quijote* en que he hermanado yo, al hablar de la poesía, el arte y la naturaleza. Dice así: «El natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino perfecciónala. Así que mezclada la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.»

-¿Y te figuras tú, amigo Cervantes, que yo no pienso lo mismo?

-Piensas lo mismo, pero a las veces has hecho otra cosa. Tú has llegado a la más alta cumbre de la poesía en aquellas obras en que has realizado la dichosa hermandad. Tú has sido poeta insuperable en las *Rimas sacras*. ¡Y qué emoción profunda hay, emoción y arte delicadísimo, en la elegía a tu infortunado hijo, elegía que figura en ese libro!

-¡Ah, Cervantes, cuán descarriados van los que abrazan exclusivamente el arte, o sea la técnica, como ahora dicen! ¿Tú me permites que te recuerde yo, a mi vez, lo que dije a propósito de los poetas culteranos? Los culteranos eran los que rechazaban el arte, es decir, el sentimiento, y todo lo fiaban a las puridades del artificio. Hoy podría repetirse de otros poetas análogos lo que yo entonces escribí de ciertos poetas coetáneos míos. Escucha aquellas mis palabras. Me refiero en ellas a cierto encumbrado rimador. «Quiso enriquecer el arte, y aun la lengua, con tales exornaciones y figuras cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas... Bien consiguió lo que intentó, a mi juicio, aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo... A muchos ha llevado la novedad hacia este género de poesía y se han engañado, pues en el estilo antiguo, en su vida llegaron a ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo día; porque con aquellas trasposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas o frases enfáticas, se hallan levantados a donde ellos mismos no se conocen, ni sé si se entienden.»

La noche va pasando y las estrellitas del cielo parece que, con el silencio, por momentos más intenso, fulgen cada vez más. Lo que sucede es que la soledad, la soledad de la noche -de la noche aun en la gran urbe, no ya en el campo- impone al espíritu una correspondencia más profunda entre nuestra vida perecedera y el signo eternal de las estrellas. Cervantes y Lope van descendiendo con lentitud por los Campos Elíseos. Mañana será otro día y volverán a sus tráfigos cotidianos. De nuevo aletearán en sus cerebros la inquietud, el anhelo por algo que se desconoce, la aprehensión del misterio y el sentido dramático del destino incierto. En el entretanto, gozan de estos instantes dichosos de tregua. ¿Juventud? ¿Vejez? El *ritornello* del gran problema es eterno. No se podrán librar jamás las generaciones -y menos las generaciones literarias- de plantearse el problema angustioso. La angustia va aquí aparejada a veces, muchas veces, con la hostilidad de los jóvenes hacia los viejos, con el recelo, con el despecho y con el más terrible y vil pecado que aflige a los mortales. Aludo a la envidia. Si entre los hombres no hubiera envidia, los hombres vivirían paradisiácamente. La envidia hierve en el fondo de las revoluciones políticas y la envidia lanza a los jóvenes contra los viejos.

-¡Tú, Cervantes, eras un viejo!

-Sí, Lope, yo era un viejo en el sentido despectivo y deprimente. De viejo me motejó el que imitara mi *Quijote*. Conmigo llevo siempre una nómina en que están expresados nacimiento y óbito de mis coetáneos. La vas a ver. Tú, Lope, naciste en 1562 y moriste en 1635. Quevedo nació en 1580 y murió en 1645. Tirso en 1570 y 1648. Góngora en 1564 y 1627. Villegas en 1596 y 1669. Bartolomé Leonardo de Argensola en 1559 y 1633. Lupercio Leonardo de Argensola en 1563 y 1613. No sé si he cometido algún error. Como ves, todos erais más jóvenes que yo y todos, salvo Lupercio Leonardo de Argensola, finasteis después que yo.

-Tú eras viejo, Cervantes, y ya ves tú lo que hicistes. Tú eras viejo y escribistes el *Quijote*.

En una clepsidra invisible van cayendo una a una las gotas del tiempo, en esta noche de los Campos Elíseos. Gota tras gota se va formando el mar de nuestra vida, y cuando está formado ese mar -cuarenta, sesenta, ochenta años- un día, inesperadamente, naufragamos en él. Antes de que llegue el naufragio ineluctable, abramos nuestro pecho

a la bondad. «Haz bien que para ti haces», dice el refrán. Sólo la bondad, la bondad para todos, la bondad en todas las ocasiones, puede salvarnos.

-La hora de los teatros ha pasado ya. Cervantes. Las luces de aquel teatro que está allá arriba han sido ya apagadas.

-El teatro, Lope, es tu afán.

-Lo fue para ti también, Cervantes.

-Pero yo no comprendí que el teatro es, ante todo, acción.

-Por eso fracasaste. Tus obras, como las de tus coetáneos, anteriores a mí, se perdían en incidentes laterales. La acción principal se desvanecía. La acción principal quedaba también a un lado. Y eso es absurdo. Eso pasa, por ejemplo, en tu comedia *La entretenida*. Y, sin embargo, ¡qué bonita es esa comedia! Lo es porque tú has tenido, Cervantes, algo que yo con todo mi poder no poseía: el sentido de lo concreto. Ese sentido de lo concreto, es decir, de las cosas, da una vida profunda a tus creaciones.

-La revolución operada por ti, Lope, en el teatro ha consistido en eso. En desprender la acción de todo elemento embarazoso y dejarla limpia y escueta. Si hay incidentes adventicios en tu teatro y en el teatro de tus discípulos, esos incidentes quedan avasallados por la acción central.

-Y lo que pasa en el siglo XVIII, amigo Cervantes, es que, merced al influjo de las ciencias, avivadas en dicho siglo, o sea gracias al mayor sentido de precisión y exactitud que las ciencias aportan, se quiere que la acción en el teatro sea también más que escueta e imperativa. Basta comparar, para verlo, el argumento de tu comedia *La entretenida* y el argumento de *El barón de Moratín*. Dos obras en que el enredo es análogo. El enredo consiste en un aventurero que se finge distinto del que es para casarse con una rica heredera. No hablemos del influjo francés. Ése es un tópico manido. Esa influencia es lo de menos. Lo de más, en la transformación de que te hablo, es el rigorismo científico que trasciende al arte. Ya ves, una de las comedias de Moratín, *El viejo y la niña*, hizo vacilar a los actores, después de escuchar su lectura, porque -decían ellos- «no se sufriría en el teatro la sencilla disposición de su fábula».

-Y poco a poco el teatro volvió, con los románticos, a ser lo que fue. Y lo fue por reacción del sentimiento contra la ciencia.

-¡Qué grande es nuestra España!

-¡Qué grande es nuestro arte!

-¡Arte y ambiente!

-Si estuviéramos ahora en un viejo pueblo de nuestra España, oiríamos cantar por las calles al sereno: «¡Serenito, la una!»

-Puesto que es la una marchémonos cada uno a nuestro olivo, nosotros que somos mochuelos castellanos en París.

-¿Qué fórmula es la tuya para la despedida, Lope? La mía es «a más ver».

-Pues la mía es más bonita. No la usa ya nadie, pero es archiespañola. «¡Adiós y veámonos!»

Y se han separado en esta noche limpia al final de los Campos Elíseos dos españoles chapados a la antigua, dos españoles apasionados de literatura española, Roque Santillán y Juan Olías.

Entre dos aguas



Dos antiguos amigos -Pepe Grases y Paco Herrero- se topan en París. Grases es actor, y Herrero autor. El encuentro ha sido en la calle. Se sientan Pepe y Paco en la delantera de un café y se disponen a departir cordialmente.

-¿Qué vas a tomar tú, Pepe?

-No paso de Vittel.

-No entro yo más que en Evian.

-Charlaremos «entre dos aguas».

-Estamos en plena primavera y «en abril, aguas mil».

-¡Agua va! No juguemos más del vocablo. ¿Qué te haces en París?

-Me dispongo a regresar a España, y en España formaré compañía.

-No formo yo nada, ni siquiera ilusiones; pero escribo una comedia.

-¿Cómo se titula?

-*La vocación de un sastre.*

-¿No tendrá nada que ver con *Santo y sastre*, de Tirso de Molina.

-Ni con la novela de Santos Álvarez *La protección de un sastre*. La comedia de Tirso es una bellísima comedia.

-Acoto por mía la tuya.

-¿Conoces tú bien el teatro clásico español?

-Lo estoy estudiando. ¿Te gusta a ti el teatro de Cervantes?

-El teatro clásico español es el primero del mundo. Todo en España está por conocer: la literatura clásica, el paisaje, la historia, las costumbres. En la historia hay cosas formidables. Ninguna epopeya supera, por ejemplo, a la de Enrique de las Morenas y Saturnino Martín Cerezo en el sitio de Baler. El valor militar no ha llegado en parte alguna a grado más alto. El teatro de Cervantes me agrada. Pero no es teatro.

-¿Dices que no es teatro? Lo estudio estos días.

-Voy a hacerte una parodia del teatro de Cervantes. Acto primero. Se levanta el telón y nos encontramos con una casa en la solitaria campaña. ¿Es una venta? ¿Es una casa de placer? En la casa vive un matrimonio con dos garridas hijas. Las hijas se llaman Belisa y Filis. Son parecidísimas. El pergenio y la voz las hacen casi idénticas. Pero en tanto que Belisa es de pasta flora, Filis tiene un carácter avinagrado. Doncel apuesto festeja a Belisa. Aparece un mozo de mulas que dialoga chanceramente con Pepa, maritornes insigne. Tercia luego en la conversación Tarugo, arriero. La escena es pintoresca. Cervantes pinta de mano maestra estos cuadros populares. Transcurre el tiempo y entramos en conocimiento con un oidor que va de camino y que se detiene en la casa. Tenemos con ello otra escena marginal. El viajero nos cuenta su historia. Va a Sevilla a despedir a un sobrino que pasa a las Indias Occidentales. Otro viajero que acaba de llegar es casualmente amigo de su sobrino. Viene de Sevilla. Vemos, durante unos momentos, y por referencia, la vida coloreada y jovial de la gran Hispalis. Tal vez en esta escena aparece también doña Violante de Mendoza. ¿Y quién es doña Violante? Nos perdemos en conjeturas. El autor no lo dice; pero nos entretiene otro rato con el diálogo de Violante y su criada Marfisa. Nos encanta el realismo de todas estas escenas incidentales. Realismo con matices de suave idealidad romántica. Belisa y Filis aparecen de pronto -ya era hora- entre las incidencias de tanto episodio adventicio. Y la pasión, frenética pasión del amador de Belisa, don Antonio de Olmedo, surge y se desvanece cual un relámpago. Esa pasión debe ser el argumento capital de la obra. Pero esa pasión no logra el autor situarla en el centro de la comedia, y supeditar a ella todos los demás incidentes. Y el tiempo va pasando. A una escena lateral sucede otra. La decoración ha cambiado y nos encontramos con un rey. ¿Quién es este rey? ¿Por qué dice todo lo que va diciendo? La escena vuelve a cambiar, y ahora nos encontrarnos en un rancho de gitanos. ¿Y Belisa? ¿Y don Antonio de Olmedo? Tal es la gracia, la expresión, el relieve y el colorido de todo este cuadro gitanesco, que nos olvidamos de ellos. Pero el público se va fatigando. Y cuando la fatiga va a traducirse en rumores desaprobatorios, termina el acto. ¿Qué pasará en el segundo? Poco más o menos pasará lo que en el primero. El autor se perderá en cuadros adventicios, cuadritos primorosos de costumbres, magistralmente pintados, y la acción capital no parecerá. El espectador no acierta ahora como no acertó en el primer acto a distinguir lo accesorio de lo principal. Porque en el teatro de Cervantes lo accesorio es lo principal y lo principal lo accesorio.

-¡Aplausos de uñas! ¿Y quieres que yo, actor, te diga lo que debió de pasar en esa casa solitaria de la campiña? Pues voy a hacer de Lope de Vega. El concepto teatral de Lope y el de Cervantes son antagónicos. El de Lope es dinámico, y el de Cervantes estático. En la obra por ti imaginada, la pasión de Antonio por Belisa se muestra imperativamente desde las primeras escenas. Desde esas primeras escenas el espectador entra de lleno en la obra. No olvides nunca, querido Paco, comediógrafo ilustre, que en toda obra teatral requiérese que el público «entre en la obra» como se dice, desde el primer momento. De otro modo se origina la desorientación, que a la postre es fatal para

el autor. En la obra que imaginamos, al final del primer acto, Olmedo ha raptado a su adorada. Con ella a la grupa de su alazán, corre veloz por el campo. La noche es oscurísima. En las tinieblas, a tientas, se ha verificado el rapto. De improviso el caballo cae violentísimamente. Derrúmbase por un precipicio. Antonio de Olmedo recibe herida mortal. La casa de Antonio estaba ya próxima. A ella conducen desvanecido al maltrecho amante. ¿Cuántas horas pasan? ¿Cuánto tiempo está sumido Antonio en lo que Góngora llamó «parasismal sueño profundo»? Al despertar Antonio contempla a su amada. Junto al lecho está ya el sacerdote que ha de bendecir la unión. No ve todavía bien Olmedo. No se da todavía cuenta de las cosas. El sacerdote, celosísimo varón, aprovecha estas primeras luces de la conciencia en Olmedo para casar a los amantes. La novia va envuelta en impenetrables tocas. El telón desciende lentamente.

-¡Aplausos, no de uñas, sino de palmas! Continúa, querido Pepe.

-Bebo un vaso de Vittel.

-Bebo un vaso de Evian.

-La cortina torna a levantarse y nos encontramos con que Antonio de Olmedo ha sufrido una fundamental equivocación. No ha raptado a Belisa, sino a Filis. No se ha traído a la mujer buena, sino a la esquivia. No tiene ante sí al ángel en cantador, sino a la hembra zahareña. La oscuridad y atropellamiento ocasionaron el trueque. ¡Y ya están casados, indisolublemente unidos, Antonio y Filis! ¿Qué va a hacer Antonio de Olmedo ahora? En este acto hay escenas interesantísimas, de alto valor patético. El espectador asiste a ellas dominado por la emoción. Hombre de honor Antonio, lucha entre su deber de caballero y su desafecto a esta mujer que es su mujer. Y Belisa, la amada entrañable, está lejos y no será jamás suya. Constantemente tendrá Antonio ante sí, en vez de la bondad innata, el desabrimiento insufrible. Pero, ¿es verdad que Filis va a hacer la desgracia perdurable de Olmedo? A Filis le ha arrastrado su pasión oculta por el galán de su hermana. La sinceridad y fuego de su amor la disculpan. Y aquí, frente al hombre engañado por ella, se encuentra dispuesta a todos los sacrificios. No entro en detalles respecto a lo que va sucediendo en este acto. Eso preguntáselo a Lope de Vega.

-¿Y el acto tercero?

-Te voy a decir un secreto, Paco. Te lo diré, aunque tú lo tengas olvidado de puro sabido. En toda la obra teatral el acto segundo es de resistencia. Al bajar la cortina en el acto primero, la exposición debe quedar completamente hecha. Ni una tilde de la exposición debe pasar nunca al acto segundo. Y este acto segundo debe ser el desarrollo completo del pensamiento del autor. Los actos terceros no sirven para nada. A un acto tercero se puede oponer siempre otro acto tercero. Acto primero magistral es, por ejemplo, el de *García del Castañar*, de Rojas, y acto segundo insuperable es el de *El acero de Madrid*, de Lope. En cambio, fíjate en que casi todos los actos terceros son deplorables. ¡Qué acto tercero tan infeliz el de *El trovador*, de García Gutiérrez! Es decir, no recuerdo en este momento si es tercero o algo más. En resolución, es acto final. ¡Y qué acto final tan desmañado el de *Los amantes de Teruel*, de Hartzzenbusch! Un poco de verosimilitud hubiera hecho imposible el acto postrero de *El trovador*. Y en cuanto a *Los amantes*, son demasiadas complicaciones horribles y catastróficas las que nos dan. Lo patético delicado desaparece para dar paso a lo rudamente melodramático. Casi todos los terceros actos de Lope son atropellados y provisionales.

-¡Otra copa de Vittel!

-¡Otra copa de Evian!

-¡Qué admirable es nuestro teatro clásico!

-El anterior a Lope y el posterior.

-Y el romántico. Y el teatro costumbrista de Moratín. Gorostiza, Martínez de la Rosa, Iriarte. Y el teatro de don Ramón de la Cruz; don Ramón de la Cruz, no «tripicallero», como le adjetiva Moratín, sino sutil, elegante e independiente. Y el teatro psicológico de Tamayo. Y el universal de Bretón; Bretón, creador, después de Lope, de un mundo propio, y autor único en flexibilidad y riqueza inmensa del idioma. Y el teatro terenciano de Ayala, Serra, Florentino Sanz, Asquerino. Y el teatro neorromántico de Echegaray, Sellés y Cano. Y el teatro esplendoroso que viene luego, con Benavente, los Quintero, Arniches, Linares Rivas y Muñoz Seca. Muñoz Seca, tan injusta y bárbaramente tratado, con estúpido menosprecio que determinara evidentemente su asesinato, puesto que no hubiera sido asesinado a gozar Muñoz Seca del respeto literario a que tenía derecho. Muñoz Seca, poseedor de un mundo suyo, que tan sorprendente afinidad guarda con el mundo de Bretón, hasta el punto de que la comedia *Muérete y verás*, una de las más famosas de Bretón, diríase escrita por Muñoz Seca. En el teatro anterior a Lope, casi completamente ignorado, hay verdaderos tesoros. La misma *Numancia*, de Cervantes, es maravillosa. Ahí sí que acertó Miguel. En lo que toca a tragedias no debemos tener envidia a los franceses. ¡Qué soberbia la *Isabela* de Lupercio Leonardo de Argensola! Juan Racine no ha escrito versos más bellos. El monólogo de Isabela en la escena II del acto II es magnífico. Una gran actriz lograría un gran triunfo en ese pasaje. Y no digo nada del diálogo estupendo de Isabela y el rey Alboacen en la escena V de ese mismo acto II:

Poderoso señor, porque no tenga
ocasión de cansarte tu cautiva
con largos ruegos y prolija renga,
y porque la pasión es excesiva,
a mi triste semblante me remito,
semblante de mujer apenas viva.

-En el siglo XVIII fue tratado injustamente nuestro teatro clásico.

-Y se le desconoce ahora. En sus *Orígenes del teatro español*, Moratín tiene una apreciación inepta relativa a cierta obra de Cervantes que se ha perdido. Hablando de *La batalla naval* escribe: «Nada se sabe de esta obra, sino el título. Si el argumento que desempeña el poeta fuese, como parece probable, la célebre victoria naval de Lepanto, es de inferir que nuestra literatura no habrá perdido nada en perderla.» Ni más ni menos. Cervantes es el más alto ingenio español. Cervantes peleó en Lepanto. La batalla de Lepanto ha sido decisiva en la suerte de Europa. ¡Ahora figúrate lo que significaría que

contáramos con un testimonio auténtico, vívido, artístico de ese momento histórico, debido a la pluma de Cervantes! Cuando no fuera una obra teatral perfecta, sería una soberbia página de historia. Y lo curioso es que modernamente un colector del teatro de Cervantes, Zeda, o sea Francisco Fernández Villegas, al referirse a tal juicio de Moratín no protesta contra él, sino que implícitamente lo da por bueno.

-¡Qué grande es España!

-¡Qué grande el valor del soldado español, grande el panorama de España, grande la literatura española y grande la historia de nuestra patria!

-¡Arriba la copa de Evian!

-¡Arriba la copa de Vittel!

-¡Y que nuestro amor a España sea tan puro y cristalino como estas linfas!

-¡Amén, amén, amén!

El honor castellano



La comitiva llega al pueblo, ya entrada la noche, y rinde viaje en la iglesia. Ha sido erigida la iglesia en los comienzos del siglo XVI y es de orden gótico. Amplia capilla accesoria acaba de ser labrada. Ha costeado la edificación don Gonzalo de Rojas, caballero del hábito de Santiago, doctor en ambos derechos -el canónigo y el civil- por la Universidad de Salamanca y vecino del pueblo. El retablo que se ostenta en el testero de la nueva capilla es magnífico. Lo ha trazado un pintor de la localidad, Juan de Dios Pedroso. Las imágenes del retablo esculpidas han sido en Toledo. Y allá han ido a traerlas -envueltas en blancas sábanas- diez o doce labradores del pueblo, al frente de los cuales estaba Juan de Dios.

A la mañana siguiente, de buena mañana. Juan de Dios Pedroso se ha plantado en el palacio de los Rojas. La casa es venerable y bella. De sillares dorados, ostenta, sobre la puerta, un labrado blasón, y en el centro de la vivienda se abre un ancho patio con galerías de columnas dóricas. Don Gonzalo de Rojas recibe a Juan de Dios afablemente. Dechado de bondad es el caballero. No lo hay más observante de las leyes inflexibles del honor. Pero la inflexibilidad es compatible en su persona con la cautivadora indulgencia. Severo para sí, es laxo, dulcemente laxo, laxo sin llegar a lo vitando, para los demás. Don Gonzalo es viejo. Ha vivido mucho, y en su larga vida ha sufrido amarguras sin cuento. De tantos lances penosos se le ha resentido el corazón. Su faz aparece pálida, y cuando el caballero asciende por las escaleras -naturalmente que en esa edad no hay ascensores- jadea penosamente y se siente fatigado al llegar arriba. Sobre el negro terciopelo de la ropilla resalta lo rojo, rojo encendido, de la cruz de Santiago. Y su barba está en punta, según es de rigor en los letrados. Don Gonzalo no ejerce. Tirso de Molina ha dicho en su comedia *Don Gil de las calzas verdes*:

Unos empinabigotes
hay a modo de tenazas,
con que se engoma el letrado
la barba que en punta está.

- Vamos a ver, Juan de Dios -dice el caballero-. Siéntate y dame cuenta de tu viaje.

Los dos interlocutores se sientan: don Gonzalo en un sillón de nogal con respaldo y brazos de terciopelo rojo, y Juan de Dios -guardando las debidas distancias-, ya que no en taburete, que es lo más humilde, sí en una silla. Juan de Dios comienza la relación del viaje. Las imágenes traídas son bellísimas. Vienen San Jorge, San Martín, Santiago, San Pablo y otros santos. La capilla está advocada a Santiago. Y todas las imágenes han sido pagadas a un precio razonable.

-El precio es lo de menos -dice el generoso don Gonzalo-. Si las esculturas son bellas, no es prodigalidad todo de cuanto se pague al artista. Pero dime, Pedroso, ¿no os ha ocurrido nada durante la viajata?

Juan de Dios se rasca la cabeza y se dispone a contestar. El rascarse la cabeza en un labriego o en gente pueblerina es síntoma de titubeo. Pero Juan de Dios, tras una pausa, se decide a desembuchar.

-Como ocurrir, don Gonzalo, algo ha ocurrido...

-Te escucho con interés. ¿Qué ha sido ello?

-Pues ello fue que estábamos comiendo en la cañada de la Perdiz, a la margen de la fuente del Juncal, cuando se nos presentó un caballero.

-Nada de particular tiene eso. El caballero viajaba como vosotros.

-Sí, don Gonzalo, viajaba. Pero el caballero era todo un caballero andante.

-¡Caramba! ¿Cómo es eso?

-Lo que usted oye: un caballero andante, sí, señor. Y lo acompañaba su escudero. El caballero traía armadura, se cubría con una celada y empuñaba un lanzón. Deseó ver las imágenes que estaban liadas en sábanas y habló a propósito de ellas cosas muy bonitas e interesantes. Y el escudero era hombre gracioso, a juzgar por lo que también dijo.

-¡Hola, hola! ¿Sabes, Juan de Dios, que todo eso me parece asaz extraordinario? ¡Ahí es nada, todo un caballero andante, un émulo de Amadís de Gaula, en estos prosaicos tiempos que vivimos! Y dime: ¿bebisteis mucho en la comida? ¿Qué vino llevabais?

Juan de Dios Pedroso sonríe. La incredulidad del caballero le parece natural. Pero la verdad es la verdad. Pedroso y todos sus compañeros vieron al caballero y con él hablaron.

-¿Vino, don Gonzalo? -replica Pedroso-. Pues verá usted. Compramos un vino excelentísimo de Yepes. Llevábamos dos zaques.

-¿Dos zaques para doce personas? «Tribulación, hermanos, entre dos, tres pollos.» Ahora comprendo que vierais al tal caballero andante. ¿No comprendes, Juan de Dios, que eso no puede ser? ¿No ves que un viandante cualquiera pudo antojarseos un paladín de otras edades? Yepes obró en vosotros. No lo digo en son de censura. Llevabais una jornada trabajosa y habíais de aliviar esos trabajos con algún confortativo. Pero ya se ha dicho, lo dice el refrán, que «vino usado y pan mondado ». Vosotros, en esa jornada, cambiasteis, sin duda, de vino, y el vino os traicionó.

-¡No, no, don Gonzalo, yo no estaba chispo, sino sereno, muy sereno, cuando hablé con don Quijote de la Mancha y con Sancho Panza, su escudero!

El caballero sonríe indulgentemente y replica:

-Cálmate, Juan de Dios. No te censuro. Tú y los demás porteadores de las imágenes habéis sido víctimas de una alucinación. El hecho está ocurriendo todos los días. ¿Quién en la vida no es víctima de sus propias imaginaciones? Pero yo te llamo a la realidad y te amonesto cariñosamente para que huyas de vanas quimeras.

Un mes más tarde, don Gonzalo de Rojas recibía con su afabilidad acostumbrada a Baltasara Díez, mujer de Juan de Dios.

-Señor, perdóneme usted -dijo humildemente y entre sollozos la pobre mujer-. No he tenido más remedio que venir a ver a usted. Mi marido está loco. Mi marido se va consumiendo día tras día. Dice que no sabe lo que es la realidad y lo que es el ensueño. Lo que hace todos los días, cree que lo hace soñando. No puede ya trabajar. Ha perdido la fe en la vida. Está desmejoradísimo. Desde el día en que usted lo persuadió de que no había visto lo que él decía haber visto, no vive. Sus días son dolorosos. Si no ve lo que ve, no existirían las obras en que trabaja. Y si no existen, ¿para qué trabajar? Siempre mi marido ha sido un poco lunático. Y ahora el mal se ha agravado. ¡Qué pena, don Gonzalo! La casa, que antes era un paraíso, ahora es un infierno. El dolor de Juan de Dios, sus lamentos, sus increpaciones, nos acongojan a todos. Y prevemos el momento en que esta vida toque a su fin.

En la clepsidra invisible, las gotas de agua han ido cayendo, una a una por millares, a lo largo del tiempo. El tiempo ha pasado inexorable. «Todos somos locos, los unos de los otros», dice el refrán. Y no se ha querido ver que existe un loco, un loco cuerdo, don Quijote, y que para él los demás podemos ser también locos. ¿Quién en la humanidad no adolecerá de un ramo de locura? La locura puede ser venturosa. Venturosa para la propia humanidad. Porque todo lo heroico y sabio que se acomete en el mundo participa de la enajenación. Nos sentimos enajenados, héroes y sabios; nos sentimos fuera de nosotros mismos, colocados en un terreno misterioso, el terreno de las grandes cosas extrahumanas, y a esa fuga de nuestra prosaica vida cotidiana debemos las cosas

peregrinas que hacemos en el mundo. Pero ¿cuántos ven que la locura no es locura, sino heroicidad o sabiduría?

Diez meses después, don Gonzalo de Rojas regresa a casa en el crepúsculo de la tarde. Viene abatidísimo. Su cara, de pálida ha pasado a ser terrosa. Impone -conmueve e impone- ver a esta noble figura vestida de negro, al pecho la bermeja cruz, caída la cabeza, con la barba en punta sobre el pecho. En su casa espera al caballero un amigo íntimo, que acaba de llegar al pueblo. Al verse uno y otro, se funden en estrecho abrazo. El recién llegado es don Álvaro Tarfe.

-Siéntese, Álvaro; yo me voy a sentar también. El dolor y este achaque del corazón, me rinden. Hoy es un día nefasto para mí. Vengo del cementerio de enterrar a un amigo. Figúrate que este amigo ha muerto de melancolía. Tenía la obsesión de que había fracasado en la vida. Era un hombre candoroso. Y tenía esa obsesión desde un día que tuvo cierta conversación conmigo. Estaba creído de que había visto un caballero andante. Dijo que se llamaba don Quijote de la Mancha. Yo me esforcé en convencerlo de que había sido víctima de una alucinación. Insistió él; pero, al fin, ante mis razones, se retiró perplejo y confuso. ¡Y ya no tuvo hora tranquila! Comenzó a cavilar, oscilante entre el sueño y la realidad, y poco a poco se fue ahilando, hasta dar el postrer suspiro.

Don Álvaro Tarfe ha escuchado con atención profunda las palabras de su querido amigo. Poco a poco le iba ganando la emoción. Cuando ha tenido que responder, ha dicho:

-¡Qué trágica es a veces la verdad, Gonzalo! En este momento, yo dudo dolorosamente entre decirte la verdad o callar con cariño. No puedo callar. Gonzalo, querido Gonzalo, don Quijote de la Mancha existe. Yo mismo lo he visto. Yo he hablado con él. Yo he visto cómo el alcalde de un lugar firmaba un acta en que se acreditaba su existencia.

Don Gonzalo de Rojas, el noble caballero, ha escuchado estas palabras fatídicas con los ojos muy abiertos. Abiertos por el espanto, el pesar y el remordimiento.

-¡Estoy en lo hondo de un abismo! -ha exclamado con voz trémula y llorosa-. Sí, lo que acabo de escuchar me ha precipitado en un abismo de donde ya no podré salir. ¡He faltado a lo que era norte de toda mi vida! ¡He faltado al honor! ¡He faltado al honor castellano! La base del honor es el respeto. No puede haber civilización sin honor, y no puede haber honor sin respeto. Respeto a la personalidad ajena y a la propia. Respeto a las opiniones de los demás. Respeto a la inteligencia. Respeto a la senectud. Respeto al caído en las luchas de la vida. Respeto a la pobreza. Y respeto a la palabra empeñada. Y a la lealtad. Y a la fidelidad en los demás a un ideal que no es el nuestro. Respeto de los hijos a los padres; respeto a los enfermos; respeto a las personas constituidas en dignidad; respeto a los viejos soldados que han aventurado su vida en la guerra; respeto al escritor que ha trabajado fervorosamente en su arte; respeto a los eclesiásticos; respeto a la mujer infeliz que ha sido burlada. He faltado yo, querido Álvaro, a esos respetos. Una sociedad en que no se guarde el respeto, será siempre una sociedad bárbara. He faltado yo, con la mejor intención del mundo, al honor castellano. ¡Yo, que he querido hacer del honor, el honor de nuestra Castilla, la norma más alta de mi vida! Porque en la Castilla histórica es donde el honor se ha acendrado más y ha llegado a su más alto punto. Sí; yo no he respetado la visión, la creencia, el convencimiento de ese

pobre amigo, Juan de Dios Pedroso. Yo, criminalmente, he destruido en él un germen fecundo de vida. Y tal bárbara destrucción le ha ocasionado la muerte.

No puede hablar más el buen caballero. Ha apoyado el codo en el brazo del sillón y ha reclinado la cabeza en la mano. Respiraba penosamente. Sus ojos estaban cerrados. Tras unos momentos de quietud, como don Gonzalo no se moviera, don Álvaro Tarfe, alarmadísimo, le ha levantado suavemente la cabeza. Y la cabeza se ha inclinado pesadamente a un lado con gesto de quien está dormido. Dormido en la eternidad.

△▽

La vida en peligro

La cueva está excavada en un recuesto. Y el recuesto se halla en la huerta. Hay en la huerta copia de vegetales. Aquí se ven cuadros de hortalizas, más allá se yergue un grupo de árboles de sombra, a esa otra parte se extiende variedad gustosa de árboles fructíferos, y no faltan las matizadas y olorosas flores. La amenidad del sitio hace en él apacible la estancia. No está lejos el mar. Si el cronista no estuvo nunca en estos parajes -ni leyó sobre ellos relación circunstanciada-, se los imagina a su talante. Y al imaginárselos, pone en su pintura fantasía meridional de España. En España la flora es casi idéntica a la de África. Hablamos de la España del litoral mediterráneo. Y aquí en la huerta y en sus contornos, nos place hallarnos en plena tierra alicantina. De este modo, en tales parajes, podrá verse una huerta feraz, unos terrenos no rompidos, que bajan hasta el mar, y por último una playa extensa, interrumpida a trechos por peñascales, que rememora las playas de Alicante. La cueva es una de tantas cuevas como los alicantinos cavan propin cuamente a los pueblos, como, por ejemplo, en Monóvar y Petrel. Se sale de la huerta y se comienza a caminar entre coscojas y sabinas, entre gamones y retamas, entre atochas y tomillos, hasta perderse el caminante en la montaña. Y por la otra banda se desciende suavemente hasta el mar.

El paraje, a tres millas de Argel, es solitario. ¿Y para qué sirve la cueva? No sabemos si subsistirá hoy tal cobijo. En 1577 la cueva sirvió para que se refugiaran en su seno algunos cautivos españoles. Juan, el jardinero, labrador navarro, cultiva la huerta. No transita nadie por aquí. El lugar se encuentra a trasmano. Pueden esperar en la cueva su salvación quienes en ella se oculten. Pero ¿cómo preparar la huída de Argel, la caminata hasta la huerta, la estancia en la cueva y finalmente -y esto es lo más importante- la salvación en un barco? El barco habrá de acercarse a la playa y los cautivos saltarán precipitados y gozosos a su bordo. ¡Y hacia la libertad! ¡Y hacia España! Pero para todo esto se necesita una cabeza y un corazón. La cabeza para concertar todos los detalles y el corazón para no desmayar.

Los fugitivos de Argel han llegado a la huerta. Aquí están sentados en la cueva. La cueva es honda, espaciosa, seca, limpia, y puede contener ocho, diez, catorce personas. El momento en que los fugitivos se han visto ya en la cueva, lejos de Argel, ha sido conmovedor. Respiraban al fin. Eran dueños, al fin, de sus acciones. Esta soltura les prestaba momentánea alegría. Han recorrido la huerta en el trecho que va desde su acceso hasta la cueva, y han sentido ligeros y elásticos sus miembros. En la huerta puede meditar un filósofo o versificar un poeta. Su apacible amenidad presta ánimos al soñador. Para el poeta y el filósofo que vayan lentamente paseando por entre la verdura,

el tiempo no será nada. Pasará el tiempo sin sentir. Todo será bello a los ojos del descuidado paseante: los cuadros de hortalizas, los árboles frutales, las tablas de flores, la clara fuente que mana de un caño susurrador, el terreno inculto que precede a la playa, la playa misma que baja hasta el mar, y recibe en su planicie el vaivén manso de las olas. Y por encima de todo, el cielo azul, alto y límpido, de esta África litoral, que es el mismo cielo del ibérico litoral alicantino. Pero ¿qué sentirá un cautivo? ¿Qué sentirá un hombre que ha logrado escapar del déspota, que ha llegado a la apartada y solitaria huerta y que se encuentra en trance próximo de salvación? La primera impresión de estos hombres es de contento. Gozan afanosa y voluptuosamente de estos instantes. El tiempo transcurre, la alegría se va disipando y apunta la inquietud. Fomenta tal inquietud la consideración del estrecho en que se ven. Han logrado huir, sí. Han logrado llegar hasta estos parajes, sí. Se hallan aquí, en una huerta solitaria, lejos de Argel, refugiados en una cueva, sí. Pero ¿que va a pasar ahora? ¿De qué modo van a desenvolverse los acontecimientos? Un hombre animoso -que la historia marcará por genio- ha preparado la huída. El hermano de este hombre ha sido rescatado en el presente año de 1577. Ya en España, Rodrigo trabajará para que una embarcación pueda llegar hasta estas playas y recoger a los fugitivos. ¿Se cumplirá este proyecto ¿No fallará? ¿No se vendrá todo abajo por causa algo que no se ha podido prever? Y el tiempo que los fugitivos estén en la cueva, ¿de qué modo van a poder alimentarse? ¿Y cuánto va a durar la angustiada espera? Persona diligente y reservada traerá las vituallas desde Argel. ¿Y no podrán hacer fuego para cocinar? La columna de humo que se elevara sería delatora. ¿Y han de permanecer constantemente en la cueva? Un viandante extraviado podría verlos y denunciarlo si de ella salieren. Peligros que no habían visto al llegar, embriagados por el alborozo, los van viendo presente. Y esos peligros se hacen más pavorosos a medida que pasan los días. La situación, en el transcurso del tiempo, se concreta del modo siguiente: Un grupo de cautivos españoles ha huido de Argel; a estas horas en Argel se ha advertido ya su falta; fuerzas que los buscan han sido puestas en movimiento; los fugitivos se encuentran ocultos en una cueva; han de comer, naturalmente, todos los días; trae los bastimentos un mensajero que viene de Argel. ¿Es de fiar en absoluto ese mensajero? ¿Y habrá logrado equiparse un barco que arribe a la playa? ¿Y podrá arrimar a la costa esta embarcación sin que nadie lo advierta? La empresa es ardua. Todo parecía antes hacedero y todo semeja ahora que pende de un hilo quebradizo. Y aquí están en la cueva, frente al mar, los cuitados cautivos. La vida en la cueva es monótona. El vocablo desesperante no sería inadecuado. Los días van pasando con lentitud congojosa. Y sucede que como no ocurre nada en esos días, esos días son despaciosos en su tránsito, pero luego de pasados dejan en la sensibilidad la sensación de que han durado un solo instante. La zozobra dolorosa es perpetua. Por fortuna, de cuando en cuando, aparece el tramador de la fuga, es decir, un «tal de Saavedra», como él mismo se ha llamado. Le ve un vigía llegar desde lejos y todos se reaniman súbitamente. En lámpara próxima a extinguirse acaba de chorrear una alcuza porción vivificante de aceite. Miguel es entero y alentador. Hay en toda su persona algo que pone sosiego en quien, conturbado, le mira y le escucha. Miguel de Cervantes Saavedra, cautivo en Argel, abraza cariñosamente a todos. Todos le rodean y recogen ávidamente y en silencio sus palabras.

-Vamos a ver, Pablo, ¿qué le pasa a usted? -le dice a un cautivo que gime y llora-. No me gusta que se acoquine usted. Eso no debe hacerlo un español. ¡Ánimo! ¡Confianza en Dios! ¿Y usted, González? ¿Por qué pasa usted los días, según me dicen, desocupado, jadeante por sus cuitas, sin salir a dar un paseo? ¿Y usted, Madueño? ¿Qué es eso de entregarse a la desesperanza? Pueden ustedes salir por la huerta. No sucede

nada. Todo se cumplirá bien. Vendrá un barco, nos recogerá a todos y llegaremos felizmente a nuestra España.

Y cuando Miguel de Cervantes Saavedra se marcha, todos le siguen con la mirada, hasta que desaparece tras una loma. Su estancia breve en la huerta ha alimentado la serenidad para unos días. Pero ¿Cervantes va y vuelve o está aquí también perenne? Lo mismo da. Lo importante es el espíritu maravilloso de este hombre sin par.

El lector que no haya vivido en peligro unos días, unos meses o unos años, no podrá imaginar fácilmente cuál es el estado de la sensibilidad en ese tiempo. La vida se hace más sutil. No pensamos en nada que sea ajeno a la situación en que nos hallamos. Ni podemos leer, ni podríamos escribir. Al menos no podríamos escribir sin hacer un esfuerzo penoso y sin que alguien nos de una inyección de esperanza. El tiempo se transforma. Es más tenue el tiempo. En estas situaciones, un pormenor que antes no tenía importancia, la tiene considerable. En todo se ve ocasión de complicaciones peligrosas. No sabe el hombre dónde se teje su destino. Seguramente en lo que Saavedra Fajardo llama «los telares de la eternidad». Pero es lo cierto que para el que vive en peligro todo se concatena funestamente. En la apacibilidad de la vida ordinaria, un desastre aparece aislado y pronto se repara. En estas situaciones de espera trágica, los desastres suceden a los desastres. Una dificultad llama a otra dificultad. Con la sucesión de congojas llegamos a vivir una vida en el estiaje más bajo de la vitalidad. Y al final, cuando las aflicciones se acumulan sobre el doliente, advertimos que en el fondo de nuestra alma renunciamos ya a todo: al mundo, a los recuerdos dilectos, a los libros, a los paisajes, a la libertad, a la vida. «Última filosofía, conformarse con todo lo que viniere», decía Antonio Pérez, abrumado por las persecuciones.

Pero ¿ha aparecido en el horizonte, sobre la llanura azul del mar, una vela blanca? ¿Está ya a la vista nuestra liberación? Atalayando entre los árboles se encuentra un vigía. No, no es el barco que ha de salvarnos. La vela blanca desaparece en el horizonte. La congoja torna a los cautivos. Pero aquí llega Miguel.

-¡Ánimo, amigos queridos! ¡Esperanzas! ¡Dios está con nosotros! ¿Qué es eso de amilanarse? ¡Que no vea yo esas caras compungidas! Y no hay que estar quietos. Cuando se está inactivo, un grano de arena parece un monte. Hay que ocuparse en algo para olvidar. Observad las plantas, jardinad un poco, coged insectos, coleccionad piedras, medid la distancia que hay de un punto a otro, cazad pájaros para soltarlos luego y proporcionarles la alegría que nosotros ansiamos de la liberación. ¡Y siempre en alto los corazones! ¡La libertad está ya próxima!

¡Ay, la libertad no estaba próxima! Y esta segunda tentativa de Cervantes para libertar a sus compatriotas había de malograrse cual la primera. El castigo será terrible. Pero Cervantes, heroico, toma sobre sí todas las responsabilidades de la fracasada empresa.

Lo irregular



Don Ramón Menéndez Pidal ha esclarecido las causas determinantes de la creación artística en Cervantes. De hoy en adelante sabremos a qué atenernos; el maestro ha expuesto sus observaciones en un librito accesible a todos: *De Cervantes y Lope de Vega*. Se contrae Menéndez Pidal a la génesis del Quijote; pero su teoría puede ser aplicada a toda la obra cervantina. Cervantes ha estado sujeto, desde el primer instante de su vida, a lo irregular. Nace en una familia pobre; se vive al día; apremian las deudas; no se cumple lo que se ha prometido; no llega lo que se esperaba; se anda en altercaciones con los curiales; se llega a conocer la cárcel; los procesos agobian; ocurre un accidente en la familia y no se tiene el amparo de nadie; se está mal en un sitio, y hay que trasladarse a otro; se está también angustiosamente aquí, y es preciso buscar otro acomodo; se espera de un momento a otro que cesen los apuros, por algo en que se ha puesto suprema esperanza, y ese algo no se produce, como no se ha producido antes lo que también, con menos fundamento, se aguardaba. Cervantes ha visto continuado en su persona el sino familiar: ha fracasado constantemente en la vida. No se ha correspondido a su comportamiento en Lepanto; ha estado en un tris el perderlo todo definitivamente; ha sido llevado como esclavo a Constantinopla; se ha visto antes, en sus malogros de evasión, cerca de la muerte; no le dan ningún destino descansado y honroso en España; no se atiende a su petición de que se le confiera un cargo en Indias; se casa infelizmente en un pueblo; vive lo más del tiempo separado de su mujer; se ve alcanzado por la quiebra de un banquero; no puede rendir cuentas a satisfacción de quien se las pide; le procesan y lo encarcelan; le ocurre un lance terrible en Valladolid; un libro suyo se vende, y todos lo aplauden; pero apenas le da dinero; ha representado antaño unas comedias, y ahora no quiere nadie estrenar algunas que ha escrito; las tiene que vender a un librero por algunas monedas; unos compañeros de quienes esperaba un empleo, no le cumplen sus promesas; le corresponden con la más negra ingratitud; es ya viejo, y no quiere de él nadie. Y en su casa, una casa «antigua y lóbrega», aquí en Madrid, medita, ya en el umbral de la muerte, en su triste sino. Escribe entonces la página más tenue, más fina, más delicada que ha salido en toda su vida de su pluma.

Cervantes es apasionado de la lectura; pero no tiene tiempo de leer; no tiene tampoco posibles para comprar los libros que él quisiera. En último término, no necesita esos libros; con la vida tiene bastante. Y en este punto volvemos al maestro: Menéndez Pidal. Cervantes ha leído al azar, al azar de su vida toda, un cuadernito titulado *Entremés de los romances*; aquí está en germen el futuro libro: el *Quijote*. Si Cervantes no hubiera leído este librito, ¿se hubiera producido el *Quijote*? Acaso no, y acaso sí. Nos inclinamos más bien por la negativa. La lectura, en hombres que no leen de asiento y continuamente, como Cervantes, tiene una intensidad que no alcanza en los lectores ya con la sensibilidad embotada por tantos libros. La lectura que Cervantes ha hecho de esta popular producción habrá entrado en su ser de un modo profundo; habrá ido Cervantes dando vueltas a lo leído en sus caminatas por España, en las posadas, en las calles, en los pueblos. Conocemos estas obsesiones literarias por quienes, como Gustavo Flaubert, se han dado en cuerpo y alma a la creación artística. En este caso, como observa Menéndez Pidal, el ambiente estaba en consonancia con lo leído. Pero, además, el ambiente social venía a reforzarlo el propio ambiente que, desde niño, llevaba en sí, en lo más íntimo de su persona, el propio Cervantes. Todos estos personajes que Cervantes admira en los romances y en los libros de caballerías están como él sujetos a lo irregular; todos persiguen un imposible; todos bordean lo ilícito; todos ven, cuando menos lo esperaban -o esperándolo-, fracasados sus ensueños. No se ha reparado en la instintiva simpatía de Cervantes por los tipos que viven en lo irregular: los galeotes, Roque Guinart y su gente. Monipodio y su grey. Cervantes se

siente más cerca de estos hombres que de los complacidos por la fortuna. La pintura del patio de Monipodio, tan limpio, tan ordenado, con sus concurrentes atentos a una estrecha observancia, es sintomática. Cervantes, al propio tiempo que es fuerte intelectualmente, se siente débil en lo social y en lo económico. Ha de cohonestar su propensión a lo irregular, con afirmaciones en sentido contrario. No nos explicamos bien su exaltación hiperbólica, en sitios donde no procedía, de quien ha expulsado a los moriscos. Ni corresponde su adhesión fervorosa a personajes notorios con la mezquina ayuda que los tales le prestan. En su retiro definitivo, Cervantes lleva todavía -y tal vez con mayor intensidad- el germen que en él pusiera antaño esta lectura de que nos habla tan concluyentemente don Ramón Menéndez Pidal: es ahora Cervantes tan irregular como esos personajes de romances y de novelas con quienes él instintivamente, ha emparentado desde el primer momento de su azaroso vivir.



Cervantes, irreductible

Comencemos por imaginarnos a Cervantes: Cervantes en un momento dado y en un lugar dado. ¿Y cuál ese momento y cuál ese lugar? Sin duda, Cervantes, en la declinación de la vida, ya desengañado de muchas cosas que constituyeron su ilusión; Cervantes meditativo, abstraído, como fuera del mundo, como ajeno al tiempo y como ajeno al espacio. ¿Y dónde? ¿En Madrid? ¿En Sevilla? ¿En Esquivias? Cervantes ha pintado con singular complacencia, con vivo gusto, un patio sevillano: en ese patio Cervantes ha dispuesto una minuta, la minuta de un almuerzo. Hemos de enumerar los manjares; unas tajadas de bacalao frito. (Entre paréntesis diremos que en Sevilla el bacalao debía de ser delicioso y debía de estar magistralmente frito. Agustín de Rojas nos dice en su *Viaje entretenido* que en Sevilla compró una tajada de bacalao, «que lo había muy bueno».) Continuamos con queso de Flandes, con aceitunas, con camarones y con cangrejos, con «alcaparrones ahogados en pimientos» y con blanco pan. Nos olvidábamos de las naranjas. Cervantes nos dice que este patio era limpiísimo: estaba pavimentado con baldosines rojos; tan aljofifado que parecía de brillante, «verter carmín de lo más fino». Y no será temeridad hacer que Cervantes, en estos momentos de su vida, esté en tal patio, ahora momentáneamente desalojado por sus moradores; Cervantes, con calma, reposadamente, estará almorzando con este yantar que hemos dicho y que el propio Cervantes ha ideado. ¿Y no será su gesto un poco triste? ¿Y no veremos en éste su reposo como una suave desgana de la vida? El *Quijote* ha sido ya publicado. No se nos diga que en estos días, publicado ya el *Quijote*, Cervantes no puede estar en Sevilla: Cervantes estará donde lo imaginemos. La obra ha comenzado ya a caminar por el mundo; cualesquiera que hayan sido sus comienzos, el rumbo va a ser otro. ¿Han sido sus comienzos los de una obra de burlas? ¿Ha sido el humor festivo lo que se admira en el *Quijote*? Lo mismo nos da: igual nos da que haya sido una interpretación que otra. No podía, desde luego, verse en el *Quijote* lo trascendental que ahora vemos. Pero el debate, el gran debate, ha comenzado: y eso es lo importante. En él, la mesa del mundo, queda sobre el tapete, para la discusión, un libro: el *Quijote*. Vamos, pues, a discutir. Estaremos discutiendo en tanto discurren los siglos.

¿Aliento o desesperanza? ¿Idealidad o realidad? ¿Don Quijote o Sancho? ¿Sentido oculto o manifiesto? ¿Secreto o no secreto? El debate puede continuar. Unos dicen una cosa y otros dicen otra. La obra es tan resistente que lo soporta todo. En tanto que la

discusión es más apasionada, vemos, idealmente, a Cervantes en su patio, un patio con baldosines de carmín, que con gesto tranquilo, cansado, va comiendo de este yantar imaginado por él; no le interrumpamos; seamos nosotros sin su participación, quienes debatamos. Argumentos para la decadencia podemos hallarlos; los hallan, en el Quijote, quienes ven en el Quijote un libro sintomático de decadencia: la decadencia de España en el siglo XVII. Argumentos para el aliento los encuentran en el *Quijote* quienes consideran que el *Quijote* añade idealidad a la denostación de los libros de la idealidad: precisamente los libros de caballerías que el autor se propone aniquilar. Y si el *Quijote* es una obra de arte, de supremo arte -no lo puede eso dudar nadie-, ¿es que el arte, sea el que sea, no afina la sensibilidad? ¿Es que la obra de arte, tenga la tendencia que tenga, no nos hace mejores con la visión, la sensación de la belleza? ¿Qué nos importan las aventuras de Ulises? Ulises podrá conocer durante diez años unas u otras gentes; lo que nos importa, lo que se nos entra en el alma, es la belleza, profunda, melancólica a veces, de ese divagar, sin tino, por el inmenso piélagos. El debate, tratándose del *Quijote* sobre la decadencia o el esplendor, se resuelve, en suma, en lo bello que lo sintetiza todo. ¿Decadencia? ¿Vitalidad? En este momento lo abandonamos todo. Ni importa una cosa ni otra. Nos habéis reducido a un terreno más íntimo, y a él vamos con gusto. Cervantes es reducido en el terreno de la decadencia y el de la vitalidad, y pasa a otro en que va a ser irreductible. Y ese otro es el de los momentos: los momentos que forman, con su brevedad, con su fugacidad, la trama consistente de la vida. En esos momentos que nos pinta Cervantes en el *Quijote* reside el mayor encanto de la obra; esos momentos los podemos elegir nosotros para nuestro consuelo, para nuestro aliento, para nuestra confortación. Y todo eso en la ocasión que lo deseemos. El *Quijote* está lleno de esos momentos ideales. Por ejemplo: en el palacio de los duques, don *Quijote* se ha retirado a su aposento; en ese aposento hay una cama, y debe de haber un escritorio o mesa, puesto que, como es de noche, un candelero con dos velas alumbraba la estancia. El cuarto da a un jardín que se ve por una ventana. Le ha ocurrido en esta estancia a don *Quijote* la aventura del gateamiento: ese gateamiento significa que un gato, entre otros gatos, ha mordido con furia la cara del caballero. Cinco días ha estado en cama don *Quijote* de resulta de las heridas. Los duques, imaginadores de esta burla, están «pesarosos». ¿Qué va a hacer don *Quijote* en cuanto se encuentre sano? ¿Alegará un pretexto y se despedirá, fríamente, de los duques? ¿O bien lo perdonará todo y continuará tan amable como siempre? Momento decisivo; momento que nos invita a la meditación. Como nos invita también otro momento: va transcurriendo la noche; durante el día se ha practicado en el monte la caza; han cazado los duques y don *Quijote*. Ahora se presenta una temerosa aventura. «¿Esperará vuestra merced, señor don *Quijote*, lo que se anuncia?» - pregunta el duque-. Y responde el caballero: «¡Pues no! Aquí esperaré intrépido y fuerte.» En una situación angustiada, ¿qué es lo que haremos nosotros? ¿No nos invitará también este momento a la reflexión? ¿No nos alentará? ¿No nos infundirá esperanzas y fortaleza? ¡Y cuántos otros momentos pudiéramos citar en el Quijote! Situado Cervantes en este terreno, es verdaderamente irreductible. Independientemente de la acción, Cervantes ha creado en su obra unos momentos en que la vitalidad es profunda. No dicen nada esos momentos y lo dicen todo. Y cuando leemos el *Quijote*, ¿para qué queremos pensar en si encierra la obra un germen de decadencia o un fermento de fuerza? Nos refugiamos en el último de los terrenos en el cual Cervantes llega a lo irreductible.

(Y hay otra cosa: en oposición al mundo, rápido, vertiginoso, de Lope de Vega, el *Quijote* nos da, terapéuticamente, una sensación de reposo.)

Deprecación a Miguel

Miguel: vienes de Esquivias y te encaminas a Madrid; hago contigo el mismo viaje; nos hemos encontrado hace poco en un olivar; descansamos ahora unos momentos en esta casa de un labrador. La casa es blanca y limpia; tú estás sentado junto a una cama de bancos y cuatro anchas tablas; como ésta has descrito tú alguna en la primera parte de tu libro, de tu gran libro; estás sentado en un sillón de moscovia -el labrador es rico-, y en una mesa, al alcance de tu mano, reposa un cántaro rojizo, de líneas sencillas y puras, y a su lado, un vaso. Ni Miguel Ángel, ni Berruguete, ni Rodin, con todo su genio, podrían variar, embelleciéndola, la forma de este cántaro humilde.

Tienes sed, Miguel; tienes mucha sed; toda el agua del Henares, tu río nativo, el río de tu ciudad nativa, no bastaría para aplacar tu sed. (Digo estas cosas entre mí; nos une a Miguel y a mí larga y cordial amistad; digo entre mí estas cosas, en tanto que le tomo el pulso y que nos miramos de hito en hito atentamente; soy el médico de la casa; pero no ando en mula con gualdrapa por las calles, ni entro en los zaguanes a orinar cuando de ello siento gana, ni llevo en el índice un sortijón con topacio o esmeralda, ni, en suma, soy un facultativo de los que pintan Tirso de Molina, Quevedo y compañía.) Estás, Miguel, un poco pensativo, absorto. ¿En qué piensas? ¿Acaso en la fatiga del camino? Has trabajado y sentido tanto, que te rinde un cansancio profundo. No alargues la mano tantas veces al vaso; haz un esfuerzo para reprimir tu sed. Lo que a ti te ha rendido es, más que el trabajo, la emoción. ¡Cuántas y cuán variadas, y cuán hondas tus sensaciones a lo largo de tu vida! Tú, Miguel, has pasado la vida en los caminos; conoces las ventas solitarias y los mesones de los pueblos. Has estado en Italia, en el mar, en Argel y en la Mancha, que es otro mar. La emoción -fíjate lo que te digo, Miguel-, la emoción, la intensa emoción en que condensa prodigiosamente el tiempo, tú la has sentido como no la ha sentido Lope, ni la ha sentido nadie. ¿Cómo no ha de estar titubeante ahora tu corazón? Una vida de intensas emociones se paga al cabo; es como una factura que hay que saldar, y tú la estás saldando ahora. ¡Qué lejanos los días felices de Italia, y los de Lepanto, y los angustiosos de Argel! Deja que te ponga cariñosamente la mano en el hombro -soy tu médico- y que te diga despacio, con voz solemne: Quien ha hecho lo que tú en Lepanto, y quien ha tenido como tú en Argel, para el prójimo, la abnegación que tú tuviste, abnegación peligrosísima, larga y constante, ha escrito en la historia de la humanidad la más bella página. Bello es tu libro, Miguel. Pero ¿tú crees -ni podrá creer nadie- que es más bello que tu propia vida?

Dejo tu mano, Miguel, después de haberte tomado el pulso y te aseguro que puedes estar tranquilo; el pulso está, sí, un poquito intercadente; llegarás a Madrid y allí encontrarás tranquilidad. Tú has dicho que tu casa es «antigua y lóbrega»; en esa penumbra reposará mejor tu espíritu. De tarde en tarde, para tu seguridad, vendrá de Toledo, enviado por el arzobispo y cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, un recadero a visitarte... No insisto, Miguel, sobre esta parte de tu vida: es el lado doloroso de todos los artistas. De los artistas puros, desinteresados, como los que trabajan para formar el ambiente moral en que una nación ha de desenvolverse. ¡Y si fuera sólo la pobreza, Miguel! No quiero dejar de decirte que he leído recientemente -leído una vez más- que tu libro es un libro de decadencia, un libro enervador. ¿Acaso saben lo que es tu libro, lo que es una gran obra de arte, los que tal dicen? En todo gran libro hay dos

cosas: el texto y el ambiente que se ha ido formando en torno a ese texto; el arte puro es cosa tan peregrina, que uno puede ser el texto y otro el ambiente. Lo que realmente nos hechiza en un libro es esa atmósfera que lectores y lectores, generaciones y generaciones, sensibilidades y sensibilidades han creado en torno al libro. Y el ambiente moral de tu libro, Miguel, yo lo afirmo rotundamente, es de humanidad, de honda humanidad, de confortación anímica, de esperanza y de consuelo. Cuando, estando afligidos, combatidos por la adversidad, rendidos por el dolor, leemos unas páginas de tu libro, nos sentimos al punto fortalecidos y alentados. ¿Y es todo eso decadencia y enervación?

Vamos, Miguel; nos están llamando; ha llegado el momento de reanudar nuestro viaje, el viaje a Madrid y el viaje de la vida. ¡En marcha, pues!

En 1605

Un hombre traspone los umbrales de una casa; se encuentra la casa en las afueras de la ciudad, lindando con el campo. El Pisuerga cae al otro lado. El hombre anda con paso un tanto incierto, como muy fatigado; sus ojos son alegres y sus barbas rojizas, con hebras blancas; los bigotes, gruesos y caídos, ocultan la comisura de los labios. En la casa hay un zaguán rebozado de blanco, con un zócalo gris; al fondo se ve una puerta. Llama el hombre a esa puerta y gritan desde arriba: «¿Quién es?» El hombre contesta: «¡Gente de paz!» Conocen la voz y tiran de un cordel que levanta el pestillo; asciende lentamente el hombre, con su gesto de cansancio, por una escalera labrada entre blancos tabiques, solados los peldaños de azulejos rojos. Al entrar este hombre en la casa deja atrás el mundo; quedan lejos, por dos o tres horas, las agrias disputas familiares, los reproches, los enconos de los compañeros, las solapadas envidias, el continuo desasosiego, la baraúnda del hogar propio, hogar en cuyos bajos hay una taberna, y cuyos cuartos vecinos, arriba y abajo, están ocupados por gente murmuradora y dicaz.

El hombre va subiendo por la estrecha escalera blanca; no es caballero; no tiene don; a su nombre se acopla un señor, un vulgar señor, como ahora lo hacemos con el arcador, el regatón, el pellejero, el hortelano, y así decimos el señor Juan, o el señor Bernardo, o el señor Tomás, o el señor Vicente. En lo alto de la escalera se abre un reducido recibimiento, desnudo de muebles; franquease una puerta, a la izquierda, y se penetra en una sala con balcones a la calle, donde se ve una cómoda con una Dolorosa, bajo fanal; dos candelabros con velas medio consumidas, un sofá y unas sillas de enea. De la sala se pasa a otro corredor y se entra en la cocina: limpia, resplandeciente en su pobreza, con platos blancos y con orcitas para las alcamonías, que, por las mañanas, cuando penetra el sol naciente, reflejan sus rayos en las vidriadas rotundidades. Y ya de la cocina el hombre que acaba de llegar, como llega casi todas las tardes, entra en un cuartito con ventana que mira al campo. Junto a la ventana hay una mesa y en la mesa recado de escribir. Pero para atalayar el campo es preciso quitar el encerado que encierra el vano de la ventana. Se sienta el hombre en una silla, ante la mesa, después de haber quitado el blanco lienzo de la ventana, y permanece un rato absorto, contemplando los verdes árboles, el cielo azul y las nubes blancas. En el silencio, un silencio que nuestro personaje llamaría maravilloso, todas estas cosas, la Naturaleza entera, el mismo mundo interior -el de las sensaciones y las ideas-, cobran un realce extraordinario, propicio al goce puro y a la creación artística.

En la casa vive una anciana sexagenaria, a quien el hombre ha conocido hace muchos años; viene aquí el hombre a gozar de un descanso que no puede lograr en su propia casa; descanso para restaurar sus ánimos decaídos y descanso para escribir. En la mesa tiene el ejemplar de un libro suyo que acaba de publicarse en Madrid; se lo han enviado con un cosario. Como ocurría antiguamente y ocurre también ahora, antes de ponerse a la venta el libro han corrido entre los curiosos algunos ejemplares, ya regalados por el editor, o ya por el mismo autor. Algún compañero del autor ha hablado detestablemente del libro; para eso precisamente es compañero. Otros lo encuentran entretenido. No le preocupa al autor la suerte del libro; lo mismo da que, para el vulgo, sea una u otra. No será, en todo caso, peor que su suerte. Pobre y postergado, ¿qué puede él esperar de nadie? La Corte reside ahora en esta ciudad; pero llegar hasta el rey quien no es caballero, como no lo es nuestro hombre, es cosa imposible. Pidió antaño pasar a Indias a buscarse la vida, y le contestaron desdeñosamente.

Todo se acaba en el mundo; todo tiene su aumento y su declinación: los grandes imperios lo mismo que las cosas minúsculas. Van a terminar estas horas de tregua que nuestro personaje se toma en esta casa; la anciana, llamada por sus hijos, ha de marchar, al amanecer del día siguiente, a una ciudad lejana. Y aquí tiene nuestro hombre uno de esos acabamientos descritos por él, que nos llenan de melancolía. Diríase que toda la melancólica poesía de este hombre, dulce melancolía, se cifra en las despedidas: ya es un caballero que hemos conocido en una venta y que en el cruce de un camino se despide de nosotros para no volvernos a ver; ya es un estudiante que ha divertido a todos con su enajenación, que recobra el juicio y que se va fuera de España para que no sepamos tampoco ya más de él; ya es una bella mora que, convertida, viene a España, pierde sus riquezas cuantiosas y entra en una vida de humildad que, asimismo, ignoramos.

El hombre extiende sobre la mesa un pañuelo rameado y coloca en su centro el libro, un tintero de bolsillo, varias plumas y un rimero de blancos folios; después ata las cuatro puntas del pañuelo. Ha llegado la hora de la despedida.

-¡Ya vendrán mejores tiempos, señor Miguel! -exclama la anciana.

-Y si no vienen -replica Miguel-, ¿qué le vamos a hacer?

A seguida quiere paliar el hombre la tristeza de la despedida con una frase jovial, y no se le ocurre nada. Se acuerda de sus días de Italia, felicísimos días, y dice, sonriendo:

-Lasciamo andare questo.

Dejemos que ruede el mundo y tratemos de olvidar nuestras cuitas. Con el envoltorio en la mano, Miguel comienza a bajar lentamente la escalerita blanca con peldaños bermejos.

△▽

El otro yo

Cervantes cuenta la historia de cierto enajenado que se creía de vidrio; evitaba los encontronazos por miedo de verse reducido a añicos; dormía en los pajares, sumido hasta el cuello en la blanca paja; era agudo y discreto; había estudiado en Salamanca Derecho y Letras; encantaba a todos por sus dichos de hombre sacudido y chancero; recobró la razón; la gente, decepcionada, le seguía a todas partes, no persuadida de que el nuevo hombre, ya cuerdo, fuera el antiguo, loco chistoso; al fin, cansado, hubo de abandonar España; guerreó en Flandes. Hasta aquí la historia cervantina.

Guerreando en Flandes, nuestro personaje recibió una grave herida en la cabeza que le dañó el cerebro; tardó mucho en convalecer y quedó en un estado oscilante entre el ensueño y la realidad; padecía también frecuentes amnesias. Su carácter era manso; no tenía jamás ni gestos airados, ni palabras acerbas. Vivía de pupilo con una familia que le había cedido un aposento; el marido era tejedor y la mujer labradora. En tanto que el ruido del telar sonaba acompasado, él, en su cuartito, aquí en Amberes, se entregaba a sus meditaciones. A veces le daban trabajo, como corrector de pruebas, en una imprenta de las que en Amberes estampaban libros en castellano.

La lanzadera del telar iba y venía, la aguja traspasaba y volvía a traspasar el lienzo, y las pruebas de imprenta se iban llenando de signos convencionales en sus márgenes. El silencio y la paz reinaban en la casa; pero una íntima congoja oprimía a veces a nuestro hombre. ¿Soñaba él o estaba despierto? ¿Se encontraba en Amberes o en Valladolid? La patria estaba lejos; no podía volver a ella; a la patria tornaba siempre su desvariado pensamiento. A la patria y a los días en que, por paradoja, perdida la razón, poseía más razón que ahora. El pie del tejedor apretaba la cárcola y se producía, con el ir y venir de la lanzadera, un ruidito rítmico en la casa. Comía nuestro hombre alguna vez en un bodegón cercano; un día, al ir a comer, encontró a un compatriota que acababa de llegar de España; comieron juntos en una misma mesa. El día estaba tristón; la niebla lo envolvía todo; el cielo era bajo y plomizo; luz cenicienta, luz opaca; luz que por contraste recordaba la esplendente luz de España, iluminaba difusamente las cosas. El ánimo proclive a la taciturnidad, se apenaba extremadamente en estos días; ese era el caso de nuestro amigo. Envuelto en la niebla e imbuido de tristeza, no sabía ya él nada a punto fijo de su propia existencia; no acertaba a decir si existía o no, si era cuerpo material o puro espíritu.

Durante la comida hablaron, naturalmente, de España. El español llegado de allá conocía todas las poblaciones en que había estado su compañero: Salamanca, Valladolid, Antequera, Cartagena, Málaga. Cuando llegaron a evocar la hoya de Málaga, vista desde un altozano, tuvo nuestro amigo un momento de emoción: colores, olores, trinos de pájaros, verde de frondas, azul purísimo, temperatura clemente en invierno, todo, en fin, se le representaba en un instante, allí en el ahumado y lóbrego bodegón de la lejana ciudad anegada en la niebla.

-Y Valladolid, ¿le gusta a usted? -le preguntó el forastero.

-Lo que más me gusta de España; me gusta la capital y me gustan los pueblos; todos son bonitos y todos encierran un recuerdo histórico. Valladolid lo tengo en el corazón; no puedo olvidar ni el Pisuerga ni la Esgueva. ¿Sabe usted si existe todavía la posada de las Ánimas, en la Rinconada?

-¿Cómo no he de saberlo? En esa posada he parado yo.

-¿Está todavía de posadera Margarita la tordesillana?

-No; ahora ocupa su puesto María la de Nava del Rey; Margarita se retiró y se fue a su pueblo; yo no la he conocido; pero oí hablar de ella.

La comida transcurría plácidamente. El forastero había bebido mucho. Se encontraba, si no beodo, en ese estado medio entre la lucidez y la ebriedad que el vulgo denomina chirlo mirlo. El humo de la cocina se había colado en el comedor; la niebla de la calle tenía un complemento en este humazo que prestaba irrealidad a las cosas y a las personas. Diríase que aquella mañana todo era ensueño.

-Margarita -dijo nuestro personaje tras larga pausa- era hacendosa y diligente; pero tenía algunas rarezas.

-Para rarezas -repuso el amigo- la que yo he visto en Valladolid; figúrese usted que allí he visto un hombre que dice que es de vidrio y que a cada momento teme que le quiebren con algún envión.

Nuestro personaje se puso a reír estrepitosamente; hacía mucho tiempo que no reía. Ya de buen humor, preguntó, al mismo tiempo que se erguía y miraba cara a cara a su nuevo amigo

-¿Conocería usted a ese personaje de vidrio si lo tuviera delante?

-¿Cómo no, si vivía en la misma posada de las Ánimas en que yo vivía?

-¿Cuánto tiempo hace que salió usted de España? -preguntó, ya ceñudo, ya ensombrecido nuestro amigo. -De Valladolid he venido derechamente a Amberes, pasando por París; cuando yo salí de Valladolid, allí quedaba el hombre de vidrio.

De pronto, nuestro amigo puso su cabeza entre las manos y apoyó los codos en la mesa. Comenzó a llorar como un niño. Sí, él no era él; mejor dicho, el hombre de Valladolid era un trasunto suyo; él no estaba realmente en Amberes, sino en Valladolid. No, no se trataba de un imitador. Retenido corporalmente en Amberes, su amor a España le restituía espiritualmente a Valladolid. Sufría en aquellos momentos una angustia indecible. El recién llegado de España, en la turbiedad de su borrachez, viéndole llorar, atribuía el llanto a uno de esos súbitos enternecimientos de beodo y reía a carcajadas.

La noche del 23



No olvidaré nunca la noche del 23 de abril; el 23 de abril estaba yo en la Mancha; era yo huésped, en la finca de Razalejo, de mis parientes Paco Muñoz y su mujer María de los Llanos. El 23 de abril de 1616 murió Cervantes. Había yo ido a la Mancha después de muchas instancias por parte de mis deudos y de muchas promesas por parte mía. El viaje lo había ido aplazando durante mucho tiempo; no podía demorarlo más.

En esa noche del 23 me ocurrió una cosa muy rara; aun hoy, después de tantos años, ese lance me hace cavilar.

-¡Ya estás aquí, querido Arnaldo! -exclamaron, al verme llegar, Paco Muñoz y María de los Llanos-. ¡Ya estás entre nosotros, por más que vengas, más por tu capricho que por nosotros!

Al proferir mis parientes estas palabras sonreían irónicos; aludían con eso de mi capricho a algo que debo explicar. Sí, yo había ido al fin a la Mancha; había ido, tanto por afecto a mis deudos cuanto por cumplir un deseo vehemente. No lo extrañaban Paco y María, porque, sabiendo que soy poeta, me tienen por lunático. Y no es que yo cultive la poesía al modo incoherente que hoy prevalece; respeto todos los modos de poetizar; pero yo tengo el mío; ansío yo, en cuanto puedo, hallar las relaciones profundas de las cosas, no las encimeras, y exponerlas con matices sutiles. Voy al motivo ineludible de mi viaje: soy apasionado de Cervantes; he leído el *Quijote* incontables veces; no transcurre día sin que lea un capítulo de la novela; tengo todo un ancho estante lleno de ediciones varias del *Quijote*. En mi lectura de la obra he llegado a tal saturación, que yo necesitaba ardientemente realizar un acto en qué concretar todo mi fervor. Estoy oyendo que ustedes, como Paco y María, dicen en voz baja: «¡Cosas de Arnaldo!»

Ya estaba yo en plena llanura manchega; la casa era toda blancura: blanca por dentro y blanca por fuera. De una legua se veían fulgir, sobre la tierra parda, bajo el cielo azul límpido, las paredes nítidas de la casa. Nos hallábamos, acabado yo de llegar, al anochecer, en una espaciosa sala, con litografías en las paredes y con muebles isabelinos. Se respiraba grato olor a espliego; llegaba el momento tan suspirado por mí.

-¡Esta es la llave! -exclamó María de los Llanos blandiendo una gran llave. La irónica sonrisita no se apartaba de sus labios.

-Sube con María -añadió Paco, también sonriente- y verás si está todo como lo deseas.

Comenzamos María y yo a subir las escaleras; de la llave que empuña María cuelga una chapa con este rótulo: «Camaranchón de don Quijote.» La casa fue primitivamente venta; la convirtieron más tarde en casa de labor, y en torno al núcleo originario se habían ido labrando accesorías y anejos diversos. Cuando después de recorrer pasillos y atravesar estancias María abrió, por fin, el camaranchón, me sentí hondamente conmovido. En tiempos el desván había sido pajar. Cervantes, en el capítulo XVI de la primera parte del *Quijote*, dice que, hallándose el héroe manchego en una venta, durmió en un camaranchón que en lo antiguo fue pajar. Describe con brevedad Cervantes la cama: «Cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos.»

-Esta es la cama -dijo María-; la cama en que tú quieres dormir la noche del 23 de abril, es decir, esta noche. No hemos respetado en absoluto el texto de Cervantes; no podrías dormir en esa cama si tuviera, como Cervantes dice, un delgado colchón lleno de duros bodeques de lana y dos ásperas sábanas de cuero; lo que hemos hecho es poner dos colchones de mullida lana y dos sábanas de hilo. Como ves, allá junto al techo hay una ventana sin postigo, por la que entra el viento. Al lado de este camaranchón está un aposento cómodo con otra cama de hierro; tú, Arnaldo, haz lo que quieras; si quieres te acuestas en la cama de bancos, como es tu empeño, y si no en el cuarto de al lado.

Lo digo ahora con tristeza y con cierta inquina contra mí mismo: no me acosté en la cama de bancos; con sólo contemplar el camaranchón mi deseo quedó satisfecho; así sucede muchas veces en la vida. Pasé la noche en el aposento contiguo; cerré la puerta bien cerrada por dentro; para entrar en el desván había forzosamente que pasar por mi cuarto. Recuerdo que dejé la llave del camaranchón en una mesa, sobre un libro de máximas de Tito Livio que había llevado yo para el camino. He leído muchos libros sobre el sueño y he visto que nadie sabe lo que es el sueño. Las explicaciones más científicas son las más embrolladas. Muchas veces, cuando creemos velar, dormimos profundamente, y otras veces, cuando nos parece que dormimos, estamos despiertos. Apagué la luz la noche del 23 y creo que pasé horas y horas, hasta el alba, en un ligero duermevela; al levantarme, apenas amanecido, lo primero que hice fue entrar en el camaranchón. La cama estaba revuelta; alguien había dormido en ella. No había advertido yo nada en toda la noche, y la llave, por la mañana, estaba encima del libro, tal como la coloqué al acostarme. ¿Padecía yo una alucinación? ¿Estaba ya deshecha la cama cuando la vi al oscurecer? Bajé al comedor a la hora del desayuno y allí estaban ya Paco y María. Les referí el caso y callaron los dos; volví a ver la sonrisa burlona en sus labios. Cuando volví al cuarto, abrí el libro de máximas de Tito Livio y leí lo siguiente: *Quod difficillimum videtur, eo ipso facillimum sepe est*. La traducción es ésta: «Lo que parece más difícil, es por lo mismo muchas veces lo más fácil.»

Siglo XVII



Un pasillo largo y ancho, de paredes blancas, con piso de ladrillo rojo, sumido en la penumbra; al cabo de este corredor, una puerta por la que sale viva luz; en la penumbra resplandece la franja vívida que hace la luz entre la puerta y el marco. Puerta de una sola hoja, y esta hoja labrada en cuarterones: unos cuadrados y otros cuadrilongos; cuadrada también la puerta. Dentro del aposento, una alfombra gris con ramos morados; ante la mesa de recio nogal, un caballero, y junto a la ventana, una señora. El traje del caballero, negro, de terciopelo, y el de la señora, malva, de seda. En una silla, un sombrero ancho con un diamante en el cordón o cintillo. La ventana da a un patio, y el patio comunica con el zaguán de la casa por un arco. Hay en la estancia leve olor de ámbar: en la mesa, junto a un libro, se ven unos guantes con ámbar adobados. Si subiéramos al desván, podríamos otear, por encima de los tejados, el panorama de los alrededores de la ciudad: arboledas, un río, el Pisuerga, que corre entre la verdura, huertos de frutales, cuadros de flores; en el horizonte, una línea baja de montañas. Silencio profundo; en el silencio dos sensaciones capitales: el perfume de ámbar y el brillo del diamante en lo negro del sombrero. Se oyen las campanadas de una hora. A las dos sensaciones consignadas, tal vez se pudiera añadir otra: la atención con que el caballero lee el libro y la nerviosidad con que la dama revuelve papeles en un escritorio.

-Bonita fiesta la de anoche, ¿verdad? -dice la señora.

-Sí, bonita -contesta el caballero sin levantar la vista del libro.

-¿Hablaste con el rey?

-Unos momentos.

-¿Cómo lo encontraste?

-Cansado.

-¿Cansado o triste?

-Cansado; hablé con él de madrugada.

-Creí verle toda la noche triste.

-No; cansado; cansado de todo el día y toda la noche.

El caballero pasa una página del libro; llega el campaneo lejano de una iglesia; un rayo de sol que entra por la ventana está ya, al cabo de media hora, un poco más separado de donde estaba antes. Las carnes rosadas de un cuadro de Caravaggio que pende en la pared, frontero a la mesa, han comenzado, con el declinar de la tarde, a ser menos vivas.

-Lees con mucha atención -dice con cierto retintín la señora.

-Sí, con mucha atención -contesta al cabo de un instante de estudiado silencio el caballero.

-¿Te interesa ese libro?

-Sí, me interesa mucho.

-¿De qué se trata?

-Es un libro nuevo que me ha traído de Madrid un amigo.

-¿De pastorcitos y zagalas?

-No; se trata de un caballero que deja su casa y va en busca de aventuras.

-¿Como nuestro Carlos?

El caballero no contesta; se hace una larga pausa; la dama, de entre el revoltijo de papeles ha sacado una miniatura, el retrato de un mozo, y la contempla. El campaneo lejano, acaso de un convento, ha terminado. En la estancia, al cabo de otro largo rato, la luz ha decrecido; tal vez con esta luz, un poco vaga, parece más bello el cuadro que cuelga del muro.

-¿Como nuestro Carlos? -repite la señora.

-No; Carlos ha ido a la guerra.

-¿Sufrirá mucho allí?

-Menos de lo que nosotros imaginamos; la vida al aire libre y el continuo ejercicio acrecen la resistencia.

-¿Terminará pronto la guerra?

-Cuando Dios lo disponga.

-¿Qué haces esta tarde?

-Voy con unos amigos. ¿Y tú?

-Espero a unas amigas.

El rayo de sol, que ha seguido desplazándose, rayo de sol ya un tanto pálido, el postrer rayo de sol de la tarde, ha ido a posarse en el negro sombrero y refulge el diamante del cintillo; con la proximidad de la noche, el perfume de ámbar parece más penetrante. Todo calla; llega de la calle, por el arco que comunica con el zaguán, el tintineo de una campanilla y la voz de un muñidor: el muñidor de la Cofradía del Cristo de los Agonizantes que avisa la muerte, hace unos momentos, de un hermano.

El caballero y la dama se ponen en pie, y así permanecen breve rato, silenciosos, fija la vista en el suelo, caídos los brazos y juntas las manos. Tiempo y eternidad; siglo XVII y todos los siglos; en Valladolid o en cualquier parte del cosmos. Diríase que, a causa de ese grito fúnebre, como figuras de retablo movidas por invisibles hilos, la dama y el caballero han pasado en un instante de lo terrenal a lo extramundano.

Don Quijote



Don Quijote vuelve al pueblo. Y como retorna vencedor, lanza un pregón en la plaza, rodeado de chicos y baúsanos, y se encamina a su casa. El ama y la sobrina le reciben amorosamente; se sienta don Quijote armado de todas armas, puesta la celada, y le contemplan un instante en silencio las dos mujeres. Comienzan a quitarle las armas. Entonces, cuando el semblante del caballero se muestra, sucede una cosa extraordinaria: el ama y la sobrina quedan sorprendidas; no saben si don Quijote es el mismo o es otro; su figura, sus facciones, el tono de la voz son casi los mismos; pero hay un cierto cambio en el caballero que las desconcierta. Estando en estas perplejidades, llegan los amigos de la casa: el cura, el barbero, Sansón Carrasco. Dan todos alborozadamente la bienvenida a don Quijote; mas todos, al igual que ama y sobrina, quedan suspensos. No saben qué pensar; a las voces precipitadas y joviales de antes ha sucedido un silencio sospechoso.

En la sala de la casa se hallan todos sentados ante don Quijote; el caballero habla, gesticula y acciona con perfecta naturalidad; se encuentra en su propia casa, al cabo de grandes trabajos, y goza del placer de descansar. Sancho Panza continúa en su ínsula gobernando diestramente.

-¡Si viera usted, señor cura, cuánto he luchado por esos caminos! -exclama don Quijote dirigiéndose al sacerdote-. Y vosotros, queridos amigos, Nicolás y Sansón, creedlo también. He luchado mucho, sí; pero también he llevado a cabo grandes conquistas.

-¡Ya lo creo! -dice con cierta sorna bondadosa el cura.

-¡Ah, muy famosas conquistas! -comenta Nicolás, el barbero.

-¡Las conquistas más grandes del mundo! -corroboraba, a su vez, Sansón Carrasco.

La conversación prosigue con aire equívoco. Hay chanza en las palabras y duda en los ánimos; el ambiente que se ha formado en la tertulia es un poco raro. De pronto, al sacar don Quijote un pañizuelo, cae a tierra un pesado cucurucho de papel, y al estrellarse se esparcen por el pavimento, fúlgidas, brillantes, magníficas monedas de oro. Don Quijote permanece impasible; recoge apresuradamente las monedas en una cajita y se la entregan al caballero; éste pone gravemente y en silencio tan precioso don en manos del ama. El tono de la conversación cambia, naturalmente. Algo hay ahora en la atmósfera moral que no había antes: las palabras son de respeto; lo que no se ha disipado es cierta incertidumbre, en cuanto a la personalidad de don Quijote, que existe en todos.

-Señor cura -dice Sansón Carrasco, cuando van todos de regreso a sus casas-; señor cura, ¿es que usted cree que este don Quijote es el de antes?

-Hombre, te diré -responde el eclesiástico-; para mí este caballero, por respetable que sea, no es nuestro convecino.

-¿Y por qué no ha de serlo? -interviene impetuosamente Nicolás, el barbero-. ¿No han visto ustedes que todo en su figura es igual?

-¡Tanto como igual, no! -exclama Sansón.

-Estás en lo cierto, Sansón -añade el cura-. No es enteramente parejo este personaje al otro.

-¡Naturalmente que no lo es! -afirma con energía Nicolás, el barbero-. ¿Cómo ha de ser lo mismo con la vida, con los trabajos, con los sufrimientos que don Quijote ha llevado por los caminos, de venta en venta, y de aventura en aventura? ¡Lo que le ha pasado a don Quijote en su talante le pasaría a cualquiera de nosotros!

Fueron transcurriendo los días; por el pueblo se esparció la misma incertidumbre que se produjera, desde el primer momento, en los allegados del caballero. Se discutió mucho y apasionadamente el caso en todas partes: en la plaza, a la hora en que los braceros esperan trabajo, en el horno, entre las comadres, en la solana, entre los viejos, en el tajo entre los labrantes. Afirmaban unos y negaban otros. El mayor partido era el de la hostilidad; sin que pudiera remediarlo nadie, cuando don Quijote salía a la calle en los primeros días, no faltaban arrapiezos que el asestaran pedradas. Y paulatinamente, como por arte de encantamiento -cosas de la vida-, fue cambiando la escena: a la odiosidad sucedió la simpatía. Sería o no sería este caballero el propio don Quijote -eso

ya no importaba-; pero lo cierto era que tal generosidad, tal largueza, tal desprendimiento no se habían visto nunca en el pueblo. Y ahora, apenas ponía en la calle los pies don Quijote, la gente del pueblo le aclamaba.

-Sí, ya lo decía yo --confesaba el señor cura-; don Quijote es un hombre admirable.

-Verdaderamente admirable -corroboraba Sansón Carrasco.

-¡Un hombre como no ha habido nunca ninguno! -apoyaba Nicolás, el barbero.

Don Quijote tornó a sus aventuras. Dos días después, en su palacio de Pedrola, el duque y la duquesa recibieron a solas al emisario enviado al pueblo de don Quijote. Dicho emisario comenzó así el relato de su misión:

-Créanme sus excelencias, la cosa ha sido divertidísima. Todo se ha hecho como sus excelencias ordenaron. La hacienda de don Quijote ha sido desempeñada y se han pagado todas las deudas; a Sancho se le han comprado unas feraces tierras de pan llevar; al cura se le ha hecho un cuantioso donativo para que repare su iglesia, que se estaba desmoronando; se han hecho valiosos regalos a los íntimos de don Quijote, y se ha fundado en el pueblo un cotarro o albergue para los transeúntes o los vecinos enfermos y pobres...

La primera salida



La casa estaba triste; se había vendido el olivar; el aceite que se gastaba no era, naturalmente, de la propia cosecha, sino comprado, y se compraba, no por arrobas, sino por panillas. Habíanse enajenado también unas tierras sueltas, silíceas, muy productivas de cebada y centeno; se estaba, finalmente, en tratos para malvender unos tronzones de tierras fuertes, tierras arcillosas, en que se daba admirablemente el trigo. La casa había venido a menos; vivían en ella un señor maduro, de unos cincuenta años; una sobrina zagalona, que no llegaba a los veinte; una mujer, ya de días, encargada del gobierno, y un criado, que iba y venía a la hacienda. No se quedaba ya la llave de la despensa en la cerradura por recelo de que las entrantas y salientas afanaran algo; hablo de esas mujeres ocasionales que vienen a fregar los pisos, preparar la colada, ayudar a la matanza o a hacer los mandados. Derramadora de harina y allegadora de ceniza, se dice de la mujer que, despilfarrando en lo grande, escatima en lo pequeño. No fue ciertamente así el ama que hemos mentado; pero si antes se pasaba por alto cualquier sisa en la compra o tal cual distracción de las sobredichas entrantas, ahora todo se llevaba con rigurosa parsimonia.

La ruina de la casa la había acarreado la compra de libros y los viajes incesantes que, para comprarlos, había de efectuar el señor. No existía librero en el lugar, y era preciso ir, para adquirir esos libros, ya a Albacete, ya a Alcalá de Henares, o bien al propio Madrid. Añádase a estas causas de cuarteamiento de la casa el descuido del amo para con su hacienda. Dice el refrán: «Hacienda, tu amo te vea.» No visitaba sus terrazgos el caballero; los jornaleros, obligados a ir al trabajo a la salida del sol y a retirarse cuando el sol se trasponía, alteraban a su talante esas horas, sobre que en el

haza, entre rato y rato de cava o entre reja y reja, ponían anchos descansos en que se solazaban con sus conversaciones. El señor no veía nada; la sobrina y el ama andaban encapotadas y cabizbajas; la mohína se respiraba en el aire. No sentía mucho la mozueta, encogidita y zonzá; pero sí el ama, concedora por sus años y por su experiencia de lo que es la pobreza. Y la pobreza, la absoluta desnudez, podía fatalmente sobrevenir si se continuaba por tal camino.

Los libros que el amo compraba a tanto precio eran historias fantásticas; no había sucedido nunca lo que en ellas se relataba. Pero el señor, metido en su cuarto, cerrada la puerta por dentro, pasaba los días y las noches leyéndolas. Los continuos de la casa -el cura del pueblo, un bachiller y un barbero- discutían a veces con el amo; fingían tomar en serio sus desvaríos. Les parecía inocente el esparcimiento -aunque ello importara a la sustentación de la casa- y daban pábulo con sus contradicciones humorísticas a los devaneos mentales del caballero. Lo malo fue que el señor, poco a poco, iba formando el propósito de huirse en busca de aventuras. Intervinieron entonces de un modo decidido el ama y la sobrina. No se declaró explícitamente el amo: guardó secreto en lo tocante a su salida; pero necesitaba la ayuda del criado, estaba éste al tanto de lo que se tramaba y sigilosamente lo participó a las dos mujeres. Y entonces fueron las imprecaciones, los espavientos y las lágrimas.

El bachiller Sansón Carrasco había recomendado a sobrina y ama que no contradijeran al señor, es decir, a don Quijote, como ya él mismo había decidido apellidarse. La contradicción podría irritarle y hacer, desde luego, más honda e inapelable su determinación.

-Pero, bueno, señor, ¿tan loco está mi amo? ¿Y qué va a hacer por esos caminos? ¿Y quién le va a cuidar? -decía entre sollozos el ama.

-¡Cosas de la vida! -contestaba filosóficamente Sansón Carrasco-. Otras locuras se han visto mayores. Y si se va, si anda por esos caminos, si cae aquí y se levanta allá, si es, en fin, la irrisión de las gentes, ¿qué le vamos a hacer? Peor sería que por no poder cumplir su deseo, le entrase una murria vehemente y le acabase.

-¡Pues que se vaya, bendito de Dios! -acabó por decir el ama.

-¡Y que no nos arruine la casa! -añadió quedito la sobrina.

Por su parte don Quijote tenía planteado un grave problema sentimental: ansiaba la salida, pero quería marcharse sin gritos y sin llantos. Hombre delicado, a pesar de sus desvaríos, le angustiaba la idea de ver en el patio de la casa a su sobrina y al ama cogidas de las piernas del señor, ya montado en su caballo, y no dejándole partir, entre exclamaciones lastimeras y lágrimas sorbidas. Sí, él tenía cariño verdadero a las dos mujeres. Y todo su cavilar consistía en el modo de marcharse en un momento en que las dos mujeres no lo advirtieran. A medianoche era imposible; el levantarse intempestivamente hubiera alarmado a las mujeres. No había que pensar en marchar de día. En cuanto al amanecer, entre dos luces, el ama y la sobrina iban todos los días a misa del alba; se tocan en los pueblos tres toques para llamar a misa; al primero ya estaban levantadas sobrina y ama. Media hora después de haber salido, ya oída la misa, estaban en casa de regreso; don Quijote, para armarse de todas armas y para disponer el caballo, necesitaba mucho más tiempo. Cierta noche el ama le dijo a don Quijote:

-Nosotras estaremos mañana mucho rato fuera de casa; asistiremos primero a un funeral en la iglesia, y luego iremos a casa de los parientes del muerto para darles el pésame.

No había muerto nadie en el pueblo. Al otro día don Quijote pudo salir descansadamente; al cerrar la anchurosa puerta del corral, después de haber salido el caballero, el criado, su confidente, exclamó:

-¡Anda y no vuelvas más en mucho tiempo!

No dijo esto el criado por malquerer a don Quijote, sino sencillamente por su comodidad.



Facundo Infantes

Tomé por la mañana el tren del Norte y por la tarde me encontraba en un pueblo de Castilla la Vieja. Había estado yo trabajando intensamente quince días; cuando dejé las cuartillas para ir a la estación llevaba doce horas escribiendo sin levantar cabeza; estaba sumido en un entorpecimiento que me hacía ver las cosas como a través de una neblina; dudaba si me encontraba soñando o despierto. Comprendía yo que si continuaba escribiendo no tendría la prosa, con la fatiga, la fluidez requerida; por otra parte, el impulso adquirido me hacía aferrarme tenazmente a las cuartillas. Decidí poner en el trabajo una tregua; había forzosamente que marchar lejos; cerca, hubiera vuelto, sin remisión, a la labor. La fonda en que me alojaba estaba en una ancha calle con dos filas de álamos blancos y con bancos de trecho en trecho; salí de la fonda y me senté en el paseo; saqué un libro del bolsillo y eché la vista por sus páginas; levanté la cabeza de pronto, sin saber por qué; a pocos pasos vi a un anciano alto, apersonado, en la verdadera acepción de la palabra, o sea algo abultado de carnes; su pelo era blanco y su traje negro, limpio y bien cortado. Había en su talante señorío natural, y se adivinaba dominio de sí. De un álamo había caído, girando lentamente, una hoja; el anciano se inclinó y la recogió del suelo; con la hoja en la mano la estuvo examinando atentamente; la observó por su anverso de verde oscuro charolado y por su reverso blanquecino. Venía un niño con su carterita escolar en bandolera y pasó junto a mí; al estar cerca, lo atraje y le dije en voz baja: «¿Tú conoces a ese señor?» El niño me contestó: «Es don Facundo Infantes.» Volví a posar la mirada en el libro y no pude fijar la atención; la fantasía comenzaba a desvariar; había imaginado yo en aquel punto el comienzo de una ficción novelesca. Cruzó ante mí un leñador con su carga de hornija en un jumento, ramaje oloroso de pino, sabina y enebro. El anciano había ya penetrado en una casa de enfrente. Pregunté al leñador: «¿Conoce usted, amigo, a don Facundo Infantes?» «¿Y quién no le conoce en el pueblo?» me contestó el interrogado. De nuevo intenté leer, y otra vez, en las páginas del libro, vi la imagen del caballero desconocido. Ahora es a un arcador que pasaba con sus corvas varas al hombro a quien pregunto. «¿Don Facundo Infantes? -dijo el menestral-. El hombre de más suposición del pueblo; vive en esa casa frontera.»

Momentos después entraba yo en la casa; me encontré en una sala ricamente amueblada; entró con paso leve una señora y me dijo:

-Soy Presentación Infantes, nieta de Facundo Infantes; mi abuelo me ha encargado que si venía usted le reciéramos; lo verá usted en seguida. Pero voy a pedirle un favor; usted sabrá perdonarme. No prolongue usted la visita; una pausa deliberada, un gesto discreto, podrán indicar a usted cuándo la entrevista debe terminar. Después le diré a usted el motivo de tal súplica.

De la sala ricamente alhajada pasamos a otra estancia igualmente amueblada con gusto; luego recorrimos un pasillo, y después atravesamos una biblioteca con hermosos armarios de nogal; a continuación entramos en un cuartito en que había, junto a una puerta, un sillón y en el sillón un libro. Seguramente que aquí estaba sentada Presentación Infantes, como de guardia, cuando yo llegué. Ya en el aposento del anciano, éste se levantó al verme entrar.

-Al pasar por la alameda -me dijo- le he visto a usted; como estaba usted leyendo, nada más fácil que suponer que usted es amigo de la lectura; he atisbado unos papeles blancos, que asomaban por un bolsillo de su americana, y he continuado imaginando que usted sería escritor. No me he detenido aquí, sino que he conjeturado que usted, al verme contemplar la hoja de un árbol, sentiría curiosidad y preguntaría por mí a cualquier transeúnte; el deseo de visitarme se le impondría. Pues aquí me tiene usted; aquí tiene usted a un hombre como todos.

-Como la generalidad de los hombres -repuse yo-; es decir, como un hombre que es cual la medida de todos los hombres, o sea un hombre excepcional.

Sonrió el anciano, y tras una breve pausa, repuso:

-Hay una comedia del teatro antiguo, creo que de Tirso de Molina, que se titula *Tanto es lo de más como lo de menos*.

La conversación se deslizó llana y cordialmente; dos o tres veces hice ademán de retirarme, y el caballero me contuvo con un leve gesto. Cuando salí, después de media hora, la señora que estaba leyendo en la puerta, me preguntó:

-¿Qué le ha dicho a usted? ¿Le ha hablado de Cervantes?

-No hemos hablado de Cervantes -contesté-, pero recordaré siempre que una de las cosas que me ha dicho es ésta: «Lo más difícil en la vida es saber esperar.»

-¡Da lo mismo! -exclamó la señora-. Esperar lo es todo para mi abuelo y lo es todo para nosotros. Esperamos el cuarto centenario de Cervantes, que se cumple en 1947; faltan cinco años y mi abuelo cuenta ochenta y seis; desde niño mi abuelo es apasionadísimo de Cervantes; puede decirse que no piensa en otra cosa. Nosotros rodeamos de toda clase de cuidados al abuelo; procuramos evitarle toda fatiga; de ahí el ruego que hice a usted antes de que entrara a visitarle. ¡Sí, sí; Facundo Infantes verá, a los noventa y un años, el cuarto centenario del nacimiento del escritor que él tanto admira!

Y ahora, de nuevo yo ante las cuartillas, sumergido en el mundo de lo imaginario, perdido el contacto con la realidad, no sé si Facundo Infantes existe o no. No puedo decir si ha sido o no todo un sueño. Pero de pronto, cojo el libro que intenté leer en el

lejano pueblo, y encuentro en él la hoja del álamo, que yo cogí del suelo cuando la tiró Facundo Infantes. ¡Ay, hubiera querido que todo fuera mentira, porque tendría entonces más verdad el arte que la realidad escueta!

La vida



Pedro estaba enfermo; se dirigía en su coche a un lejano manantial salútfero; era todavía joven y se encontraba, empero, avejentado, entrecano, marchitas las facciones, sin brillo la mirada. A la entrada de un pueblo había una fuente que manaba grueso caño que caía con apacible murmurio en ancho pilón. Pedro mandó parar; un criado sacó del coche una silla de tijera y Pedro se sentó al lado del agua cristalina. Había hecho Pedro su carrera en Valencia; estudió perseverantemente y con entusiasmo; frecuentaba el famoso manicomio valenciano, y desde entonces cobró afición a las dolencias del espíritu. Con viva cordialidad consideraba a los enajenados; se complacía en estudiar toda la varia gradación que va desde el peligroso arrebató a la melancolía mansa e inefable. Digo inefable, porque es imposible expresar con palabras esa leve aura de tristeza que a veces nos envuelve y de que no podemos librarnos. No podemos y tal vez no queramos, puesto que, circundados de ese ambiente, nos sentimos más de nosotros mismos -con todos nuestros desvaríos- y más apartados del mundo.

Pedro continuaba sentado a par de la fuente; había puesto el codo en el muslo y apoyaba la cara en la mano; sus ojos miraban el agua -acaso sin verla- y su imaginación corría hacia lo infinito. Llegó a la fuente una moza con un cántaro y lo dejó en el reborde de la pila; se sentó luego en una piedra. El criado de Pedro sacó un primoroso vidrio veneciano para hencharlo de agua; pero se le escurrió de entre las manos y se hizo añicos en el suelo. Pedro no dijo nada; su mirada estaba fija en la muchacha que tenía sentada enfrente; la actitud de la moza era la misma que la de Pedro; el codo hincado en el muslo y la cabeza reclinada en la mano. La cara de la moza estaba pálida; había en toda la persona como un aire de profundo cansancio. Hizo señas Pedro a la moza de que se acercara; cuando la tuvo a su lado, silenciosa, mirándole con ojos entristecidos, Pedro se puso en pie, estuvo un momento examinando a la muchacha, le alzó un párpado, observó el globo del ojo y se tornó a sentar calladamente.

-¿No tienes ganas de comer? -preguntó a la moza.

La muchacha movió la cabeza denegativamente; había llegado a la pila también una anciana con un cantarito.

-¿Por qué no comes? -tornó a preguntar Pedro.

La anciana voceó entonces:

-¡Porque tiene penas, señor!

-¡Ah, tener penas! -exclamó con profundo desaliento Pedro.

Y sacó de una bolsita una moneda de plata y se la entregó a la moza. La anciana, como suplicando, volvió a gritar:

-¡Yo soy su abuela, caballero!

Pedro entregó otra moneda a la anciana. Cuando las dos mujeres, la vieja y la niña, tornaban al pueblo, volvían de cuando en cuando la cabeza para mirar a Pedro. En el pueblo, a poco, se había esparcido ya la nueva de la llegada de un caballero tan generoso; en la plaza, la multitud rodeó el coche de Pedro; le costó a Pedro trabajo abrirse paso entre la gente; deseaba dar un corto paseo por las calles. De pronto, se detuvo ante un labrador que le estaba observando; se le acercó Pedro, le puso las manos en los hombros y le miró fijamente, en tanto que en sus labios aparecía una sonrisa melancólica. Transcurrió un momento sin que los dos hombres dijeran nada, y al fin se dieron un apretado y largo abrazo.

Se acercaba el mediodía; Pedro y el labrador habían estado conversando en una ancha y clara estancia; en la cocina de la casa, el trajín era afanoso; la mujer y la hija del labrador disponían un copioso yantar para su huésped.

-¡Qué días aquellos, amigo Sancho Panza! -exclamaba Pedro.

-¡Los días más felices de mi vida! -contestaba Sancho.

-¿Y aquel caballero a quien tú servías? -preguntó Pedro Recio de Agüero.

Sancho se enterneció; contó cómo don Quijote había muerto, años hacía, de aflicción y tristeza.

-¿Murió de melancolía? -profirió, admirado, el doctor.

La mesa estaba ya aparejada; se hallaban ya todos sentados en su torno; las viandas aparecían puestas de una vez, a uso extranjero, sobre los blanquísimos manteles. Sancho sentía por adelantado un vivo agrado al pensar en la complacencia que iba a proporcionar al doctor: una comida exquisita tras el viaje que abre el apetito. Pero el doctor Pedro Recio de Agüero, ya sentado a la mesa, volvió a tener el gesto de profunda tristeza que tuvo junto a la fuente. Sí, él no podía comer de todo aquello. Sí, él no podía probar ni las perdices asadas, ni los conejos guisados, ni la suculenta olla. Su régimen severísimo se lo impedía.

-¡Así es la vida, amigo Sancho! -exclamó-. Yo aquel día, en la ínsula Barataria, no te dejé comer lo que tú ansiabas; interpuse mi varita de ballena y te lo vedé todo. ¡Y ahora soy yo quien, en tu casa, al cabo de tantos años, no puedo probar bocado de lo que me ofreces!

Cuando el doctor y Sancho se despidieron, tornaron a estar abrazados un largo rato; Pedro Recio se sentía profundamente triste; como por la mañana, ante la muchacha pálida, volvió a exclamar:

-¡Ah, tener penas!

Cervantes



Cervantes subía un atardecer por la calle de las Huertas, camino de su casa; marchaba lentamente; su casa, como él mismo ha dicho, era antigua y lóbrega. Se hallaba Cervantes aquellos días -y tantos otros días- en apuros insolubles; después de trabajar toda la vida, no sabía cómo resolver esos conflictos caseros. Como caminaba abstraído, no reparó, al pronto, en un hombre que iba delante dando traspiés; por las expresiones que profería el beodo, inferíase que era italiano. Cervantes se le acercó y trató de sostenerle. *Lasciatemi stare!*, gritó el desconocido. No cejó Cervantes e iba conduciéndole con suavidad. *Lasciatemi stare, vi dico!*, voceaba el borracho. Pero Cervantes, sonriente, le seguía conduciendo. Llegaron a una puerta y el desconocido se detuvo y llamó con fuertes golpes; abrió una joven que exclamó: «Cómo viene mi padre!»

Entre Cervantes y la muchacha acostaron al beodo en una cama. Todo estaba concluido para Cervantes; la joven era alta, morena, de rasgados ojos negros y con dulce expresión en el semblante. Dio las gracias a Cervantes y le invitó a sentarse un momento; estaban en una salita amueblada con sencillez. Sentados ya los dos personajes, hubo un instante embarazoso de silencio; ni la muchacha tenía nada que añadir, después de haber dado las gracias a Cervantes por su buena obra, ni Cervantes tenía tampoco que expresar nada. La joven, después de dar un suspiro, dijo:

-¿Usted querrá, sin duda, saber quiénes somos nosotros? No vivimos en España; yo he nacido en Nápoles; me llaman Giannina; hace treinta años que mis padres, nacidos en Madrid, se fueron a Italia; mi padre es ebanista y puso un taller en Nápoles. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años; a los diez años mi padre me trajo a Madrid; es el primer viaje que he hecho a España. No crea usted, mi padre tiene muy buenas manos para el oficio. ¡Si viera usted qué bonitos muebles hace! En Nápoles contamos con clientes muy distinguidos. No sé lo que iba a decir; perdóneme usted.

-Diga usted lo que quiera, Giannina -atajó Cervantes-; todo lo que usted diga estará bien dicho.

-Gracias, gracias, señor; los españoles son muy amables; en Nápoles hay muchos españoles; yo he aprendido a hablar el italiano y el español al mismo tiempo. No se figure usted, por lo que ha visto, que mi padre es de ese modo. No, no; mi padre es trabajador y muy generoso. ¡Si viera qué escritorios tan lindos construye! Seguramente que si usted viniera a Nápoles le regalaría uno. Y pienso ahora: ¿para qué querría este señor un escritorio? Usted dirá que yo soy muy charlatana.

-¡No digo nada, Giannina, no digo nada! -exclamó Cervantes sonriendo.

-No dice usted nada; pero con seguridad lo piensa.

-¡Ni lo pienso tampoco, Giannina!

-Decía yo: ¿para qué querría este señor un escritorio? No sería para escribir; trazas de escritor no tiene usted. Si no es indiscreta la pregunta, ¿qué es usted, señor?

-¿Quiere usted saber lo que yo soy? -preguntó, a su vez, riendo, Cervantes-; pues yo soy... labrador.

-¡Qué bonito ser labrador! ¿Y es usted labrador en Madrid?

-No, en Aranjuez.

-¡Oh, qué encanto! Cuando yo estuve en Madrid la vez primera, me llevaron a Aranjuez. Será delicioso ser labrador en Aranjuez. ¿Verdad, señor?

-Delicioso, Giannina.

-Y usted vivirá en una casa ancha, clara, soleada; como tiene usted ya alguna edad, no se ofenda usted...

-No, no me ofendo, Giannina.

-Decía que como tiene usted ya años, no trabajará; bastante habrá trabajado en toda su vida. En la casa habrá de todo; no faltará nada; tendrá la heredad un huerto con verduras y frutales. ¡Si supiera usted lo que me gusta a mí hincar los dientes en una manzana! ¿No es cierto que tiene usted en esa heredad de todo: manzanas, ciruelas, peras, melocotones? También me gustan a mí mucho los melocotones; en Nápoles me llevan algunas veces unos amigos de mi padre a un huerto y me regalan cestitos con melocotones. ¿Son buenos los que usted tiene en Aranjuez?

-¡Ah, muy buenos! -exclamó Cervantes; pero su sonrisa anterior había ya desaparecido.

-Nosotros tenemos ya muchos ahorros -continuó la niña-; si mi padre no quisiera trabajar, no trabajaría. Con seguridad que a usted le sucede lo mismo.

Había en el centro de la salita una mesa; Cervantes había puesto el codo en el tablero y reclinaba la cabeza en la mano; frente a él estaba la niña. De pronto, Cervantes dio un hondo suspiro. Giannina se levantó, y mirándole fijamente le dijo

-*Ma che cosa ha?* ¿Qué le sucede a usted?

Cervantes no contestaba; con la mano, en silencio, hizo a la niña señas de que no le sucedía nada. Y la moza continuó

-No crea usted que mi padre bebe; habrá estado esta tarde de despedida con unos amigos y le habrán embromado. Nos vamos mañana al amanecer a Cartagena, donde embarcaremos. No lo prueba nunca mi padre; trajimos para el viaje un frasco de vino que se llama *treviano* y está casi lleno todavía. ¿No ha bebido usted nunca vino de Italia? Verá usted.

Giannina va presta a un armario y pone en la mesa, ante Cervantes, un frasco de vino y un vaso; luego escancia. Cervantes permanece un momento extático ante el vaso, sin alargar la mano: allí, en ese vino está toda su juventud; allí están sus días felices de Italia. Y al fin, coge el vaso y se lo lleva lentamente a los labios.

La venta



La venta está puesta en una angostura entre dos montañas y se llama venta de las Quebradas; es lugar muy pasajero. Ha tenido la venta primero Antonio González, llamado el *Moro*, y la tiene hoy su hijo Juan. Hasta los veinte años estuvo Juan en el pueblo, distante cuatro leguas de la venta: fue a la escuela y se aficionó a los libros. No podía desatender la herencia paterna y se convirtió en ventero. Lleva bien la venta; tiene fama la venta de las Quebradas, que otros apellidan del *Moro*, entre los viandantes; a diferencia de lo que en otras ventas sucede, en ésta hay recado abundante en la despensa. En cierta ocasión, al hacer la limpieza de un cuarto, se vio que un viajero había dejado olvidada una maleta; estaría ya muy lejos el dueño; sin abrirla la tuvo Juan González tres o cuatro meses. Al fin, cansado de esperar, la abrió y vio que contenía ropas de escaso valor y un ejemplar de la primera parte del *Quijote*.

El libro de Cervantes estuvo dos o tres semanas en una mesita, al lado de la cama, sin ser abierto; había mucho trajín en la venta; cuando Juan se retiraba a descansar no sentía apetencias de lectura. Pero un día, precisamente el día en que estaba más cansado, abrió el libro y comenzó a leer. No pudo ya dejarlo; con avidez, una noche y otra, iba pasando las hojas. Le divertía y le entusiasmaba la figura de don Quijote; unas veces era para él don Quijote un estafermo y otras un caballero. En sus cavilaciones llegó Juan González a no saber si don Quijote era real o no: si existía efectivamente en el mundo o si sólo existía en la mente de su creador. De todas suertes, puesto que don Quijote trafagaba por los caminos y posaba en las ventas, Juan González hubiera querido que su venta, la famosa venta de las Quebradas, fuese honrada con la presencia del caballero. Tanto pensó en ello, que el vehemente deseo se convirtió en agobio. No olvidó, ciertamente, el cuidado solícito a los huéspedes; pero se comenzó a murmurar de ciertas negligencias. Se susurraba que algo extraordinario le ocurría a Juan. ¿Por qué permanecía a veces en la ventana del desván, frente al camino, atalayando la llegada de los pasajeros? Juan estaba creído de que el hidalgo manchego aparecería a lo lejos, seguido de Sancho Panza, y de que él, el ventero, saldría a su encuentro y lo agasajaría después en la venta.

Lo que ha de suceder, sucede: se presentó un día en la venta don Quijote de la Mancha; encantó a todos unas horas con sus corteses modales y sus palabras discretas y se marchó. Ocho días después, llegaron a la venta dos viajeros que se alojaron en un cuarto de la planta baja, frente a la cocina; uno de ellos caminaba con paso tardo; su frente era ancha, desembarazada, sus bigotes recios y su barba entrecana; había en su talante señorío y sosiego.

-Tendrán ustedes aquí -dijo el ventero a los viandantes- todo cuanto deseen: carnero verde, conejos en pebre, jigote grueso, lonchas de buen pernil... En fin, lo que me pidan.

El viajero de los ojos alegres y la frente desembarazada se pasaba con suavidad la mano por la barba y sonreía. No habíamos dicho antes que este personaje tenía rientes los ojos. El viajero había estado en muchas ventas; pero como ésta no había visto ninguna. Todavía le quedaba por ver algo más extraordinario; no atropelamos la narración. Al escanciar el vino -era el ventero quien servía- dijo alegremente Juan González:

-Clarete como este tal oloroso y suave, no lo hay en parte alguna; es el mismo que he servido hace unos días a don Quijote de la Mancha.

En este punto, el pasajero de la barba cenicienta se removió en la silla, levantó la cabeza y miró fijamente y en silencio a Juan González. El otro viandante se echó a reír a carcajadas.

-¿Cómo dice usted? -preguntó el primer viajero-. ¿Ha dicho usted don Quijote de la Mancha?

-¡Sí, sí, don Quijote de la Mancha! -exclamó con viveza el ventero-. El propio don Quijote, que pasó por aquí hace una semana.

-¡Eso no puede ser! -replicó el viajero de los ojos alegres.

-¿Cómo que no puede ser? -rearguyó Juan González-. ¡Si ahí mismo, donde ustedes están sentados, estuvieron sentados don Quijote y Sancho!

-¡Déjalo, Miguel! -exclamó el compañero-. Serán figuraciones suyas.

Cervantes no cesaba de contemplar al ventero; ponía la vista en la mesa y la trasladaba luego a Juan González; parecía meditar profundamente.

-¿Y cómo era don Quijote? -preguntó al cabo.

El ventero pronunció entonces las siguientes memorables palabras:

-Don Quijote de la Mancha es un caballero de unos cincuenta años, cenecño, fuerte, con el rostro seco; sus palabras eran corteses y sus modales señoriles.

-¿Quieres que te diga, Miguel, lo que estoy pensando? -dijo el compañero de Cervantes-. Se trata, sin duda, de un loco, como tu personaje.

-¡Hombre, no tanto; mi personaje no es propiamente un loco!

-Quiero decir que, por lo visto, algún hidalgo de pueblo, imbuido de novelerías y entusiasmado con tu libro, habrá dado en la sandez de creerse don Quijote.

-¡Ah, sandez tampoco! -replicó desabrido Cervantes.

-O desvarío, o lo que quieras -rectificó el amigo.

-¿Llevaba armas? -preguntó Cervantes al ventero.

-No; dijo que eran antiguas y febles las que tenía en casa y que iba a la ciudad a comprar otras nuevas. Y como certificado de su estancia en la venta me dejó un recuerdo.

Juan González sale ligero del aposento y vuelve al cabo de unos minutos. Trae en la mano un pedacito de vitela, a modo de nuestras modernas tarjetas, y se lo entrega a Cervantes. Cervantes lee: «Soy don Quijote de la Mancha, caballero andante.»



El testamento

Tres amigos salieron de Madrid y fueron a la Mancha; los tres estaban en plena juventud; el primero era médico; el segundo, abogado, y el tercero, poeta. Gozaba el poeta de cuantiosa fortuna; vivía en casa ricamente alhajada; pero él ocupaba dos o tres aposentos austeros. Cuando tomó posesión de su patrimonio, escribió lo siguiente en una reducida vitela: «No me causaría duelo la pérdida de la hacienda, ni me abatiría porque mis amigos me abandonaran. Hay dos piedras de toque para los humanos: la pobreza y la soledad. Quien tema a la soledad y tema a la pobreza, no será hombre.» Metió este pergamino en una bolsita de seda y lo colocó en un bolsillo interior al lado del corazón. Había encargado el poeta a un aperador de Alcázar de San Juan una galera manchega; tenía la galera los adrales pintados de verde con vivos amarillos y el toldo pintado de azul con cenefa blanca.

Viajaban lentamente; llevaban a la zaga de la galera repuesto de vituallas y una corambre con vino claro de dos hojas. Galeras y carros no caminan, yendo al paso de las mulas, más de un kilómetro cada doce minutos. Se detenían los tres amigos a conversar con los yunteros en el surco; platicaban con los pastores, interrogaban a los viandantes, cogían manadas de flores silvestres.

-Las plantas que prefiero -decía el poeta- son las que crecen en las lindes y en los caminos; son plantas sin cuidado que se lo deben todo a ellas mismas; no tienen la presunción de las cultivadas en los jardines. Entre todas esas plantas espontáneas, mi predilecta es el jaramago con sus flores de amarillo claro; crece entre las piedras y en las ruinas; puede ser símbolo de lo pasado y representar nuestros deseos desvanecidos, nuestras sensaciones casi olvidadas y nuestros recuerdos.

Aspiraban plenamente los tres amigos el aire libre del campo y posaban estáticos la mirada en el azul resplandeciente del cielo. A veces el poeta, ante una de estas paredes blanquísimas de las casas manchegas, recién cubiertas de cal, decía que él sentía deseos vehementes de escribir en ella, con letras grandes, un poema. El color, el sonido, el olfato y el tacto, daban pábulo al poeta para sus imaginaciones. El humo azulado en la mañana le extasiaba, y el trino fugaz de una totovía que cruzaba rápida, le dejaba suspenso.

Llegaron a un pueblo y un hacendado les hospedó en su casa. Llevaban para él una carta de favor. Recorrieron el pueblo: las calles eran anchas y en las blancas fachadas aparecían angostas las ventanas. Como se gozaba de silencio en el pueblo, el tintineo de una recua, el tañido de una campana o el grito de un vendedor les hacían detenerse

callados un instante; querían recoger en esos pormenores toda el alma del pueblo, del paisaje y de España. Diferían, deliberadamente, el momento para ellos conmovedor; con la espera voluntaria acrecían la emoción. Y como ya no podían demorarlo más, se detuvieron una tarde en la puerta de una casa; era aquélla la última detención. Cuando iban a trasponer el portal ocurrieron tres cosas: dos cuervos cruzaron la calle casi al ras de los tejados; un perro ululó lastimosamente; en la casa se oyó un llanto. Los tres amigos, ya en el zaguán, entraron en la sala en que había varias personas y en que un hombre yacía en un lecho. Nadie extrañó la presencia de los forasteros. En los momentos de intenso dolor, nos embarga tal indiferencia, tal pasividad, tal desasimiento del mundo, que no nos causa nada sorpresa. Los tres amigos se sentaron en sendos sillones. El enfermo, tendido en la cama, hablaba con voz lenta y entrecortada: todos escuchaban enternecidos sus palabras. La conmoción del poeta le movió a hacer en su asiento algún amago de impaciencia. El médico, con la mano, calladamente, le hizo señas de que estuviese quieto. Se levantó luego y estuvo observando al doliente. Cuando volvió a sentarse, el poeta le preguntó:

-¿Está cuerdo o está loco?

-Sí, está loco -contestó el doctor-; la fiebre le hace delirar; no sabe lo que dice.

-Ha renegado de todo -añadió en voz baja el poeta-; ha renegado de su vivir solitario y pobre por los caminos, de su comer con sobriedad, de su nobleza, de su generosidad, de su amparo a los desvalidos, de su heroísmo.

-Ha hablado sin saber el valor de las palabras -agregó el médico.

Había entrado ya en la sala un hombre que, sentado ante una mesa, al lado de la cama, iba escribiendo el testamento del enfermo.

-Doctor -dijo el abogado-, si desvaría el testador, el testamento es nulo.

-¡Evidentemente nulo! -exclamó vivamente y con voz sonora el poeta.

No pudo contenerse más: se levantó, dio dos pasos, desenvainó la espada, hoja toledana con puño de oro, y la puso de través en las fojas del escribano. Nadie osaba romper el silencio; no se movió nadie. Estuvo un instante la espada sobre los blancos papeles, como imponiendo la nulidad del testamento, y al cabo, el poeta la envainó otra vez y vino a sentarse donde antes. Seguía el silencio profundo: un galgo blanco se acercó al poeta y colocó la cabeza, cual muestra de asentimiento, en el muslo de su nuevo amigo. El poeta posó blandamente su mano en la fina cabeza del perro.

Anhelo



La casa es vivienda espaciosa y cómoda, de labradores ricos; murieron los dueños hace años y dejaron una heredera. Lleva la hacienda un hermano del padre, Francisco Lorenzo, y gobierna la casa una criada antigua, María Jesús. De padres vigorosos y

sanos, salió una criatura delicada; en el primer mes del embarazo hubo en el pueblo una tormenta horrisona y la madre se amedrentó; luego, la madre, para trastear fácilmente por la casa, se ciñó en demasía. Cual hija única la criaron con mimo; pusieronla en un colegio de Toledo, donde permaneció seis años. A la muerte del padre, la trajeron al pueblo; no pudieron traerla cuando murió la madre porque fue súbito el fallecimiento. Al regresar la niña al pueblo y entrar en la casa -vino silenciosa todo el camino-, lo primero que hizo fue sentarse junto al balcón en el cojín mismo en que se sentaba su madre para hacer labor; estuvo un momento sentada y rompió a llorar.

Era alta, cimbreante y bien proporcionada; no le gustaba ataviarse con riqueza, y sí el ir siempre irreprochablemente limpia. Sentía predilección por las flores, y de todas prefería las azucenas; como sus manos eran blancas, se confundían con las blancas azucenas cuando estaban colocándolas en un jarro. Tenía pasión por la ropa blanca y por los encajes; le gustaba escoger los anchos lienzos de Holanda, bien olientes después de lavados, y contemplaba absorta la albura nítida antes de colocarlos en las camas. Sobre todos los muebles de la casa -mesas, consolas, cómodas- había colocado paños blancos orlados de encajes, que ella había labrado. Caminaba lentamente, como ensimismada, y, a veces, cuando al aderezar un ramo de flores aspiraba su penetrante olor, sentía, por un momento, como un vahído y tenía que sentarse.

De todos los rasgos de su faz, lo que más atraía eran los ojos: no se sabía de qué color eran; grandes, con largas pestañas, semejaban a veces glaucos, otras, de azul claro, y otras, de verde tenue. Cuando se hablaba con ella, se sentía al instante el imán de los ojos. Si el interlocutor se ponía a mirarlos fijamente, entonces ella, que conocía su hechizo, se ponía colorada, abría y cerraba los ojos presurosamente y los dejaba al cabo a medio cerrar, cual adormilados. Quien los estaba contemplando quedaba con ello más hechizado.

En la misma sala en que trabajaba la madre, sentada en el propio almohadón, junto a la ventana, se halla la hija; está hace tiempo un poco pálida; tiene ahora el mundillo de labrar encaje, apoyado por el extremo bajo en el regazo y el alto lo sostiene un escabel. Las manos de la joven van manejando diestramente los bolillos; estos macitos de caoba producen, al chocar entre ellos, un ruido rítmico que resuena en la sala silenciosa. A veces, la joven se detiene y permanece largo rato abstraída. Entra María Jesús con un vidrio de agua; han puesto en una tinajita unos trozos de hierro dulce, y todas las mañanas, a esta hora, María Jesús saca con el acetre agua de la tinaja y la trae en el vaso. Lo ha colocado en el escabel y ha dicho:

-¿En qué piensa, mi ama?

El ama ha contestado

-¡Siempre aquí, María Jesús! ¡Siempre lo mismo, María Jesús!

-¿Y no es bonito el Toboso? ¿Dónde vamos a estar mejor, mi ama? ¿En Quintanar de la Orden? ¿En Miguel Esteban? ¿En la Puebla de Don Fadrique?

Todos éstos son pueblos cercanos al Toboso; Quintanar de la Orden es una de las más populosas poblaciones de la tierra toledana. María Jesús ríe al escuchar a su ama; va y viene por la sala; aparta las sillas que estaban muy arrimadas a la pared y podían

desconchar la cal con el roce; estira los pañitos blancos de la cómoda y la consola; iguala los cuadros que estaban desnivelados; entra en la alcoba, cerrada por una vidriera con cortinillas rojas, y tiente los colchones para ver si están bien mullidos. El vaso de agua ferruginosa está en el escabel y todavía Aldonza Lorenzo no ha puesto en él sus labios. María Jesús, cansada de trajinar por la sala, ha acabado por sentarse en un almohadón, frente a su ama.

-¡Siempre aquí, María Jesús! -repite tristemente la joven.

-¿Y qué nos falta aquí? ¡Alégrese, mi ama! ¡Que vea yo esos ojos reírse!

Aldonza sonrío levemente. Aldonza Lorenzo siente el anhelo de lo desconocido, y María Jesús se atiene a lo cotidiano tradicional. Aldonza querría ir por esos mundos, y María Jesús se encuentra satisfecha en el Toboso.

-¡En el Toboso no pasa nada, María Jesús! -exclama la joven.

-¿Que no pasa nada, mi ama? ¡Anda y si pasan cosas! Nada más que esta mañana al amanecer, al levantarme, cuando estaba asomada a la ventana, he visto la cosa más rara del mundo. Pero no se la cuento a mi ama hasta que mi ama no sería.

-Tú ves visiones, María Jesús. No te creo ya cuando me cuentas alguno de esos sucedidos para alegrarme; son todo imaginaciones tuyas.

-¡Anda, imaginaciones! ¿Y el caballero armado de punta en blanco, con una lanza, montado en un caballo, que he visto esta madrugada, será también una imaginación mía?

-¡Qué loca eres, María Jesús!

Aldonza Lorenzo se ha llevado el vaso a los labios, se ha limpiado después con un pañuelito de encaje y ha tenido el pañuelo blanquísimo en la mano contemplándolo absorta un rato.

El retrato



El viernes, Cervantes quedó con Jáuregui en que el próximo lunes comenzaría Jáuregui a pintar el retrato de Cervantes. El mismo viernes, al anochecer, Cervantes se sintió escalofriado. Se acostó, y durante la noche sobrevino calentura; estuvo una semana en cama; no se atrevió a salir hasta pasados seis días de convalecencia. Jáuregui vino a visitarle ocho o diez veces; se fijó una fecha nueva para el retrato. La mañana en que Cervantes iba a salir para encaminarse a casa del pintor, estuvo en la puerta un momento, antes de echar a andar; el cielo estaba resplandeciente; la temperatura, en el rigor del invierno, era templada; tras la claustración impuesta por la enfermedad, Cervantes sentía ahora vivo placer en respirar el aire sutil y cálido, en contemplar la bóveda de inmenso azul y en ejercitar sus miembros, tantos días inmovilizados.

Comenzó a caminar; en este momento vio que por el extremo de la calle venía un labriego presurosamente y que le hacía señas; era un propio de Esquivias que le traía una carta. No tuvo más remedio Cervantes que salir para Esquivias, el pueblo de su mujer, inmediatamente. En Esquivias pasó un mes.

Todo estaba preparado en el estudio para comenzar el retrato; el lienzo se encontraba en el caballete. Diego, el criado de Jáuregui, lo había dispuesto todo; el lienzo era de lo más fino, y los colores los había preparado, como siempre, el propio Diego. Como Cervantes prolongara su estancia en Esquivias, Jáuregui se puso a pintar otra cosa. Acabado el trabajo, se puso en el caballete una tabla en vez de un lienzo. El retrato de Cervantes en tabla duraría más; en tabla los colores subsisten también más vivaces. Vino, por fin, Cervantes de Esquivias y mandó un recado a Jáuregui de que a la mañana siguiente iría a su casa. Al otro día, Cervantes se puso una gola blanquísima y aliñó toda su persona; quiso presentarse ante el pintor -que era como presentarse ante la posteridad- de un modo irreprochable. Estaba dejando la escobilla, o sea el cepillo, en la mesa, cuando oyó que en el zaguán de la casa sonaban alegres voces; había entrado, sin duda, gentes que profería amistosas y joviales exclamaciones. Los que habían llegado, vecinos de Alcalá de Henares, eran unos amigos antiguos de la familia. No pudo desatenderlos Cervantes; regresaban a Alcalá al día siguiente, y deseaban con todas las ansias llevarse a Miguel para que con ellos pasara unos días.

Volvió Cervantes de Alcalá de Henares; Jáuregui no se impacientaba; Cervantes estaba ya allí, dispuesto a que lo retratasen. Cuando Cervantes entró en el estudio, Jáuregui se encontraba ante su bufete; tenía la pluma en la mano y escribía. Tan embebido se hallaba en su trabajo, que no advirtió la entrada de Cervantes. Le puso la mano Cervantes en el hombro y pareció Jáuregui despertar de un sueño.

-¿A que no sabes lo que estaba escribiendo? -preguntó a Cervantes.

-¡No lo he de saber! -contestó Cervantes-. ¡Renglones cortos!

-¡Cabalmente! -replicó Jáuregui-. Y ahora me sentía en vena. Verás lo que llevo escrito.

Jáuregui comenzó a leer. Era Jáuregui buen pintor; su vocación verdadera estaba en la pintura; pero tenía la vanidad de ser poeta. Si no se impacientó con los aplazamientos del retrato, como hemos dicho antes, consistía en que mientras llegaba el momento, fuere cuando fuere, él componía sus versos. Lo que ahora estaba a punto de concluir era una silva amatoria; comenzaba la composición describiendo un verde soto a que daban sombra copados sauces; entre la verdura corría el Betis. El autor, entristecido, se retiraba a esta amena soledad, donde le ocurrían diversos lances.

-¿Y por qué te supones triste en ese paraje? ¿Y por qué pones sauces en ese seto en vez de álamos? -le preguntó Cervantes, un poco socarronamente.

Se entabló discusión sobre el caso; había que ver también si eran allí, en el prado, orillas del Guadalquivir, más propios los sauces que los álamos. Cervantes empleaba en sus argumentos una plácida y bondadosa ironía; Jáuregui, ceñudo, obcecado con los sauces y con la tristeza, replicaba bruscamente. La mañana pasó en este debate, y hubo que aplazar la tarea del retrato para otro día. Ocurrió al otro día que estando ya Miguel

sentado ante Jáuregui, y teniendo el pintor el carboncillo en la mano para trazar la silueta, llamaron de Palacio a Jáuregui urgentemente. Cervantes sonreía, y por el ancho ventanal del estudio -en una casa del mediodía de Madrid- contemplaba el paisaje manchego, tierras paniegas y sin árboles, que comienzan en las mismas puertas de la capital. Se fijó nueva fecha, y en ese día tampoco pudo iniciarse la tarea; el pintor tuvo que asistir a la boda de una parienta suya. Llegó, al fin, el momento de pintar; Jáuregui remató su obra. El retrato tenía expresión; la frente de Cervantes era su frente, y sus recios bigotes, sus bigotes. Faltaban, sin embargo, unos toques. No pudo darlos Jáuregui porque hubo de marchar precipitadamente a Sevilla, su patria.

En Sevilla permaneció Jáuregui cuatro meses. Se presentó un día en el estudio un caballero que deseaba comprar cuadros para una casa que acababa de labrar en provincias; no dijo de dónde venía. Diego, el criado de Jáuregui, intervenía en todo; a veces daba él también unas pinceladas en las pinturas; casi siempre era él quien ponía en los cuadros la firma y las inscripciones; unas veces ponía Jáuregui y otras Jáurigui. El caballero que acababa de llegar deseaba llevarse cuantos cuadros tuviera el pintor, y daba por todos -había diez o doce- una cantidad apetecible. Los cuadros, entre ellos el retrato de Cervantes, fueron vendidos. Cuando Jáuregui volvió y le enteraron de la venta, no puso atención en el asunto; estuvo preocupado durante su estancia en Sevilla y a lo largo del camino, al regresar, por el paradero de unas poesías que él había escrito y que no recordaba dónde las había guardado. Tal vez estarían ya perdidas. Como no parecieron los papeles, aquel día hubo en la casa un serio disgusto.

△▽

En Toledo

Comían juntos en un bodegón de Toledo tres pobres hombres; vestían trajes raídos y con chafallos; la negrura primitiva del paño había desaparecido y resaltaban, negros, los remiendos. Traían los tres los bigotes lacios y la barba sin rasurar de quince días. Hablaban lentamente y en tono triste. En la mesa tenían: tres escudillas de alubias con tocino, tres bodigos, tres cucharas de boj, un frasco de morapio y una taza de Talavera para beber. Contábanse los tres comensales sus desventuras; uno de los cuitados habló de esta manera

-He vivido en un palacio; ocupaba un aposento en la parte trasera, en el último piso, con ventana al campo. No tenía yo que hacer gran cosa; mi vida era sencilla. Cuidaba yo del hijo de unos grandes señores, los moradores del palacio; este niño tenía otros maestros y ayos; pero yo estaba encargado de una incumbencia especial. El niño era de la piel del diablo, como suele decirse; pero no he conocido más clara inteligencia que la suya. Todo esto no es raro; lo raro, lo que viene después. El muchacho, en su atolondramiento, tenía la costumbre de subir y bajar las escaleras saltando los peldaños de tres en tres. Cuando yo entré en la casa, ya se había descalabrado dos veces. La ocupación que yo tenía en el palacio consistía en llevar al niño cogido de la mano siempre que subiese o bajase las escaleras. No era enojosa la ocupación, ni me llevaba mucho tiempo. El muchacho estaba algunas horas recluido en su cuarto con sus preceptores, y cuando salía, lo llevaban a dar largos paseos por el campo. Cuando todo me sonreía en la vida, un día el dichoso niño se soltó de mi mano en la escalera y comenzó a saltar de tres en tres los escalones. De pronto, resbaló y se torció un pie; un

algebrista concertó en un instante los huesos desencajados; pero a mí me echaron de la casa por causa del descuido.

Hubo un largo silencio; el segundo desventurado dijo:

-He sido bodeguero en Ocaña; mismamente no he sido bodeguero; ni he tenido viñas ni he tenido bodegas. Lo que voy a decir es muy raro. En una bodega de Ocaña estaba yo encargado de abrir y cerrar las espitas de los toneles. El compañero que ha hablado antes se perdió por un hijo, el hijo de unos grandes señores; yo me perdí por una madre. Comprenderéis que no hay nada más raro. La bodega era toda de vinos de pasto, de uno o dos años; pero en un viejo tonel de roble teníamos una madre centenaria; cuando se sacaba una cántara de vino, se añadía otra de vino nuevo. Se sacaba siempre el vino con la catadera, y se vertía la catadera en un bernegal. Aquel vino de más de un siglo era un licor precioso; sólo de año en año se extraía una arroba del tonel. Pero un día, no sé por qué, en vez de sacar el vino por arriba quisieron sacarlo por la espita. Allí estaba yo en mi puesto; lo malo fue que como me llamaran en aquel momento desde lejos a voces, olvidé de cerrar la canilla, y se derramó en el suelo cosa de media cántara, o sea media arroba, cuatro azumbres. El disgusto del bodeguero fue tan tremendo, que en el acto me despidieron.

Ha habido otra pausa. Junto a los tres desvalidos ha pasado, sin que ellos lo advirtieran, un hombre vigoroso, que se ha dirigido al bodeguero, y señalándoles, le ha dicho en voz baja: «¡Ten cuidado! Los tres han estado en el Nuncio; los tres son locos, y es mentira todo lo que cuentan.» Quien hablaba así era un loquero del famoso hospital de locos de Toledo, llamado el Nuncio. Faltaba el relato del tercer comensal, el cual se expresó de este modo:

-Lo que vais a oír es mucho más raro que lo que habéis contado. Algo más trabajo que vosotros tenía yo; era yo leonero; estaba encargado de cuidar los leones de una colección de fieras. Tuve que llevar una vez a Madrid un león y una leona; al pasar por la Mancha, me salió al camino un caballero armado; se puso delante del carro en que iban las jaulas, y me intimó a grandes voces a que diera suelta al león. ¿Verdad que esto sí que es raro? Pues lo más raro es lo que viene ahora: el caballero quería que soltara yo al león para luchar con él y vencerle. En vano traté yo de disuadirle; en vano también el criado que iba con él y otro hidalgo que se encontraba allí; a mí se me erizaban los cabellos. Insistió tanto, voceó tanto, amenazó tanto el caballero armado, que, al fin, después que el carretero y los dos hombres se hubieron alejado, abrí la puerta de la jaula. El caballero estaba en pie, con la espada en la mano, esperando que saltara el león. El león se asomó un momento, se desperezó y volvió al fondo de la jaula. Instaba el caballero para que yo hostigase al león; pero yo dije que el valor estaba ya demostrado y la hazaña concluida. Cuando llegué a Madrid, conté el caso y nadie quiso creerlo; supusieron todos que yo había perdido la razón y que desvariaba; quedé sin mi empleo. Una persona caritativa, creyendo hacerme un bien, me trajo al hospital de locos de Toledo; no supe yo adónde me traían hasta que me vi en el hospital; en el hospital he estado seis meses; como veían que razonaba bien y que no cometía desafueros, me pusieron en la calle. Estar en el hospital con los locos o en la calle con los cuerdos...

Se interrumpió para beber una tragantada; se limpió los labios con el reverso de la mano, y añadió:

-Estar con los locos o con los cuerdos, lo mismo da.



Viaje a Sevilla

Viaje a Sevilla, a la manera del «viaje sentimental» de Lawrence Sterne a París. ¡Eso quisiéramos nosotros! Sevilla es lo ineluctable: no se puede luchar en Sevilla contra lo indefinido; lo indefinido nos envuelve y nos oprime en Sevilla. Lo indefinido es un anhelo hacia algo que no sabemos, y una añoranza de algo que no hemos visto. En Sevilla, una callejita formada, a un lado, por una larga tapia, de la que sobresale la verde copa de un árbol, y a otro, por una fila de casas humildes. Se abre una puerta y trasponemos los umbrales con pasos atentados: estamos en un patizuelo empedrado de menudos guijos blancos, y al fondo se ve una escalera. En lo alto de sus peldaños, otra puerta nos franquea un blanco ámbito. Todo está limpio y gozamos de un profundo silencio. Entra María Antonia, cuando estamos más abstraídos, y de una cestita de mimbres saca un pan, un pan de Alcalá de Guadaíra, que coloca calladamente sobre un tablero de pino, en que nosotros habíamos puesto el reloj. El tiempo no lo necesitamos en Sevilla; como el reloj es uno de los toscos y antiguos de níquel, en este silencio en que estamos María Antonia y yo, resuena en la estancia su tictac. María Antonia está sentada frente a mí y tiene las manos, una sobre otra, puestas en las rodillas. Se llama María Antonia, como la sevillana María Antonia, reina consorte en Cerdeña, hija de Felipe V. Y como una de las mujeres de Fernando VII. Y también como la infeliz mujer de Luis XVI, María Antonia y no María Antonieta, decapitada en la plaza de la Concordia y enterrada no lejos, en el cementerio de la Magdalena; un pedazo de ese cementerio, en pleno París, lo hemos tenido constantemente ante la vista más de un año; vivíamos enfrente.

-¡Ah, María Antonia, María Antonia la sevillana! Has pasado ya de la juventud; tus modales son reposados y tus palabras parcas y discretas. Tienes en orden y reluciente toda tu casa; mi pensamiento, en estas horas, va de la espiritualidad de París a lo indefinido de Sevilla: las dos sensaciones son supremas. Hay en ti, María Antonia, un cruce misterioso de diversas civilizaciones. Tu cara es morena, con un ligero color ambarino; son negros tus ojos, como tu pelo, y en el óvalo de tu faz resaltan la nariz un poco adunca y los labios carnosos. No sonrías; tu sosiego, ahora, con las manos colocadas una sobre otra, en este ámbito blanco y silencioso, es una lección insuperable. Lo indefinido de Sevilla me oprime en estos momentos más que nunca. No tengo ya noción del tiempo: el reloj, junto al pan que has puesto en el tablero de pino, marca su hora y hace sonar su tictac; recuerdo yo, a su vista, preocupado como he estado siempre con el tiempo, todos los que a lo largo de los años han introducido mejoras en el mecanismo del reloj, desde el doctor Hocke hasta Barlowe, inventor de los relojes de repetición. ¿Y para qué he de necesitar yo el tiempo en Sevilla? En Sevilla las horas se evanecen volando. No vuelvas a sonreír, María Antonia. Estoy ahora en Sevilla y estoy en París; mezclo el fino espíritu de París con la nostalgia y el anhelo que en Sevilla me sobrecogen.

Cervantes y Valdés Leal condensan, cada uno a su modo, el espíritu de Sevilla: el realismo de Valdés Leal es tan ineluctable como el idealismo de Cervantes. No estamos ya en el ámbito blanco en que reposa el pan a par del reloj, sino en un patio que

Cervantes pone empeño en que nos de la sensación de suma limpieza. Cervantes dice que parecía verter carmín de lo más fino su enladrillado. Las gentes que aquí se congregan, hombres y mujeres, han podido escapar a la ley penal: no pueden sustraerse al ambiente señorial de Sevilla. Tienen sus ordenanzas y las observan fielmente; son respetuosos con el jefe que los preside y cumplen estrictamente sus promesas. Si no se puede ir más allá de Valdés Leal, no se puede tampoco ir concretamente, definitivamente, más allá de aquellos relatos de Cervantes, como este del patio, que quedan en suspenso. La sensación más honda que Cervantes da, la ofrece en esas narraciones en que no acaba nada: esta del patio sevillano, la del licenciado Vidriera y la del cautivo, incluida en el Quijote. ¿Qué ha pasado después, transcurridos años y años? ¿Qué fin han tenido todos estos personajes? ¿Y por qué Cervantes deja en suspenso lo que todos deseamos saber? Lo indefinido sevillano nos aprisiona. Tomás Rueda, el licenciado Vidriera, se marchó de España; los dos mozuelos que hemos conocido en una venta y que hemos vuelto a ver en el patio sevillano, han desaparecido también. Termina la narración y no volvemos, naturalmente, a saber más de ellos.

Vueltos al ámbito enladrillado de blanco, en la casa de María Antonia, nos tornamos a sentar. No hemos hecho nada en Sevilla y lo hemos hecho todo; no hemos visto nada y todo lo hemos visto. Sevilla, con su anhelo hacia lo que no conocemos y su añoranza por lo que ignoramos, ha entrado en nosotros.

-¡Ah, María Antonia! Tu sosiego lo quisiéramos nosotros, febricitantes artistas, para nuestras creaciones. Y tus palabras discretas, sin prurito de ingenio, claras y sencillas, las ambicionamos para nuestra prosa. María Antonia, en estos momentos de profundo y grato silencio, el pensamiento va del realismo extremado de Valdés Leal a la idealidad de Cervantes, también absoluta. Hemos perdido en Sevilla la noción del tiempo, y en vano el reloj, el tosco reloj de níquel, que suena reciamente, produce para nosotros su incesable tictac.

△▽

Su retrato

Quedamos algunos de los que hemos conocido a Miguel de Cervantes; finó Cervantes en 1903; no es yerro de imprenta. El conde de Romanones fue uno de sus dos discípulos predilectos; el otro lo fue don Trinitario Ruiz y Capdepón. Cervantes, cuando le conocimos los que le alcanzamos, era un anciano que caminaba despacio, ligeramente apoyado en su bastón, por el pasillo de la Cámara popular, sobre la muelle alfombra; se detenía de cuando en cuando en un grupo de parlamentarios o de periodistas; cambiaba con ellos unas palabras; sonreía afable a todos; entraba en el salón de Sesiones, dejaba el bastón en el banco azul y se sentaba con indolencia. Tenía una cabeza muy expresiva: la frente era ancha, noble; los ojos fulguraban, rasgados, con viva inteligencia; la nariz se perfilaba gruesa; había conservado en su vejez su cabellera, abundosa, naturalmente ondulada y sedaña; mostraba en todo su continente un aire de indulgencia -indulgencia para los errores humanos-, de cansancio, de espiritualidad. Al entrar en la Restauración, lo había sido ya todo en la política; podía, por lo tanto, hacer lo que es más difícil de hacer: esperar. Si alguna vez parecía impacientarse, se impacientaba simuladamente para satisfacer las impacencias de sus parciales. El gran secreto de su gobernar, gobernar en España, era el de «dar tiempo al tiempo». Un semblancista, Miguel Moya,

viendo el lado paradójico de la cuestión, ha escrito donosamente: «Sagasta, que es en la oposición un incansable e invencible combatiente, se retira a la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de ministros.» Siglos atrás, un agudo psicólogo, Gracián, había dicho, entre sus aforismos, que «muchas cosas que eran algo, dejándolas, fueron nada»; había recomendado también que «no se haga negocio de lo que no es negocio». El tiempo resuelve por sí solo muchas cosas que parecen aterradoras; no hurgando en un asunto intrincado y pasional, él mismo se va desvaneciendo. Pero nuestro Cervantes, tachado de negligente, tenía una voluntad férrea; el conde de Romanones ha dicho que es achaque de observadores superficiales el creer que el carácter entero está en la inflexibilidad, y no en la hábil contemporización: «No parando mientes -escribe el conde, a propósito de Sagasta- en que se requiere mayor fuerza de voluntad para ser flexible y para acomodarse a las circunstancias, que para dejarse guiar por los imperativos de la propia convicción.» Sagasta fue en su juventud un hombre muy templado, en la acepción familiar de «valiente con serenidad».

Se ha descubierto un nuevo retrato de Cervantes; cuando se contempla esta efigie se advierten reminiscencias sorprendentes de ella en el retrato de Sagasta; los dos tienen la misma frente despejada, los mismos ojos inteligentes, la misma boca expresiva, los mismos pómulos un tanto prominentes, la misma barbilla corta. Cuando existe semejanza facial entre dos personas, existe también similitud de gesto, de movimientos, de voz y en el andar. Cervantes había sido igualmente un hombre templado; como Sagasta, se jugó la vida en alguna ocasión; emanaba de su persona un efluvio misterioso que se imponía: acaso uno de los elementos constitutivos de ese efluvio era, como en Sagasta, la voz, una voz llena, sonora, pastosa, insinuante. Ni salió de pobre Cervantes, ni pasó nunca de un vivir modestísimo, con haberlo sido todo, Sagasta. Decía nuestro personaje: «Yo no seré rico jamás. He pensado siempre que para vivir sólo necesitaba un par de huevos y un panecillo.» El tiempo era el aliado de Sagasta: el tiempo es un factor primordial en la obra capital cervantina, como alguna vez hemos tratado de demostrar; si Lope es el espacio, Cervantes es el tiempo. Hay un cansancio de inefable dulzura en la segunda parte del *Quijote*, y ese mismo cansancio subyugador es el cansancio de Sagasta, cuando, habiéndolo ya sido todo, se presta al mayor de los sacrificios, al encargarse del poder después del asesinato de Cánovas, tras el compás de un ministerio transitorio; se encarga del poder en las circunstancias más pavorosas para un gobernante. En la casa de Sagasta entraba todo el mundo; reinaba en ella un rebullicio incesante. En la casa de Cervantes, sobre todo en la época de Valladolid, debía de reinar también una confusión algo parecida. Cervantes lo tomaba todo con calma, y Sagasta también. Para uno y otro, siendo lectores selectos, muy cultos, el mejor libro era la vida. De tarde en tarde, Cervantes gustaba de contar algún cuentecillo, en que resumía su experiencia: tal es, por ejemplo, el cuento del loco y el podenco. Sagasta resumía también su saber del vivir en cuentecillos análogos, como el del gorrión y su cría. El retrato de Cervantes, ahora descubierto, es un retrato vivo; los otros eran retratos muertos. «¡Ah, qué expresión tiene!», exclama Zuloaga.

Cuatro pintores



Necesitamos cuatro pintores. Las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, se publican en 1613; tenía entonces Cervantes sesenta y seis años. En el prólogo de la obra, el autor

traza un retrato físico de sí mismo; el retrato que hace Cervantes de su persona es incompleto; hubiera necesitado Cervantes, para completarlo, escribir algunas páginas de confidencias dolorosas. El retrato literario, tal como lo entendemos modernamente, estaba ya fundado; lo fundara, en la segunda mitad del siglo XVI, Santa Teresa de Jesús. Nada más completo y fino, entre los retratos trazados por la Santa, que el de Beatriz Ordóñez; todo está allí: lo intrínseco y lo exterior, el alma y el cuerpo, la psicología y la voz, el gesto, los movimientos. En relación con el retrato de Cervantes, necesitamos cuatro pintores; les vamos a dar un encargo honroso. Si los elegimos entre los vivos a quienes admiramos, los no electos podrían quejarse. No queremos que en esta empresa haya sentimiento, y menos resentimiento. Ponemos la mano en la mejilla - que es la actitud clásica- y meditamos. Al cabo, creemos tener resuelto el conflicto: entre los socios del Círculo de Bellas Artes, en 1880, haremos nuestra elección. El Círculo de Bellas Artes, hace sesenta y cuatro años, estaba instalado en la calle del Barquillo, número 5, principal; tenía abierta siempre -y era una buena idea- exposición de obras vendibles de sus socios pintores y escultores. Contaba el Círculo con doscientos sesenta y siete socios; lo presidía, honorariamente, don Federico de Madrazo, y en efectividad, don Juan Martínez de Espinosa. No sabemos si vive alguno de los pintores socios de Bellas Artes en 1880.

Tenemos ya elegidos los cuatro pintores: Federico de Madrazo, Casto Plasencia, Antonio Muñoz Degrain y Emilio Sala; los dos últimos son valencianos. A estos cuatro pintores les entregamos sendas copias del retrato literario de Cervantes; lo hemos esquematizado. Dice así la hoja: «Rostro: aguileño. Cabello: castaño. Frente: lisa y desembarazada. Ojos: alegres. Nariz corva, "aunque bien proporcionada". Barbas: de plata; antaño, hace veinte años, fueron bermejas. Bigotes: grandes. Boca: pequeña. Color: vivo, antes blanco que moreno.» A los cuatro pintores les hemos rogado que, de acuerdo con tales señas personales, pinten un retrato de Miguel de Cervantes. Y los cuatro han aceptado con gusto el encargo. Se han tomado los cuatro quince días para desempeñar su cometido. Esperamos que se cumpla el plazo; esperamos con impaciencia. No cometeremos la indiscreción de visitar a ninguno de estos cuatro pintores en tanto estén pintando el retrato de Cervantes. Si visitáramos, por ejemplo, a Casto Plasencia, al entrar nosotros en su estudio quitaría el lienzo del caballete y lo pondría en el suelo, de cara a la pared. Plasencia, como en nuestros días Juan Echeverría, no gustaba de que se viera su obra antes de estar terminada.

Han dado fin los cuatro pintores a su tarea: tenemos ante nosotros cuatro retratos de Cervantes, según las propias indicaciones del autor del *Quijote*. Y los cuatro retratos difieren enormemente entre sí. El mismo Cervantes participaría de nuestro asombro. No hay que decir que los cuatro retratos son obras pictóricas admirables. El último, cronológicamente, de los grandes retratistas ingleses, Thomas Lawrence, tiene un consejo a los retratistas principiantes que podemos erigir en una ley, que se llamaría «ley Lawrence». Dice el pintor: «Encontrad el rasgo característico del retratado y no os preocupéis de lo demás.» ¿Y cuál es en Cervantes el rasgo esencial? ¿La frente, la nariz adunca, aunque proporcionada, los ojos, la boca, los bigotes, las barbas? Cada artista ha creído, según su propio genio, que el rasgo característico era el descubierto por él; de ahí la variedad en los cuatro retratos. Siendo unos mismos todos, son todos distintos. Madrazo, Plasencia, Muñoz Degrain, Sala, han sido fieles a Cervantes y a sí mismos. Y eso, en resumen, es el arte: fidelidad a la Naturaleza y a la propia inspiración.

Cuando contaba la verdad de lo ocurrido en Sevilla



-Por fin, voy a contar la verdad de lo ocurrido -dijo Cervantes-. Y os la cuento a vosotras: vosotras sois atentas; sabéis escuchar. Hay ahora en la casa un momento de sosiego. Todo favorece la efusión: el silencio, vuestra solicitud, la tregua de mis achaques. Si se abriera alguna vez un concurso de supuestas aventuras mías, habría que ver el desborde de las imaginaciones. Quien intentara contar este suceso que voy a narraros se metería en un trampal. ¿Quién lo desatollaría? Cuando se cuenta la verdad de lo que ha ocurrido, no se suele contar la verdad ocurrida. Hay que esperar a que otro narrador quiera o sepa contar esa verdad; pero surge ese cronista, y tampoco nos dice lo cierto: así es la historia. Ahora, queridas escuchantes, no estamos en ese caso, esto no será un embaimiento, sino la verdad monda. Han llegado hasta mí referencias múltiples del caso; no podía ser otra cosa, dado lo raro del asunto. Todas las versiones que se rugen por ahí carecen de verdad. Cada cual dice lo que le peta. Hay quien supone que el lance ocurrió en Italia, otros en Sicilia, otros en Argel, otros en Valladolid, otros en Sevilla. Y yo, cuando oigo tales desvaríos, no puedo menos de sonreír. Ni me ocurrió la aventura en ninguno de esos lugares que he citado, ni ocurrido tampoco en los más concretos parajes de que se habla: un teatro, un diversorio, una venta en lo alto de un puerto, un mesón, el claustro de una catedral, una callejita, el sollado de un galeón, el ejido de un pueblo, una casa de estado, un trivio de donde parten tres caminos, un pastoral albergue, una ermita solitaria, la puerta de Guadalajara en Madrid... Veo que estáis sonriendo: no os voy a hacer esperar más. En seguida entro en materia. No esperéis, desde luego, escuchar el relato de una aventura extraordinaria: no sabemos en la vida ni lo que es extraordinario, ni lo que es vulgar: eso lo han de decir los venideros, cuando el hecho haya tenido, en el tiempo, sus derivaciones.

(En este punto llega de la cocina el tintineo del almirez; Cervantes se detiene, entabla un diálogo con sus atentas auditoras.)

-¿No os he dicho que compréis un morterito de barro con su majadero de boj? En ese mortero podríais majar sin hacer ruido.

-Hacen ruido majando porque es preciso majar en el almirez.

-¿Y por qué es preciso majar en el almirez?

-Porque hay cosas que no se pueden majar en el mortero de barro.

-¿Y qué cosas son ésas?

-Lo que estarán majando ahora: pimienta, por ejemplo. El morterito de barro hace días que lo hemos comprado.

-¡Ah, no recordaba! Se me van las especias; pero del suceso que voy a narraros conservo intactos todos los pormenores. ¿Y sabéis vosotras que estoy por no contaros

nada? Dudo un momento; ello por una razón obvia: lo que a mí me parece sustancial, acaso os parezca a vosotras insignificante. No me digáis que no; no mováis la cabeza de un lado a otro y no sonriáis. Conozco lo que es la imaginación femenina; sé que cuando se la estimula, ya no puede contenerse; anda descarriada. Eso puede acontecer en el caso presente. Aparte de que yo os diré la verdad de lo ocurrido, sin veladuras, sin requilorios; luego vosotras le pondréis arrequives que la festonen. Y tendremos una versión más corriendo por el mundo. Antes de entrar de lleno en el asunto deseo, como proemio, deciros algo que me ocurrió estando en una venta, un día que me encaminaba a Sevilla; me aposentaron en un camaranchón, con una cama de tablas. No me importaba a mí el desacomodo del hospedaje; acostumbrado estoy a vivir estrechamente; iba yo devanando en el magín el desenlace de una novela que había comenzado en Madrid; no daba en el quid. De pronto, al asomarme a la ventana y contemplar el paisaje de vastas tierras paniegas, con el verde alcacel por tapiz, vi con toda claridad lo que no podía desentrañar. Y ese episodio era, en verdad, un suceso magno para mí.

(Se oyen fuertes martillazos; vuelve a suspender su relato Cervantes; se cambian preguntas y respuestas entre el narrador y su público.)

-¿Quién da esos martillazos?

-Juan el cerrajero.

-¿Y por qué da martillazos Juan el cerrajero?

-Tú mismo has dicho varias veces que lo llamáramos.

-¿Y para qué hemos llamado a Juan el cerrajero?

-Para que arregle los goznes de la puertecita del corredor.

-¿Tiene algo que arreglar la puertecita del corredor?

-Lo has visto tú mismo infinidad de veces.

-¿Qué es lo que he visto yo?

-Has oído que chirriaban los goznes y has visto que estaban herrumbrosos.

-¿Y por eso habéis hecho que venga Juan el cerrajero?

-Supongo que no querías que viniera para otro menester ajeno a su oficio.

-¡Ah, es verdad! Tan verdad como lo que voy a contaros; os lo estoy contando hace una hora y todavía no he pasado del introito. Debéis perdonarme; suelo tener estas olvidanzas. Digo olvidanzas, a lo antiguo, cuando había caballeros andantes, porque me acuerdo de mi don Quijote. Y me acuerdo porque cuando Sancho, después de dimitir su cargo de gobernador, emprendió el camino y cayó en una sima, escribí que andaba por sus profundidades «a veces a oscuras y a veces sin luz». Quería yo decir que siempre caminaba envuelto en las tinieblas: no lo dije. Eso me va a pasar ahora: querré decir una

cosa y la diré redundantemente, si es que, al cabo, logro desembuchar. Vamos a ver, ¿cómo os figuráis vosotras que es la aventura que os voy a contar? Sabéis lo que se corre por ahí; no seréis tan candorosas que prestéis asenso a las hablillas del vulgo; esos reportes son sencillamente una patraña. La verdad de lo ocurrido es otra. Hasta el presente no la conoce nadie; sois vosotras las primeras que vais a tener en vuestras manos la verdad. No; no os bulláis de impaciencia. ¿Es que os canso? ¿Acaso no podéis esperar unos minutos? Todo lo que, como prolegómenos, vaya diciendo, veréis luego que era indispensable. Quietecitas un instante; dejadme que hable con todo reposo. No me taséis el tiempo; ya he vivido mucho y quiero tener en mis palabras y en mis gestos sosiego placentero.

(De la calle penetra el grito largo de un vendedor; Cervantes calla de nuevo; pregunta y le contestan.)

-¿Qué es ese grito?

-Lo has oído mil veces.

-¿Es el grito del melcochero?

-Es el grito de un vendedor de flores.

-¿Cuáles son las flores que vende?

-Las de la estación.

-Y ahora, ¿en qué estación estamos?

-Pero Miguel, ¿es que no sabes el día en que vives?

-¿Es que lo sabéis vosotras?

-Nosotras sabemos que hace un siglo que nos estás principiando a contar la verdad de lo ocurrido, y que esa verdad no llega.

-Si vosotras, como acabas de decir, hacéis un siglo de lo que es un momento, entonces no sabéis tampoco el día en que vivís. Pero continúo con mi relato. Las flores que vende ese florero me contraen a la realidad; vais a ver de qué modo. En las numerosas versiones del suceso que voy a narrar, desempeña un papel importante una flor. ¿Qué flor era esa? Unos dicen que clavel, otros que rosa, otros que dalia, otros que jazmines. Os diré que se trata de una rosa: una bella rosa amarilla. No os anticipéis y creáis que el lance famoso es amorio. No hay tales amores. ¡Cuán lejos estáis de barruntar lo que la gualda rosa representó en la aventura! La llevaba yo en la mano en el preciso momento en que ocurrió lo inesperado: lo que nadie podría sospechar. Y a esa rosa debí el que el lance no tuviera consecuencias funestas. ¡Ah, lozana rosa amarilla! Parece que la tengo todavía entre mis dedos; su amarillez es suavísima; su fragancia trasciende por todo el ámbito. ¿Y qué ámbito era ése? Entro ya, decididamente, en mi relato; no quiero haceros esperar más. Pero si he gastado parola, bien comprenderéis que lo necesitaba. Ya habéis visto que todos los libros, o casi todos, llevan prólogos.

(Se oyen voces que vienen del fondo de la casa; una vez más se suspende Cervantes.)

-¿Qué voces son ésas?

-¿No conoces la voz de Eulogio?

-¿Quién es Eulogio?

-El cosario de Esquivias.

-¿El cosario de Esquivias?

-Pero, Miguel, ¿es que no te acuerdas de que el cosario de Esquivias viene todas las semanas?

-¡Vamos, vamos corriendo a ver al cosario de Esquivias! -exclama Cervantes.

Y entre sí añade sonriente:

-Creo que las he embromado un ratito. Después de todo, ¿no es esto una aventura?

Su actitud verdadera



Se han comenzado a publicar unos primorosos folletos de divulgación del *Quijote*. En el primero se publica un breve, sencillo, claro, preciso ensayo de don Francisco Rodríguez Marín. El trabajo del maestro es excelente. Sabemos, leyéndolo, lo que, en resumen, necesitamos saber de Cervantes y de su obra. ¿Se quiere mucho a Cervantes en España? Existen actualmente dos sociedades cervantinas: una lleva por título «Los Amigos de Cervantes»; la otra se titula «Los Amigos de Miguel». Es casi desconocida esta última; la componen sólo siete admiradores de Cervantes. Cuando hay una vacante se cubre por elección; las vacantes son muy apetecidas. Nadie conoce esta reducida y selecta asociación. No celebra sus sesiones con motivo de fechas señaladas en la vida de Miguel, ni de efemérides notables, ni de casos singulares. Cuando le place, un día al mes, y donde le place, en algún lugar cervantino, la sociedad se reúne. Charlan los amigos de Miguel sosegadamente; discuten sin ardimiento; tal vez se lee algún trabajo que no pasa de seis u ocho cuartillas. Y eso es todo. En Alcalá de Henares, en Esquivias, en El Toboso, en Valladolid, en Castro del Río, en Sevilla, en Madrid mismo celebra sus sesiones esta sucinta sociedad. La última se celebró en Alcalá de Henares. Al saber Cervantes, en los Campos Elíseos, que esa sesión se iba a celebrar, decidió presenciarse. Estaba Miguel en compañía -su habitual compañía- de fray Luis de Granada y de Garcilaso. Los tres, fray Luis, Garcilaso y Cervantes, son los escritores clásicos que más hondo han «sentido».

-¿Vas a hacer una asomada por el mundo? -preguntó fray Luis.

-¿Y en qué forma te vas a presentar? -interrogó Garcilaso.

Y Miguel, sonriendo, contestó

-Tenemos los moradores de los Campos Elíseos, bien lo sabéis, la facultad de poder visitar la tierra. Podemos hacernos visibles y podemos, invisibles, pasar inadvertidos. Haré yo las dos cosas: me verán y no me verán. Seré visible y seré invisible. Y en cuanto al atavío, ¿qué atavío voy a llevar sino el que, proporcionalmente, con arreglo al tiempo, pero según mi fortuna cuando vivía, me corresponde en los días actuales?

Los amigos de Miguel marcharon a Alcalá de Henares. Dieron un paseo por los alrededores de la ciudad, y como vieran una casita campesina, en ella se metieron. La casa era mitad venta y mitad masada. Tenía una anchurosa cocina de campana. Era invierno. En el hogar ardía una confortadora lumbrarada. En la casa sólo había una mujer anciana que andaba de un lado para otro, trajinando en los menesteres domésticos. Fueron bien acogidos. Se sentaron frente al fuego, y Paco Helices, el fino y sensitivo poeta, presidente de la sociedad, dijo:

-Señores: ábrese la sesión. El tema de hoy va a ser interesante. Nos hallamos en una casa rústica; lo mismo puede ser de hace veinte años que de hace cuatro siglos. La componen paredes rojizas y desnudas. Y la cocina es una cocina perenne. Perdurarán en Castilla estas cocinas en tanto que haya fuego. Figurémonos que Miguel, nuestro amigo, ha dado un paseo por la campiña y ha entrado en esta casa a reposar un poco. Lo tenemos allí, en aquel rincón, sentado en una silla de pino con asiento de esparto. ¿Cuáles es, señores, la actitud de Miguel? ¿Cuál es su actitud verdadera?

-Entendámonos -dijo otro de los amigos-. ¿Se trata de Miguel joven o de Miguel viejo? ¿Es Miguel, animoso, o es Miguel, rendido por la pesadumbre de los años y las decepciones?

-Creo -volvió a decir el presidente- que entramos, sin saberlo, en el fondo de la cuestión. Se ha dicho «rendido por los años y por las decepciones». Eso indica ya cierto estado de ánimo. En efecto, es de Miguel viejo de quien se trata; de Miguel a los sesenta años; de Miguel desengañado de la vida.

-¿De Miguel desengañado de la vida, querido presidente? ¿Acaso Miguel llegó a estar nunca desengañado? ¿No tuvo siempre esa ingenuidad noble, esa confianza infantil, esa espontaneidad cautivadora que tienen los niños y las mujeres y que le hacían ser lo que era?

-Estamos en pleno asunto -observó Paco Helices-. Precisemos, ante todo, la actitud física, material; tenemos a Miguel sentado en aquella silla del rincón. Y yo os digo: ¿cuál es su verdadera actitud?

-¿Su actitud en el continente todo, en la faz, en los ojos, en los labios, en los brazos, en las piernas?

-Exactamente, puesto que su actitud física ha de reflejar fielmente su personalidad espiritual. Su actitud física nos expresará el estado de su espíritu, sus esperanzas, sus desengaños, sus alegrías, sus dolores.

-La actitud no puede ser, en Miguel, más que la de un perfecto reposo, una perfecta serenidad.

-Pero ¿serenidad sin dejo de amargura? ¿Sin sabor de sarcasmo? ¿Sin arrequives de ironía?

-¿Y por qué sarcasmo, ironía y amargura? Miguel era un hombre extremadamente bondadoso. La vida le había vencido, es cierto; pero la bondad de su corazón le hacía conservar una serenidad inalterable. Además, señores, ¿es que cuando se ha perdido ya toda esperanza, cuando no se espera ya nada de nadie, no se tiene, siendo inteligente, como lo era Miguel, una suave, delicada, inefable indiferencia por el mundo y por las cosas, que nos coloca por encima de toda pasión, de la ironía, del sarcasmo, del despecho, de la envidia, de la ambición?

-¡Exacto, exacto! -exclamó Paco Helices-. Nos vamos acercando a la solución del problema. Ése es Miguel. Ése es el Miguel que tenemos ahí, sentado, en actitud de reposo profundo, de maravillosa serenidad.

-¿Es que Miguel no tenía conciencia de su valer? ¿No supo él lo que había hecho al escribir el Quijote?

-Lo supo; tenía conciencia de su valer; sabía él que sin el prestigio de otros, sin el renombre entre los cultos que gozaban otros, él valía más que esos otros.

-¿Y no habría amargura en su actitud?

-¿Y por qué amargura? Precisamente esa conciencia de su valer era lo que le daba la serenidad. Valiendo más que esos otros, él se veía mezclado a un mundo humilde, prosaico, de que otros se veían libres. Y él, entre las cosas prosaicas, vulgares, en el vivir rudo, grosero, se complacía a solas consigo mismo, en su profunda soledad, en poner serenamente en ese mundo un ambiente de espiritualidad, de comprensión piadosa, que los otros, los prestigiosos y afortunados, no podían poner. ¡Y ésa es la clave de su serenidad!

-De su serenidad -corroboró el presidente-, viéndose viejo, achacoso y sin amparo positivo de nadie. Acabó la sesión. Se disponían a regresar a Madrid los amigos de Miguel. Habían hecho la excursión en automóvil. Paco Helices dijo:

-Yo os dejo. Voy a regresar en el tren. Ya sabéis que de cuando en cuando me gusta viajar en tercera. Voy a charlar un poco con labriegos y gente popular. Hasta la noche.

Por las noches se reunía la tertulia en casa del presidente. Estaban aquella noche reunidos, cuando Paco Helices habló así:

-Os voy a contar lo que me ha sucedido en el viaje de Alcalá a Madrid. No me ha salido mal la cuenta. He cosechado algo. La cosecha ha sido de observaciones curiosas. No hay como los labriegos españoles para hablar bien. ¡Qué castellano tan vigoroso y expresivo! Pero no es de esto de lo que os quiero hablar. He visto en un rincón del coche en que yo viajaba, coche de tercera, un tipo de señor de pueblo que me ha

impresionado. Era como el mismo Miguel de Cervantes. La frente ancha, los bigotes gruesos y caídos, las barbas de plata, los ojos serenos, los dientes grandes y delgados... ¡Qué profundo reposo en su actitud! Habíamos estado toda la tarde discutiendo sobre la actitud verdadera de Miguel, y, lo que son las cosas, de pronto, sin esperarlo, se me presenta un caso de analogía tal, de tal parecido, que yo no podía apartar la vista de ese señor

-¿Y no le hablaste?

-¡Ya lo creo! Todo el camino fui charlando con él.

-¿Y qué decía?

-No decía nada notable. Eran cosas como las que se le ocurren a todo el mundo. Lo singular era la manera de decirlas; un tono de placidez, de dulzura, de profunda simpatía, que hacía que las palabras más vulgares adquirieran un valor insospechado.

-¡Es curioso!

-¡Es raro!

-¿Y el traje?

-Ya podéis figurároslo: un traje pobre, negro, muy raído, pero limpio. Y el sombrero también raído y pobre.

-¿Y no te dijo nada, absolutamente nada notable?

-Sólo poco antes de llegar a Madrid, hablando de las cosas de la vida, dijo: «Quien tema a la soledad no podrá nunca comprender el misterio profundo de la vida.» Y a punto de despedirnos, en la estación, me dio su tarjeta. Con la precipitación de la despedida no la leí. Aquí debo tenerla.

Rebuscó el poeta en sus bolsillos. Y al cabo de un momento sacó una tarjeta. Todos se acercaron para verla. El presidente de los amigos de Miguel leyó: «El amigo de sus amigos.»

-¡Raro!

-¡Curioso!

-¡Extraño!

Y como el presidente repitiera instintivamente, sin proponérselo, la frase «el que tema a la soledad no podrá comprender nunca el misterio profundo de la vida», todos se sintieron sobrecogidos. Experimentaban la sensación profunda y misteriosa de que alguien, invisible, estaba entre ellos. Y de pronto, con un solo movimiento, se pusieron en pie, e inmóviles, rígidos, estáticos, guardaron un minuto de silencio.

El viaje del Parnaso

Hambre sutil

La labor ingente de don Francisco Rodríguez Marín se acrece con una nueva obra. Ha publicado Rodríguez Marín una edición crítica del *Viaje del Parnaso*, de Cervantes. La obra condensa un trabajo formidable. Trabajo, fina intuición, erudición caudalosa, comprensión íntima de Cervantes y de su época, resplandecen en estas páginas. Este volumen nos ofrece, además del poema de Cervantes, una historia de la literatura clásica, otra historia del estilo en el siglo XVII, un tratado de estética histórica.

Cervantes, a los sesenta y seis años, habitante en Madrid, desde su casa de la calle del León, emprende imaginativamente una larga peregrinación. Añora las andanzas de sus años mozos. Se representa el Mediterráneo, por donde él anduviera antaño. En la alta meseta castellana, a 650 metros sobre el Mediterráneo, este mar azul y sereno, este mar con irisaciones de oro en sus calas profundas, se impone a Cervantes. Con el Mediterráneo surgen en la memoria del poeta remembranzas de antiguas sensaciones. El anciano se siente joven. El anciano olvida por un momento sus cuitas del presente. No sabemos a punto fijo lo que Cervantes se ha propuesto al escribir este poema. En la obra se finge que un poeta, el propio autor, hace un viaje al Parnaso. Para llegar a Grecia desde la ribera española, desde Cartagena, hay que atravesar el Mediterráneo. En el Parnaso se congregará multitud de poetas españoles. Cervantes los va enumerando. Sobre las frentes de todos coloca Cervantes una ramita de laurel.

En el *Viaje del Parnaso* hay preciosos rasgos autobiográficos. No será necesario insistir sobre la pobreza de Cervantes. Nos colocan esas confidencias del autor en el centro del problema. Cervantes ha trabajado durante toda su vida. No ha conseguido una posición holgada. Cervantes ha sufrido crueles adversidades. No está ahora, en su vejez, a cubierto de la necesidad. Se ha inculcado a Cervantes de no tener amigos. Se le ha motejado de descontentadizo. Al meditar en su situación aflictiva: a solas consigo mismo, ¿no sentirá Cervantes el ansia de un ambiente que le circuya y le conforte? Todo se puede tolerar en la vida si contamos con un apoyo moral. Todo puede ser llevadero - aun lo más amargo- si manos amigas estrechan nuestras manos. Solo, enfermo, lejos de su mujer, fracasado en su matrimonio, «muy sin dineros», como él ha dicho, Cervantes necesita, como el aire, como el agua, como la luz, ese ambiente de simpatía y de cordialidad que mitigue sus penas. Y este poema, en que él generosamente discierne elogios, elogios para todos, elogios para amigos y para enemigos, puede hacer que en torno de Miguel, viejo, pobre y enfermo, se forme esa atmósfera confortadora. No estará ya tan solo si le rodea la buena voluntad de todos. No se sentirá ya tan infortunado si le alienta el afecto de todos. Las penas serán menos si son compartidas por tanto compañero elogiado por él.

En el *Viaje del Parnaso* hay, entre otros pormenores autobiográficos, algo que nos parece esencialísimo. Al escribir estas palabras lo hacemos con emoción y con ternura. No quisiéramos abordar el tema. No quisiéramos tampoco acaso que Cervantes lo

hubiera abordado. Nos entristece que el mismo Miguel haya hecho públicas estas congojas íntimas. Hoy Cervantes no es lo que era en el siglo XVII. Su nombre va ligado supremamente a España. Su nombre es la más bella presea de España. Y es de España misma de quien hablamos al traer a examen este doloroso asunto. Es de España misma de quien hablamos al hablar del hambre de Cervantes. Sí; Cervantes lo confiesa. Cervantes habla en su poema del «hambre sutil». El reflejo autobiográfico de esas palabras es reconocido por el mismo Rodríguez Marín. El calificativo de «sutil» aplicado al hambre nos hace meditar. Sutil no querrá decir hambre descompasada, frenética. Sutil se refiere sin duda a estrechez en el mantenimiento. Se come; pero no se come lo debido. Se come; pero no disponemos de aquellos alimentos que en nuestra salud feble, necesitamos. Podemos cubrir las atenciones diarias; pero lo hacemos malamente y con ahogos. El hambre sutil, con relación a Cervantes, es sintomática de toda una época, de una clase social -la de los trabajadores- cerebrales y de una nación.

«¡Adiós, hambre sutil de algún hidalgo!», exclama Cervantes al despedirse de Madrid para emprender el viaje. Pero la despedida es falaz. La situación de Cervantes continúa siendo la misma. Aquí se halla, en la calle del León, en esta casa que él llama también «lóbrega». El hambre sutil nos transporta en un vuelo a otra de las obras capitales de Cervantes: la tragedia *Numancia*. No existe en todo nuestro teatro antiguo y moderno obra superior, de más intensa emoción y de más honda humanidad que la *Numancia* de Cervantes. La *Numancia* hace par con el *Quijote*. El sentido profundo de humanidad transpira en una y otra obra igualmente. En el *Quijote* se interpone el velo de la ilusión. En la *Numancia*, la sensación de humanidad -fina piedad humana- se nos da directa y franca. El humor ha desaparecido. En la meseta soriana experimentamos sin ficciones novelescas la misma sensación que en la llanura manchega. Meseta y Mancha se nos adentran en la sensibilidad. La originalidad de la *Numancia* estriba en la clase de heroísmo que Cervantes nos pinta. El heroísmo de la *Numancia* está matizado por lo íntimo, familiar y humano. Los numantinos pretenden que la guerra, para evitar sangre y lágrimas, se reduzca al pugilato de un numantino y un romano. Las mujeres se obstinan en no abandonar a sus maridos al saber que éstos se arrojan a la muerte. Un amante sale al campo enemigo a robar un pedazo de pan para su amada. El amigo de este joven se empeña en acompañarle en tan arriesgada empresa. Ya más familiarmente, vemos cómo un niño pide pan a su madre y le dice que él está muy cansado de caminar tanto. La sensación desgarradora del hambre se sobrepone a todo en esta tragedia. Llegamos al nexo de la obra. Lo más fuerte que existe entre los humanos -más fuerte que la muerte- es el amor. El amor salta por todo y a todo se atreve. Y aquí, en la *Numancia* de Cervantes, esta fuerza máxima del mundo es vencida por el hambre. La escena en que la mujer amada confiesa angustiadísima a su amado que tiene hambre se alza sobre todo lo más trágico que en todas las literaturas haya podido imaginarse. El lector, si es sensible, permanece anhelante con el libro en la mano, sin proseguir en la lectura. «¡Adiós, hambre sutil de algún hidalgo!» No; desgraciadamente, el hambre, pudorosa hambre, recatada hambre, hambre que se encubre con dignidad, queda aquí con el amado Miguel. El problema de la libertad y el del pan cotidiano, en el caso de Cervantes, son en realidad uno mismo. Pero procede, a nuestro parecer, introducir una variante en la tesis -exactísima- de Américo Castro. Cervantes sabe lo que es la pérdida de la libertad. Años enteros ha vivido Cervantes privado de libertad. Mas al tratarse de exteriorizar su íntimo pensamiento, el conflicto que se le presenta a Cervantes es ante todo el del temor a perder su pan. La exteriorización del verdadero pensamiento puede ocasionar la pérdida de la libertad. La pérdida de la libertad equivale a una pulmonía, un ataque cerebral o la rotura de un miembro. Se soporta todo ello según las fuerzas de cada cual.

La exteriorización del prístino pensamiento puede acarrear también la pérdida o el enfriamiento de las relaciones sociales que nos son necesarias. Y eso es más terrible que lo otro. Porque eso trae consigo la privación del pan cotidiano en estos días de vejez, de pobreza y de enfermedades, en que no podemos ganarlo por nosotros. De ahí los excesivos elogios de Cervantes a un Lemos o un Rojas. Y sus encarecimientos de tal medida de gobierno odiosa. Y sus loanzas ponderativas de tales o cuales reyes. Había que proceder con suma cautela. Afortunadamente, la sensibilidad traiciona muchas veces al pensamiento. El pensamiento dice una cosa y la sensibilidad creadora hace otra. En el caso de la expulsión de los moriscos, las palabras celebran la expulsión. Y la sensibilidad crea este personaje tan bueno, tan generoso, tan cordial, del morisco expulso, de Ricote.



Alto en El Pedernoso

Don Quijote

En marcha hacia el claro Levante. Y hagamos un alto en El Pedernoso. Cuando se sale de Madrid con dirección a Levante, pasado Aranjuez; se encuentra Ocaña. En Ocaña se bifurca la carretera. El ramal de la derecha conduce a Andalucía. El de la izquierda se dirige a Valencia, Alicante y Murcia. Después de Quintanar de la Orden nos encontramos en El Pedernoso. Nos dice Madoz que El Pedernoso se halla edificado «en terreno llano y sobre una cantera de pedernal». El término es abundante en plantas útiles y en granos. Se halla enclavado en la provincia de Cuenca y dentro del partido judicial de Belmonte. En Belmonte nació fray Luis de León. Pertenece El Pedernoso a la Audiencia territorial de Albacete. En El Pedernoso hacían cambio de tiros las antiguas diligencias. El revezo se efectuaba en esta posada en que acabamos de entrar. La posada se llamaba *Nueva* a principios del siglo XIX. Su patio es ancho. Ha entrado lentamente en su ámbito un magnífico automóvil. Viene, tras largo rodaje, del país de Francia. Donde antes marcaban sus huellas dehebles las diligencias, han marcado sus dehebles huellas los neumáticos del automóvil. Del coche han descendido un caballero francés y su secretario. El caballero se llama Paul Lelong, y el secretario, Roberto Durand. Todo ha sido mostrado en la posada detenidamente a estos dos viajeros. Durand trae debajo del brazo una abultada cartera. Con los viajeros franceses se han congregado en el mesón, por acaso, otros viajeros españoles. Nada podría decir la cortesía, el porte señorial y la reposada palabra de Paul Lelong. Su secretario escucha y asiente. A veces, sin embargo, muestra con un ligero gesto, apenas visible, su discreto disentimiento.

Paul Lelong manifiesta vivo interés por esta posada. La posada es bonita. Desde el patio, una puertecita franquea el comedor. El patio tiene amplio techado, bajo el cual se resguardan de la lluvia y el sol los carruajes. En un ángulo reposa rotunda y tobosina tinaja. No sirve ya para los líquidos. No se guardan en ella, desde hace tiempo, ni el rico Yepes ni el exquisito Ocaña. Un arbusto, florido en primavera, surge de su angosta boca. Otra puerta, desde el mismo patio, conduce a la cocina. Allá, a la derecha, al final, se ven los muros negros del hogar. De arriba, por la ancha campana de la chimenea,

desciende una viva claridad. En los altos están los cuartos de los huéspedes. En un corredor blanco se abren las puertas. Tienen las paredes un zócalo de intenso azul. Separa lo blanco de la cal y lo azul del añil una rayita negra. Todo es limpieza y orden en la casa. La luz penetra en el pasillo por una ventana enrejada. Si nos asomamos a ella, contemplaremos el paisaje manchego. La verdadera Mancha es la Mancha abocada a Levante. En El Pedernoso se da el punto inicial de la más clara Mancha. Paul Lelong y su secretario vienen a España a visitar los lugares quijotescos. Estarán en Argamasilla, en el Toboso, en Ruidera, en Puerto Lápice, en Sierra Morena. El Pedernoso les ofrece la más bella posada española. Su sencillez, su limpieza y su vivo concierto de colores - blanco, azul y negro- les prometen vivas sensaciones de arte. En la penumbrosa cocina, los ojos del caballero no pueden apartarse del fúlgido y sedante resplandor que, entre paredes foscas, tapizadas de hollín, baja del clarísimo cielo de la Mancha.

Ha llegado la hora de comer. En la venta cada cual se dispone al transitorio yantar según sus posibles. Pero Paul Lelong, caballeroso, ha convidado a todos. España es acogedora, y Francia es cordial. La venta toda está en silencio. La paz más dulce reina entre los congregados dentro de estos muros históricos. Podrá ser éste un momento del siglo XX, siglo con automóviles, y podrá ser otro momento del siglo XIX, con sus diligencias. Los artefactos son diferentes. Lo positivo es el perfecto acuerdo tácito que une los corazones. La merienda que Paul Lelong trae en la arqueta de su coche magnífico es succulenta. Puesta sobre la mesa de blanco y lavado pino, todos van participando de sus exquisiteces. La conversación se desliza amable. Un buen Burdeos parece pedir, en correspondencia cordial de nación a nación, la réplica de un claro y fresco Valdepeñas. El Valdepeñas es traído por manos amistosas. Después de apurar un buen vaso, pasada la lengua por los labios, Paul Lelong se ha levantado lentamente. Estamos en los postres de la comida. Hay a veces en las casas manchegas, colgado en el zaguán, un manojito de las espigas mayores y mejor granadas del año. Paul Lelong ha cogido uno de estos manojos que en el muro pendía y con él en la mano se ha tornado a su sitio. Todos le miran con expectación. Y el andante francés, sonriente, con las espigas en la diestra, ha dicho:

-Estas espigas, señores, son símbolo de la abundancia en la paz. ¡Dichosos los tiempos en que la humanidad era regida por la ley del amor! Pero la Arcadia verdadera no está detrás de nosotros, en los siglos pretéritos, sino en lo por venir. Europa está enferma. La estremecen convulsiones profundas. Adolece de irritaciones inmotivadas. Se ha perdido la ecuanimidad y se marcha velozmente hacia lo inesperado. Lo inesperado -que todo el mundo espera- es la conflagración. La lucha del hombre contra el hombre constituye ya la regla unánime. No desesperemos por esto, señores. No apoquemos nuestros ánimos. No nos rindamos al pesimismo. En los mismos hechos luctuosos que presenciamos debemos inspirar nuestra fe. La humanidad sabe dónde va. Seamos finalistas, sí, finalistas de la concordia. Pongamos nuestro pensamiento en la Arcadia futura. Al igual que el hombre ha vencido otros mayores obstáculos, desde la caverna a la tierra labrada, desde la vida nómada a la vida urbana, desde el esclavo hasta el ciudadano libre, así vencerá otras etapas que quedan por vencer. ¡Bebamos, señores, por la paz y el trabajo! ¡Bebamos por el ideal de fraternidad universal que se realizará sobre la tierra!

Y todos han levantado sus vasos y han bebido.

Jean Cassou es uno de los ingenios más finos y cultivados de la Francia literaria actual. Rinde simpático culto a España. La Academia Española, en su última sesión de la primavera (19 35), le ha nombrado correspondiente suyo en la Gran República. Jean Cassou ha restaurado viejas traducciones francesas del *Quijote* y ha hecho con todas un texto primoroso. Discretas notas lleva también la moderna edición. Comprensivo prólogo sirve de pórtico. La edición es maravilla de tipografía. ¡Si tuviéramos en España un *Quijote* así! ¡Si tuviéramos un *Quijote* en un solo y ligero tomo, llevadero en el bolsillo! El análogo de Maucci no llega a éste. En un volumen se han publicado todas las obras de Cervantes. Se le ha olvidado al colector el índice del *Quijote*. Bien es verdad que también queda olvidado el índice del *Persiles*. Jean Cassou y el editor de esta maravillosa colección de *La Pléiade* prestan un magnífico servicio a las letras humanas.

¿Y qué influencia ha tenido en Francia la obra capital de Cervantes? Repasamos *in mente* la literatura francesa y no lo aperecimos con claridad. ¿No lo aperecimos? Existe un libro francés escrito por el literato más personal del siglo XVIII. En ese libro, un caballero y su criado divagan por los caminos. Toda la obra consiste en el diálogo que amo y criado mantienen. Nuestro *Quijote* es una víctima de la fatalidad. Y Santiago, el personaje de Diderot, es un fatalista. Diderot nombra en su obra *Santiago el fatalista* al inglés Sterne. Los críticos, a propósito de esta obra, nombran también a Sterne. Pero presumimos que lo subconsciente de Diderot iba por otro camino. Decía el maestro Montaigne: *La mémoire nous représente non pas ce que nous choisissons, mais ce qui lui plaît*. La memoria no representaba a Diderot lo que él había escogido, sino lo que le placía a la misma memoria. Lo que le placía a la memoria en este caso, era el *Quijote*. Don Quijote y Sancho son nombrados en el libro de Diderot. El caballero y su criado, Santiago, se enredan en frecuentes pelamesas, como don Quijote y Sancho. Sancho lleva siempre consigo su bota de buen vino, y Santiago no se aparta de su *gourde remplie du meilleur*, o sea de lo caro. En una venta reúne Cervantes inopinadamente a personajes suyos. En otra venta congrega Diderot a diversos personajes de la novela y pinta escenas tan curiosas como las del *Quijote*. Un curioso impertinente da motivo a Cervantes para injerir en la novela una primorosa narración. Una curiosa impertinente, la señora La Pommeraye, ofrece a Diderot materia para una narración maravillosa. Todo el ambiente, en fin, en la obra de Diderot acusa, no imitación directa o trasunto fiel, sino una lejana, ideal y bella resonancia de nuestro gran libro.

El primer cervantista



Estilo

-¿Existe o no existe este primer cervantista?

-¡No existe!

-¡Sí existe!

-¡Eso no es verdad!

-Eso es verdad.

-¡Orden, señores; un poco de orden! Sí existe ese primer cervantista. ¿Y cómo se llama?

-¡Sánchez Márquez!

-¡Gómez Sánchez!

-¡Torres Gómez!

-Nada de eso, señores. Este primer cervantista se llama Francisco Márquez Torres. Son muchos los documentos que niegan la existencia del primer cervantista. Sólo de raro en raro, en algún documento aislado, se afirma su realidad indudable. Sí, Francisco Márquez Torres ha vivido. Y ha vivido en diversos parajes de España. Francisco Márquez Torres ha escrito una página fina, fervorosa, clarividente, honda, original sobre el *Quijote*. En la segunda parte del *Quijote*, publicada en 1615, Márquez Torres pone su aprobación. Y esa aprobación es un elogio entusiasta de Cervantes. Pero esa aprobación es suprimida en casi todas las ediciones del *Quijote*. Por eso decíamos que si hay algún documento que acredita la existencia de Márquez Torres, hay, en cambio, muchos -casi todas las ediciones del *Quijote*- en que se niega. Se consultan docenas y docenas de ediciones del *Quijote* y vemos en ellas omisa la aprobación de Márquez Torres. Se repasan ediciones del *Quijote* con pujos de artísticas y con arrequives de críticas, y esa aprobación es silenciada. Francisco Márquez Torres escribía sencilla y elegantemente. Si su fragmento célebre -dos páginas y media en la edición príncipe del *Quijote*- nos cautiva, es por lo clara y limpiamente que está escrito. Lo concreto se funde en esas páginas con lo abstracto. No puede haber escritor verdadero sin el sentido de lo concreto. Márquez Torres tiene ese sentido. Cuando se ha explayado el autor por lo abstracto, de pronto evoca un hecho. Va a contarnos algo y desea precisar. Sí, ha ocurrido lo que él va a decirnos en tal día. Dos días después del hecho es cuando él escribe. Lo que cuenta Márquez Torres está, pues, reciente. Gravita sobre su espíritu. Se halla presente ese hecho en su sensibilidad de un modo hondo e indeleble. Esa precisión inesperada de Márquez Torres eleva de improviso todo el tono de la página. De lo abstracto -la penumbra- se pasa de un brinco a lo luminoso y tangible. Y ése es el acierto de esta página realmente maravillosa. Página que se suprime, torpe y absurdamente, en casi todas las reimpressiones del *Quijote*.

¿Y cuál es la psicología de Francisco Márquez Torres? Márquez Torres es capellán del cardenal-arzobispo de Toledo. Se encuentra en Madrid. El arzobispo es don Bernardo de Sandoval y Rojas. Cuando pasamos en automóvil desde San Sebastián a Madrid, o viceversa, por Aranda de Duero nos acordamos de este amigo de Cervantes, natural de dicha ciudad. El arzobispo va a devolver visita a un embajador extraordinario de Francia. Los allegados del embajador preguntan a Márquez Torres por Cervantes. Y Márquez Torres les explica -el 25 de febrero de 1615- quién es Cervantes y cómo vive. Márquez Torres es pobre. Ha de vivir todavía mucho. Muere a los ochenta y dos años. Su salud ha sido siempre quebradiza. Y en este punto entra la labor del psicólogo. Márquez Torres, débil, achacoso, ha de cuidarse mucho. No puede permitirse lo que los demás se permiten. Su vida está en constante peligro. Generalmente los frágiles de salud

son los que viven luengamente. Siempre están alerta y previenen con sus cuidados todo incremento del mal. Llegan, por lo tanto, a un admirable equilibrio del desequilibrio. Como no puede cometer excesos, Márquez Torres será partidario de la sobriedad en todo. Federico Nietzsche vivía en el más bajo estiaje de vitalidad. En ese bajo estiaje vive Márquez Torres. Era partidario Nietzsche de un estilo sobrio, estricto. Y ese estilo es el que encarece Márquez Torres. La vida está en Márquez Torres de acuerdo con el estilo. El estilo es en Márquez Torres, como en Nietzsche, una consecuencia ineludible de la vida. Ningún escritor ha expresado en cuatro palabras mejor que Márquez Torres lo que debe ser el estilo. En su aprobación Márquez Torres nos habla de «la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación, vicio con razón aborrecido de los hombres cuerdos». La lisura del lenguaje es la que emplea Cervantes. El problema del estilo era planteado en esas palabras.

Nos es grato ver en este instante a Márquez Torres viviendo una vida sutil, un hilillo de vida -pero hilillo de seda-, en un cuartito de paredes blancas, con muebles de pino y una alacena que tiene un enrejado de madera. En este instante es cuando, lleno de blanca luz el blanco cuarto, Márquez Torres establece su teoría del estilo. El estilo no es el vocabulario. La riqueza de léxico no importa nada. El estilo es la construcción. El estilo es la transición. El estilo es el movimiento. ¿Riqueza, color, fastuosidad, caudal de palabras? No, no; lisura de lenguaje. Es más fácil escribir en estilo afectado que en estilo sencillo. Decía Bartolomé Leonardo de Argensola:

Este que llama el vulgo estilo llano
encubre tantas fuerzas, que quien osa
tal vez acometerle, suda en vano.

Para recamar el estilo basta con frecuentar el diccionario. Y cuando se frecuenta el diccionario para enjorar el estilo se tiende fatalmente a lo que notaba Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*. «Hay personas -dice Valdés- que no van acomodando, como dije se debe hacer, las palabras a las cosas, sino las cosas a las palabras. Y así no dicen lo que querrían, sino lo que quieren los vocablos que tienen.» Las especies intelectivas en la literatura española se anuncian con despaciosidad y se desenvuelven con lentitud desesperante. El escritor no va a decir una cosa, sino a ver cómo la dice. Y eso es absurdo. El vocabulario es lo accesorio. Si el vocabulario fuera el estilo, ¿qué más grande estilista podríamos encontrar, por ejemplo, que Torres Villarroel, tan superabundante en palabras? Con vocabulario pobre, con lisura de lenguaje, según la expresión de Márquez Torres, se puede ser gran escritor. No nos dejemos alucinar por el fausto y la riqueza del léxico. Márquez Torres está aquí para llamar nuestra atención. En su cuartito blanco, henchido de luz blanca, con muebles sencillos, Márquez Torres sonrío ante nuestra duda. Dudábamos entre el vocabulario y la construcción, y ya no dudamos. Si Márquez Torres elogia a Cervantes es porque Cervantes escribe sencillamente. Con repeticiones, con descuidos, con negligencias, Cervantes va escribiendo su libro. Y ese libro, hoy que no podemos leer sin esfuerzo las novelas de Lope o los Cigarrales de Tirso -obras de dos grandes estilistas-, es leído por nosotros con vivísimo gusto.

En 1615, el día 27 de febrero, dos días después de la entrevista con los caballeros franceses, escribe Márquez Torres su aprobación. El tiempo ha ido pasando. Los años han ido deslizándose. Ya ha muerto Cervantes. Ya el mundo está lleno de ejemplares del *Quijote*. Ya Márquez Torres no vive en Madrid. Ya todo queda entre la neblina de lo pretérito. Tenía Márquez Torres cuando escribió su soberbio fragmento cuarenta y un años. Ahora, en provincias, lejos de Madrid, en Guadix, vive tranquilamente. Cuenta ochenta años. Dentro de otros dos expirará. Si vuelve la vista atrás, ¿qué sensación experimentará Márquez Torres al pensar en la remota página que él escribiera en 1615? Algo debe de sentir, como lo que nosotros sentimos ahora al tener entre las manos *Realidad*, de Galdós, o *Peñas arriba*, de Pereda, o *La madre Naturaleza*, de Emilia Pardo Bazán, o *Su único hijo*, de Clarín. Un mundo de sensaciones y recuerdos va unido a esos volúmenes. Esos volúmenes son para nosotros -como era a sus ochenta años el *Quijote* para Márquez Torres- nuestra juventud, que se ha desvanecido en la lejanía.

Don Francisco Rodríguez Marín, en el tomo VII de su edición definitiva del *Quijote*, nos da noticias de Márquez Torres. Otras muchas noticias guarda el maestro para escribir una biografía detenida del primer cervantista. El acto de comprar un ejemplar del *Quijote* no es indiferente. Mirad y mirad bien, cuando vayáis a comprar el libro de Cervantes, la edición que os ofrecen. Coged el segundo volumen y ved si tiene la aprobación de Márquez Torres. Si no la tiene -y no la tendrá-, rechazad esa edición. La página de Márquez Torres figura -no es preciso decirlo- en la citada edición de don Francisco Rodríguez Marín. Por amor a Cervantes, por simpatía a Márquez Torres, no deje nadie de adquirir esa edición. Está pulcra y limpiamente impresa. Discretas y pertinentes notas aclaran el texto. Y el último volumen, el VII, contiene curiosas noticias y nos da esa sucinta biografía de Márquez Torres.



Epílogo, si se quiere

«¿Qué libro me indica usted para conocer a Cervantes?» La pregunta es peliaguda. Ante todo, una vida completa, exacta, minuciosa, de Miguel de Cervantes no existe. No se conoce en España la vida de Cervantes. En los días en que borrajeo esto, una popular agencia de viajes anuncia una expedición a varios lugares cervantinos. Los tales lugares se reducen, en el prospecto, a una venta quijotesca, la de Puerto Lápice, y a Argamasilla de Alba. En el anuncio publicado en los periódicos se dice que en Argamasilla es donde estuvo preso Cervantes. No hubo tal prisión en Argamasilla. La leyenda ha sido deshecha hace muchos años. La vida de Cervantes está por escribir. Biografías existen muchas: las de Mayáns, Fernández de Navarrete, Vicente de los Ríos, Morán, Oliver, Montolíu, Fitzmaurice-Kelly. Lo que falta es un libro en que por modo fino, artístico, sensitivo, se alíe la verdad a la imaginación. De todos los libros citados, el de don Gregorio Mayáns nos encanta.

¿Cómo una biografía de Cervantes publicada en 1737 puede ahora, después de tanto como se ha descubierto referente al novelista, tener atractivos? Cuando se publicó la vida escrita por Mayáns todavía no se sabía el sitio en que Cervantes naciera. Mayáns dice que Cervantes nació en Madrid. Otras patrias presuntas tenía Miguel: Alcázar de San Juan, Esquivias, Consuegra, Lucena, Sevilla. El encanto de la vida escrita por Mayáns estriba en lo elemental del libro. Lo elemental y lo primitivo. En el lugar en que

había un modesto ermitorio -sancionado y venerado a lo largo del tiempo- se ha erigido una suntuosa catedral. La catedral es una maravilla de arte. Se cifran en su ámbito la arquitectura, la pintura, la orfebrería, la vidriería, los hierros forjados, los esmaltes, los bordados preciosos. Todo está representado en la magnífica fábrica. Y sin embargo, los que hemos conocido el modesto santuario de paredes venerables, lisas, ennegrecidas por el humillo de los cirios y del incienso a través de los siglos, lo añoramos. Nos admira la catedral; pero satisfacía acaso más nuestra sensibilidad la antigua y desaparecida capilla.

Tal nos sucede con la biografía de Cervantes escrita por Mayáns. Ante la publicada por Fitzmaurice-Kelly, la de Mayáns no es nada. Pero hay en ella cierta ingenuidad que nos seduce. Hay mucho más. Debemos ser justos. Hay una fina crítica que no ha perdido lozanía. El autor no sabe de la vida de Miguel lo que sabemos ahora. Pero sabe y siente otras cosas. Las observaciones críticas de Mayáns con referencia a Cervantes son sagaces y profundas. Fue don Gregorio el más grande de los eruditos, verdadero humanista del siglo XVIII. Su amor por fray Luis de León, el gran poeta manchego, es notorio. La antología de clásicos españoles formada por él representa un plausible esfuerzo. De un manchego a otro manchego camina el espíritu de Mayáns. De fray Luis de León a Cervantes. Si fray Luis no es el más grande de los poetas españoles, es, sí, de los más sensitivos. Miguel sí que raya en lo más alto en cuanto a la prosa.

En Cervantes existe un problema de tiempo. Cervantes es tiempo como Lope es espacio. No ha sido todavía estudiado ese problema de tiempo que Cervantes nos ofrece. Pero en la biografía de Mayáns hay vagidos anunciadores de ello. No se sabe cuándo nació don Quijote. ¿De quién fue contemporáneo el Caballero de la Triste Figura? ¿En qué época vivió? Parece coetáneo de Felipe III y no lo es. En exégesis rigurosa, según el propio creador de la figura, don Quijote es antiquísimo. Debió de vivir hace ya muchos siglos. Y, sin embargo, lo sentimos a par nuestro. No nos engañan los pergaminos y la caja de plomo hallada por Cervantes. Y es porque en la fábula imaginada por el novelista existen involucraciones de tiempos. Mayáns hablando de esto emplea la palabra «retrocedimientos». Creemos que ésa es la voz usada. Existen retrocedimientos inusitados en el *Quijote*, y a la vez don Quijote es de los días mismos de su creador. ¿Cómo resolver esta complicación? La solución al problema estriba en lo más íntimo del espíritu de Cervantes. La impresión total, definitiva, que la lectura del *Quijote* deja en el ánimo es la de tiempo desvanecido. Todo ha pasado, y no nos hemos dado cuenta de que las cosas se han huido. Todo se ha desvanecido, y aquí estamos nosotros, tan empequeñecidos, tan disminuidos, tan apocados, como todas las cosas que nos rodean. Estas cosas no son ya las de nuestra juventud. Pueden ser las mismas y no las sentimos las mismas. Atrás, en lo pretérito, queda un mundo de sensaciones, ideas y sentimientos que han formado nuestra vida más intensa y profunda. Lo vemos todo como don Quijote, al volver a su aldea la vez postrera, vencido definitivamente, veía su pasado. «Los nidos están aquí -decía él-, pero no los pájaros de antaño.»

Todo es tiempo en Cervantes, y todo es espacio -dominación tangible- en Lope. De Lope no podemos ahora ocuparnos. Nos reclama Cervantes. Y en Cervantes ésa es la sensación máxima que encontramos. Nos figuramos a Cervantes viejo ya, realizada ya su obra, sentado en la puerta de una venta, ante un camino. Su actitud es de sosiego y de melancolía. Ha recorrido el camino que lleva a este mesón. Se ha sentado un momento y ha de reanudar en seguida la caminata. ¿Le queda mucho que andar aún? El camino se aleja frente a Cervantes. Toda la vida del novelista ha sido la consideración de un camino. Un camino que se acaba de recorrer y otro camino que se va a andar. El

camino, es decir, el espacio, era lo de menos. Lo importante, en este caso, es el tiempo que iba pasando en el viaje. El tiempo que quedaba atrás, en días, en meses, en años, y que no había traído nada. No traería tampoco seguramente nada en lo que quedaba por caminar. Y ahora Miguel, sentado a la puerta de la venta, viendo llegar y partir a los viandantes, medita en su infausto destino.

¿Piensan en este sino de Cervantes los que visitan los lugares quijotesco?' En una buena biografía de Miguel se nos ofrecerían atisbos de estas cuitas y meditaciones del novelista. Las cuestiones de estética importarían menos. Se descuida, en el estudio de los clásicos españoles, la psicología. Se da preponderancia a la escolástica de lo bello. Y esta preponderancia, a costa del autor, a costa de la técnica de la obra, llega a extremos monstruosos. Fácil es, teniendo paciencia, amontonar, en el retiro del gabinete, acarreo de cultura sobre acarreo. De este modo, poco a poco, como por aluvión, se van formando esas estratificaciones estéticas tan a la española, tan a lo escolástico, que admiramos, con pasmo, con miedo, en los modernos eruditos de España. Pero ¿y la psicología? ¿Y la psicología de Lope, de Cervantes, de Quevedo? No hablemos de eso. Veces hay en que un erudito fino, copiosísimo en su saber -no lo negamos-, está haciendo esfuerzos para resolver un problema atañadero al autor estudiado por él. Se revuelven centenares de libros. Imagínanse las más peregrinas teorías. Y, sin embargo, la vida, la vida actual, nos da la clave del enigma en otro escritor de nuestros días. El tiempo ha pasado. Del siglo XVI o del XVII hemos venido al XX. Pero existe un depósito de pasiones, de intereses y de sentimientos que ha permanecido casi intacto. Tal psicología de un escritor antiguo es la psicología de otro escritor moderno. Y el problema que en el antiguo se ha dado -y que nos esforzamos por resolver- está aquí, latente y visible, en este otro escritor que nos lo ofrece para la solución del problema.

¡Cuántas biografías de ¡Miguel de Cervantes! ¿Con cuál nos quedaremos? ¿Con la de Fitzmaurice-Kelly y con las *Efemérides cervantinas* de Emilio Cotarelo? Debemos conocer estos dos libros fundamentales. Si deseamos conocer la vida de Miguel, a estas dos obras debemos apelar. Con esto respondo a la pregunta del inicio. Pero cuando sepamos la verdad, retornemos a las viejas biografías. ¿Por qué sabiendo que Cervantes nació en Alcalá no leer las simpáticas biografías viejas en que se defiende su nacimiento en Alcázar de San Juan? Nos hechiza este anhelo pretérito de los buenos alcazareños. No es posible ya negar la palma a Alcalá de Henares. Pero por su braveza en arrogarse el nacimiento de Cervantes antaño, Alcázar de San Juan queda magnificada. Y siempre que en tren o en automóvil pasamos por Alcázar, percibimos, tanto como en Alcalá de Henares, la presencia invisible y bienhechora del gran infortunado.

1935.

(Todo esto que arriba escribimos, hace ya años, nos parece absurdo; volvemos a releer lo que antaño imaginamos y lo encontramos controvertible. La vida de Cervantes no la conoceremos nunca; acaso tendremos conocimiento de su vida exterior. Pero ¿y lo recóndito? ¿Y los íntimos sentimientos de Cervantes? ¿Es que conocemos el pensar entrañable de las personas que nos circuyen? ¿Y es que lo saben esas mismas personas? Navegamos en un piélago de nesciencia. Y nos creemos sabedores de todo. No sabemos lo que es el Tiempo, y definimos el Tiempo. No sabemos lo que es el Espacio, y definimos el Espacio. En el Tiempo acabamos de colocar nosotros, como un símbolo, a Miguel de Cervantes. Le vemos fluctuar entre los años, como barquito entre las ondas. Hay tal vez un camino ante su persona. Al acabar de recorrer ese camino,

¿qué hará Cervantes? ¿Y qué es lo que se habrá cumplido inexorablemente en su vida, sin que él lo sepa? Todos somos obra del Tiempo, y todos no estamos sujetos al Tiempo del mismo modo. Hay quien no es nada en el Tiempo, y hay quien es mucho; hay quien sufre dolorosamente del Tiempo, y hay quien conlleva el Tiempo cual una carga liviana. Cervantes debió de sufrir mucho del Tiempo: unas veces creería dominarlo, y de pronto, cuando menos lo esperase, se vería de nuevo sojuzgado por el Tiempo.)

1944.